KERI BEEVIS

LA CASA DE VERANO



Una hermana muerta.
Un hermano condenado.
Un amor amor traicionado.

ODISEA

Keri Beevis

La casa de verano

Traducción de
Marta López



Para Ellie y Lola:
Divas peludas, monstruos ronroneantes y las mejores compañeras que puede tener una escritora. (Sí, acabo de dedicarles este libro a mis gatas).

Capítulo 1

2005

Estamos jugando a uno de nuestros juegos.

Espérame en la casa de verano, indicaba tu nota. Medianoche. Ponte el vestido rojo. Y no te pongas ropa interior. G xxx.

Sé que te gusta cómo me queda el vestido rojo, cómo se hunde entre mis pechos y se ciñe a mis caderas, pero nunca me habías pedido expresamente que me lo pusiera. Hasta esta noche.

Bueno, no es exactamente una petición. Antes había sonreído al sacarlo de la percha, sabiendo que haría todo lo que me ordenaras. Todo forma parte de la emoción, de la excitación de no saber qué ocurrirá después ni hasta dónde llegarás.

La casa de verano es nuestro lugar especial. Esta parte privada del jardín, alejada de la casa principal, es un lugar de secretos. Solo nuestros, y nadie sabrá jamás qué sucede en realidad dentro de este precioso edificio de madera blanca, con el tejado abovedado y la puerta con paneles. Aquí, cuando la cacofonía de los sonidos diurnos por fin se ha acallado bajo un manto de oscuridad y todo el mundo duerme, nosotros, criaturas de la noche, cobramos vida. Este es el momento en que puedo ser yo misma de verdad.

La sangre me ardía de expectación mientras cruzaba el césped, con la hierba seca entre los dedos de los pies y los aromas fragantes de la madreselva, la lavanda y el jazmín suspendidos en el aire. El corazón me latía cada vez más deprisa, excitado, mientras me preguntaba cuál sería el juego de esta noche.

La silla colocada en el centro del suelo había atraído mi atención en cuanto entré en la casa de verano. Habían retirado el cojín y, a la luz de la lámpara de parafina, vi un pañuelo de seda rojo extendido sobre el asiento de madera. Detrás había una segunda nota, que abrí con los dedos temblorosos para leer tus palabras.

Siéntate en la silla

Ponte la venda

Espera

No te muevas y no me decepciones

Reconocí tu letra garabateada. Podía imaginar tus dedos largos y ágiles sujetando el bolígrafo, y sentí que el calor se acumulaba dentro de mí al pensar que pronto tus manos me tocarían.

La venda es algo nuevo en nuestros juegos, pero me cubrí los ojos de buena gana y anudé el pañuelo detrás de la cabeza. El entusiasmo se impuso al destello de aprensión que sentía en el estómago.

No resulta incómoda, pero la seda es gruesa y, mientras permanezco aquí sentada, esperándote, no veo absolutamente nada. Agudiza mis otros sentidos y soy consciente de todo: el tictac del reloj de pared, el ulular de una lechuza y el crujido de la silla cuando me muevo un poco, tratando de encontrar una postura más cómoda. Sin el cojín, el asiento está duro bajo mi cuerpo y, al cabo de un rato, noto que los barrotes se me clavan en la espalda.

Aunque la temperatura ha bajado ligeramente, la humedad apenas da tregua. También será una noche calurosa, demasiado calurosa para dormir. Solo hace una hora que me he duchado, pero ya tengo húmeda la nuca, las piernas se me pegan a la silla a través de la fina tela del vestido y un hilo de sudor me recorre la espalda.

Cuando por fin oigo abrirse la puerta, doy un respingo. La verdad es que no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo esperando, pero me ha parecido una eternidad y, aunque sabía que vendrías, el ruido repentino de tu llegada aún me pilla desprevenida.

La llave gira en la cerradura y después oigo correr las cortinas, aislándonos del mundo. Tus pasos se acercan y luego vuelven a alejarse, y tardo un instante en comprender que te estás moviendo a mi alrededor. Me resisto a cambiar de postura, sabiendo que me estás observando.

No me doy cuenta de que estás detrás de mí otra vez hasta que tus manos me tocan los hombros. Están calientes, aunque su textura es distinta. Y tu contacto es ligero mientras tus dedos descienden por mis brazos. Tu fragancia familiar permanece en el aire y la aspiro, tratando de serenarme mientras me resisto a hablar. Necesito desesperadamente saber en qué consistirá el juego de esta noche,

pero también entiendo que las reglas dictan que nunca debo preguntar.

Ahora me estás guiando los brazos hacia atrás y, por un momento, me pregunto qué haces. Entonces noto que algo me rodea las muñecas. Una cuerda, creo, al rozarme la piel, antes de que tires de ella para apretarla y obligues a juntarse mis manos.

El primer aleteo de miedo se me instala en el estómago. Este juego es más oscuro que los anteriores. Quiero hablar, decir que me haces daño, que la cuerda se me está clavando en la carne, pero no lo hago porque temo que te enfades conmigo.

Ahora estás anclando la cuerda a algo y eso me obliga a echar los hombros hacia atrás, de modo que quedan apretados contra la silla, en una postura incómoda. Tiro un poco de las manos para probar y el pánico se me atasca en la garganta seca al comprender que no puedo liberarme. Se me escapa un gemido.

Aunque no respondes al sonido, estoy segura de que puedo verte sonreír a través de mi oscuridad.

Estoy asustada, pero la idea de que me toques mientras permanezco indefensa de esta manera enciende algo muy dentro de mí. Se me encienden las mejillas, de vergüenza y expectación, pero entonces llega otra oleada de miedo cuando tus manos me agarran los tobillos y los atan a las patas delanteras de la silla.

Me estremezco cuando la cuerda se me hunde en la piel. Está demasiado apretada.

—Por favor, para, me haces daño.

—¡Shh!

No tenía intención de hablar, pero este juego es distinto de los demás. Siempre das órdenes y a veces castigas, pero nunca me había sentido en peligro contigo. Hasta ahora.

Esta noche temo que vayamos a cruzar una línea.

Tiemblo, con el corazón desbocado y miedo de lo que vendrá después, pero entonces oigo girar la llave, la puerta abrirse y cerrarse, y comprendo que te has marchado.

Sola, atada a la silla en esta habitación insoportablemente calurosa, espero, mientras mi imaginación se desboca.

¿Adónde has ido?

¿Vas a volver?

¿Tu plan es follarme o dejarme aquí sin más?

¿Vas a hacerme daño?

El pánico de verdad se apodera de mí con ese último pensamiento y lucho por liberarme. Estoy demasiado bien atada. Tengo el cuerpo empapado de sudor, el vestido rojo se me pega a la piel y la venda está húmeda contra mis ojos. Empiezo a notar un cosquilleo en las manos y los pies, y me duelen los omóplatos por la posición de los brazos.

Quiero que vuelvas y me desates.

Unos instantes después, tus manos vuelven a tocarme los hombros y suelto un grito, sacudiéndome contra la silla.

Era una trampa. Saber que has estado aquí todo el tiempo, observándome, me inquieta aún más.

—Por favor, déjame ir.

Sé que no debo hablar, pero esto ha ido demasiado lejos.

De nuevo me silencias con un «¡shh!». Esta vez, tu dedo me presiona los labios y entonces huelo el caucho y comprendo por qué tu contacto se siente diferente. Llevas guantes. ¿Por qué te los has puesto?

Ahora sí tengo miedo.

—Quiero parar. No me gusta este juego.

Me ignoras, te inclinas sobre mí y acercas tu cálido aliento a mi oído. Por fin hablas.

—Esto no es un juego.

A la revelación le sigue el horror. Por fin comprendo hasta qué punto estoy metida en un lío.

Capítulo 2

En la actualidad

Todo seguía igual.

Lana Hamilton hizo tintinear las llaves que llevaba en la mano y se tomó un momento para observar la casa: las ventanas arqueadas, las tres chimeneas y las rosas amarillas que trepaban alrededor de la puerta principal.

Últimamente no volvía a menudo, pero en sus visitas anteriores la abuela Kitty siempre la había esperado junto a la puerta, con una sonrisa para recibirla.

Aunque esta vez no.

Kitty ahora descansaba en el panteón familiar de la iglesia de San Andrés, en la encantadora localidad comercial de Holt, en North Norfolk. Lana se había detenido en el cementerio de camino a la casa para dejar unas flores y tratar de justificar una vez más los motivos por los que iba a vender el querido hogar de su abuela.

La casa se la habían dejado a Lana y a su hermano gemelo, Ollie, pero sabía que no podían conservarla. Ella tenía su vida en Cambridge y Ollie vivía en Londres. Aunque hubieran podido arreglárselas, ninguno de los dos quería vivir en aquella casa. No después de lo que le había ocurrido a Camille.

Habían pasado diecisiete años desde el asesinato de su hermana, pero el dolor nunca se hacía más llevadero. Camille solo tenía diecinueve años cuando murió; los gemelos eran dos años menores, y su muerte lo había cambiado todo, incluida su relación con Mead House.

Ollie solo había vuelto a casa un par de veces desde que terminó la universidad, mientras que Lana procuraba que sus visitas fueran breves y llevaderas. Los recuerdos eran dolorosos, pero no podía abandonar a su abuela. Ahora solo estaba allí porque había que vaciar la casa antes de ponerla a la venta.

Le irritaba que Ollie hubiera eludido sus responsabilidades y la hubiera obligado a hacer aquello sola, alegando que no podía ausentarse del banco donde trabajaba. Y sí, su exnovio, Matt, se había ofrecido a acompañarla, pero, dado que su relación había terminado hacía poco, Lana temía darle señales equivocadas.

La verdad era que le vendría muy bien alejarse un tiempo. Su jefe de la revista había accedido a concederle una pausa prolongada de seis semanas. Como diseñadora gráfica, podría haber trabajado a distancia, pero preparar la casa para ponerla en el mercado iba a suponer mucho trabajo. Era más sencillo tomarse aquellos días libres. El dinero no era un problema. Tenía algunos ahorros y, una vez vendida la casa, su cuenta bancaria estaría muy saneada. Aun así, resultaba agridulce, porque todo aquello era consecuencia de la muerte de su abuela.

La muerte de Kitty había sido un golpe terrible. Aunque tenía más de ochenta años, seguía estando en forma y llevando una vida activa, así que perderla en un absurdo accidente, al caer por las escaleras, había sido muy duro. Y lo peor era que Lana había perdido la oportunidad de hablar con ella por última vez.

Kitty había intentado ponerse en contacto con Lana el día de su muerte y el breve mensaje de voz en el que le pedía que la llamara seguía guardado en el teléfono de Lana. Pero ella había estado reunida toda la tarde y, cuando escuchó el mensaje, ya era demasiado tarde.

Menos mal que algunas amigas de su abuela iban a ir a casa para una tarde de bridge y la habían visto a través de la ventana del recibidor; de lo contrario, su cuerpo podría haber permanecido allí durante días.

Si pudiera cambiar su herencia por un año más con Kitty, Lana lo haría sin pensárselo. En lugar de eso, solo le quedaba un mensaje que contenía posiblemente las últimas palabras de su abuela.

Los recuerdos se agolparon mientras se obligaba a avanzar hacia la casa y abría la puerta principal. El equipaje seguía en el maletero, pero podía esperar. En ese momento quería unos minutos para recordar. Su madre había muerto de cáncer cuando Lana apenas era una niña de corta edad y su padre, el único hijo de Kitty, se había

emborrachado hasta morir prematuramente solo un par de años después. La abuela Kitty había acogido a sus tres nietos y Mead House se había convertido en su hogar.

Aunque Lana y sus hermanos habían ido a un internado, allí era donde pasaban todas las vacaciones. Los largos y tranquilos días de verano, jugando en los jardines o bañándose en la piscina exterior, y la Navidad, cuando su abuela se entregaba a la decoración y convertía la casa en un país de las maravillas invernal.

La casa se alzaba en una extensa parcela de terreno, a solo un par de millas de Holt. Era una gran mansión rural construida a mediados del siglo xix y escondida al final de un largo camino de entrada. Había sido un lugar feliz hasta lo que le sucedió a Camille, pero Kitty nunca se había planteado mudarse. Había vivido allí desde que se casó con el abuelo de Lana, cuando tenía poco más de veinte años. Él había muerto antes de que nacieran los tres nietos y Kitty nunca había vuelto a casarse.

A Lana le horrorizaba pensar en su abuela sola, dando vueltas por aquella casa enorme, pero sabía que Kitty jamás se habría marchado. Aquella era la casa de su familia.

Al empujar la puerta principal, el recibidor, luminoso y espacioso, estaba tal como lo recordaba. Las paredes estaban pintadas de un alegre amarillo narciso; al frente se alzaba la ancha escalera y la luz de la mañana se derramaba por la gran ventana situada en lo alto, rebotaba en los cristales de la enorme lámpara de araña y los hacía centellear.

Si su abuela aún estuviera viva, el jarrón de la mesa del recibidor estaría lleno de flores primaverales recién cortadas del jardín y el aroma del abrillantador para muebles de pino flotaría en el aire.

En cambio, había un ligero olor a humedad y polvo acumulándose alrededor del jarrón. Era junio y habían pasado casi dos meses desde el funeral. Se notaba.

El salón quedaba a la derecha. Era un espacio grande pero acogedor, dominado por una enorme chimenea.

Lana se detuvo junto a la repisa de la chimenea. Dos fotografías de los tres hermanos seguían ocupando un lugar destacado. En una aparecían de pequeños: ella y Ollie, de pelo oscuro y piel

aceitunada, mientras su hermana mayor, pelirroja, estaba sentada en el centro. Los gemelos lucían sonrisas idénticas y desdentadas, mientras que Camille aparecía serena y elegante, aunque por entonces solo tenía unos ocho años. El único indicio de parecido familiar estaba en sus ojos idénticos, casi negros. En la otra fotografía eran mayores y Lana recordaba que se había tomado poco antes de la muerte de Camille.

Había pasado media vida desde la última vez que vio a su hermana, pero podía imaginarla con claridad aquel último verano. Camille era delgada, pálida y bonita, con una belleza casi etérea. Y en sus ojos oscuros había una expresión que sugería que guardaba secretos.

Lana siempre se había sentido torpe a su lado. Era la marimacho desaliñada, con el pelo corto y apelmazado y la ropa arrugada. Camille, en cambio, llevaba vestidos bonitos y pasaba el tiempo libre leyendo o escribiendo en su diario, mientras Lana trepaba a los árboles y jugaba a pelearse con Ollie y su mejor amigo, Xav.

Ahora llevaba el pelo más largo y había superado su aversión a los vestidos, aunque a menudo los combinaba con zapatillas deportivas, pero nunca tendría la elegancia de su hermana.

Al llegar a la galería del jardín, Lana contempló el jardín trasero principal: el amplio patio y la piscina estaban más cerca de la casa, mientras que más allá se extendía una gran zona de césped, cuyos bordes rebosaban de los colores vivos de las flores de principios de junio. Detrás de la hilera de coníferas que había al final del césped se encontraba la rosaleda y, desde allí, podía ver el inicio del sendero que atravesaba el huerto de frutales hasta la casa de verano.

En algún momento tendría que bajar hasta allí. Pero hoy no.

No había vuelto a entrar en la casa de verano desde que encontraron el cuerpo de Camille, pero había visto suficientes cosas por internet como para poder imaginar la escena. Su hermana desnuda, atada a una silla; el cuerpo cubierto de cortes, moratones y palabras repugnantes garabateadas.

Lana intentó apartar la imagen de su mente. El asesino de Camille estaba en prisión y ella había ayudado a meterlo allí. Se había hecho

justicia, aunque eso no devolvía la vida a su hermana ni hacía que todo resultara más fácil.

Necesitaba agua. Pensar en Camille y en lo sucedido siempre le provocaba náuseas. Tomaría algo y después sacaría las bolsas del coche.

La cocina, con sus muebles de roble un tanto anticuados, había sido el corazón de la casa, pero ahora parecía vacía. Probablemente por eso vio enseguida la taza de café.

El resto de la encimera estaba despejado, así que ¿por qué había una taza cualquiera allí?

Lana sintió curiosidad, aunque no alarma, hasta que la cogió y se dio cuenta de que los posos de café del fondo aún estaban calientes.

¿Había alguien en la casa?

Mientras ese pensamiento le cruzaba la mente, el techo crujió sobre su cabeza y el inconfundible sonido de unos pasos cruzando el descansillo hizo que tensara los hombros.

Lana sopesaba sus opciones y se preguntaba si debía llamar a la policía antes o después de salir de la casa cuando un grito agudo rasgó el aire.

Capítulo 3

Al oír el motor de un coche que se acercaba y los neumáticos triturando la grava del exterior, Xavier Landry se acercó a la ventana, aún con el pincel en la mano. Se le hundió el corazón al ver el Range Rover.

No estaba de humor para recibir visitas, y mucho menos aquella, ni apreciaba que lo interrumpieran mientras trabajaba. Clavó la mirada en la mujer desnuda del lienzo. Una pierna extendida. Algunos mechones escapando de un moño desordenado. Nunca pintaba sus rostros. Para él, todas eran anónimas.

—¿Xav? ¿Estás arriba?

Joder. ¿Acaso había llamado a la puerta? Tenía que acostumbrarse a cerrar con llave.

Se pasó una mano frustrada por el pelo, dejó el pincel con la otra y se dirigió a la puerta de su estudio, chocando con Trudy Palmer justo cuando ella estaba a punto de entrar.

Trudy se asomaba por encima de su hombro mientras él la hacía retroceder hasta el pasillo.

—¿Es una obra nueva para la tienda? ¿Puedo verla?

—Todavía no está terminada.

Xav cerró la puerta. Ella sabía que no le gustaba que nadie viera su trabajo hasta que estuviera acabado.

—¿Qué haces aquí, Trudy?

—He traído unos pasteles y he pensado que podríamos hablar de las ventas. Y quizá organizar otra velada de «conoce al artista». La última fue todo un éxito.

Lo había sido y habían vendido varios cuadros. Aunque se preguntaba cuántos clientes se habrían acercado a la diminuta tienda atraídos por quién era su hermano.

¿La verdad? Xav siempre había odiado todo lo relacionado con la publicidad. Entendía que formaba parte del trabajo y durante mucho tiempo había seguido el juego, pero había vuelto allí en busca de

una vida más tranquila. Era más feliz cuando podía encerrarse y pintar.

—Solo han pasado unos meses. Probablemente deberíamos dejarlo para más adelante.

—¿Y perder posibles ventas? Podría anunciarlo en otra zona, intentar atraer a un público nuevo. Además, ayuda a la gente a conectar con tu obra —insistió Trudy, sonando más como la dueña de una galería que como la propietaria de una pequeña tienda de arte y artesanía en Holt—. Les encantas, Xav. El artista francés atormentado.

—Medio francés —le recordó él—. Y he vivido aquí más tiempo que allí.

—Detalles sin importancia —Trudy quitó importancia a sus reparos con un gesto de la mano—. Conoces el idioma y puedes encandilarlos con tu acento.

—No tengo acento. Bueno, apenas. Xav se había trasladado al Reino Unido con su madre y su hermano cuando tenía nueve años, poco después de que su padre muriera, y aunque había vivido un par de años en Francia cuando rondaba la treintena, la costa de North Norfolk era el lugar donde más a gusto se sentía.

—No deberías infravalorarte, cariño. Lo tienes todo.

La mirada de Trudy estaba fija en su rostro y sus ojos reflejaban una expresión nostálgica. ¡Mierda!

Si Xav hiciera una lista de sus defectos, no saber interpretar las señales estaría entre los primeros puestos. Trudy no había ido allí realmente para hablar de ventas y él volvió a maldecirse por haberse acostado con ella. Una estúpida decisión tomada bajo los efectos del alcohol que lamentaba una y otra vez.

Trudy no era una mujer poco atractiva, pero no había chispa. Al menos por parte de Xav. La conocía desde hacía mucho tiempo y ella había ido un curso por debajo de él en el colegio. Xav había abandonado el pueblo después de que su hermano, Sebastian, fuera encarcelado, incapaz de soportar los chismes y las miradas acusadoras, y durante mucho tiempo se había mantenido alejado. Su madre, sin embargo, seguía allí, negándose a abandonar su hogar, y como sabía que no se hacía más joven, él había regresado

un año atrás. Trudy había sido una de las primeras personas en darle la bienvenida.

Ser amigos estaba bien, pero no quería mantener una relación con ella.

—Tienes un poco de pintura.

—¿Perdona?

—En la mejilla.

Trudy se había lamido la yema del pulgar y ya alargaba la mano para frotarle la mancha cuando Xav la agarró.

—Necesito que te vayas.

—¿Qué? ¡Pero he comprado unos pasteles! Trudy no se molestó en ocultar su decepción ante la brusquedad de él.

Podía añadir la falta de diplomacia a su lista de defectos.

—Llévatelos. Ya he comido. Ahora no es un buen momento. De verdad, tengo que trabajar.

—Tenemos que hablar de negocios, Xav. No puedes limitarte a encerrarte.

Parecía un poco molesta y él no quería enemistarse con ella. Aunque no necesitaba su negocio, le gustaba trabajar con ella y, todo había que decirlo, Trudy Palmer siempre se había esforzado al máximo por vender sus obras desde que él había vuelto a Norfolk.

—Mañana tengo que ir al pueblo, así que ¿qué te parece si paso por la tienda a verte? El cuadro nuevo debería estar listo y puedo llevártelo. Le dedicó una sonrisa, aliviado al ver que su ceño se relajaba.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Ahora vete de una vez.

—Quizá podamos tomar un café.

—Mmm, quizá.

Consiguió acompañarla escaleras abajo y echarla de casa. Cerró la puerta en cuanto ella volvió a su coche y, esta vez, echó la llave.

Héctor, su gato atigrado y obeso, que estaba tumbado en una de las sillas de la cocina, levantó la vista con expresión molesta por la interrupción. La cara rayada le rebosaba reproche.

—Sí, ya sé que la culpa es mía —murmuró Xav, mientras volvía a subir las escaleras.

En su estudio, volvió a coger el pincel, lo hundió en la pintura y acarició el lienzo con la seguridad de una mano experta.

Todo estaba en los detalles y el cuadro necesitaba una pincelada de color.

La curva de la espalda, el cuello alargado y la bufanda roja que ahora llevaba en el pelo.

Capítulo 4

Durante un instante, Lana se quedó paralizada por el pánico. Alguien estaba asesinando a otra persona en casa de la abuela Kitty.

Abrió mucho los ojos cuando al grito le siguieron unas risitas estridentes y luego otro chillido, aunque este último estaba teñido de diversión. Y, sin duda, era una mujer.

Era miércoles por la mañana. ¿Quién demonios había en la casa?

Quizá aún debería haber llamado a la policía, pero Lana había pasado del miedo a la furia y, armada con el viejo bate de rounders que había encontrado en el armario de la sala de juegos, subió las escaleras dispuesta a entrar en guerra. Sabía que podía hacer bastante daño con él; a los catorce años le había roto la nariz a Xavier Landry.

En su defensa, no había sido culpa suya. Ollie y Xav le habían gastado una broma. Los tres estaban solos en casa y habían estado viendo una película de miedo. Cuando Lana había ido al baño, su querido hermano y su mejor amigo habían decidido esconderse. Ella ya estaba alterada por la película, así que, cuando Xav había saltado de su escondite, no había dudado en blandir el bate. La habían castigado sin salir durante una semana, aunque, en cierto modo, había valido la pena, porque después Xav parecía mirarla con un respeto nuevo.

Recordar cómo la había mirado la última vez que se habían cruzado hizo que a Lana se le encogiera el estómago más que la amenaza que la aguardaba arriba.

Estás muerta para mí. Déjame en paz de una maldita vez.

Recordaba el odio de su rostro, sabía que había dicho cada palabra en serio y, tantos años después, todavía le dolía.

Intentando apartarlo de sus pensamientos, Lana se concentró en el sonido que había oído. Ya estaba en el descansillo y las puertas de las habitaciones estaban todas abiertas. Todas menos una.

Su antiguo dormitorio.

Vaciló. ¿Estaría allí la mujer?

Como para confirmarlo, oyó otra risita al otro lado de la puerta cerrada y luego el sonido amortiguado de unas voces.

Lana bajó despacio el picaporte de la puerta de su dormitorio y la abrió con cuidado. Por la rendija, podía ver su cama sin hacer y a una mujer desnuda sentada en ella. Una especie de muñeca Barbie con un cigarrillo encendido en una mano y un teléfono pegado a la oreja con la otra.

¿Qué coño?

Lana abrió la puerta de par en par y entró en la habitación a la carrera, con el bate en alto, preparada para golpear si era necesario.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo en mi casa?

La mujer abrió mucho los ojos y dejó caer la mandíbula. Cuando se dio cuenta de que tenía los pechos desnudos a la vista, algo tenía que ceder. Por desgracia, fue el cigarrillo, que se le cayó mientras intentaba cubrirse.

—¡Mi edredón!

—¡Joder! Barbie dejó caer por fin el teléfono y se apresuró a recuperar el cigarrillo de la ropa de cama, que ya empezaba a humear. Con los ojos desorbitados, chilló:

—¡NOLLY! ¡SAL AHORA MISMO!

La puerta del cuarto de baño se abrió y Lana apretó con más fuerza el bate. Se le cayó la mandíbula cuando su hermano salió de allí.

—¿Ollie? ¿Qué demonios?

—Esta loca me estaba atacando.

—¿Lana? ¿Qué estás haciendo? Ollie llevaba una toalla alrededor de la cintura y una expresión horrorizada mientras miraba alternativamente a las dos.

—Nolly. Dile a esta mujer, sea quien sea, que salga de nuestra habitación de una puta vez.

—¿Nolly? Lana bajó el bate a un lado. Ignorando a su hermano, se volvió hacia Barbie—. Se llama Ollie. No hay ninguna ene. Y, que conste, esta es mi habitación, no la tuya.

Ollie se llevó las manos a la cabeza, en su clásico modo de pánico Ollie Hamilton. Decidió recurrir al humor.

—Quizá este no sea el mejor momento para presentaros, pero, Lana, esta es mi prometida, Elise. Elise, te presento a mi hermana, Lana. Lo remató con una risita, mientras las dos mujeres lo fulminaban con la mirada.

—¿Qué haces aquí, Ollie?

—Hay una gotera en el techo de mi habitación y Elise prefería las vistas de la tuya. Podemos cambiarnos si supone un problema. Le lanzó a Elise una mirada preocupada y, al ver que su ceño se acentuaba, añadió rápidamente—: Aunque no te importa mucho, ¿verdad? No es como si lleváramos años viviendo aquí.

Lana suspiró.

—Me refería a qué haces aquí. En esta casa.

—Tú me dijiste que viniera. La voz de Ollie adquirió un tono quejumbroso—. ¿Recuerdas? Fuiste bastante borde en tus mensajes, diciéndome que tenía que asumir mi parte de responsabilidad.

—¿No decías que no podías pedir días libres en el trabajo?

—Bueno, lo he solucionado.

Lana miró alternativamente a su hermano y a Elise.

Tenía razón; ella le había dicho que viniera. Aun así, no esperaba que se presentara y mucho menos que trajera compañía. Le dolía que su hermano gemelo no le hubiera contado que estaba prometido. No sabía que estuviera saliendo con alguien en serio. En el funeral, que había sido apenas dos meses atrás, había estado solo. Lana se había ocupado de la mayor parte de los preparativos y se había comunicado con Ollie sobre todo por WhatsApp. En ningún momento le había mencionado que tenía prometida.

Mirando atrás, supuso que aquel día apenas habían hablado; ambos seguían conmocionados y lidiando con el dolor mientras daban las gracias a quienes se acercaban a presentarles sus condolencias.

Dejando su herida a un lado, Lana se recordó que él estaba allí y que eso significaba algo. Quizá fuera una oportunidad para recuperar el vínculo y empezar de cero.

Eso también significaba darle una oportunidad a Elise. Si se trataba de causar una primera impresión, Lana no estaba

impresionada y tenía bastante claro que Kitty habría compartido su opinión, pero haría un esfuerzo por Ollie.

Consiguió sonreírles a los dos.

—Tienes razón. Te dije que vinieras y me alegro de que estéis aquí. Lo siento. No quería irrumpir y asustarte, Elise. Creía que la casa estaba vacía y me he asustado. Miró a su hermano—. Nunca vi tu coche.

—Lo aparqué en el garaje —confirmó él.

Eso tenía sentido. Le ofreció otra sonrisa a Elise.

—De verdad que no soy una psicópata armada con un bate. ¿Podemos empezar de nuevo? Soy Lana.

Elise resopló y, durante un instante, Lana pensó que no iba a aceptar su mano, pero luego se la estrechó brevemente.

—Elise —dijo con rigidez.

—¿Dónde está Matt? —preguntó Ollie, mirando a su alrededor.

Aquel no era el momento de hablar de su relación fracasada.

—Estoy sola.

Ollie entrecerró los ojos. Cuando eran más jóvenes, ambos habían estado muy unidos por aquello de ser gemelos, pero en aquella época Lana juraría que él era demasiado egocéntrico para captar sus estados de ánimo. Por eso la sorprendió que su expresión se suavizara.

—A mí nunca me cayó bien.

Ella se encogió de hombros.

—Ha sido lo mejor.

El momento se rompió cuando Elise suspiró ruidosamente, dando a entender que se aburría, y algo cambió en Ollie: volvió a bajar la persiana.

—Entonces, ¿te parece bien que nos quedemos en esta habitación?

—Sí, quedaos con ella. Yo dormiré en la de Camille.

A Lana todavía le molestaba un poco que hubieran ocupado su antiguo dormitorio sin preguntarle, pero ya habían desempaquetado sus cosas y no merecía la pena discutir.

Dejó que Ollie y Elise se instalaran y fue a buscar sus maletas al coche. Luego las arrastró escaleras arriba y por el descansillo hasta

el antiguo dormitorio de su hermana. Abrir la puerta fue como retroceder en el tiempo y se le encogió el corazón. Había olvidado hasta qué punto seguía siendo un santuario dedicado a su hermana. Las paredes estaban pintadas de color crema; la cama de matrimonio, cubierta con un edredón rosa empolvado y repleta de cojines. Lana sabía que Kitty nunca había sido capaz de desprenderse de las cosas de Camille. La ropa de su hermana seguía colgada en el armario y sus productos de maquillaje y perfumes continuaban esparcidos por el elegante tocador, con su gran espejo triple.

Todo tenía el mismo aspecto y tacto. Lo único distinto era el olor. Diecisiete años de humedad se habían pegado ahora a todo, imponiéndose al aroma floral que antaño le resultaba tan familiar.

Lana se acercó a la ventana y la abrió para dejar entrar el cálido aire veraniego.

Al igual que su antiguo dormitorio, el de Camille daba a la parte trasera de la casa y desde allí arriba la vista era más despejada. A petición de Lana, el jardinero se había quedado para mantener los terrenos y cuidar de la piscina. Justo debajo de ella, podía ver el agua centelleando bajo el sol de junio, mientras el césped superior rebosaba de color. Altas verbenas de un púrpura pálido se alzaban sobre matices azules de lavanda y amarillos de prímula, delante de una pared multicolor de rododendros bien cuidados. Unos escalones de piedra atravesaban un arco abierto entre los arbustos y conducían a la querida rosaleda de su abuela; más allá se encontraba el huerto de frutales y, a lo lejos, tras los árboles, Lana alcanzaba a ver el tejado de la casa de verano.

Después del asesinato, Lana había sufrido pesadillas en las que intentaba avisar a Camille aquella fatídica noche, mientras escuchaba los gritos de su hermana y trataba desesperadamente de llegar hasta ella. ¿Cómo habrían sido sus últimos momentos? ¿Se habría dado cuenta de que iba a morir?

Durante mucho tiempo, Lana había cargado con la culpa de creer que podría haber evitado la muerte de Camille. Aquella noche la había visto cruzar el césped con Sebastian Landry, sabiendo que se

dirigían a la casa de verano. Recordaba que en aquel momento le había parecido romántico.

Lo que no sabía era que, mientras ella se quedaba dormida, Sebastian había estado estrangulando a su hermana.

Capítulo 5

Los dos habían regresado a Mead House: Lana y Ollie Hamilton.

George Maddox esperaba a Lana, pues había hablado con ella por teléfono, pero Ollie y su novia habían sido una sorpresa y lo habían pillado completamente desprevenido al encontrárselo en la casa cuando habían llegado el día anterior.

Había sabido salir del pequeño apuro, alegando que hacía una ronda por la casa cada vez que iba, solo para comprobar que todo estaba en orden. Ollie no había preguntado quién le había dado las llaves. Daba por hecho que había sido Kitty y George no lo corrigió. Nadie tenía por qué saber que hacía mucho tiempo había tomado prestado uno de sus juegos de llaves de repuesto y había mandado hacer una copia.

Se había encargado de Mead House desde que tenía uso de razón, mucho antes de asumir oficialmente el puesto de jardinero de Kitty, cuatro años atrás, justo después de cumplir veintiocho. Aquel lugar tenía secretos y él debía asegurarse de que siguieran enterrados. Sobre todo ahora que los gemelos habían regresado.

Tenían previsto poner la casa a la venta cuando terminara el trámite sucesorio y eso era algo bueno, aunque antes tendrían que vaciarla, y eso podía resultar peligroso. George había intentado asegurarse de no dejar ningún rastro que condujera hasta él, pero, si buscaban lo suficiente, quién sabía qué podían descubrir.

Vigilaría la casa y desempeñaría su papel de jardinero amable y servicial. Completamente inofensivo y un poco tontorrón. Aquella personalidad le funcionaba de maravilla, porque animaba a la gente a bajar la guardia. No lo veían como una amenaza.

Trabajaba en Mead House tres días a la semana y normalmente aceptaba otros proyectos por su cuenta, pero se aseguraría de dedicar toda su atención a los Hamilton mientras estuvieran en el pueblo. Una vez vendida la propiedad, podría respirar un poco más

tranquilo, sabiendo que los secretos del asesinato de Camille Hamilton seguirían ocultos.

Pensó en ella. La hermosa pelirroja de aspecto sereno que escondía un lado oscuro y alocado. La última vez que la había visto, le había suplicado que le perdonara la vida.

Todo había terminado demasiado deprisa para ella, pero él no podía permitirse regodearse en aquello.

Un solo error lo definía. Si surgía algún problema, se ocuparía de él.

Ahora George tenía esposa e hijos y era feliz. Haría lo que fuera necesario para asegurarse de que nada alterara la vida que había construido.

Capítulo 6

La determinación de Lana de llevarse bien con la prometida de su hermano duró menos de veinticuatro horas.

Lo había intentado. De verdad que sí, pero Elise estaba demostrando ser insoportable.

Lana había salido a comprar comida y después había pasado la tarde limpiando a fondo la casa. Estaba ordenada, pero había empezado a acumular polvo. Por fin, cuando estaba rendida, había preparado la cena para los tres. Un gesto de paz y un nuevo comienzo, pensó, ignorando que, mientras ella trabajaba, Elise se había paseado por la casa como si fuera su dueña, más interesada en las reliquias de Kitty que en comprobar si Lana necesitaba ayuda.

Ollie había hecho un esfuerzo simbólico y había limpiado los cuartos de baño antes de desaparecer escaleras arriba por orden de Elise. Lana esperaba poder ponerse al día con él, pero parecía improbable mientras su prometida estuviera cerca.

Se aseguró de avisarlos con tiempo de sobra, gritando escaleras arriba media hora antes de servir la comida. Su primer pensamiento cuando Elise entró en la cocina quince minutos más tarde fue que iba un poco demasiado arreglada para cenar: llevaba un vestido negro de gasa y tacones, el pelo rubio recogido y unos pendientes grandes que centelleaban en los lóbulos.

Lana ignoró el gruñido de irritación que le provocó que Elise mirara con desdén sus vaqueros y su camiseta. De acuerdo, iba hecha un desastre, pero había estado trabajando.

—Espero que tengas hambre. He preparado demasiada pasta.

—En realidad, vamos a salir.

—¿Cómo dices?

Lana creyó haber oído mal, pero entonces apareció Ollie, con uno de sus trajes gris oscuro y los dos botones superiores de la camisa desabrochados. Iba recién afeitado y tenía una expresión culpable

mientras miraba primero la mesa de la cocina, ya puesta, y luego el ceño fruncido de Lana.

—Perdón, no sabía que te ibas a tomar tantas molestias.

—¿Estás listo? —exigió saber Elise, ignorando la incomodidad de la situación.

—No dijiste que fuerais a salir a cenar.

—Lo hemos decidido hace apenas una hora —aquella mujer tan maleducada ni siquiera se molestó en mirar a Lana mientras hablaba.

—¡Ollie! Sabías que estaba cocinando.

—Lo siento, Lana. Pensé que te limitarías a meter una pizza en el horno o algo así. Elise quería salir y... —se interrumpió, echando una rápida mirada a su prometida—. Quizá deberíamos quedarnos.

—¡Nolly! Lo prometiste. ¡Vamos!

Lana observó cómo Elise cruzaba la cocina a pisotón limpio y desaparecía por la puerta que daba al garaje.

Su hermano estaba atolondrado.

—Quizá podamos calentarlo y comérnoslo mañana.

—¡NOLLY!

—Ya voy. Mira, lo siento de verdad, Lana. Nos tenemos que ir.

Lo vio marchar; la puerta del garaje se cerró y, unos instantes después, oyó el sonido del motor de su coche.

Lana se quedó mirando el plato de pasta que había preparado, echando chispas por haberse molestado en cocinar. Debería haber pedido algo a domicilio y haber dejado que Ollie y Elise se apañaran solos.

Decidida a no dejar que le arruinaran su primera noche de vuelta en la casa, abrió una de las botellas de vino que había comprado y se dispuso a cenar en soledad, con la radio por compañía.

Se recordó a sí misma que de entrada ni siquiera esperaba que Ollie apareciera, así que al menos era algo positivo que estuviera allí. Lo único lamentable era que se hubiera traído a Elise.

Tras terminar de cenar, se llevó la copa de vino a la galería del jardín, abrió los ventanales y salió al patio. Todavía hacía calor fuera y casi había olvidado lo silencioso que era aquel rinconcito del

mundo. La casa estaba retirada, al final de una larga entrada y lejos de cualquier carretera transitada.

Mañana empezaría la ardua tarea de empaquetar las cosas de su abuela. Y también las de Camille. Ya había hablado con un par de agentes inmobiliarios que se morían de ganas por conseguir el contrato. A pesar del asesinato ocurrido hacía tantos años, no creían que tuvieran problemas para vender la casa. Una mezcla de tristeza y culpa la hizo plantearse si estaban haciendo lo correcto al venderla.

No, tenían que hacerlo. No podían quedarse.

Anochecía; el agua de la piscina rectangular era ya una masa negra y los aromas florales de las gardenias, las madreselvas y los rododendros impregnaban el aire. Al final del césped, la entrada a la rosaleda, el rincón favorito de los terrenos para su abuela, estaba envuelta en la oscuridad. Y fue justo allí donde Lana vislumbró un haz de luz.

Parpadeó, dudando de sí misma por un instante.

El huerto de frutales se extendía más allá de la rosaleda, con el sendero serpenteante que conducía a la casa de verano, y al otro lado de las altas vallas que rodeaban la propiedad había un bosque. Las farolas del jardín que en su día iluminaban el camino ya no se utilizaban: Kitty no quería ningún recordatorio del lugar donde había muerto su nieta mayor.

Lana debía de habérselo imaginado. Pero, aun diciéndose eso, estaba segura de haber visto un atisbo de movimiento, una figura escabulléndose entre las sombras.

Un escalofrío helado le recorrió la columna vertebral. ¿Estaba sufriendo paranoia o de verdad había alguien ahí fuera? Nadie tenía motivo alguno para estar por la zona del huerto de frutales.

Se dijo que estaba exagerando, pero eso no impidió que la inquietud se le enroscara en el estómago.

Una parte de ella quería buscar un arma, salir a echar un vistazo y asegurarse de que todo estaba bien. No era una cobarde, pero tampoco era tonta. A su hermana la habían matado en la casa de verano, un lugar donde debería haber estado a salvo. Y aunque

Sebastian Landry estaba en prisión, no debía correr riesgos estúpidos.

En lugar de eso, volvió al interior de la casa y se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas con llave. Luego, con el teléfono bien a mano, subió al piso de arriba y se apostó en el oscuro dormitorio de Camille, desde donde tenía mejores vistas del huerto de frutales. Si había alguien allí abajo, llamaría a la policía.

Observó y esperó; los únicos sonidos provenían del tic-tac del despertador y de su propia respiración pausada. Al final, convencida de que solo era fruto de su desbordante imaginación, se alejó de la ventana.

Era por haber vuelto a aquella casa. Estaba segura. Su mente sencillamente le estaba jugando malas pasadas. Estaba cansada y necesitaba dormir.

Aun así, hizo un último recorrido por el piso de abajo para revisar de nuevo todos los cierres antes de darse una bien merecida ducha. Por fin se metió en la cama y se quedó profundamente dormida en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

Cuando unos chillidos la despertaron, tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Al agarrar el teléfono, vio que era más de la 1:00.

¿Qué demonios?

Y no solo eran chillidos. También había risas.

Lana apartó el edredón de un tirón, frotándose los ojos cansados mientras cruzaba el dormitorio y abría la puerta de golpe. Parpadeó ante la luz cegadora y vio a Ollie intentando torpemente subir las escaleras sin hacer ruido, con Elise colgada de su espalda y con una botella de champán en la mano.

—¿Ollie?

Ambos se giraron hacia ella y Ollie se llevó un dedo a los labios.

—¡Shh!

Aquello hizo que Elise estallara de nuevo en carcajadas.

—Creo que ya la hemos despertado.

Lana volvió al dormitorio de Camille y cerró la puerta de un portazo; se metió en la cama y se tapó la cabeza con la almohada. Tardó una eternidad en volverse a dormir y, cuando al fin lo logró,

sus sueños se llenaron de imágenes de su hermana vestida de rojo, con su melena despampanante al viento, y del desconocido de la linterna que acechaba en el huerto de frutales.

Capítulo 7

Lana pasó la mañana del jueves empaquetando la ropa de su abuela. No resultó una tarea sencilla. A Kitty le gustaba acumular cosas y siempre se mostraba reacia a deshacerse de ellas; además, algunas de las prendas más antiguas evocaban recuerdos tan intensos que avivaban el dolor por la pérdida de su abuela.

Lana intentó ser metódica y no dejar que la mente se le fuera a otra parte. Aliviada cuando al fin terminó, cargó el coche.

—¿Vas al pueblo?

Levantó la vista al oír la voz de Ollie. Estaba de pie en el porche delantero, ya vestido, aunque con aspecto de no estar en su mejor momento. Era la primera vez que lo veía en toda la mañana.

—Sí, ¿por qué?

—¿Me llevas a recoger mi coche? Lo dejé en el restaurante.

Lana reprimió el impulso de negarse, recordando lo desconsiderado que había sido la noche anterior. Sin embargo, no había tenido ocasión de hablar a fondo con él y estaba deseando averiguar qué demonios pasaba entre él y Elise.

—Si te das prisa —le dijo—. Tengo que irme ya.

—Estoy listo.

A solas con él en el coche, recondujo la conversación hacia su prometida mientras conducía, procurando guardarse sus opiniones sobre la mala educación de Elise para no indisponerlo. En su lugar, se centró en detalles concretos: le sorprendió saber que la mujer era originaria de Norfolk, le hizo cierta gracia que Ollie la describiera como una modelo «a la espera de trabajo» y sintió preocupación al descubrir que solo se conocían desde hacía un par de meses.

Ollie estaba siendo un irreflexivo. Era demasiado pronto.

Intentó señalárselo con tacto, pero él se puso de inmediato a la defensiva.

—No te importa con quién salgo ni a quién le pido matrimonio, Lana.

Tenía razón, no era asunto suyo. Pero eso no impedía que se preocupara por él.

Aun así, vio la rigidez obstinada de su mandíbula y lo conocía lo suficiente como para cambiar de tema; al menos por el momento.

—¿Cuánto tiempo te han dado libre en el trabajo?

Él contestó tras pensárselo un instante.

—Puedo tomarme todo el tiempo que necesite —le dijo, y Lana advirtió el tic de su mejilla y su mirada fija en la carretera como señales de que le ocultaba algo.

—Es muy generoso por su parte —tanteó el terreno con cautela —. Pensaba que tu jefe siempre ponía pegas a que te cogieras demasiadas vacaciones.

El tic persistió y el tenso silencio no hizo más que aumentar sus sospechas.

—He dimitido, ¿vale?

—¿Que has qué? —¿Se había vuelto loco? Ollie llevaba años trabajando en el banco.

—Llevaba tiempo queriendo hacerlo, y tampoco es que ahora necesitemos el dinero.

—Que vayas a recibir una herencia no significa que tengas que dejar el trabajo. Madre mía, Ollie —siempre había tenido un punto temerario, pero esto superaba todos los límites—. Y además, todavía no tenemos ese dinero.

—Tengo suficiente para ir tirando. Y, te lo repito, no es asunto tuyo, Lana.

Había adoptado un tono malhumorado y, al ver que se aproximaban al restaurante, Lana puso el intermitente y redujo la velocidad. Sin ganas de dejar las cosas mal entre ellos, sobre todo teniendo en cuenta que aún no habían tenido oportunidad de hablar como es debido sobre la casa ni de hacer planes firmes, dio un paso atrás.

—Tienes razón, no es asunto mío, pero me preocupo por ti —dijo en voz baja—. Y te agradezco que hayas vuelto aquí. Sé que no te ha resultado fácil.

—Estoy bien —su sonrisa desenfadada regresó a su rostro mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla—. No tienes

que preocuparte por mí.

Dicho esto, bajó del coche y a Lana se le cayeron los hombros. Estaba convencida de que las cosas no iban bien, ¿pero qué podía hacer? Si no paraba de insistir, lo único que conseguiría sería distanciarlo aún más. Por el momento, intentó dejar el asunto en un segundo plano y, tras dejar las bolsas de ropa en una de las tiendas benéficas del pueblo, decidió probar suerte en algunas de las tiendas de arte y galerías de la zona para ver si a alguien le interesaba comprar los cuadros de su abuela. Kitty había sido una gran coleccionista de arte y tenía varias obras repartidas por la casa. Lana no tenía sitio para ellas y la única certeza que había sacado en claro de su hermano era que él tampoco quería quedárselas.

Era otra venta a regañadientes que esperaba que no hiciera a su abuela revolverse en la tumba, pero era preferible que fueran a parar a manos de alguien que los supiera apreciar.

El primer sitio donde probó fue Little Picture Shop, y no fue hasta que la mujer sentada tras el mostrador la llamó por su nombre cuando Lana cayó en la cuenta de que la conocía. Trudy Palmer era la hija del antiguo médico de su abuela, quien además había sido uno de los mejores amigos de Kitty.

—¿Lana Hamilton? Oí que habías vuelto. ¿Cómo estás?

—No sabía que trabajabas aquí.

—En realidad, soy la dueña. Siempre fue un sueño para mí poder trabajar con artistas locales —hizo una pausa—. Siento mucho lo de Kitty. Mi padre también. Se conocían desde hacía muchísimos años.

—Gracias. Fue un varapalo para todos.

De adolescente, Trudy había sido reservada y estudiosa, y corrían rumores de que el Dr. Palmer había sido un padre estricto. Ahora no tenía nada de reservada; se mostraba segura de sí misma y elocuente. Incluso la ropa que llevaba favorecía, en lugar de ocultar, su figura alta y tonificada, y su cabello, antaño oscuro, lucía mechas de un rubio miel.

—¿Y qué te trae por mi tienda, Lana? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Buscas algunas obras nuevas para la casa?

—No nos vamos a quedar. Ollie y yo tenemos pensado vender.

—¿En serio?

¿Se lo estaba imaginando o Trudy había sonado un poco crítica, además de sorprendida?

—El sitio es demasiado grande y yo vivo en Cambridge. Ollie está en Londres —odiaba tener que andar justificando la decisión, con un tono a la defensiva—. No podemos quedárnoslo.

—Tranquila. No te estoy juzgando —el rostro de Trudy se suavizó en una sonrisa y Lana comprendió que era su propia culpa la que la llevaba a malinterpretar las cosas.

—Perdona, sé que no. No ha sido una decisión fácil. Me da rabia que la vayamos a vender —admitió.

—A lo mejor es lo mejor. El accidente de Kitty, y por supuesto lo de Camille. Sé que guardas malos recuerdos de este lugar.

Los había, pero Lana no quería recrearse en ellos.

—Así que... ¿qué te parecería comprar los cuadros de mi abuela? —preguntó, decidiendo ir al grano.

—¿Me estás hablando en serio? —Trudy parecía entusiasmada—. Sí, me encantaría echarles un vistazo. —En ese momento sonó el timbre de la puerta y se disculpó mientras un cliente entraba en la tienda—. Echa un ojo por aquí, ¿vale? Enseguida estoy contigo.

Lana hizo lo que le sugería y se acercó a examinar una selección de láminas costeras. Reconoció la playa de Wells-next-the-Sea y las marismas de Burnham Overy Staithe. Impresionantes amaneceres y atardeceres fotografiados por autores locales como Gary Pearson y Lila Amberson, entre otros.

En la siguiente pared predominaba una serie de estudios del natural. Todas eran mujeres desnudas, aunque pintadas con elegante gusto para mostrar la belleza femenina natural en la curva de una espalda o en el cruce de unos tobillos. Solo había un toque de color en cada obra: unos pendientes de esmeralda, un pintalabios rosa, un colgante de rubí o, en el caso de una de las figuras, trazos de pinceladas naranjas que le cruzaban las nalgas. Cada cuadro resultaba sutil, sensual y fascinante.

Lana miró el nombre del artista y se le cortó la respiración.

Xavier Landry.

¿Trudy vendía obras suyas?

Lana sabía que Xav había triunfado como artista, y mentiría si dijera que no lo había buscado en Google a lo largo de los años. Pero él mantenía su vida privada tal cual: privada. Y aparte de sus cuadros, poco se sabía sobre él. Se había marchado del pueblo después de que Sebastian entrara en prisión, pero Lana sabía que su madre, Joanna, seguía viviendo por la zona. ¿Volvía Xav alguna vez a Holt para visitarla? ¿Odiaba Joanna a Lana tanto como su hijo?

—Es un artista brillante, ¿a que sí? —la voz de Trudy interrumpió los pensamientos de Lana, que se apartó de la exposición con cara de culpa, como si la hubieran pillado mirando algo indebido.

Un acaloramiento le subió al rostro.

—Son muy buenos —asintió, satisfecha de haber logrado sonar elogiosa y despreocupada a la vez.

Trudy conocía los detalles. Todos los conocían. Que el chico a quien Lana le había entregado su corazón adolescente era el hermano del hombre que había matado a su hermana. Pero ¿sabía que ahora la odiaba apasionadamente por haberle contado a la policía lo de Sebastian?

Lana agradeció que la conversación volviera a girar en torno a Kitty, y quedaron en que Trudy iría en coche a Mead House la tarde siguiente.

Cuando se giró para marcharse, la puerta se abrió y Lana chocó de frente con el hombre que entraba. Se cruzaron disculpas apresuradas antes de que ella levantara la vista y se quedara helada al encontrarse atrapada por la mirada atónita de unos ojos de color verde tierra.

Era imposible confundir a Xav Landry, aunque hubieran pasado muchos años. La suavidad de la juventud había desaparecido y lo que tenía delante era una versión más madura, pero más perfilada; lucía la mandíbula cubierta por una sombra de barba y finas arrugas extendiéndose desde la comisura de los ojos. Las ondas oscuras de su pelo estaban más desordenadas de lo que recordaba y la simetría perfecta de su rostro se veía quebrada por una nariz ligeramente torcida. La misma que Lana le había roto años atrás.

Durante un instante, se limitaron a mirarse fijamente y Lana intentó poner en marcha su cerebro paralizado.

Habla, joder.

Había tantas cosas que había querido decirle a lo largo de los años... pero en aquel momento, todas las palabras se evaporaron de su cabeza. En su lugar, abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua.

Xav fue el primero en reaccionar; su expresión pasó de la conmoción al horror y luego al asco mientras retrocedía visiblemente con un estremecimiento.

Fue entonces cuando Lana recuperó la voz.

—¡Xav!

Pasó de largo a su lado, adentrándose en la tienda sin pronunciar palabra.

—Xav. Por favor.

Estaba perdiendo el tiempo. Él ni siquiera se lo pensó; en su lugar, se dirigió directamente a Trudy como si Lana ni siquiera estuviera allí. Solo entonces se dio cuenta de que llevaba un lienzo en las manos.

—Llevo esto directamente al almacén de atrás.

Su voz, con apenas un leve matiz de acento que delataba sus raíces francesas, evocó un torbellino de recuerdos, muchos de ellos buenos, pero otros dolorosamente malos; Lana se quedó clavada en el sitio mientras él desaparecía tras la puerta situada detrás del mostrador, sin saber si debía ir tras él e intentar que hablara o si era mejor marcharse.

¿Qué hacía allí? Se suponía que se había mudado lejos. ¿Solo estaba de visita?

Al final, la razón se impuso al corazón, algo que tal vez tuvo que ver con la mirada de compasión que le estaba dedicando Trudy.

Lana no necesitaba lástima y, deseando que se la tragara la tierra, masculló un rápido adiós y abandonó la tienda a toda prisa. Se puso las gafas de sol a modo de parapeto antes de cruzar la calle.

Habían pasado todos esos años y él seguía odiándola. Seguía sin haberla perdonado. ¿Cómo podía ser tan patética como para que su primera reacción al verlo hubiera sido un chispazo de deseo agitándosele en el estómago? Sin embargo, aquel sentimiento no tardó en transformarse en rabia.

¿Cómo se atrevía a culparla a ella? Sí, había declarado en contra de su hermano, pero ¿qué se suponía que tendría que haber hecho: infringir la ley? Y, vale, podía entender que le molestara que ella hubiera tenido cierto papel en el encarcelamiento de Sebastian, pero ¿cómo se atrevía a darse baños de pureza moral cuando había sido su propio hermano el que le había arrancado la vida a su hermana?

Esto era mejor. Canalizar el dolor en rabia resultaba mucho más productivo.

No tenía derecho a juzgarla.

Si no lo hubiera conocido cuando Camille murió, no querría saber nada de él ni de su familia. Lo que había entre ellos se había muerto en el instante en que arrestaron a Sebastian, y nunca podrían volver a ser como antes.

Lana se negó a amedrentarse y volver al coche; mantuvo la cabeza bien alta e intentó ahuyentar de su mente la imagen de Xav mientras dedicaba la siguiente media hora a hacer recados y a curiosear en un par de tiendas de ropa del pueblo. Él no importaba y ya le daba igual lo que opinara sobre ella. Sin embargo, en cuanto regresó al vehículo, el vacío desolador de su corazón volvió a hacer acto de presencia.

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de los ojos que la observaban desde el otro lado de la calle.

Capítulo 8

No se parece en nada a su hermana, al menos físicamente, pero está ahí, en los ademanes, en su postura, en la firmeza de su paso, en la forma de alzar la barbilla. Es una Hamilton y lleva consigo esa misma convicción pagada de sí misma de que es alguien especial.

Su inútil hermano es igual. Su abuela también lo era. Sentada allí, en esa casa enorme alejada del pueblo, alardeando de su dinero e influencia ante todo el mundo mientras juzgaba desde la distancia. Y esa zorra, Camille. Ella era la peor. Una ladrona, una mentirosa y una charlatana. Me revolvía el estómago ver al pueblo llorar su muerte. No tenían ni idea de que su adorada princesa no era tan dulce e inmaculada como intentaba aparentar. ¿Qué habrían pensado de ella si hubieran sabido la verdad? ¿Si se hubieran enterado de que, en realidad, era una guarra de poca monta con la moral de un gato callejero? Hice que confesara, que se arrepintiera de sus pecados, que mostrara su verdadera cara antes de estrangularla hasta sacarle la vida.

Los Hamilton son una enfermedad e infectan a cualquiera a quien tocan; cuanto antes se libre de ellos este pueblo, mejor.

Capítulo 9

Xav sabía que ella volvería tras la muerte de su abuela y estaba al tanto de los rumores de que planeaban vender la casa.

Aquello era bueno; supondría un capítulo de su vida al que por fin podría dar carpetazo. Todo lo que tenía que hacer era pasar desapercibido, centrarse en su trabajo y mantenerse malditamente lejos de Lana y Ollie Hamilton.

En su día habían sido sus mejores amigos, pero de eso hacía ya una vida, cuando todo era diferente. Ahora no tenía ningún deseo de ver a ninguno de los dos, y cuanto antes se marcharan, mejor.

Maldito fuera el destino por entrometerse y poner a Lana en su camino. Había salido esa mañana porque necesitaba comprar unos materiales y le había prometido a Trudy que le llevaría el dichoso cuadro.

Por supuesto, a ella no se le había pasado por alto el intercambio y se había quedado llena de preguntas en cuanto Lana se marchó, metiendo las narices donde no la llamaban. Xav se había disculpado y se había ido tan pronto como pudo.

Hoy en día prefería casi siempre su propia compañía. Y el reducido círculo de amigos y familiares que le quedaban lo mantenía muy cerrado.

Su casa estaba en las afueras de Salthouse, un pueblo erigido sobre la marisma y enclavado entre Cley-next-the-Sea y Kelling. El pajar reformado donde vivía y trabajaba disfrutaba de unas vistas espectaculares del paisaje circundante hasta la línea de costa, además de estar lo bastante alejado de los vecinos como para ofrecerle la intimidad que ansiaba. También estaba lo suficientemente cerca de su madre por si ella lo necesitaba.

No es que ella afirmara que fuera a necesitarlo jamás. Joanna Landry era independiente y se mantenía activa, pero al menos Xav estaba allí si las cosas cambiaban.

Entró en casa, cogió una botella de agua fría del enorme frigorífico de la cocina y subió a su taller, intentando todavía sacudirse la impresión de haber visto a Lana.

Hector estaba tomando el sol en el descansillo, en su sitio favorito frente al ventanal de arriba abajo de la planta superior, con vistas a los campos verdes que descendían hacia las marismas salobres, y sus rayas pardoamarillentas se veían casi rubias bajo la luz del sol que se filtraba. El gato alzó la vista somnoliento al oír el crujido del escalón y Xav se detuvo a mimarlo un poco. Costaba creer que, apenas nueve meses atrás, aquel gordinflón no fuera más que un cachorrito esquelético abandonado en una caja al borde del bosque.

Xav no había querido tener un gato, pero no había podido quitarse de la cabeza a la lastimosa criatura a la que había llevado a toda prisa al veterinario. Cuando, una semana después, llamó para preguntar por él y descubrió que el gato no llevaba microchip y que lo pondrían en adopción, intervino sin pensárselo. Ahora eran compañeros de piso, aunque a veces se preguntaba si en realidad la casa no sería de Hector y él solo un invitado.

La planta superior de la vivienda estaba dividida en dos amplias estancias a las que se accedía desde el descansillo. Una era el dormitorio de Xav; la otra, su taller. Una habitación de techos altos con vigas a la vista e inundada de luz natural.

El taller había sido su prioridad al buscar casa. El dinero ya no era un problema, gracias a un encuentro afortunado recién salido de la universidad con el propietario de una galería con excelentes contactos. Xav había trabajado duro mientras aprendía su oficio, compaginando varios empleos para pagarse las tasas universitarias, sabiendo que su madre no podía permitirse ayudarlo. A su modo de ver, se merecía un poco de suerte.

Sin embargo, nunca la dio por sentada; se dejó la piel y llevó una vida nómada mudándose de ciudad en ciudad, entregándose al máximo a su trabajo y a los compromisos que conllevaba.

Bristol, Londres, Róterdam, París: su hogar había cambiado con más frecuencia que sus novias. Al final, sin embargo, terminó exhausto y, con el anhelo de echar raíces, regresó a Norfolk. Estaba

soltero, era un poco cínico, pero tenía una idea más clara de lo que quería de la vida.

Ahora pintaba sobre todo para sí mismo. Todavía mantenía tratos con un par de galerías importantes, pero, con un saldo bancario más saneado que nunca, podía permitirse el lujo de ser exigente y quería colaborar con tiendas y comercios más pequeños.

Ese taller era su santuario y el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo, y era la única habitación que se había molestado en amueblar con esmero. Un caballete dominaba el espacio, mientras que el resto del cuarto estaba decorado de forma desenfadada con sofás y un par de mesas bajas. De las paredes colgaban algunas de sus obras favoritas. Allí arriba no recibía visitas; de hecho, aquel taller era un lugar sagrado para él y le molestaba que cualquiera pusiera un pie dentro, pero la estancia era grande y sin muebles parecía desolada.

Se quedó contemplando el lienzo en blanco. Un nuevo comienzo, una nueva obra. Las posibilidades eran infinitas y le encantaba ese momento, el primer pincelazo al empezar a contar una historia con sus pinceles.

Por supuesto, ya sabía lo que iba a crear. No tenía sentido luchar contra ello. El impulso era demasiado fuerte. Si cedía ante él, podría cerrarlo en una caja y pasar página de una vez. Este cuadro no estaba destinado a ojos ajenos. Sería una caprichosa satisfacción personal.

Nunca pintaba rostros, pero hoy era diferente y, aunque solo la había visto un instante, ya la tenía grabada en la mente. Los ojos almendrados, casi negros; la boca ancha y expresiva, con el labio superior más carnoso; el pelo oscuro cayendo como una cortina de seda salvaje sobre sus hombros.

Le había dado un vuelco el corazón al verla y, por un instante, se había quedado sin palabras, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera alargar la mano y tocarla para comprobar si era real. Gracias a Dios que no lo hizo. ¿Estaba perdiendo la cabeza?

Durante mucho tiempo le había echado la culpa a Lana Hamilton de lo que le había ocurrido a Sebastian, pero ahora era mayor, probablemente no más sabio, aunque el tiempo al menos le había

enseñado que Lana no tenía la culpa. El único responsable de todo aquel desastre era el propio Sebastian.

Xav no odiaba a su hermano, pero sus emociones estaban divididas, incapaz de reconciliar la imagen del hombre con el que se había criado con la de un asesino a sangre fría. Por supuesto que quería a Seb, pero su hermano parecía no aceptar lo que había hecho y seguía aferrado a la negación.

Durante un tiempo, Xav creyó sus proclamas de inocencia. Lana se había equivocado. Sin embargo, con el tiempo acabó aceptando que las pruebas en contra de Sebastian eran abrumadoras. Había torturado y matado a su novia, y saber aquello le perturbaba la mente. ¿En qué momento su hermano mayor, cariñoso y afable, se había vuelto capaz de cometer semejante acto?

Su madre aún visitaba a Sebastian con regularidad. Aunque Xav estaba muy unido a ella, ella se negaba a dejarse presionar sobre si todavía creía en la inocencia de su hijo. Xav llevaba más de seis meses sin ir a la prisión de Woodhill, y saber que ya le tocaba ir a verlo le pesaba enormemente. Ojalá Sebastian admitiera la verdad para que todos pudieran intentar pasar página.

En cuanto a la rabia que aún sentía cuando pensaba en Lana, nacía de la frustración por la situación más que directamente hacia ella, mezclada con una buena dosis de culpa. No habían sido sus manos las que se cerraron alrededor del cuello de Camille, pero aun así cargaba con un sentimiento de responsabilidad por llevar la misma sangre que su asesino.

Lana no sabía nada de esto y probablemente pensaba que él todavía la odiaba, y resultaba más fácil dejar que lo creyera. Porque no podía estar cerca de ella. Sabía que la locura de aquella situación acabaría por destruirlo.

¿Cómo habían llegado a ese extremo con Ollie y Lana? Su mejor amigo y la primera chica a la que le había entregado el corazón. Los tres habían estado muy unidos de niños, pero ahora eran unos desconocidos.

Xav dejó el pincel y frunció el ceño ante el lienzo mientras echaba mano a la botella de agua.

Lana no había cambiado. Bueno, no mucho. Llevaba el pelo más largo y parecía haber superado su aversión a los vestidos. El encuentro había sido breve, pero en esos escasos segundos de estupefacción se había percatado de todo: el aroma familiar de ella revolviéndole las tripas, su leve ahogo de sorpresa y el conjunto rosa empolvado con estampado de florecillas que llevaba puesto.

Su Lana con un vestido rosa. Le había hecho parpadear dos veces.

Ya no era su Lana, se recordó a sí mismo mientras daba un trago; el agua fría le apaciguó la garganta reseca mientras contemplaba el rostro que había pintado. Estaba lejos de estar terminado, pero ya había capturado el fuego de sus ojos oscuros y sabía que no había perdido la chispa.

La vibración del teléfono rompió el silencio y Xav echó un vistazo a la pantalla, viendo iluminarse el nombre de su amiga Bree. Durante un momento valoró no contestar, pues quería que lo dejaran en paz para rumiar sus pensamientos y trabajar en el cuadro. Sin embargo, Bree era persistente y Xav sabía por experiencia que resultaba más fácil coger la llamada.

—¿Qué pasa?

—En el pub King’s Head. Te veo allí en media hora.

—Estoy trabajando.

Hubo una pausa.

—Oye, tío. He visto a Trudy. Me ha dicho que la zorra de la Hamilton ha vuelto. He pensado que te vendría bien una copa.

A Xav se le tensaron los hombros, pero pasó por alto la pulla contra Lana y restó importancia al encuentro.

—No ha sido para tanto. Era inevitable que nos cruzáramos tarde o temprano.

Bree McCarthy había sido amiga íntima de su hermano y ambos se habían formado juntos como mecánicos. Se había indignado cuando Lana señaló con el dedo a Sebastian, creyendo siempre a pie juntillas en su inocencia, y fue una de las pocas personas del pueblo que lo proclamó a voces.

También había considerado que su deber era asumir el papel de hermana mayor de Xav, algo que en su momento él había

agradecido. A Xav y a su madre algunos vecinos los trataron como apestados tras el asesinato de Camille. Culpa por asociación y todo eso. Y Bree, junto con un par de amigas íntimas de su madre, había estado allí para dar la cara por ellos.

Ahora Xav había vuelto y ya no necesitaba una hermana mayor. Tenía treinta y cuatro años y era perfectamente capaz de librar sus propias batallas, pero no olvidaba cómo Bree había estado a su lado y al de su madre cuando él se marchó, viajando a menudo con ella para visitar a Sebastian. Probablemente era lo más parecido a una mejor amiga que tenía Xav, y sabía que le hacía bien. Aunque a veces era exasperantemente persistente, al menos evitaba que él se encerrara del todo en su caparazón.

—Puede que no haya sido para tanto, pero hace un día estupendo y he cerrado el taller antes de tiempo. Deberías salir. Venga. Una pinta a mediodía.

—Ya he salido antes.

—Te veo en media hora.

Bree colgó antes de que Xav pudiera protestar de nuevo y él se pasó las manos por el pelo, molesto por que lo mandaran y sintiendo todavía más rabia por el hecho de que quizás ella tuviera razón.

Se quedó mirando el lienzo con el retrato de Lana, molesto de que todavía la tuviera metida bajo la piel. A lo largo de los años había habido incontables mujeres. ¿Por qué esta no se le salía de la cabeza?

***

Cincuenta minutos más tarde —había llegado tarde a propósito por pura cabezonería—, se reunió con Bree en la terraza del pub.

Ella había elegido una mesa situada de lleno al sol y se protegió los ojos con la mano al mirar a Xav.

—Aquí está. Por fin aventurándose a salir de casa. Te vendrá bien que te dé un poco el sol en la piel. Pareces un dichoso vampiro.

Qué dura. Xav no estaba tan pálido, pero se imaginó que la camiseta negra no ayudaba.

Dejó su pinta en la mesa y se sentó frente a ella, estirando sus largas piernas.

—Conque te has cruzado por casualidad con Trudy, ¿no?

Llevaba molestándole durante todo el trayecto en coche, sabiendo que las dos habían estado cotilleando sobre su encuentro con Lana.

—Está preocupada por ti. Ha dicho que parecías haber visto a un fantasma.

—Estaba exagerando.

—Dale un respiro. A ella le importas y a mí también. Velamos por ti. Es lo que hacen los amigos.

Era cierto, y era Xav quien le estaba dando demasiada importancia al asunto. Bree tenía razón y Trudy simplemente intentaba hacer lo correcto. Ver a Lana lo había trastocado más de lo que estaba dispuesto a admitir, y aquello no era sano. No después de tanto tiempo.

En lugar de admitir que se equivocaba, cambió de tema, diciéndose a sí mismo que se relajara.

Por suerte, Bree pareció captar la indirecta para no tocar la cuestión, aunque una copa para ella no tardó en convertirse en cuatro, aflojándole la lengua y haciendo que el funesto tema de los Hamilton volviera a asomar la cabeza.

—No estuvo bien lo que le hizo a Seb —reflexionó ella, arrastrando un poco las palabras—. Él no tenía valor para hacerle daño a nadie.

Sebastian Landry era el tema favorito de Bree cuando estaba borracha, y Xav no se molestó en señalar que las pruebas demostraban la culpabilidad de su hermano. Ya habían discutido sobre ello demasiadas veces en el pasado.

En su lugar, se terminó la Coca-Cola por la que había cambiado la cerveza y cogió de la mesa el teléfono y las llaves del coche.

—¿Vas a estar bien para volver a casa andando?

Los bonitos ojos color miel de Bree estaban vidriosos y sus mejillas, sonrojadas. Habían estado sentados al sol, lo cual probablemente no ayudaba al efecto del alcohol.

—Sí, sí, estoy bien.

—Puedo llevarte en coche.

Eso le valió una sonrisa socarrona.

—Eres un buen chico, ¿lo sabías?

Xav sonrió para seguirle el juego. A sus treinta y ocho años, Bree solo era cuatro años mayor que él. Ninguno de los dos era un niño desde hacía mucho tiempo.

—Os quiero a Seb y a ti como a hermanos. No lo olvides nunca. Y haría cualquier cosa por cualquiera de los dos. —Unas lágrimas le brillaron a Bree en los ojos. El exceso de alcohol siempre la ponía emotiva—. Tal vez debería ir en coche hasta Mead House. Decirle a esa zorra engreída que no es bien recibida aquí.

A Xav se le encogió el estómago. De algún modo, consiguió mantener un tono sereno.

—No necesitas hacer eso.

—Pero debería. Por ti, por Seb. Por tu madre. —Él podía oír la pasión y la rabia en su voz mientras hablaba—. Este es vuestro hogar y ella tiene que mantenerse al margen. Dejaros en paz.

—No. De verdad que no deberías. —Esta vez, Xav fue más firme —. Lo de hoy ha sido un encuentro fortuito. Ella... —No fue capaz de pronunciar su nombre en voz alta—. Se ha quedado más conmocionada que yo. La casa va a salir al mercado y pronto se habrá ido. Fuera de nuestras vidas para siempre.

¿Estaba haciéndola entrar en razón? Viendo las pupilas vidriosas de Bree, resultaba difícil saberlo.

—Venga, amiga. Vamos a llevarte a casa.

La rodeó con un brazo y la ayudó a salir tambaleándose del pub, insistiendo en que subiera a su coche a pesar de las protestas de ella. Sobria, era una de las personas más nobles que conocía, pero borracha podía tirar por cualquier lado. Podía ser la persona más alegre del lugar o la más atormentada, lo que a veces sacaba a la luz un lado más oscuro y feo.

Al aparcar frente al edificio donde vivía, Xav ayudó a Bree a subir las escaleras y a entrar en su piso, acomodándola en el sofá y quitándole las botas. Echó un vistazo al llavero del coche de ella, preguntándose si debería esconderlo en algún sitio o llevárselo consigo.

Sin embargo, ella ya había cerrado los ojos y estaba k.o., roncando suavemente.

Xav llenó un vaso grande con agua y lo dejó en la mesa baja a su lado; luego salió del piso, seguro de haber esquivado una mala situación.

Capítulo 10

—Hoy he visto a Lana Hamilton.

Trudy hizo una pausa mientras colocaba las flores sobre la cómoda de su padre y miró hacia el sillón donde él estaba sentado. Él se encontraba sumido en una profunda concentración, frunciendo el ceño ante las páginas de deportes del periódico. Ella le había comprado un Kindle, pero él aún prefería leer las noticias a la antigua usanza, de modo que le daba el gusto y le compraba su periódico de formato grande favorito cada mañana antes de ir a trabajar.

—He dicho que he visto a Lana...

—¡Te he oído a la primera! —espetó Angus Palmer, alzando al fin la vista con el periódico arrugándose entre sus dedos tensos y las oscuras cejas fruncidas en un nudo.

Trudy apenas se inmutó. Hubo un tiempo en que aquel hombre imponente capaz de imponerse como un oso la hacía acobardarse, pero aquellos días habían quedado atrás y el único poder que le quedaba sobre ella era el tono de su voz. Ambos sabían que ella era quien llevaba las riendas, por mucho que a él le gustara alardear.

Si ella se marchaba, él se quedaría solo.

Claro que ella jamás haría algo así. Puede que hubiera fracasado como padre, pero era el único que tenía. La familia era importante para Trudy, y siempre lo había sido. La noticia que habían recibido a principios de año había sido un duro golpe. Estaba decidida a permanecer a su lado.

—Solo estaba comprobando que esos oídos siguen funcionando —bromeó, sonriendo al ver que el ceño de su padre se fruncía aún más—. Pensé que te interesaría. Sé cuánto apreciabas a Kitty Hamilton y a su familia.

Eso le arrancó un gruñido, pero ambos sabían que era verdad.

Su padre se había disgustado al enterarse de la muerte de Kitty y Trudy estaba convencida de que la noticia había influido en el

derrame que sufrió al día siguiente. No había creído que fuera a recuperarse y quizá habría sido más piadoso, sobre todo teniendo en cuenta el otro diagnóstico al que se enfrentaba, que se hubiera apagado en paz. Cuando empezó a recuperar el habla un par de semanas atrás, sorprendió a todo el mundo. Ahora, la única señal reveladora era que arrastraba ligeramente alguna que otra palabra.

Las familias Palmer y Hamilton se remontaban muy atrás, desde que ambas se mudaron al pueblo. No tanto en el caso de la generación de Trudy. Ella nunca había tenido una relación especialmente estrecha con los Hamilton. Pero su abuelo había sido el médico de Kitty Hamilton durante años, y su padre lo sustituyó cuando se jubiló.

Claro que eso había sido antes del accidente.

Los Hamilton no eran los únicos que habían sufrido una tragedia. El accidente de coche que había dejado a Angus sin poder usar las piernas también se había cobrado la vida de Juliet Palmer. Trudy aún era adolescente por entonces y nunca se había recuperado del todo de la pérdida de su madre.

—Lana parece estar bien. Creo que Ollie también ha vuelto —mantuvo un tono neutro—. Mañana por la tarde, cuando cierre la tienda, iré a Mead House. Van a vender los cuadros de Kitty. Pensé que quizá te gustaría acompañarme.

Angus por fin abandonó el periódico.

—Estoy bien aquí.

¿Se equivocaba Trudy o su rostro había palidecido un poco?

—Oh, vamos, papá. Te vendrá bien salir de casa. Que te dé un poco el aire. Y será agradable que veas el lugar antes de que lo vendan. Sé que guardas muchos buenos recuerdos de allí.

—¡He dicho que no! —espetó.

De verdad estaba de un humor de perros, así que decidió no insistir por el momento.

Personalmente, estaba deseando ir, recordando cómo, de niña, se había quedado maravillada ante las enormes habitaciones de techos altos y el brillo de las lujosas lámparas de araña.

Los Palmer siempre habían tenido dinero, pero no estaban a la altura de los Hamilton. Además, Angus siempre había sido

especialmente tacaño. Hasta que Trudy heredó el patrimonio de su abuelo materno no había podido permitirse su pequeña tienda ni ningún artículo verdaderamente lujoso.

Se preguntó de qué humor estaría Lana al día siguiente. Se había quedado conmocionada al encontrarse con Xav. ¿No se había dado cuenta de que él había vuelto a Norfolk? ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que entre Trudy y él había algo más que amistad?

Trudy no sabía si debía decírselo o no. No quería que Xav se enfadara con ella. Sabía que aquella mañana estaba disgustado; el encuentro con Lana lo había cogido desprevenido. Sin embargo, él se negaba a hablar del tema y a Trudy le desagradaba que siguiera apartándola.

Después de que se acostaran juntos, se suponía que las cosas debían avanzar, pero, en lugar de eso, parecía que él intentaba poner distancia entre ambos.

No era culpa de Trudy. En el fondo, lo entendía. A Xav debía de resultarle difícil confiar en las mujeres después de la traición de Lana. Pero Trudy seguiría esforzándose por derribar sus muros. Nunca había estado enamorada, al menos no de una forma tan profunda como aquella. Claro que había tenido novios, pero ninguno la había hecho sentir lo que sentía cuando estaba con Xav. Estaban destinados a estar juntos y, tarde o temprano, él también se daría cuenta.

Aunque al día siguiente iría a Mead House, solo se trataba de negocios. Si llegaba el momento de elegir entre ellos, ella estaba firmemente del lado de Xav.

Capítulo 11

Cuando Lana regresó a la casa, Ollie no estaba y Elise se encontraba junto a la piscina, tumbada en una de las hamacas, vestida únicamente con un diminuto bikini amarillo. Aquella mujer irritante trataba la casa como si fuera una vivienda de vacaciones.

El encuentro con Xav le había apagado los ánimos y no estaba de humor para conversar, así que subió directamente a la planta de arriba. Ya que estaba allí, más valía enfrentarse a la difícil tarea de revisar las cosas de Camille, del mismo modo que había hecho con las de Kitty.

Había recuerdos suficientes para distraerla y, aunque Camille llevaba ausente la mitad de su vida, Lana seguía esperando que cruzara la puerta para reprenderla por fisgonear entre sus cosas. El dolor de su pérdida la golpeó de pronto y con fuerza en las entrañas.

El tiempo había suavizado en gran medida los bordes del duelo y el dolor se había convertido, en general, en una punzada sorda y constante, pero a la que ya se había acostumbrado. En aquellos días podía pensar en Camille sin que esa sensación abrumadora de pérdida amenazara con arrastrarla al fondo; podía concentrarse en los buenos momentos. Sin embargo, de vez en cuando algo la cogía desprevenida y la cruda y amarga certeza de que nunca volvería a abrazar a su hermana ni a oír su risa cantarina se abatía sobre ella con la misma dureza que la primera vez.

Lana no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que saboreó en los labios las lágrimas húmedas y saladas. Se las secó con rabia, avergonzada de que, después de tanto tiempo, un recuerdo pudiera alterarla. ¿Ollie se ponía alguna vez así de sentimental? De nuevo, no era algo de lo que hubieran hablado realmente.

Cuando eran más jóvenes, había sabido captar las emociones de su hermano. Sabía cuándo estaba triste o sentía dolor, y siempre cuándo mentía. Después de la muerte de Camille, fue como si él

hubiera aprendido a cerrarse a ella. A veces eso la hacía sentirse tan sola.

Claro que tenía muchos amigos, y a lo largo de los años había tenido amantes y relaciones más serias, pero ahora que Kitty había muerto, Ollie era su única familia.

De niños eran idénticos y, con el aire marimacho de Lana y su afición por el pelo corto y los vaqueros, había sido difícil distinguirlos.

Ollie había nacido ocho minutos antes, pero Lana era la más responsable. Por supuesto que sabía divertirse, pero, a diferencia de Ollie, también pensaba en los demás y en las consecuencias de sus actos.

En otro tiempo habían estado muy unidos, pero el asesinato de Camille había hecho que se desmoronaran. El abismo que la separaba de su hermano se había ido ensanchando con los años.

Había esperado que la muerte de Kitty volviera a unirlos, pero, con Elise allí, parecía poco probable.

Lana se secó las lágrimas y siguió llenando cajas con las cosas de su hermana. En el cajón inferior de la mesilla encontró el verdadero tesoro. Un libro encuadernado en cuero azul marino que le hizo sentir un nudo en la garganta. Consiguió tragar saliva, sabiendo, antes de abrirlo, exactamente qué era: el diario de Camille.

La caligrafía pulcra y sinuosa de su hermana le resultó inmediatamente familiar, y Lana no estaba preparada para la oleada de recuerdos que despertó. Las páginas amarilleaban ligeramente, pero el diario seguía en buen estado. Pasó unas cuantas, sabiendo que aquel era, sin duda, uno de los objetos que conservaría.

Estaba empezando a cerrar el libro cuando vio algo que sobresalía entre las páginas. ¿Otro trozo de papel? Abrió el libro con cuidado y se encontró en la entrada fechada una semana antes de la muerte de Camille. La página estaba señalada con un recibo de farmacia de las pastillas que Lana sabía que tomaba su abuela. El recibo era reciente, comprendió al ver la fecha: correspondía al día de la muerte de Kitty. Un dolor agudo la atravesó, recordándole una vez más su pérdida reciente. Cuando su abuela había comprado las pastillas, no podía saber que no llegaría a tomárselas. Que su vida

estaba a punto de terminar. Y había pasado aquel último día leyendo el diario de Camille.

¿Tendría aquello alguna importancia?

El pensamiento había surgido al instante, pero Lana comprendió enseguida que también era absurdo.

Estaba intentando unir unos puntos que no tenían conexión. La muerte de su abuela había sido un accidente. Que hubiera estado leyendo el diario de Camille el día que murió no era más que una coincidencia. Además, no había secretos en aquel libro. La policía lo había examinado a fondo antes de devolvérselo a la familia, y el asesino de Camille estaba en prisión. Kitty solo había querido conservar los recuerdos, igual que Lana ahora.

Para que no la interrumpieran, cerró la puerta del dormitorio. Luego se sentó en la cama y fue hasta la primera entrada.

Su hermana había empezado el diario en julio de 2004, por la época en que se involucró con Sebastian Landry. Su romance, secreto al principio, estaba documentado por una adolescente encandilada y perdidamente enamorada.

He ido a la costa con S esta noche y hemos hablado sin parar. Tenemos tantísimas cosas en común. Nos gusta la misma música. Te juro por Dios que casi me muero cuando descubrí que tenía a Jeff Buckley en el reproductor de CD. Y a los dos nos encanta Muse. Tiene muchísima suerte de haber podido verlos como cabezas de cartel en Glastonbury el mes pasado. Ha dicho que quizá el año que viene podamos ir juntos. Dios mío. Ya está pensando en nosotros a largo plazo. Siento que el corazón me va a estallar.

La entrada continuaba explicando más detalles de la velada, algunos bastante explícitos, y Lana se ruborizó mientras pasaba la página.

Era más de lo mismo: la adoración de Camille por su nuevo novio quedaba clara en cada palabra.

Había salido con otros chicos, pero Sebastian parecía ser su primer amor verdadero.

Un anhelo ardió en el interior de Lana al recordar sus propios veranos de adolescente. Los días cálidos y las noches a veces aún más calurosas se fundían unos con otras y parecían no tener fin. La

mayoría estaban llenos de diversión inocente, pero recordaba la emoción que había sentido cuando Xav empezó a mirarla con otros ojos al volver a casa del internado el verano anterior a la muerte de Camille.

Había reparado en cómo se demoraba su mirada y recordaba lo que eso le hacía sentir: una efervescencia que le calentaba todo por dentro. Luego llegó la primera vez que la besó, con cierta timidez, tan distinto del chico bromista y seguro de sí mismo con el que había crecido. Sus labios rozaron suavemente los de ella y le provocaron un cosquilleo. Su romance adolescente había sido perfecto. Hasta que terminó de forma repentina y devastadora.

Intentando apartarlo de sus pensamientos, continuó leyendo.

Camille y Seb habían formalizado su relación. También eran inseparables. Si no estaban fuera, acurrucados en el sofá o pasando el rato junto a la piscina. Cuando la abuela Kitty no estaba, se escabullían hasta el dormitorio de Camille, aunque, a medida que pasaban los meses, empezaron a pasar cada vez más tiempo en la casa de verano.

Lana solía oír a su hermana salir a escondidas cuando creía que todos dormían, y recordaba aquella última noche espantosa. Cómo la habían despertado unos susurros en el exterior y se había asomado a la ventana justo a tiempo de vislumbrar a Sebastian mientras desaparecía en dirección al huerto de frutales.

Por entonces, Lana había creído que eran felices. No supo lo de la pelea que Sebastian había tenido con su hermana aquel último día hasta después de su detención. Varios testigos los habían visto gritándose, antes de que Camille se arrancara el colgante con forma de corazón de la cinta negra que siempre llevaba al cuello. Él se lo había regalado. Se lo arrojó antes de marcharse hecha una furia.

Él había ido allí aquella noche con el collar, sabiendo que pensaba matarla.

Aunque habían podido reconstruir parte de lo ocurrido, nadie sabría nunca cómo habían sido realmente los últimos momentos de Camille, porque Sebastian se aferraba a su negativa y aseguraba que no había estado allí. Dolía que se negara a proporcionar a la familia un cierre.

Lana abrió el diario por la página que su abuela había señalado. La semana en que Camille había muerto. Antes de la discusión, las cosas estaban bien con Sebastian, ¿verdad? Sin embargo, al leer las entradas, comprobó que eran mucho más breves y carecían de la emoción y la pasión de las anteriores. De hecho, apenas se mencionaba a Sebastian.

Camille siempre había estado obsesionada con su diario. Lo llevaba a todas partes y lo protegía como si contuviera mil secretos, pero aquello no era más que una sucesión de cosas anodinas. Documentaba el tiempo, contaba novedades sobre sus amigos e incluso mencionaba lo que había comido. Parecía limitarse a cumplir con el trámite, en vez de revelar sus pensamientos más íntimos como en las primeras entradas. ¿Por qué habían cambiado tanto sus anotaciones? Camille aún debía de estar enamorada de Sebastian, porque Lana la había oído salir a escondidas de la casa para reunirse con él por la noche. Entonces, ¿por qué no hablaba de lo que hacían juntos ni de sus planes de futuro?

Se levantó y se acercó a la ventana, desde donde contempló el extenso césped. Elise seguía junto a la piscina, tumbada ahora boca abajo y absorta en una revista, y Ollie continuaba sin aparecer.

Al fondo del jardín, al otro lado del huerto de frutales, se veía la parte superior de la casa de verano. El lugar donde Camille había pasado sus últimos momentos.

Hasta entonces, Lana se había mantenido alejada, incapaz de enfrentarse a bajar allí.

Quizá había llegado el momento de vencer a sus demonios.

Capítulo 12

Las puertas de la galería del jardín ya estaban abiertas y el calor del sol de última hora de la tarde golpeó a Lana cuando salió. Si Elise estaba despierta, no dio muestras de ello: tenía la cara hundida en la toalla y la revista que había estado leyendo yacía ahora en el suelo. A su lado había un vaso a medio vaciar. Una margarita, a juzgar por el color del líquido y la rodaja de lima que flotaba en el vaso.

Una pequeña radio portátil estaba sintonizada en una emisora que emitía pop hortera de los ochenta. El volumen era bajo, pero Lana alcanzó a oír el estribillo de «Robert De Niro's Waiting», de Bananarama, al pasar.

Mientras cruzaba el patio, la mujer soltó un ronquido poco elegante y Lana dio un respingo, sonriendo para sí. Sospechaba que Elise se moriría de vergüenza si se enterase de que había emitido un ruido tan vulgar.

Al entrar en la rosaleda, el aire estaba impregnado de un aroma dulce y fragante, y un nuevo latigazo de dolor la atravesó. Aquel había sido el lugar favorito de su abuela. Seguía bien cuidado; las plantas y los arbustos formaban un caleidoscopio de colores.

Al internarse en el huerto de frutales, los recuerdos se volvieron más oscuros y una diminuta bola de aprensión se le anudó en el estómago. Se estaba acercando a la casa de verano y no sabía si sería capaz de entrar sola.

Camille llevaba mucho tiempo muerta y su asesino estaba entre rejas. ¿Qué era lo que la asustaba?

Podía entender que a Ollie no le gustara aquel lugar. Para él era peor, porque había sido quien encontró el cuerpo de su hermana. Kitty lo había enviado a buscar a Camille cuando esta no apareció para desayunar. Hasta el día de hoy, nunca había hablado de ello con Lana ni le había contado nada de las sesiones de terapia a las

que asistía. Ella era consciente de su dolor, o al menos lo había sido antes de que él la apartara.

Al principio se había hablado de derribar la casa de verano, pero nunca llegó a hacerse. Kitty se limitó a fingir que no existía. Se había debatido entre no querer aquel recordatorio y saber, al mismo tiempo, que era el último vínculo que le quedaba con su nieta.

Habían dejado crecer el seto, que la ocultaba en su mayor parte, y, aun desde lejos, Lana podía ver que las malas hierbas campaban a sus anchas. El jardinero no tocaba aquella zona en absoluto y, mientras avanzaba con cuidado por el sendero resquebrajado, procurando esquivar los macizos de ortigas, la sombra de los árboles que se alzaban sobre su cabeza no hacía más que intensificar la atmósfera siniestra.

El edificio seguía intacto, aunque la madera, antaño blanca, era ahora de un gris apagado y estaba astillada en algunos puntos, mientras que las ventanas se hallaban cubiertas de telarañas. A pesar del calor de la tarde, la piel de Lana se erizó y se frotó los brazos.

Tan lejos de la casa, con la puerta y las ventanas de la casa de verano cerradas, Camille habría sabido que era poco probable que alguien oyera sus gritos.

El corazón de Lana se oprimió un poco más al imaginar el terror que debía de haber sentido y empezó a desear haberse quedado arriba, en la casa. Allí abajo era más difícil escapar del tormento de su hermana.

Debería marcharse. Buscar al jardinero y preguntarle si estaría dispuesto a despejar la casa de verano. Aunque solo había hablado con él por teléfono, parecía bastante afable.

Pero ¿no le debía Lana a Camille, al menos, echar un vistazo al interior? ¿Ver el lugar donde su hermana había exhalado su último aliento?

Ya conocía la respuesta; sus pies la llevaban hacia delante a regañadientes.

Sus dedos se cerraron alrededor del frío pomo de la puerta y lo bajó, deseando en parte que no se abriera. En otro tiempo la puerta había necesitado una llave, pero llevaba años sin estar cerrada con

llave, y emitió un leve gemido al abrirse. El rancio olor del abandono se desparramó hacia fuera. ¿Cuánto hacía que nadie bajaba allí?

Lana apartó las telarañas de la entrada, odiando la tensión que le agarrotaba los músculos de los hombros. Allí no había nada que temer. Aun así, el paso que dio al entrar fue vacilante.

La mesa y las sillas estaban cubiertas por una densa capa de polvo. Tres, advirtió. La silla en la que había estado sentada Camille hacía tiempo que se la habían llevado. El sofá tenía un desgarrón profundo, el viejo reloj seguía colgado de la pared —aunque las pilas habían dejado de funcionar hacía mucho— y el espejo sobre el escritorio de su abuela lucía una enorme grieta.

Lana miró al suelo; el lugar exacto donde había muerto su hermana resultaba reconocible al instante, incluso a la luz de las sombras. Lo habían fregado a conciencia, dejando la madera con un tono más claro en ese punto en concreto.

Los nudos de sus hombros se tensaron aún más.

No debería haber bajado hasta allí.

Un sonido proveniente del exterior, el crujido característico de unos pasos, hizo que se quedara helada.

¿Sería Elise? A Lana le costaba imaginar a la novia de su hermano bajando hasta allí.

Avanzó a pasos silenciosos hacia la puerta y echó un vistazo fuera; se pasó la lengua por los labios secos mientras recorría con la mirada la zona en penumbra. No había nadie, aunque entre los árboles, la maleza y los arbustos descontrolados, sobraban sitios donde ocultarse.

Más allá del alto seto, divisaba la parte superior de Mead House y se dio cuenta de lo lejos que estaba. De niña, nunca le había importado la gran extensión de los terrenos de la casa, pero es que por aquel entonces aquel lugar le parecía divertido y seguro.

Nadie oyó gritar a Camille.

El inoportuno pensamiento acudió a su mente.

El lugar del asesinato de su hermana la estaba desasosegando. Pero lo cierto es que había oído pasos sin ninguna duda.

Decidida a marcharse, salió de la casa de verano y cerró la puerta.

Antes incluso de que Lana alcanzara el huerto de frutales, un hombre se le cruzó en el camino con una horca en la mano.

Capítulo 13

—¿Lana?

Habló justo cuando ella ahogaba un chillido, y Lana dio un paso atrás con el corazón desbocado en el pecho.

—Soy George. Me llamo George. George Maddox, ¿el jardinero?

Lo formuló como una pregunta, como si ni él mismo estuviera del todo seguro. Sin embargo, Lana había hablado con él por teléfono y reconoció su voz.

—Madre mía, me has pegado un susto de muerte.

—Tú a mí también —George bajó la horca y se pasó una mano nerviosa por el pelo, pareciendo aún más asustado que Lana—. No sabía que habías bajado aquí. Estaba recogiendo por hoy y he oído ruidos. Pensé que alguien se había colado, que estaban robando.

—Perdona —Se detuvo al ocurrírsele algo—. Por cierto, ¿cómo sabes que soy Lana? ¿Cómo sabes que no soy una intrusa?

—Bueno, es que... Puede que te buscara en Facebook después de hablar por teléfono —Lana reprimió una sonrisa al ver cómo sus preocupados ojos se abrían de par en par—. Lo siento.

No quería decirle que no le importaba, pero también mentiría si dijera que nunca había hecho algo así.

—¿Suele colarse la gente? —preguntó en su lugar, cambiando de tema. Al ver su gesto de confusión, se explicó mejor—: Quiero decir, ¿ha habido problemas antes con personas que entran al jardín sin invitación?

—No en los años que llevo trabajando aquí. Aunque de cuando lo llevaba Barney no puedo responder —Su expresión cambió a una de compasión—. Kitty siempre insistió en que no quería que se tocara esta parte del jardín y ella nunca bajaba por aquí. Supongo que por eso me has pillado desprevenido. No pensaba... —Dejó la frase a medias, visiblemente incómodo.

—¿Así que tú tampoco bajas nunca por aquí?

—No —El rostro se le enrojeció de culpa—. Bueno, puede que lo hiciera una vez, y lo siento, sé que no debía haberlo hecho. Tu abuela me pidió que no lo hiciera.

—¿Has estado dentro de la casa de verano?

Pasaron unos segundos antes de que respondiera.

—Eché un vistazo rápido dentro. Pero solo una vez, cuando empecé a trabajar aquí —George puso una mueca—. No lo hice por morbo. Bueno, tal vez un poco. Mierda... piensa antes de hablar, George —Se dio una palmada en la frente—. Lo siento. Fui un desconsiderado y un cotilla. Era tu hermana.

—No pasa nada. De verdad, no importa —Lana lo decía en serio. Agradecía su sinceridad y respetaba su franqueza. ¿Por qué no iba a tener curiosidad?—. Tú no la conocías, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—En realidad no. Barney es mi tío y de chaval lo ayudé un par de veces con los jardines, pero no me acuerdo bien de ti ni de tu hermana. A Ollie sí lo conocía un poco. Jugábamos juntos al fútbol.

—No lo sabía.

—Lamento mucho lo de tu hermana. Y lo de tu abuela también. Siento no haber podido ir a su entierro.

Lana le dio las gracias con un gesto de cabeza.

—Por lo que vale, tu abuela me caía muy bien. Me parecía una mujer muy... guay.

Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios y Lana sintió que empezaba a cogerle simpatía. Quizá fuera la pañoleta que llevaba puesta o su sonrisa torcida y entusiasta, que lo hacía parecer a punto de embarcarse en la búsqueda de un tesoro con un grupo de adolescentes en lugar de disponerse a cortar el césped. A pesar de que el trabajo físico lo mantenía musculado y en forma, tenía una inocencia relajada al estilo de Bill y Ted, y a ella casi le parecía que en cualquier momento soltaría un «¡alucinante!» o un «¡de locos!».

Por el olor a hierba que despedía, comprendió el motivo de que estuviera tan tranquilo y agradeció la lentitud de sus reflejos, que lo había llevado a dudar con la horca.

—¿Cómo vais con la limpieza de la casa?

—Va despacio —admitió Lana—. Es una casa enorme.

George asintió.

—Bueno, si necesitas ayuda para cualquier cosa, aquí me tienes. Además tengo una furgoneta por si tenéis que trasladar muebles o trastos.

—Es muy amable por tu parte.

—Puedo pasarme mañana por la mañana si quieres. Los viernes es mi día libre.

Lana sopesó el ofrecimiento.

—Bueno, si seguro que no te importa...

Le dio las gracias a George y aceptó la propuesta. Mientras él se alejaba para terminar de recoger sus herramientas de jardinería, ella echó un último vistazo a la casa de verano.

No era más que una construcción.

Aun así, al dar media vuelta para marcharse, se le puso la carne de gallina, como si de alguna manera la edificación la estuviera observando.

Capítulo 14

Fue Elise, la prometida de Ollie, quien le abrió la puerta a George a la mañana siguiente. Al principio lució una expresión aburrida, aunque enseguida prestó atención al darse cuenta de quién se trataba.

—¿Qué quieres? —exigió saber con tono altivo.

Era pura fachada; los dos lo sabían. Él la había visto seguirlo con la mirada por el jardín mientras trabajaba, e incluso se había quitado la camiseta en alguna ocasión solo por provocarla.

De niño, George era bajo y flacucho, el típico del que a todos les gustaba mofarse, pero años de trabajo al aire libre lo habían bronceado y le habían esculpido el cuerpo. Cómo habían cambiado las cosas.

La recorrió despacio con la mirada, deteniéndose un instante en su escote. Aunque no se hubiera descarado tanto, habría resultado difícil pasarlo por alto, ya que enseñaba muchísimo.

Aquel gesto le habría valido un guantazo de parte de más de una mujer, pero no de Elise. Ella hacía lo posible por parecer molesta, pero él veía el hambre en sus ojos.

—¿Está Lana por aquí?

La expresión de Elise se endureció.

—¿Para qué?

—Porque he venido a verla —repuso George con una sonrisa socarrona.

Eso le chafó el numerito. Con el ceño fruncido, Elise dio un paso atrás y gritó hacia las escaleras:

—¡Lana! Tienes visita.

Al no obtener respuesta, puso los ojos en blanco con fastidio.

—¡Espérate aquí! —espetó a George, resoplando mientras desaparecía piso arriba.

Él hizo lo que le pedía, siempre educado y atento, sabiendo de sobra qué esperaba la gente de él. Lucía una sonrisa en el rostro

cuando apareció Lana.

—Muchas gracias por ofrecerte a ayudar —Le hizo una seña para que entrara—. Perdona que Elise no te haya hecho pasar. Sube.

George cogió su caja de herramientas y la siguió.

Lana sí era la clase de chica a la que él tacharía de guapa. No era despampanante como la estirada de Elise. Resultaba menos evidente, pero transmitía algo cálido y acogedor. En otras circunstancias, le habría gustado.

No había mentido al decirle que la había cotilleado en Facebook. Lo había hecho, sí, pero no solo después de hablar por teléfono. La había buscado muchas veces a lo largo de los años, recordando su imagen en el entierro de su hermana, con aquella mirada perdida que transmitía dolor e incredulidad. Era tan distinta a Camille que jamás las habría tomado por hermanas. Lana era morena y discreta, mientras que Camille había sido alta y deslumbrante, con su melena pelirroja como el fuego.

Recordaba cómo el pueblo entero se había unido en el duelo, horrorizado por lo que había ocurrido en la puerta de su casa. Aquellas cosas espantosas, como un asesinato, no sucedían en un lugar como aquel.

La ironía del asunto lo hizo sonreír. No tenían ni idea de que había un monstruo caminando entre ellos.

Ollie hizo acto de presencia cuando hicieron una pausa para tomar café. Lana y George estaban sentados a la gran mesa de la cocina, una estancia de estilo algo antiguo que, a pesar de sus dimensiones, resultaba acogedora. El sol de junio se filtraba por los cristales de la puerta del patio y desde allí se veía a Elise tumbada en una hamaca. Habían anunciado lluvia para más tarde esa misma tarde, recordó él con diversión. Aquello enseguida le estropearía la diversión a la muy creída.

Ollie parpadeó un par de veces al ver a George. George se fijó en que iba con el pecho al descubierto, ataviado solo con un pantalón de chándal y con el pelo oscuro despeinado. Acabado de salir de la cama. Vago de mierda.

—No sabía que teníamos visita.

—Estabas durmiendo —señaló Lana con sequedad—. Este es George. ¿Te acuerdas de él?

Claro que no. George ya lo sabía. Aunque de niños habían coincidido un poco, cuando Ollie y Elise llegaron al principio y lo encontraron en la casa, Ollie no dio la menor muestra de reconocerlo. Por suerte, ese día solo había entrado para usar el baño y llenar su botella de agua, a diferencia de visitas anteriores en las que se había dedicado a fisgar entre las cosas de Kitty y a quedarse con alguna moneda suelta que encontraba por ahí. Había sido fácil hacer pasar su presencia por un simple trabajo de supervisión de la casa.

—Sí, claro. ¿El jardinero?

—¿No os conocíais también de niños?

—¿Ah, sí? —Ollie miró a George con desconcierto.

—Sí, pero de eso hace mucho.

Ollie Hamilton había sido uno de los chicos populares. Un engreído consentido, recordó George. No era de extrañar que tuviera mala memoria.

—George se ha ofrecido a ayudarme a despejar algunos muebles.

Ollie miró a su hermana.

—Iba a hacerlo yo.

—¿Ah, sí? No me había dado esa impresión.

—¿Por qué te crees que he venido desde Londres? Insististe en que necesitabas mi ayuda.

George dio un sorbo a su café y se mantuvo en silencio mientras evaluaba la relación entre ambos. Había pensado que la muerte de Camille los habría unido más, pero parecía ser todo lo contrario.

Eran gemelos y se apreciaba un gran parecido. La misma estructura ósea y los mismos ojos oscuros. Los de Lana echaban chispas de rabia en ese momento.

—La mitad de la casa es tuya, Ollie. Es la mitad de tu responsabilidad.

—Ya lo sé. Me lo has recordado suficientes veces —Volvió a mirar a George, con el ceño fruncido y entornando los ojos—. La verdad es que me suenas. Jugabas al fútbol con nosotros, ¿verdad?

Así que el cabrón sí se acordaba de él.

—Sí, a veces.

Ollie asentía ahora, como si todos los recuerdos le vinieran de golpe.

—Te has quitado las gafas. Por eso no te he reconocido. George Maddox. Sí, me acuerdo —Le estrechó la mano con fuerza a George, de pronto todo sonrisas y olvidada ya su rabia con Lana—. Este tío era un empollón de cuidado, siempre con las gafas cayéndosele de la nariz —le dijo a ella—. Lo poníamos de portero solo para reírnos. No paraba ni una pelota. Y míralo ahora, hecho un cachas.

George le reía la gracia y acentuó aún más su boba sonrisa. Le daría a ese imbécil el títere atontado que quería. Arrimaría el hombro al papel. Veía que Lana estaba avergonzada por la forma en que Ollie lo describía. Debía de ser un asco tener a un capullo tan insensible por hermano.

—He quedado mañana por la noche con unos colegas en casa para jugar al póker. Deberías venir —sugirió Ollie.

—¿De verdad? —Eso lo pilló descolocado sinceramente.

—¿En serio? —Lana sonó igual de sorprendida.

Ollie la ignoró y se dirigió a George:

—Sí, claro que sí. Estaría bien ponernos al día.

Vaya, aquello sí que era un giro inesperado. Invitado a jugar al póker con Ollie Hamilton.

Acercarse a él no era algo malo. Le facilitaría vigilar de cerca sus pasos.

—En principio me va bien, pero ¿te lo puedo confirmar luego?

—Claro que sí. Toma, te doy mi número.

Lana observaba la escena visiblemente irritada, y George supo que debía tener cuidado para no perder tampoco su simpatía. Se disculpó mientras la seguía de vuelta escaleras arriba, dejando a Ollie en la cocina.

—Siento lo de antes. Espero que no te moleste que me haya invitado.

—No pasa nada —dijo ella en cuanto estuvieron de vuelta en el dormitorio de Kitty—. Solo me ha pillado por sorpresa lo de la partida de póker. Siento que te hayas visto envuelto en nuestros trapos sucios ahí abajo.

George se encargó de quitarle importancia con un gesto de hombros. Él tenía un hermano mayor, aunque no llevaran la misma sangre. Uno que le había hecho la vida imposible durante la adolescencia, hasta que él se había ocupado del asunto. Seguían sin llevarse bien, aunque al menos ahora él llevaba las de ganar. Sí, entendía demasiado bien lo que eran los dramas familiares.

—No te preocupes. Para ser sincero, me ha sorprendido que tu hermano se acordara de mí. Como ha dicho, yo era un poco empollón por aquel entonces. Tampoco jugaba mucho al fútbol con ellos. Casi siempre me limitaba a mirar. Él era íntimo de Xav Landry. Siempre iban juntos a todas partes, los inseparables Ollie y Xav, lo recuerdo perfectamente.

Mencionó el nombre de Xavier Landry en la conversación como quien no quiere la cosa, atento a la reacción de Lana. Su mujer, Chloe, decía que padecía del síndrome de hablar más de la cuenta. Lo que ella no sabía era que, la mayoría de las veces, lo hacía adrede.

Supo que había tocado un punto sensible por la tensión en la boca de Lana. Su rostro palideció.

Bien jugado, George. Ahora vuelve a ganártela.

—Mierda. Lo siento, Lana. No pretendía mencionarlo.

—No has hecho nada malo. De verdad. Xav era el mejor amigo de Ollie. Y también el mío. Él no tiene la culpa de... lo que pasó.

Se quedaron en silencio unos instantes y George se terminó el café, sin dejar de fingir que estaba aturullado e incómodo por su supuesta metedura de pata.

—Ha vuelto al pueblo. ¿Aún mantienes la relación con él? ¿Con Xav?

La pregunta de Lana lo pilló desprevenido. Había dado por sentado que ella no querría hablar de Xav para nada.

—Bueno, sí, supongo que un poco. Le paga a mi Chloe para que vaya a limpiar a casa de su madre.

Hubo una pausa.

—¿Cómo está Joanna?

Aunque le sorprendió un poco aquella ráfaga de preguntas, George intentó no demostrarlo. ¿Estaría buscando información?

Decidió responder con la verdad y ver adónde lo llevaba.

—Tiene artritis. Chloe dice que por eso Xav volvió a la zona, para estar cerca de ella si lo necesita. Él quería que ella se mudara con él a Salthouse, pero Joanna se empeñó en quedarse en Holt. Es así de independiente. Por eso contrató a Chloe.

Toda una ración de información para que ella le hincara el diente.

—¿Xav vive en Salthouse?

—Sí, compró un pajar reformado a las afueras del pueblo. Un sitio malditamente enorme para que ande un solo hombre dando vueltas, si me preguntas a mí, aunque supongo que parte del espacio es para su taller. Le dijo a Chloe que quería estar cerca de la costa. Creo que se pasa mucho tiempo en la playa.

Lana se quedó en silencio, abstraída en sus pensamientos, y tal vez George debería haber dejado el tema ahí. Pero no pudo evitar ir un poco más lejos; quería sacar el nombre del hombre que ella creía que había matado a su hermana.

—Es un buen tipo. Sabe que Sebastian hizo algo terrible. Le ha resultado difícil lidiar con todo esto.

Lana parecía a punto de comentar algo cuando Ollie reapareció. Una inoportuna interrupción que hizo que George sintiera un chispazo de irritación. Quería ver si Lana seguía tan convencida de la culpabilidad de Sebastian Landry.

Ollie iba ya vestido con vaqueros y una camiseta vieja, aunque seguía despeinado y luciendo un marcado ceño fruncido.

—Bueno, aquí estoy. Listo y dispuesto a ayudar. ¿Qué queréis que haga?

—No hace falta, Ollie. Ya casi hemos terminado aquí.

Ollie asintió, algo contrariado.

—Vale, pues supongo que iré a buscarme una tarea yo solo —Cogió un martillo y un destornillador de la caja de herramientas de George—. ¿Te importa si me pido esto, colega?

¿Así que ahora eran colegas? A George se le erizó la piel, aunque mantuvo un tono sereno.

—Claro, adelante.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lana con recelo.

—Ayudar a despejar la casa. Es a lo que hemos venido, ¿no?

Le dirigió una sonrisa burlona mientras ella negaba con la cabeza y desaparecía de nuevo por el pasillo.

—Por favor, ¡intenta no armar demasiado desorden! —le gritó Lana desde allí.

A juzgar por la escandalera que se organizó minutos después, George sospechó que aquel idiota no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo.

Aunque parecía molesta, Lana se resistió a la tentación de ir a comprobar qué hacía y prefirió quedarse en el dormitorio de Kitty con George, ayudándolo a clasificar qué muebles irían a beneficencia.

Finalmente terminaron y él la siguió a través del descansillo hasta la que había sido la habitación de Camille.

La colorida ristra de palabrotas que Lana le espetó a su hermano nada más cruzar el umbral hizo que George sonriera para sus adentros. Comprendió el motivo un segundo después, al seguirla al interior. La estancia parecía el escenario de una explosión, llena de trozos de madera por todas partes después de que Ollie hubiera destrozado los armarios empotrados.

George se mantuvo a cierta distancia, apoyado en el marco de la puerta, mientras presenciaba cómo se desataba otra discusión.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Intentar ayudar —Ollie hizo una pausa para limpiarse el sudor de la frente—. ¿No era eso lo que querías? ¿Vaciar la casa?

—Esos armarios eran empotrados. Se suponía que se quedaban.

—Bueno, pues no lo sabía. Tampoco es que me hayas dado una lista de lo que se supone que tenemos que hacer aquí. Simplemente te has adueñado de todo, como siempre.

—No me adueño de nada. A ti no te ha interesado el tema hasta ahora.

Lana cruzaba la estancia esquivando los escombros y, aunque George estaba disfrutando de aquel nuevo episodio del espectáculo de los Hamilton, sintió un poco de lástima por ella. Cada superficie estaba cubierta por el caos generado por Ollie.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, agachándose para recoger un diario encuadernado en cuero negro.

A George se le abrieron los ojos como platos de la sorpresa y se le encogió el estómago al verla abrir la portada y hojear las primeras páginas. El diario de Camille era azul marino. Lo sabía porque lo había estado leyendo en sus visitas anteriores.

—Un libro —respondió Ollie, sin aportar gran cosa—. Ya sabes que Camille solía tener un diario.

—Y ese ya lo tengo.

Lana metió la mano en el cajón superior de la mesilla de noche y sacó el diario azul marino. Los sostuvo ambos en alto.

—El azul marino es el suyo —dijo mirando a su hermano—. ¿De dónde ha salido este entonces?

—Del fondo del armario. El panel del suelo estaba suelto y estaba justo debajo —Ollie frunció el ceño—. No entiendo a qué viene tanto drama. ¿Qué más da que tuviera dos?

Él no se estaba dando cuenta, pero George comprendía perfectamente lo que Lana intentaba decir y por qué estaba tan alterada. Uno de los diarios había estado escondido, lo que sugería que Camille quería asegurarse de que nadie lo leyera jamás. Se limpió el sudor que le brotaba en la frente, sabiendo que no se debía al esfuerzo físico, sino al pánico.

Mientras Lana se lo explicaba a Ollie, a George se le tensaron los hombros y una ola de rigidez le recorrió el cuerpo. ¿Por qué había escondido Camille aquel diario?

—Podría darnos alguna respuesta.

Las palabras de Lana hicieron que George se tirara del cuello de la camiseta. De pronto le costaba respirar.

—¿Qué respuestas? No necesitamos ninguna. Los dos sabemos que Sebastian Landry la mató. Está en la cárcel pudriéndose, justo como debe ser.

—Seguimos sin saber qué lo llevó a hacerlo.

—No necesito saberlo. Ya se ha hecho justicia. Déjalo ya, por favor.

—Bueno, pues puede que a ti no te importe, pero a mí sí —replicó Lana con aspereza.

Ollie la miró fijamente durante un instante. —Sabes que también era mi hermana —dijo, y la voz se le quebró en las dos últimas

palabras, revelando una vulnerabilidad que George nunca le había visto. Esperó a que Lana reaccionara, pero ella no lo hizo y, tras una breve pausa, soltó sus herramientas, pasó por encima del desastre que había provocado y salió de la habitación hecho una furia por delante de George.

Vale, aquello era preocupante. George necesitaba saber qué había en ese diario.

Esperó en silencio junto al umbral mientras Lana observaba ambos cuadernos y sopesó su siguiente movimiento. Ella no se lo iba a entregar así como así y, si el diario negro desaparecía hoy, él encabezaría sin duda la lista de sospechosos. Pero si aquel libro contenía de verdad información sobre los últimos días de Camille, tenía que hacerse con él antes que nadie.

—¿Estás bien? —preguntó al final, ganando tiempo—. Puedo irme si quieres y volver más tarde.

Eso estaba bien. Ofrecerse a marchar para no parecer una amenaza.

Ella dio un respingo, como si hubiera olvidado que él estaba allí, y le dedicó una sonrisa que pareció forzada.

—No, no te vayas. Y lo siento otra vez. Te prometo que Ollie y yo no siempre estamos a la gresca.

George no se lo creyó, pero sonrió con ella de todos modos.

Observó cómo Lana le daba vueltas al diario entre las manos, como si se tratara de oro en polvo. ¿Una conexión perdida hace tiempo con su hermana difunta, o albergaba la esperanza, como le había dicho a Ollie, de que revelara algunas verdades sobre Camille y lo que ocurrió la noche de su muerte?

El libro había estado escondido bajo las tablas del suelo durante años, lejos de miradas indiscretas, y a George le aterraba pensar qué secretos podían ocultarse entre sus páginas.

Capítulo 15

Lana estaba distraída tras el hallazgo del diario, ansiosa por mirar en su interior, pero aún quedaba trabajo por hacer, entre otras cosas limpiar el desastre que había organizado Ollie.

Él y Elise habían desaparecido camino de alguna parte. Lana no tenía ni idea de adónde. No había visto ni hablado con su hermano desde que había salido hecho una furia de la habitación de Camille, y solo se dio cuenta de que se habían marchado al oír el motor de su coche. A decir verdad, agradecía el descanso.

Por fin ayudó a George a cargar su furgoneta, agradecida de que fuera a llevarle un cargamento al vertedero además de trasladar algunos de los muebles más voluminosos a una de las tiendas benéficas del pueblo. Le compraría una caja de cerveza o una botella de whisky para dárselas en agradecimiento, decidió, justo cuando el corazón se le vino abajo al ver un Range Rover entrar por la entrada para coches.

Reconoció a Trudy Palmer al volante y se dio cuenta de que se había olvidado por completo de que la había invitado a ir para ver los cuadros de Kitty. Ahora mismo no estaba de humor para aquello; quería asimilar lo ocurrido esa mañana y el hallazgo del diario. Sin embargo, era una tarea que había que hacer y Trudy se había tomado la molestia de conducir hasta la casa.

—Hola, Lana —Trudy se había detenido junto a la furgoneta de George y ya se había bajado del coche. Los miró a los dos, con curiosidad, como si esperase que los presentara.

—Conoces a George, ¿verdad? Es nuestro jardinero —se ofreció a explicar Lana.

Hubo una pausa mientras Trudy lo observaba, entornando los ojos antes de sonreír al reconocerlo.

—Sí, creo que fuiste a mi colegio, ¿no?

—Así es.

—Bueno, me alegro de verte de nuevo. ¿Qué tal estás? Ya veo que Lana te tiene ocupado.

—Algo así —George no parecía interesado en charlar frívolamente y volvió a centrar su atención en Lana. Había estado ayudando en la casa durante gran parte del día y ella supuso que estaría deseando ponerse en marcha—. Avísame si necesitas algo más —le dijo subiéndose a la furgoneta. Se despidió de ella levantando la mano a modo de saludo antes de dedicarle un breve e impersonal asentimiento de cabeza a Trudy, para después dar marcha atrás y marcharse.

—Qué hablador —se rio Trudy cuando la furgoneta desapareció de la vista—. ¿Te está ayudando a empaquetar la casa?

—Sí. Está siendo de grandísima ayuda.

Trudy asintió.

—Qué amable por su parte —miró de reojo hacia su Range Rover —. Casi se me olvida. He traído a alguien conmigo. Espero que no te importe.

Lana miró hacia el vehículo y se dio cuenta de que había alguien sentado en el asiento del copiloto. El padre de Trudy.

Había sido uno de los amigos más antiguos de la abuela Kitty, así que se apresuró a acercarse a la puerta del copiloto luciendo una sonrisa dirigida a él.

—Doctor Palmer, ¿cómo está? —preguntó abriendo la puerta—. Siento mucho lo de su ictus.

—Necesita su silla —comentó Trudy, dirigiéndose al maletero.

Trudy y su padre no habían asistido al funeral de Kitty porque el doctor se estaba recuperando de un ictus, y la última vez que Lana lo había visto, justo después de la muerte de Camille, estaba en plena forma. Sabía que había sufrido un accidente de tráfico hacía muchos años, que le produjo una lesión medular y le hizo perder el uso de las piernas. Sin embargo, no estaba preparada para encontrarse con el hombre de aspecto casi frágil que la observaba desde el interior. Su melena, antaño espesa y castaña, era ahora una cabellera canosa, desgreñada y rala, y unas arrugas profundas marcaban su rostro. Debía de rondar los sesenta y cinco años, pero aparentaba bastantes más.

Parpadeó mirando a Lana y las arrugas de su frente se acentuaron.

—Le dije que no quería venir aquí.

Lana no sabía muy bien cómo reaccionar ante aquello y se preguntó cuándo había experimentado el antiguo médico de su abuela semejante cambio de personalidad. Lo recordaba como un hombre educado y simpático, pero ahora parecía sumamente amargado. ¿Acaso era el resultado de llevar casi diecisiete años postrado en una silla y de haber tenido que renunciar a la profesión que amaba?

Agradeció que Trudy se reuniera con ellos.

Tardaron unos minutos en sacarlo del coche. Lana observaba, sin saber si debía ofrecerse a ayudar pero sin querer estorbar. El vehículo de Trudy estaba adaptado: el asiento del copiloto giraba para permitirle pasar a su padre a la silla de ruedas. Aunque el mecanismo hacía gran parte del trabajo, seguía requiriendo fuerza física por parte de Trudy, y aquello hizo que Lana fuera consciente de hasta qué punto la discapacidad marcaba la vida de ambos.

Tampoco ayudaba que el doctor no dejara de refunfuñar y quejarse, y Lana se preguntó por qué Trudy había insistido en traerlo si no quería estar allí.

—Se pasa el día sentado en casa, leyendo el periódico o mirando por la ventana. No es sano para él —confesó Trudy un poco más tarde, mientras estaban arriba mirando los cuadros del descansillo—. Pensé que salir hoy le sentaría bien, pero está tan obstinado como siempre.

Habían dejado al Dr. Palmer abajo, en la galería del jardín, pues Trudy sugirió que tal vez le agradara mirar hacia el jardín; Lana le había preparado una taza de té y le había servido unas galletas en un plato que él había contemplado con desdén.

—Tuvo que ser muy duro para él perder a tu madre y asumir que no volvería a caminar —Lana recordaba que al doctor le apasionaba el deporte. Era un entusiasta del críquet y le gustaba jugar al golf. Tenía que ser frustrante no poder volver a hacer lo que le gustaba.

—Lo es. Hago todo lo posible por cuidarlo, pero puede ser un viejo terco de lo más insoportable. Y, por supuesto, necesita

cuidados adicionales desde el ictus.

—¿Estáis solo vosotros dos? —formuló Lana la pregunta con tacto, pues no estaba segura del estado civil de Trudy. No llevaba alianza y, a juzgar por un par de comentarios que había hecho mientras recorrían la casa, parecía que todavía vivía con el doctor.

Trudy asintió.

—No tiene a nadie más que lo cuide —dijo sin más—. Hemos adaptado la casa y puede hacer algunas cosas él solo, pero depende muchísimo de mí. Xav se porta muy bien con él. Él... —ya fuera porque captó la expresión de Lana o porque decidió que había tocado un tema tabú, Trudy se interrumpió bruscamente—. Este es precioso —comentó cambiando de tema con rapidez, refiriéndose a una acuarela marina colgada en el dormitorio de Kitty.

Lana se esforzó por mantener un tono neutro.

—Era uno de los favoritos de la abuela.

«Xav se porta muy bien con él». ¿Qué significaba exactamente eso?

¿Que Xav era amigo del Dr. Palmer?

¿Que tenía una relación sentimental con Trudy?

Ni siquiera se había planteado si Xav estaba saliendo con alguien. Tampoco es que fuera asunto suyo. Ella solo había vuelto por poco tiempo y, de todos modos, él la odiaba. Con quién saliera o incluso con quién estuviera casado carecía por completo de importancia.

¿Pero Trudy?

Había visto a Xav en su tienda y dio por sentado que estaba allí por trabajo. ¿Se habría equivocado?

Aunque Lana se moría por preguntar, tampoco quería saber la respuesta.

Hasta hacía unas pocas semanas, ella misma tenía pareja. El hecho de estar de vuelta allí, repasando tantos recuerdos y estando soltera en ese momento, la estaba volviendo irracional.

Un estrépito procedente de la planta de abajo interrumpió sus pensamientos.

El doctor. ¿Estaría bien?

Intercambió una mirada con Trudy y ambas salieron corriendo hacia las escaleras.

—¿Papá? —Trudy sonaba presa del pánico mientras bajaba los escalones a toda prisa. Lana la seguía muy de cerca.

Encontraron al Dr. Palmer en el salón; se había desplazado en la silla de ruedas desde la galería del jardín y estaba sentado frente a la repisa de la chimenea, contemplando la foto de los tres hermanos de cuando eran mucho más jóvenes. El otro marco, con la fotografía que se habían tomado aquel último verano, justo antes de que Camille muriera, yacía destrozado en la embocadura de la chimenea.

No lo habría roto a propósito, ¿verdad?

—¿Papá? ¿Qué demonios has hecho? —Trudy sonaba avergonzada mientras se agachaba para recoger los trozos rotos.

—No llegaba bien. Solo intentaba mirar.

—No pasa nada. Ha sido solo un accidente —A Lana se le hizo un nudo en la garganta. Mientras la fotografía estuviera bien, aquello era todo lo que le importaba.

—Te conseguiré un marco nuevo —prometió Trudy mientras su padre la observaba.

—De verdad, no te preocupes. No pasa nada.

El Dr. Palmer se giró para mirar a Lana y durante un instante ella pensó que iba a disculparse, pero entonces le repitió sus propias palabras:

—Solo un accidente.

La sonrisa que le dedicó mientras la atención de Trudy estaba desviada fue ladina y cómplice, y en ese instante Lana se preguntó si habría sido realmente un accidente.

Capítulo 16

La playa siempre había sido el lugar donde iba a reflexionar. Cada vez que Lana estaba estresada, ponía rumbo a la costa para pasear junto al mar. El sonido de las olas rompiendo mansamente en la orilla la calmaba, mientras que la inmensidad del océano siempre le recordaba que ninguno de sus problemas era insuperable.

En esos momentos necesitaba tanto ese espacio para pensar como ese recordatorio, y el hecho de haber elegido Salthouse no era casualidad. La línea costera del norte de Norfolk se extendía a lo largo de más de cuarenta millas y quizás hubiera playas más bonitas: las arenas doradas y los pinares de Holkham o los acantilados de Sheringham y Cromer. Salthouse era más llana, más abierta y tal vez más inhóspita, pero resultaba igualmente impactante y, además, estaba cerca de donde vivía Xav.

Lana intentó no dar demasiadas vueltas a su decisión mientras se adentraba en la carretera de la playa a última hora del sábado por la tarde. El antiguo aparcamiento había quedado enterrado bajo millones de guijarros a causa de una marejada ciclónica unos años atrás, de modo que aparcó en la calzada, dejando bastante distancia entre su coche y los otros seis vehículos, pues el carril era estrecho y maniobrar resultaría complicado.

Al cruzar la cresta donde estuvo antaño el aparcamiento y descender hacia la playa de piedras, sintió que su carga se aliviaba un poco. Se acercaba el anochecer y los chubascos veraniegos que habían descargado a lo largo de la tarde habían cesado por fin, dejando que las nubes oscuras se despejaran. En la siguiente media hora, si tenía suerte, presenciaría una puesta de sol espectacular. Algo que esperaba que la ayudara a levantarse el ánimo.

La playa en sí estaba desierta y, salvo por una pareja a lo lejos, tenía todo aquel tramo para ella sola. Eso le venía de maravilla. No buscaba distracciones, aunque se tomó un momento para apreciar las vistas del pueblo a través de los campos y las marismas. El

pesado avance mientras sus pies crujían contra los guijarros requería esfuerzo, pero eso también era positivo: la hacía sentir. Al igual que la brisa del mar del Norte azotándole el pelo contra la cara. En esos instantes, necesitaba de verdad sentir y despejarse la cabeza mientras intentaba procesar lo que había leído.

El diario.

No había tenido ocasión de examinarlo hasta última hora del viernes. Trudy y su padre no se marcharon hasta pasadas las cinco, y Ollie y Elise llegaron a casa poco después. Ollie le llevó a Lana una porción de tarta de café de una pastelería fina, lo cual ella interpretó como una muestra de reconciliación, aunque él no dijo nada sobre la pelea de antes. Tras decidir dejar el asunto atrás, aceptó el pastel amablemente.

El incidente del doctor con la fotografía la había perturbado un poco, pero intentó quitarse aquello también de la cabeza, deduciendo que el accidente lo había convertido en un viejo cascarrabias. Que hubiera roto el marco a propósito o no era algo de lo que no estaba segura, pero se negaba a entrar en cualquier juego en el que él estuviera metido.

Había acordado un precio con Trudy, que estaba entusiasmada con quedarse con todos los cuadros de la casa, y habían organizado que volvería a recogerlos al cabo de unos días.

Por fin, después de cenar, subió a la planta de arriba y se sentó en la cama de su hermana con el diario en la mano, rozando con los dedos las palabras escritas con caligrafía pulcra mientras Camille explicaba en la primera página las razones para empezar un cuaderno nuevo.

«Ya no puedo seguir guardando lo que siento para mí sola, pero no puedo arriesgarme a escribirlo en mi diario habitual por si cae en las manos equivocadas. Las últimas semanas han sido toda una revelación y, por primera vez en muchísimo tiempo, me siento viva. Este diario es para nosotros, y permanecerá oculto, junto con el resto de nuestros secretos».

Habían pasado horas sin que Lana se diera cuenta, absorbida por las entradas que documentaban el romance secreto de su hermana con un hombre al que solo se refería con la inicial G. Había alguna

mención ocasional a Sebastian, indicado siempre con una S, pero las palabras de Camille dejaban claro que ya no estaba enamorada de él. En un par de entradas, hablaba de romper la relación, aunque por la razón que fuese se había echado atrás a la hora de dar el paso. ¿Sería esa la razón por la que Seb la mató? ¿Porque descubrió que le estaba siendo infiel?

¿Y quién era ese hombre conocido como G? ¿Por qué tenía que mantenerse en secreto su historia de amor?

Sinceramente, Lana no tenía la menor idea de que todo aquello hubiera ocurrido, y cuanto más avanzaba en la lectura del diario, más comprendía y más conmocionada se sentía ante esa cara secreta de la vida de su hermana.

Aquello no era un romance. Era una adicción, una obsesión. Su hermana se había adentrado por un camino oscuro y sus anotaciones se volvían cada vez más detalladas y explícitas, haciendo que su lectura resultara incómoda.

G llevaba las riendas de este asunto; era quien llevaba el mando y fijaba los límites, y estaba claro que, aunque él ansiaba el control, Camille estaba más que dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera.

Lana se había visto obligada a leer algunas líneas por encima, revolviéndosele el estómago al leer sobre la forma animal en que mantenían relaciones sexuales, cómo a G le gustaba marcarla con moratones y mordiscos en zonas íntimas, refiriéndose a Camille como su propiedad y llamándola su «putita perfecta».

Su hermana era inteligente y espabilada, además de hermosa. ¿Por qué se había dejado tratar de esa manera?

Sebastian la adoraba. Era caballeroso y orgulloso al mismo tiempo.

También la había matado.

Tuvieron que ser los celos. Un arrebato de rabia.

La casa de verano es nuestro lugar especial. Es donde jugamos a nuestros juegos, había escrito Camille en aquel diario.

La casa de verano también había sido el lugar especial de Camille y Seb.

Mientras caminaba, Lana recordó la forma humillante en que habían tratado a su hermana antes de morir, cómo su asesino la había degradado escribiendo palabras viles por todo su cuerpo, y pensó en las cosas que a G le gustaba hacer. Los insultos que le dedicaba, cómo le gustaba marcarla y cómo creía que era de su propiedad. Si no supiera la verdad...

No. Sebastian había estado con Camille la noche de su asesinato. Lana lo había visto.

Aquello la estaba trastornando.

Detuvo el paso, recogió un guijarro y lo lanzó haciéndolo rebotar sobre el agua.

Tras leer el diario, le había costado conciliar el sueño y, como resultado, llevaba todo el día cansada. Por suerte, Elise se había marchado a mediados de la tarde, así que era una molestia menos con la que lidiar. Se había ido a pasar unos días con una vieja amiga a Norwich, le había dicho Ollie a Lana cuando esta lo presionó.

Sabiendo que estaban los dos solos, intentó hablar con él sobre el diario y contarle lo que había leído. Su reacción la dejó conmocionada. La cortó en seco, negándose a discutir el asunto y acusándola de remover el pasado. La vida amorosa de Camille era asunto suyo, había estallado fuera de sí, y Lana debía dejar de hurgar en el pasado y dejar descansar en paz la memoria de su hermana.

Parecía que, a pesar de todas las sesiones de terapia, Ollie aún no podía asimilar ni gestionar lo ocurrido, y ella empezaba a temer si haberlo obligado a regresar a Mead House no habría sido una mala idea. Él siempre había sido el más frágil de los dos.

Cuando se presentó Greg Corbett, el primero de sus amigos del póquer, con su sonrisa maliciosa y sus chistes zafios, Lana supo que tenía que salir de la casa y buscar un sitio donde desahogarse. Por eso había ido a la playa, con la esperanza de que un paseo al anochecer junto al bramido del mar le ayudara a despejar la cabeza y a poner en orden las ideas.

Aún no había terminado el diario, resistiéndose a la tentación de saltarse páginas hasta llegar a la última para averiguar si G seguía en la vida de su hermana la noche en que la asesinaron. Todavía

quedaban varias entradas por leer y, aunque sabía que no resultaría una lectura fácil, se sentía empujada a hacerlo. A diferencia de su hermano, ella necesitaba saber toda la verdad.

El cielo se estaba oscureciendo; tonos azul tinta y púrpuras tormentosos era todo lo que iba a ofrecer la noche. Supuso que encajaban con su estado de ánimo.

El chillido de un aguilucho lagunero resonó sobre su cabeza y ella alzó la vista para contemplar su larga cola y la característica forma en V de sus alas mientras se abatía hacia la marisma, sin duda tras haber divisado la cena. Controlado y depredador. Igual que G.

A lo lejos, divisó a un par de pescadores con las cañas echadas. Ambos contemplaban la inmensidad del mar, lo bastante alejados el uno del otro como para sugerir que no iban juntos.

Cada minuto oscurecía más y Lana debería dar media vuelta ya. Aun así, sus pies la llevaban hacia adelante. Todavía no estaba lista para marcharse. Solo unos minutos más.

La brisa se estaba intensificando, un respiro tras los calurosos días recientes, y las olas ganaban fuerza. Más adentro, el agua aparecía oscura, repleta de sombras, pero a medida que la marejada aumentaba, los últimos rescoldos de luz centelleaban sobre la superficie.

Uno de los pescadores estaba recogiendo; le daba la espalda mientras guardaba los bártulos a medida que ella se acercaba. El saludo cordial con el que Lana pensaba dirigirse a él al pasar se le heló en los labios cuando el hombre se erguía y se giraba en su dirección.

—¿Xav?

Lo había pillado desprevenido de nuevo; vio cómo sus ojos se abrían de par en par, perplejos, y se preparó para la misma mirada de repulsión que le había dedicado dos días atrás. Esta vez, sin embargo, él parecía estar más preparado y compuso una expresión neutra en el rostro.

Al principio, pensó que él no iba a hablar y, mientras permanecían allí de pie mirándose recelosamente el uno al otro, Lana intentó ordenar el barullo de palabras que tenía en la cabeza, consciente de

que aquella podía ser la última oportunidad que tendría para intentar arreglar las cosas entre ellos. No podía meter la pata.

—¿Qué haces aquí, Lana? —dijo en voz baja, con un tono casi resignado ante el hecho de tener que mantener esa conversación.

¿Se refería a que quería saber qué hacía de vuelta en el pueblo? Seguro que estaba al tanto de lo de Kitty. Decidió responder a su pregunta de forma literal.

—Necesitaba despejarme. Echaba de menos la playa.

—¿Esta playa?

¿Era una acusación?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Es tan buena como cualquier otra —dijo ella, y al ver que los ojos de él se entrecerraban con suspicacia, añadió rápidamente—: No tenía ni idea de que estuvieras aquí.

La voz de George le vino a la cabeza: Quería estar cerca de la playa. Pasa mucho tiempo allí abajo.

Pero ella no lo había seguido. No esperaba tropezarse con él.

Mentirosa.

Vale, tal vez albergaba esa esperanza, pero no lo esperaba.

—¿Podemos hablar? Por favor.

Él volvió a guardar sus cosas, negándose a mirarla.

—No creo que sea una buena idea.

—Sé que me odias. Lo entiendo. Y dentro de un par de semanas me habré ido. No tendrás que volver a verme jamás. Pero, por favor, no puedo marcharme sin intentar al menos arreglar las cosas entre nosotros.

Xav recogió el equipo de pesca y dejó escapar un resoplido de frustración mientras volvía a mirarla. Con los últimos destellos de luz, las sombras jugaban en su rostro, dándole un aspecto peligrosamente atractivo.

—No te odio, Lana. Es solo que no puedo estar cerca de ninguno de los Hamilton. Y no quiero que intentes solucionar nada. Ya no hay ningún «nosotros». Ya no. Todo este asunto es demasiado jodido para eso. Siento que la cabeza me va a estallar solo de pensarlo.

Sus palabras hicieron que el corazón le diese un vuelco para luego hundírsele en el pecho.

Mientras ella buscaba a toda prisa algo que responder, él asestó el golpe definitivo.

—Te lo pido por favor. Déjame en paz.

Mientras ella abría y cerraba la boca sin atinar a articular palabra, él pasó por su lado y echó a andar por la orilla hacia la entrada del camino de la playa. Lo vio alejarse, notando la rigidez y la tensión en sus anchos hombros. Había sido tan educado... Habría podido lidiar con la rabia y el acaloramiento, pero esa forma tan fría y rotundamente cortés de deshacerse de ella la dejó tambaleándose.

A medida que las sombras se lo tragaban, Lana se dio cuenta de que ella también debía regresar a su coche. Ya solo quedaba un pescador solitario en la playa y podía ver su silueta iluminada por un farol a lo lejos. Apenas contaba con la linterna del móvil y no era buena idea quedarse allí abajo a oscuras. Además, el viento se había intensificado y ya notaba algunas gotas de lluvia en el ambiente.

Aceleró el paso tras Xav, deseosa de no quedarse atrás. El crujido de sus pisadas sobre la playa de gravilla era una señal inequívoca de que lo iba siguiendo, pero él pareció ignorarlo mientras caminaba a paso firme, dedicándole tan solo una rápida mirada de fastidio al acercarse al promontorio pedregoso que conducía a la carretera.

Él había aparcado más cerca de la playa que ella; tiró los bártulos en el maletero y ya estaba dentro del coche antes de que ella lo alcanzara. Una parte de Lana quería hacer un último intento de hablar con él. Le mataba que las cosas quedaran así. Intentó buscar su mirada, pero él arrancó el motor y encendió los faros, asegurándose de que ella no pudiera verlo. Por frustrante que fuera, captó la indirecta.

Para cuando Lana llegó a su propio vehículo, ya llovía con ganas. A sus espaldas, Xav ya estaba maniobrando para dar la vuelta en la estrecha carretera.

Arrancó el motor e intentó avanzar, pero de inmediato se dio cuenta de que algo iba mal cuando al vehículo le costó desplazarse. Dejando el motor encendido, se bajó del coche.

Al hacerlo, Xav pasó zumbando a su lado, demasiado tarde para que ella pudiera hacerle señas. Tampoco es que fuera probable que la ayudase de todas formas.

No pasaba nada. Si había un problema, ella misma lo resolvería. Tenía demasiado orgullo para pedirle ayuda justo después de que él le hubiera dicho que no se le acercara.

Con las luces del coche encendidas, detectó el problema de inmediato. Tenía una rueda pinchada.

Mierda.

No, doble mierda. Estaban las dos deshinchadas.

Llevaba una rueda de repuesto, pero solo una. Y estaba tirada al final del camino de la playa bajo una lluvia torrencial. Parecía que le esperaba una húmeda y aburrida espera hasta que llegara la asistencia en carretera.

Mientras sacaba el teléfono y buscaba el número, arrancó otro motor más cerca de la playa.

¿Sería el otro pescador al que había visto? No lo había oído detrás de ella y le había parecido que se estaba acomodando para pasar la noche.

Se giró hacia el vehículo cuando los faros se encendieron, deslumbrándola, y agitó el brazo tratando de llamar la atención del conductor.

Fuese quien fuese, no parecía haberla visto, ya que no estaba reduciendo la velocidad.

De hecho, estaba acelerando.

Al darse cuenta de que el coche no se iba a detener, Lana intentó apartarse de un salto, pero no fue lo bastante rápida como para evitar por completo el impacto cuando el vehículo le alcanzó la pierna. Su grito rasgó el aire ante el dolor cegador del metal desgarrando la carne.

Capítulo 17

Fue un breve vistazo al retrovisor lo que hizo que Xav redujera la velocidad.

Quizá fuera sensato haber mirado, ya que vio que Lana estaba fuera del coche y, por la forma en que observaba los neumáticos delanteros, supo que algo no iba bien.

No era problema suyo. Tendría que llamar a la grúa.

Eso era lo que le decía la cabeza. Esa parte de él que tomaba decisiones sensatas y, a veces, desalmadas. Y, por supuesto, no pensaba hacerle caso. No quería tener una conversación con Lana, pero tampoco la iba a dejar tirada. Si se marchaba y la abandonaba allí, y le pasaba algo, jamás se lo perdonaría.

Esperaría un minuto antes de dar media vuelta, decidió, solo para asegurarse de que tenía razón sobre lo del coche. No quería que ella se hiciera falsas ilusiones.

Lo que ocurrió a continuación sucedió en cuestión de segundos, sin dejarle tiempo a reaccionar.

Primero vio el segundo par de faros; luego presenció el impacto mientras Lana desaparecía por el borde del camino.

Durante un instante se quedó atónito, casi sin creerse lo que acababa de presenciar, pero de pronto la adrenalina se le disparó y metió la marcha atrás de un tirón.

Mientras reculaba a toda velocidad por el estrecho camino, podía oír el motor del vehículo que la había embestido. Estaba acelerando a fondo. ¿Por qué coño el conductor no se había bajado a comprobar cómo estaba? ¿Acaso la había atropellado a propósito?

Entonces el coche se abalanzó directo hacia él y Xav pisó el freno a fondo. Estaba convencido de que se iban a estrellar, pero de algún modo el coche derrapó a su alrededor y el chirrido de los neumáticos al tomar el desvío hacia la carretera principal a demasiada velocidad hendió el silencio de la noche. Todo ocurrió de forma tan vertiginosa,

con la carretera a oscuras y el deslumbrante brillo de los faros, que se quedó demasiado conmocionado para reparar en ningún detalle.

Con el corazón desbocado, dio marcha atrás a toda prisa durante el resto del trayecto. Tanteando torpemente para soltarse el cinturón de seguridad, estuvo a punto de caerse al salir de la cabina y corrió hacia el vehículo de Lana.

—¿Lana? —¿Dónde coño estaba?

La encontró en la zanja de drenaje que discurría a un lado del camino; los faros la iluminaron en cuanto él rodeó el capó de su vehículo. Saltando al agua, se agachó y la tomó en brazos. Al principio pensó que estaba inconsciente, o incluso muerta, pero entonces la oyó gemir.

—¿Lana? —Apoyó la cabeza de ella en el hueco del codo mientras con la mano libre le sujetaba el rostro y le alzaba la barbilla. Al darle unos golpecitos suaves en la mejilla fría, ella entreabrió los ojos con la cara húmeda y pálida, pero sin signos visibles de contusiones.

—Salté —logró decir ella—. Lo vi venir, pero no fui lo bastante rápida.

—¿Estás herida? —exigió saber Xav.

—La pierna. Me alcanzó la pierna —hizo una mueca de dolor.

Intentó buscar alguna herida, pero resultaba difícil verlo desde la postura en la que estaba.

—¿Crees que puedes ponerte de pie?

—No lo sé. Dame solo un par de minutos.

Ahora le castañeteaban los dientes y su cuerpo temblaba pegado al de él, ya fuera por la conmoción o por el medio metro de agua helada en el que estaban metidos. La lluvia tampoco ayudaba. Tenía que sacarla de allí.

—¿Puedes agarrarte a mí?

Ella asintió y le rodeó el cuello con los brazos mientras él le pasaba la mano por debajo de las piernas para sostenerla. Notó el leve silbido al tomar aire cuando ella se tensó contra su cuerpo, consciente de que intentaba disimular el dolor, y procuró ser delicado al izarla fuera de la zanja.

La posó sobre el arcén de hierba, molesto al ver que ella ya intentaba incorporarse mientras él salía a su lado con dificultad.

—Tranquila, ve con calma.

Esa era la Lana que él recordaba demasiado bien. Siempre intentando echar a correr antes de aprender a caminar.

Ella se sujetaba la pierna derecha y él pudo ver el profundo corte en la rodilla mientras la sangre fresca brotaba entre sus dedos.

Necesitaba conseguir algo para frenar la hemorragia.

—Espérame aquí un momento —le ordenó, apagando el motor del coche de Lana y guardándose las llaves en el bolsillo—. Y no te muevas.

Sonaba como una orden absurda, pero se trataba de Lana Hamilton. Y tenía razón. Lo había ignorado olímpicamente en el escaso tiempo que le llevó ir y volver de su coche: de algún modo había logrado ponerse en pie con una mano apoyada sobre el capó para sostenerse mientras intentaba hacer presión sobre la pierna herida.

—Te dije que no te movieras.

—No creo que esté rota.

—Ese no es el problema —dijo Xav, exasperado.

Le envolvió los hombros con una manta y luego se agachó para examinarle la pierna. El corte no era demasiado profundo, aunque había una cantidad considerable de sangre, así que dobló una toalla y presionó la herida con ella.

—¿Puedes presionar aquí mientras llamo a una ambulancia?

—No necesito ir al hospital. Estoy bien.

Decir que estaba bien era quedarse corto, aunque parecía haber tenido suerte. Por lo que alcanzaba a ver, no tenía más lesiones aparte de la de la pierna. Probablemente algunos raspones y moratones, pero nada que pusiera en peligro su vida. Aun así.

—Te acaba de atropellar un coche. Creo que debe examinarte un médico.

Lana sacudió la cabeza con insistencia.

—Nada de ambulancias.

—Lana...

—¡Por favor! No quiero ir al hospital.

Recordó que les tenía pánico; se había negado a ir a urgencias con ellos cuando él se rompió la nariz, o a visitar a Ollie cuando

tuvieron que ingresarlo para extirparle el apéndice, y había montado un espectáculo dantesco cuando se cayó de un árbol y se dislocó el hombro. La abuela Kitty se vio obligada a llevársela a rastras entre pataletas y gritos.

—Estoy bien —repitió ella—. Además, a quien tenemos que llamar es a la policía.

Tenía razón, aunque él seguía sin estar de acuerdo con su definición de estar bien.

La miró durante un instante. Aún le castañeteaban los dientes, la manta con la que la había cubierto ya estaba humedecida por la lluvia y el pelo le colgaba en mechas empapadas alrededor de los hombros.

La preocupación por las heridas de ella había relegado a un segundo plano el hecho de que alguien lo hubiera hecho a propósito. Tenían que abordar ese asunto, pero los dos estaban empapados hasta los huesos y, estuviera gravemente herida o no, a Lana la había atropellado un coche.

Tomó una decisión.

Unos instantes después, la tenía sentada en el asiento del copiloto con el cinturón abrochado, intentando no darle demasiadas vueltas al hecho de que la llevaba a su casa. Llamaría a la policía desde allí, donde al menos podría conseguirle ropa seca a Lana y curarle la pierna de forma adecuada. Podría haberla llevado directamente a Mead House, pero su casa estaba más cerca del lugar del atropello. Habían cerrado con llave el coche de Lana y ya se ocuparían de él más tarde.

Mientras conducía, no pudo evitar pensar en la fracción de segundo que lo habría cambiado todo. Si se hubiera marchado un instante antes, si no hubiera mirado por el espejo, Lana habría estado sola. ¿Y qué habría pasado entonces? ¿Se habría ahogado en la zanja? ¿El conductor del otro coche se habría quedado para rematar el trabajo? Porque los dos neumáticos de Lana estaban deshinchados, algo demasiado coincidente para su gusto, y el conductor no se había ido de allí de inmediato. No fue hasta que vio a Xav dar marcha atrás cuando salió huyendo a toda velocidad.

Todo había sucedido de manera tan rápida que se maldecía por no haber logrado ver nada claro. Había sido un todoterreno oscuro, pero no se había fijado en la matrícula ni en el conductor. ¿Lo habría hecho Lana? Estaba pálida como un cadáver y aún temblaba; sin duda empezaba a asimilar la magnitud de lo que acababa de ocurrir, así que la pregunta podía esperar.

Le había dicho que no podía tenerla en su vida, pero saber que podría estar muerta en ese mismo instante era como un puñetazo en el estómago, y despertaba muchas preguntas que no estaba preparado para responder.

Si ella se preguntaba a dónde la llevaba, no lo dijo. Él le había prometido que no irían al hospital, ¿así que daba por hecho que la llevaba a casa? Ninguno de los dos había dicho una sola palabra desde que subieron al coche; el murmullo bajo de la radio y el rítmico barrido del limpiaparabrisas contra la lluvia torrencial eran el único ruido mientras ambos procesaban lo que acababa de suceder.

Cuando salió de la carretera para adentrarse en el camino arbolado, le echó una mirada rápida. Ella seguía ensimismada en sus pensamientos y sospechó que tal vez el impacto emocional empezaba a hacer mella en ella.

La ayudó a entrar en su casa, intentando no pensar en todo lo que se interponía entre ellos. Esto era solo algo temporal. Tenía que serlo.

Alguien había intentado matarla.

No era problema suyo. Era un asunto de la policía y, cuanto antes llegaran, antes podría apartarse de aquella situación. Sería mejor así.

Una voz inoportuna le martilleaba la cabeza.

Mentiroso.

Capítulo 18

—¿No ha tenido ningún problema desde que regresó?

Aquello lo había dicho el detective. Galbraith, estaba casi segura Lana de que había dicho que se llamaba cuando se presentó. Le costaba mantener la concentración; habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Su mente se desvió por un instante hacia la figura que creyó haber visto en el jardín la primera noche al llegar. Al volver a una casa cargada de tantos recuerdos, podían haber sido imaginaciones suyas.

—No —le contestó ella, calentándose las manos con la segunda taza de té que le había preparado Xav—. Ninguno.

La primera estaba demasiado dulce y le había costado tragársela. Era para la adrenalina, le había dicho él, insistiendo en que se terminara la taza. Había sido repugnante y ella había protestado a cada sorbo, pero tenía razón: había ayudado y los temblores casi habían remitido del todo. Él había accedido a ponerle menos azúcar en la segunda taza. Mucho mejor.

—¿Y no hay nadie en su vida en Cambridge que le haya estado prestando una atención excesiva o que le preocupe?

Lana se ruborizó al pensar en Matt. Se había disgustado, como era comprensible, cuando ella dio por terminada la relación y parecía costarle aceptar que se había acabado, pero su comportamiento no era irracional. ¿O sí?

—Tenía novio —empezó a decir, consciente de que Xav la escuchaba con atención—. Las cosas se terminaron... Rompí con él.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hará un mes, tal vez.

Galbraith asintió hacia su compañera —Jones, más fácil de recordar— antes de anotar en su libreta.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Se disgustó. Quería que le diera otra oportunidad a lo nuestro.

Aquello sonaba mal. Estaba dejando a Matt a los pies de los caballos, cuando él había reaccionado de un modo totalmente razonable teniendo en cuenta que Lana había roto con él tras seis años juntos. Él pensaba que se casarían, y tuvo que pedirle matrimonio para que ella se diera cuenta de que no quería eso.

—No ha sido él. Es una buena persona y no haría algo así.

Otra mirada entre los detectives dejó claro que no la creían.

Echó otra mirada furtiva a Xav, cuya expresión era minuciosamente neutral. Aquello tenía que ser difícil para él. Se había portado muy bien con ella: le había buscado una sudadera con capucha y un pantalón de chándal, le había preparado aquel té repugnante y, en general, la había cuidado.

Recordó lo que le había dicho abajo, en la playa. Le había dicho que no podía estar cerca de ella y le había pedido que lo dejara en paz. Y sin embargo, allí estaba, en su casa. Le parecía surrealista y le sorprendía un poco que hubiera decidido llevarla allí en lugar de a Mead House.

Después de atenderla y de llamar a la policía, se había ido a cambiar la ropa mojada y ahora estaba sentado en el reposabrazos del sofá donde ella se encontraba, con el pelo oscuro aún húmedo y empezando a rizarse, y una camiseta limpia de manga larga ceñida a su cuerpo esbelto y tonificado. Lo bastante cerca como para no perderla de vista, aunque no era capaz de sentarse en el sitio libre a su lado.

Le estaba muy agradecida por todo, pero sabía que la situación resultaba incómoda para él y se prometió que dejaría de molestarlo en cuanto pudiera.

Por supuesto, tuvo que darles los datos de Matt, únicamente —según le dijeron los detectives— para poder descartarlo de sus pesquisas. Se maldijo a sí misma, deseando no haber dicho nada. Matt no estaba detrás de aquello. Era un hombre bueno y noble, y solo lamentaba haber alargado tanto las cosas entre ellos. Él se merecía algo mejor, de modo que le escribiría un mensaje al llegar a casa para disculparse.

Miró el teléfono y vio que Ollie todavía no había leído el mensaje que le había dejado. Había intentado llamarlo un par de veces, pero

no lo había cogido. Sabía que tenía su partida de póquer y que probablemente estaría borracho, pero no tenía ni idea de lo que había pasado.

Alguien había intentado matarla.

El pensamiento afloró de manera incómoda en su mente, haciéndola estremecerse.

Si Xav no lo hubiera visto... Si no se hubiera detenido...

No, no podía pensar en eso.

—Y recuerde: vaya a Urgencias si empieza a experimentar cualquiera de los síntomas de los que hemos hablado —le recordó Jones poniéndose en pie, mientras los detectives daban por concluido el interrogatorio.

Habían insistido en que fuera al hospital, pero ella se había negado rotundamente.

—De acuerdo —asintió solo para tranquilizarlos. No tenía ninguna intención de ir.

Su miedo a los hospitales se remontaba a sus primeros recuerdos: su madre conectada a tubos y goteos mientras la vida se le escapaba lentamente. Era algo irracional, ella lo entendía. Los médicos y las enfermeras ayudaban a la gente y salvaban muchas vidas. Aun así, no lograba superar su fobia.

Xav lo entendía. Sabía lo que suponía para ella. Siempre lo había sabido.

La puerta se cerró tras los dos detectives y se quedaron solos de nuevo. Esta vez, sin embargo, no había nada de qué ocuparse. Ni llamadas que hacer ni heridas que curar. Nada que distrajera la atención del problema evidente que ninguno de los dos quería abordar.

Tras el atropello, la conversación con Xav se había sentido casi normal, como si estuvieran volviendo a encontrar un ritmo familiar. Probablemente se debía al impacto inicial, que había hecho bajar la guardia a ambos, porque ahora percibía que Xav volvía a estar a la defensiva cuando, con rigidez, le dijo que se pusiera cómoda mientras él recogía las tazas.

Intentó relajarse, moviendo los hombros para quitarse de encima la tensión mientras se concentraba en la respiración. Los

acontecimientos de esa noche la habían aterrorizado y le daba pavor venirse abajo por completo en cualquier momento. Necesitaba mantener el control, al menos hasta llegar a casa.

Intentando distraerse, se fijó en lo que la rodeaba. La casa era una mezcla de estilo moderno y tradicional, de paredes claras, ventanales amplios y vigas de madera oscura. La estructura del antiguo pajar reformado constaba de dos niveles: el piso inferior solo estaba dividido por una bonita escalera central con una balaustrada de hierro forjado negro. Pudo ver a un enorme gato atigrado sentado a mitad de tramo, observándola con curiosidad con unos ojos amarillos muy abiertos. El gato era lo único verdaderamente acogedor de la casa. Todo estaba demasiado ordenado, nada fuera de sitio, y aparte de una vieja fotografía de sus padres en un estante, no había nada personal de Xav allí. Parecía más un piso piloto que un hogar.

Lana podía verlo a través de los barrotes, ocupándose en una cocina elegante y de aspecto caro que parecía usarse muy poco. Todo en negro brillante y cromo reluciente, con encimeras de granito y ladrillo visto en las paredes. Cualquier cosa con tal de no tener que lidiar con ella.

Aquello distaba mucho de la cocina pequeña y acogedora de la casa de su madre. Allí los muebles habían sido baratos y estaban desgastados, y los electrodomésticos funcionaban según les daba, pero Joanna se sentía orgullosa de su hogar y se notaba que estaba lleno de vida. Siempre había flores frescas en el alféizar de la ventana, el delicioso aroma de la comida casera y risas flotando en el ambiente.

A Lana le encantaba que la invitaran a comer o a cenar. Todos se apretujaban alrededor de la mesa con su mantel de cuadros azules, mientras Joanna servía tortitas para el Martes de Carnaval, bollos de Pascua caseros en Semana Santa, y perritos calientes con patatas asadas en la Noche de las Hogueras.

Habían estado en esa cocina cuando se dio cuenta por primera vez de que le gustaba Xav Landry, al pillarlo mirándola mientras las mariposas le revoloteaban desbocadas en el estómago; y más de un año después, había sido en esa misma estancia donde a él se le

había quemado la lasaña que había preparado en un intento de impresionarla. Se preguntó si habrían mejorado sus dotes culinarias. Joanna solía bromear diciendo que, a pesar de ser medio franceses, ninguno de sus hijos valía para la cocina.

Lana miró el teléfono y comprobó que Ollie seguía sin leer su mensaje cuando Xav volvió para reunirse con ella. Mantuvo la distancia, no obstante, como si acercarse a ella pudiera dolerle físicamente.

Se produjo un silencio espantoso que se prolongó demasiado.

—Debería irme. Llamaré a un taxi para no molestarte más.

—Te llevo yo a casa.

Hablaron los dos a la vez y luego se rieron con incomodidad.

—No quiero causarte molestias. Ya te he dado bastantes problemas por hoy.

Xav la observó un instante, aunque no la corrigió.

—Te llevo yo —repitió sin más.

Capítulo 19

Diez minutos después, estaban de nuevo en el coche —por suerte la lluvia había cesado otra vez— soportando otro viaje en silencio, esta vez rumbo a Mead House.

Lana se acurrucó en el asiento, subiéndose la sudadera hasta cubrirse la parte inferior del rostro. Olía a suavizante para la ropa y a otro aroma más familiar que creía perdido hacía tiempo. Xav.

Lo aspiró profundamente, intentando distraerse del dolor punzante de su pierna, y por una fracción de segundo, sintió que todo estaba bien en el mundo.

Lo cual era absurdo, porque las cosas no podían estar peor.

¿Había sido un ataque aleatorio? ¿Acaso había estado en el lugar equivocado, en el momento equivocado?

Las lágrimas le escocieron en los ojos.

No pienses en eso. Todavía no.

Echó una mirada de reojo a Xav, aliviada de que él estuviera concentrado en la carretera y no en ella. Tenía sus propios demonios con los que luchar, y ella notaba la tensión que emanaba de él a medida que se acercaban a la casa de su abuela; la veía en el agarrotamiento de su mandíbula y en el modo en que se le blanqueaban los nudillos al apretar el volante.

Sintió el impulso de alargar la mano y posarla sobre la suya, de decirle que todo saldría bien, aunque fuera mentira, pero temía que él se apartara.

Para cuando él tomó el camino de entrada, esa tensión se le había contagiado a ella y estaba deseando entrar en la casa, agotada de manera extrema y necesitada de su propio espacio. Sin embargo, otra parte de su ser anhelaba conservar esa tenue conexión, a sabiendas de que, una vez rota, Xav desaparecería.

Había tres vehículos en la entrada, lo que indicaba que la partida de póquer continuaba a todo trapo.

Lana reconoció la furgoneta de George. No estaba allí cuando ella se había ido de casa y Ollie estaba convencido de que no aparecería. Simplemente debía de haber llegado con retraso.

Xav detuvo el vehículo delante de la casa, apagó el motor y abrió su puerta.

—No hace falta que te bajes.

O no la había oído o había decidido ignorarla, porque ya rodeaba el coche hacia el lado del copiloto. Su contacto pareció abrasarle el brazo cuando insistió en ayudarla a salir.

—¿Qué coño está pasando?

La voz enfurecida de Ollie resonó en el camino de entrada y Lana miró por encima del hombro de Xav mientras su hermano salía hecho una furia por la puerta principal, abierta de par en par.

—¿Por qué estás con él? ¿Llevas su ropa? ¿Qué cojones pasa, Lana?

Notó que Xav se tensaba, pero aparte de eso no reaccionó.

—He tenido un accidente.

—¿Qué? —Ollie sonaba desconcertado—. ¿Qué accidente?

—No ha sido un accidente. Un coche arremetió contra ella —dijo Xav mirando fijamente a Ollie, con la mano aún en el brazo de Lana. Ella no estaba segura de si la sostenía para protegerla a ella o a sí mismo—. Yo lo vi todo.

—¿Qué? —repitió Ollie, con la boca abierta mientras procesaba las palabras de Xav—. ¿Estás bien? —logró decir al fin, negándose a mirar o dirigirse a Xav.

—Con el susto en el cuerpo, pero dentro de lo que cabe, sí. Te envié un mensaje. También intenté llamarte.

—Estábamos jugando al póquer —dijo avergonzado—. No me enteré.

—No pasa nada, Ollie. Xav me cuidó —se giró hacia Xav—. Gracias por todo.

—De nada.

A regañadientes, rompió el contacto y avanzó hacia su hermano y la puerta abierta de la casa.

Ollie, sin embargo, ya no la miraba a ella; tenía toda la atención puesta en Xav.

—Tú. Mantente bien lejos de mi hermana y de esta casa.

—¡Ollie!

—No es bienvenido aquí.

—Básicamente me acaba de salvar la vida —espetó ella.

—¡Y su hermano mató a la nuestra!

—Déjalo, Lana —dijo Xav con tono cansado, como si no tuviera tiempo ni energía para aquella mierda.

Ya estaba subiendo de nuevo a su coche, ni siquiera le echó una última mirada antes de arrancar el motor, y una punzada de pérdida desgarró a Lana mientras lo veía desaparecer camino abajo.

—Eres un imbécil —dijo dándole un puñetazo a Ollie en el brazo mientras entraba cojeando en la casa—. Después de todo lo que ha hecho por mí esta noche.

Podía ver a sus amigos a través de la puerta abierta del salón; supo que debían de haber oído el alboroto fuera porque la conversación se había detenido y todos miraban en su dirección.

George levantó una mano y Lana le correspondió con un asentimiento de cabeza, pero no se detuvo y subió al piso de arriba, ya que no estaba de humor para charlas de compromiso ni para hablar de lo sucedido.

—¡Lana, espera! —Ollie corría tras ella. Sonaba preocupado—. Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—Vuelve abajo con tus amigos. No tengo ganas de hablar contigo ahora.

—¿Pero deberías estar sola?

—Estaré bien.

—¿Por qué me excluyes así? —Su tono se volvió sarcástico—. ¿Has acudido a Xav Landry en lugar de a mí?

—¿Cómo dices? —Lana pensó por un momento que lo había oído mal. Ya había llegado al descansillo y se giró para encarar a Ollie, que estaba casi arriba del todo—. ¿Que yo te excluyo? ¿Lo dices en serio? Llevas años excluyéndome tú a mí. Y nunca estás cuando te necesito.

—¿Qué?

Parecía sinceramente pasmado. Pues vaya. A lo mejor era hora de decirle cuatro verdades.

—Me acusas de estar siempre encima de ti, pero nunca te pido nada descabellado. Dejo que sigas a lo tuyo, haciendo tus cosas, pensando que quizá algún día agradecerás que yo asuma tus responsabilidades. Pero ¿si te soy sincera? Creo que ni te das cuenta. ¿Y qué puñetero derecho tenías a hablarle a Xav como le has hablado? Él ha estado ahí para mí esta noche, y menos mal. Sin embargo, te importa más mandarlo a la mierda que lo que me ha pasado a mí. Ese coche me embistió y no fue un accidente. El conductor fue a por mí —su voz bajó hasta convertirse en un susurro—: «Intentaron matarme». —Pronunciar aquellas palabras en voz alta hizo que las lágrimas amenazaran con brotar de nuevo—. Camille ya no está, y ahora la abuela Kitty tampoco. Eres lo único que me queda, Ollie. Sé que tienes tu propia vida en Londres y no pretendo formar parte de ella ni quitártela, pero antes estábamos muy unidos —se dio unos golpecitos en el pecho—. Antes te sentía aquí dentro. Ya no reconozco a la persona en la que te has convertido.

Las lágrimas le resbalaban ya por las mejillas y, cuando Ollie intentó cogerle la mano, ella la apartó de un tirón, limpiándoselas con rabia.

—¡Maldita sea, Lana! Vuelve aquí.

Ignorándolo, cruzó el descansillo y le cerró la puerta en la cara cuando él intentó seguirla hasta la habitación de Camille. Necesitaba estar sola y, temiendo que él no lo respetara, echó la llave, negándose a responder a sus súplicas para que lo dejara entrar a hablar.

Ollie resultaba demasiado agotador últimamente. Quizá era ella quien debía cambiar y aceptar que él ya no formaba parte de su vida.

Sentándose en el borde de la cama, se pasó los dedos sobre la herida que le había curado Xav. Le dolía horrores; cada punzada era un aterrador recordatorio de lo sucedido esa noche.

Cogió los analgésicos del cajón de la mesilla de noche y echó un vistazo al diario que había junto a ellos. Estaba demasiado alterada para leer más entradas esa noche.

Los temblores reaparecieron, las lágrimas le brotaban sin control y, tras tomarse las pastillas, Lana se recostó en la cama, se giró para hundir el rostro en la almohada y se dejó llevar por el llanto.

No solía ser de lágrima fácil y, por lo general, afrontaba los problemas de cara, pero esa noche necesitaba permitirse ese momento de debilidad. Alguien había intentado matarla. Cada vez que asimilaba esa idea, se aterrorizaba un poco más.

Había hecho lo sensato. La policía estaba investigando y sabía que se tomaban el ataque en serio. Lana no sabía si había sido fruto del azar o si la habían elegido a propósito, pero en ese momento tenía que confiar en que averiguarían quién estaba detrás y por qué.

La verdad es que esperaba que hubiese sido un encuentro fortuito, aunque eso dificultara la localización del conductor. Si la habían atacado a propósito, lo más probable era que quienquiera que lo hubiese hecho intentara matarla de nuevo. Y eso la aterrorizaba más que ninguna otra cosa.

Capítulo 20

Camille Hamilton fue mi primera víctima, aunque esa no era la intención.

Solo iba a ser una simple lección. Ni más ni menos. La castigaría y saldría con vida. Ese era el plan. Pero no paraba de retorcerse en la silla, suplicándome que no le hiciera daño, y yo podía oler su miedo.

Suena a una estupidez, ¿verdad? No se puede oler una emoción.

Te equivocas.

El denso aire estaba impregnado de su dulce perfume, de su olor corporal y, más tarde, del hedor de sus propios fluidos. Y también estaba cargado de otro aroma almizclado, casi penetrante. Miedo.

Algo hizo clic en mi cabeza mientras me alimentaba del poder que tenía sobre ella, y recuerdo que pensé: Puedo acabar con esto ahora mismo.

Tenía su collar en el bolsillo y pensaba quedármelo. Un recuerdo de mi venganza por las afrentas sufridas. Apenas recuerdo haberlo cogido o haber tensado la cinta, envolviéndosela alrededor del cuello, con el colgante en forma de corazón apretado contra su garganta.

Al principio creo que ni me daba cuenta de lo que hacía, pero luego recobré la cordura y entendí que estaba mal, sabía que si seguía estrangulándola moriría, pero sencillamente no pude detenerme. Quería matarla.

Las acciones espontáneas tienen consecuencias y aprendí por las malas lo peligroso que es. Camille estuvo a punto de ser mi ruina en varias ocasiones.

No me miro al espejo y veo a un asesino. Soy una persona adulta respetable y funcional. Trabajo duro, me preocupo por los demás y creo que soy empática.

De acuerdo, sí, soy una persona metódica y a veces obsesiva, y puedo ser calculadora cuando lo necesito, pero simplemente me veo como alguien que resuelve problemas. Cuando hay un problema,

intento solucionarlo. Es así de sencillo, y si solucionarlo significa acabar con la vida de alguien, lo haré.

Lana Hamilton es una mujer desafortunada. Ha conseguido ponerse en mi punto de mira. Qué mala suerte la suya.

Puede que esta noche haya escapado con vida por los pelos, pero habrá más oportunidades.

De lo que no se da cuenta es de que ahora es un obstáculo en mi camino. Y el problema de los obstáculos es que hay que eliminarlos.

Capítulo 21

Despertar, descansar, dormir, repetir.

Ese fue el patrón que Lana siguió durante los días siguientes, mientras el trauma del atropello le pasaba factura, tanto física como mentalmente. Su cuerpo era un mapa de moratones, adolorido por la caída en la zanja, el corte de la pierna requería analgésicos para calmar el dolor punzante, y su ánimo fluctuaba entre la contemplación y el abatimiento mientras intentaba asumir lo que había pasado.

Le había enviado un mensaje a su exnovio para advertirle de que la policía podría ponerse en contacto con él y para pedirle disculpas. A Matt no le había hecho ninguna gracia y supuso que no podía culparlo. Sin embargo, le dolió que ni siquiera le preguntara si estaba bien.

Había ignorado el consejo del detective Jones de acudir al médico, así que se sorprendió cuando uno fue a verla a ella, después de que Ollie le pidiera un favor a un viejo amigo. Al principio se enfadó con su hermano, pero cuando le dijeron que no había lesiones graves y que bastaría con descansar para curar la herida, se sintió aliviada y agradecida a la vez.

Tuviera que ver o no con la última discusión, Ollie se estaba mostrando algo más atento: le llevaba tazas de té y la tenía en cuenta a la hora de comer. Incluso Elise se había interesado por ella un par de veces para ver si necesitaba algo, aunque Lana sospechaba que lo hacía por compromiso, ya que no se mostraba demasiado amable ni con ganas de quedarse mucho tiempo. Tampoco es que ella deseara especialmente su compañía.

No había tenido noticias de Xav. Eso no la sorprendió, aunque no alivió su sensación de vacío, y, aparte de una llamada de seguimiento de la policía, no le quedó más remedio que ser ella quien llamara para pedir novedades.

Por desgracia, la cosa no pintaba bien. Xav había sido el único testigo y se había centrado más en Lana que en la persona que la había atropellado. Además, la policía había hablado con Matt, que tenía una coartada que lo situaba en Cambridge.

Saber que había alguien ahí fuera con intención de hacerle daño, alguien que podría intentar atacar de nuevo, al principio la asustó, pero a medida que el aburrimiento y la frustración hicieron acto de presencia, su miedo se transformó en una rabia más productiva. No había hecho nada malo, nada que justificase un ataque. No se merecía esto.

El primer día se lo había pasado casi todo el tiempo durmiendo, pero la inquietud la obligó a buscar en qué distraerse. Al principio se mostró reticente a retomar el diario de Camille, sin saber si estaba de humor para leerlo. Sin embargo, no había tantas páginas web que consultar y ya se había devorado las dos novelas de bolsillo que se había llevado.

No dejaba de mirar de reojo el diario hasta que la curiosidad acabó por vencer.

Las entradas eran más de lo mismo y no aportaban nada nuevo en cuanto a contenido, pero lo que resultaba evidente era la creciente obsesión de Camille con G.

A Lana le costaba reconocer a su hermana en aquel diario, pero cada palabra estaba escrita con la caligrafía familiar de Camille. ¿Cómo había podido pasársele por alto semejante cambio?

Sabía la respuesta. Porque por aquel entonces ella también era una adolescente ensimismada en su primer amor.

La historia de amor que había tenido con Xav aquel último verano no se parecía en nada a esto. Había sido algo inocente y vacilante. Incluso dulce. Las palabras de Camille hacían que Lana se sintiera como una voyeur y le revolvían el estómago. Su hermana había estado tan enamorada de Sebastian... ¿Cómo había podido cambiar tan de golpe?

Lana echó la vista atrás hacia el año anterior a la muerte de su hermana, el verano de 2004. Tras años de ser la hermana marimacho, al fin había sentido que conectaban. Había sido el día en que se enteró de que Camille estaba saliendo con Sebastian Landry,

a principios de las vacaciones de verano; Lana y Ollie acababan de volver del internado tras hacer los exámenes de los GCSE, y fue entonces cuando las dos hermanas dieron el primer paso hacia una auténtica cercanía.

Lana recordaba cómo había oído por casualidad a Camille discutir con su abuela en la cocina.

***

—Tienes un futuro brillante por delante —decía Kitty, alzando la voz con enfado—. Te vas a la universidad en septiembre y tienes que centrarte en tus estudios, no en los chicos.

—Puedo seguir estudiando mucho y ver a Seb.

—Deberías mantener tus opciones abiertas. Conocer a gente nueva, hacer nuevos amigos. Se supone que la universidad es la mejor época de tu vida.

—Seb y yo nos queremos.

—Tienes dieciocho años, Camille. No tienes ni idea de lo que significa eso.

Insinuar que Camille no estaba enamorada fue tal vez lo peor que podía haberle dicho a su impetuosa hermana. El genio de Camille podía ser tan fogoso como su pelo pelirrojo, y la discusión subió de tono.

Lana perdió el interés por el programa de televisión que estaba viendo y usó la excusa de coger un zumo del frigorífico para sentarse a la mesa de la cocina. Desde allí podía verlo y oírlo todo.

—Sé que me hace feliz y quiero estar con él. ¿Por qué quieres arruinarme eso? —exigió saber Camille.

—No intento arruinar nada, cielo. Solo quiero que tomes las decisiones correctas. Sé que te hace feliz ahora, ¿pero qué pasará más adelante? Él nunca va a poder darte la vida a la que estás acostumbrada.

—Así que ahí está. Por fin llegas al fondo del asunto.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—A la vida a la que estoy acostumbrada —Camille se puso las manos en las caderas—. Piensas que no es lo bastante bueno para

mí.

—Yo nunca he dicho eso.

—Lo has insinuado. La familia de Seb no tiene mucho dinero. No son lo bastante ricos para ti.

—No he insinuado nada, pero sí, si vamos a ser totalmente sinceras, los Landry son buena gente, pero no se puede negar lo evidente: son pobres. Sé que Joanna trabaja duro para mantener un techo sobre la cabeza de su familia, pero Sebastian y Xavier tienen menos perspectivas que tú. No pueden permitirse ir a la universidad. Mira a Sebastian. No ha tenido más remedio que ponerse a trabajar en un taller mecánico.

—¿Y qué demonios tiene eso de malo?

—¿Cómo va a mantenerte, cómo va a pagarte cosas buenas en la vida?

Camille soltó una carcajada burlona.

—¿En serio? ¿Te estás oyendo, abuela? Estamos en 2004. Pensaba que tenías una mentalidad más abierta. —Levantó la barbilla en actitud desafiante—. A lo mejor la que trae el dinero a casa soy yo. Puedo pagarle yo las cosas buenas a Seb.

Lana escuchaba y daba sorbos al zumo mientras la pelea continuaba, ambas demasiado tercas para dar el brazo a torcer. No se había dado cuenta de que su abuela pensaba eso de los Landry. Xav prácticamente vivía en casa de la abuela Kitty cuando ella y Ollie volvían del internado, y Lana creía que su abuela le tenía cariño. ¿Sentiría lo mismo por él? ¿Que tampoco era lo bastante bueno?

Aquello planteaba un dilema a su joven corazón y al secreto encaprichamiento que sentía por el mejor amigo de su hermano. No había pasado nada, por supuesto. Xav no tenía ni idea de lo que ella empezaba a sentir por él, y Lana antes se moriría que contárselo. Pero saber que la abuela Kitty podría desaprobar cualquier relación no hacía más que añadir un problema nuevo.

La discusión terminó finalmente con su hermana saliendo hecha una furia de la cocina, no sin antes señalar con rabia que ella decidía con quién salía y que su abuela no tenía por qué meterse donde no la llamaban.

Lana dejó pasar un rato antes de seguir a su hermana piso arriba.

Siempre habían sido Camille contra los gemelos. Lana conectaba mejor con su hermano, ya que prefería los juegos más movidos, y apenas se interesaba por la vida de su hermana. Sin embargo, hacía poco le había entrado la curiosidad. A los chicos les gustaba su hermana, pero a ella ni la miraban, y le preocupaba que fuera porque la veían como a uno de los suyos. No solía vestir ni comportarse de forma muy femenina. Camille entendía de moda y de citas, y Lana, que junto con Ollie cumpliría dieciséis años en agosto, intentaba acercarse más a ella.

Llamó con timidez a la puerta del dormitorio de Camille antes de entornarla despacio.

Camille estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, escribiendo en su diario, y alzó la vista con el ceño fruncido y una chispa de mal genio en sus ojos negros.

—¡Fuera de aquí!

Le arrojó un cojín a la puerta y Lana se retiró a toda prisa. De mal humor, se fue a su dormitorio y se dejó caer sobre la cama.

¿Cómo iba a descifrar sola los misterios de gustar a los chicos? No tenía amigas y su abuela no le servía de ayuda.

Al final, Camille fue a buscarla. Lana oyó abrirse la puerta, pero se negó a levantar la vista, y sintió cómo el colchón se hundía cuando su hermana se sentó a su lado. La reconoció por el olor de su perfume.

—Siento haberte gritado.

Lana nunca fue de las que guardaban rencor, así que se giró ante las disculpas de Camille y vio que las pálidas mejillas de su hermana habían perdido el rubor y que su mirada ya no estaba airada.

—¿Qué se siente al besarse con un chico? —preguntó con curiosidad.

Camille la observó durante un instante antes de soltar una risotada encantada.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que hay alguien a quien quieras besar?

Lana se sonrojó intensamente.

—¡No! Solo me lo preguntaba.

¿Lo sabría Camille? ¿Se habría dado cuenta de su secreto enamoramiento? Se moriría de vergüenza si alguien se enteraba. Especialmente Ollie o el propio Xav. ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara?

El corazón le latía a toda prisa bajo la mirada intrigada de su hermana.

Al final, Camille se levantó.

—Venga, vamos.

¿A dónde?

Lana se bajó de la cama y siguió con curiosidad a Camille por el pasillo de vuelta a su habitación.

—Siéntate.

Lana miró el taburete del tocador y dudó un momento antes de hacerle caso. Al mirarse al espejo, Camille se colocó detrás de ella y Lana examinó el reflejo de ambas. No le llegaba ni a la suela de los zapatos a su radiante hermana.

—Eres tan guapa... No me extraña que le gustes a Sebastian.

Los labios de Camille dibujaron una sonrisa complacida.

—Tú también eres guapa, Lana.

—No como tú.

—No, no eres como yo, pero sigues siendo guapa.

Cuando Lana sacudió la cabeza y empezó a apartar la mirada, Camille le sujetó la barbilla y se la volvió a subir. Le pasó los dedos por el pelo corto y oscuro.

—Te queda genial el estilo de Demi Moore y tienes unas facciones estupendas. Solo hay que destacarlas. También los ojos. —Mientras hablaba, giró el taburete para poner a Lana de cara a ella, cogió frascos de maquillaje y brochas, e iba dando suaves pinceladas sobre su rostro—. Creo que deberíamos hacer algo sutil, dejar que tu belleza natural brille.

Lana no tenía ni idea de lo que Camille estaba haciendo, aunque se lo iba explicando a medida que trabajaba, pero estaba disfrutando de aquel momento a solas con su hermana mayor, hablando las dos tranquilamente. Nunca habían hecho nada parecido.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó finalmente Camille, volviendo a girar a Lana hacia el espejo.

Era su propio reflejo, pero de alguna manera se veía distinta. Los ojos más grandes, la piel con un brillo sutil, los labios algo más definidos. Se tocó la cara.

—Es chulísimo.

—Ahora todos los chicos te van a mirar.

—¿De verdad? —Lana no estaba tan segura, pero Camille parecía muy convencida.

—¿Seguro que no hay ninguno que te guste?

El rostro de Xav Landry acudió de inmediato a la cabeza de Lana: sus ojos de color verde oliva centelleando y su amplia sonrisa burlona mientras le tomaba el pelo; sintió que la cara le ardía bajo el maquillaje.

—Nop. Nadie.

Camille sonrió como si supiera la verdad, pero no insistió.

—Pues qué pena. Todo este maquillaje y nadie a quien impresionar. —Le cogió la mano, la hizo levantarse del taburete y la llevó hasta la fila de armarios. Sacó uno de sus vestidos y Lana arrugó la nariz.

—Eso es demasiado cursi.

—Vale, empezaremos despacio. Quítate la camiseta.

Lana obedeció, aunque protestó cuando, en lugar del vestido, le puso una blusa suelta de estilo boho, corta y con delicados tonos florales.

—Tú confía en mí.

Cinco minutos después llevaba puesta la blusa (aunque no le hacía gracia llevar el vientre al aire), un par de pendientes de aro y una gorra de estilo baker boy que no terminaba de convencerla; pero entonces Camille volvió a ponerla frente al espejo y Lana se quedó boquiabierta.

Se veía tan mayor y, si se atrevía a admitirlo, con un toque moderno y atrevido.

—Supongo que está bien —murmuró, sin querer dar a entender que le encantaba.

Seguía llevando el conjunto más tarde, cuando Ollie y Xav regresaron del fútbol. Aunque su hermano se burló de ella sin piedad, Xav se le quedó mirando fijamente al verla, abriendo mucho los ojos.

—Caramba, ¿qué te ha pasado?

—Ha estado jugando a disfrazarse —resopló Ollie.

Aunque Xav se rio y Lana se sonrojó, ella se lo tomó bien, sonriendo para sus adentros de pura dicha cuando, unos minutos después, miró a Xav de reojo y descubrió que la estaba observando.

Creía que su secreto estaba a salvo, pero cuando miró hacia donde su hermana estaba sentada en el sofá leyendo un libro, Camille alzó la vista con una sonrisa pícara y le guiñó un ojo.

***

Había muchísimos recuerdos bonitos de aquel verano, y Lana los achacaba al creciente encaprichamiento que sentía por Xav y a las tímidas señales de que tal vez ella también le gustaba a él. Pero la cercanía con Camille también había influido mucho. Las cosas, sin embargo, habían cambiado al año siguiente, y había hecho falta leer el diario de su hermana y rememorar aquellos últimos meses para darse cuenta de que algo no encajaba del todo.

Lana creía que seguían estando unidas, pero a decir verdad estaba demasiado absorta con Xav. Habían empezado a quedar a solas de vez en cuando sin Ollie, a raíz de un viaje al cine en el que acabaron solo los dos porque Ollie se dio de baja a última hora por un virus estomacal. Su amistad se fue convirtiendo poco a poco en algo más.

Camille y Seb llevaban saliendo un tiempo y Lana había dado por sentado que su hermana era feliz, pero tal vez se equivocaba. Aquel último verano la puerta de Camille siempre estaba cerrada y pasaba mucho tiempo a solas en su habitación. Durante las comidas se mostraba callada y meditabunda, y a menudo lucía una mirada distante y soñadora. Y aunque antes solía ser de lo más cariñosa con Sebastian, había llegado un punto en que Lana raras veces los veía cogerse de la mano o abrazarse.

Por aquel entonces no le había dado mayor importancia, imaginando que simplemente su relación se había asentado, pero si G ya estaba en escena, aquello cambiaba todo el enfoque.

La casa de verano siempre había sido el lugar especial de Camille y Sebastian, pero si iba allí con Sebastian, ¿cuándo y dónde se veía con G? ¿Llegó a llevarlo allí alguna vez o tenían otro sitio?

Le pasó por la cabeza la idea de que tal vez los murmullos que había oído a altas horas de la noche no procedían de Sebastian. Lana había dado por hecho de forma natural que era él, pero quizás Camille se estaba viendo con ese misterioso G.

Salvo aquella última noche, claro. Lana se había despertado al oír voces. Su hermana y Sebastian. Sin duda era Seb, porque se había levantado de la cama y había mirado por la ventana; lo había visto cruzar el césped.

Eso era lo que les había contado a los agentes en su momento, y su declaración como testigo había tenido mucho peso en la condena de Sebastian.

Porque aquella noche era Sebastian quien estaba con Camille. Lo sabía, ¿verdad?

De pronto, ya no estaba tan segura.

Capítulo 22

La noticia del atropello con fuga se había extendido con rapidez, y Trudy se preguntaba si Lana querría aplazar la venta de los cuadros hasta recuperarse.

Aunque, al parecer, solo había sufrido heridas leves, seguramente el incidente le habría pasado factura a nivel emocional. Trudy recordaba cómo había quedado su padre después del accidente de coche. Abatido, alterado e incapaz de concentrarse.

Claro que aquel accidente en concreto le había arrebatado a su madre, así que era natural que le hubiera costado tanto sobreponerse. La situación de Lana era distinta, pero aun así debía de haber sido aterrador para ella saber que el conductor la había atropellado adrede.

Bree McCarthy era quien conocía todos los detalles, porque Xav se los había contado de primera mano, y a Trudy le dolía saber que Xav había acudido a Bree y no a ella.

A veces le resultaba difícil lidiar con la estrecha relación que compartían Xav y Bree y, vale, sí, parte del problema de Trudy era que Bree era una mujer llamativa y sumamente competente. Aunque su relación más reciente había sido con una mujer, Bree era bisexual, y a Trudy la atormentaba a menudo preguntarse si alguna vez había pasado algo entre ella y Xav. Bree insistía en que solo eran amigos, pero ¿estaba diciendo la verdad?

El atropello también debía de haber sido traumático para Xav, sobre todo porque lo había obligado a pasar tiempo con Lana. Una mujer a la que no apreciaba ni quería en su vida.

Por eso le sorprendía que quisiera reparar el coche de Lana.

Se había enterado de que había convencido a Bree para que se encargara del trabajo y se había ofrecido a pagar el coste, aunque Bree no dejaba de refunfuñar mientras lo hacía y aprovechaba para recordarle a Trudy, cuando esta pasaba por allí a verla, que

detestaba a los Hamilton y que Xav estaba como una cabra por querer ayudar a Lana. Lo hacía por él, no por Lana.

—Es demasiado blando y debería apartar de su vida a esa maldita mujer —se quejó Bree.

—No podía dejarla tirada en la carretera —intentó mediar Trudy, un papel que tenía que asumir demasiado a menudo.

—En la zanja.

—¿Perdona?

—Estaba en la zanja. Debería haberla dejado allí para que se ahogara.

La dureza de las palabras de Bree la dejó atónita. Trudy sabía que no soportaba a los Hamilton y que había sido una de las amigas más íntimas de Sebastian Landry. Mejor dicho: que seguía siendo su amiga y una de sus defensoras más acérrimas. Pero no tenía ni idea de que sintiera algo tan intenso contra ellos.

—Lana no ha hecho nada malo —señaló, tratando de mostrarse diplomática.

—¿Nada malo? —Bree le lanzó una mirada dura—. Ella fue quien metió a Seb en la cárcel.

No personalmente, pensó Trudy, pero no lo dijo. No quería discutir. Lana solo les había contado a los agentes lo que había visto.

—¿Y qué hacía él con ella? —preguntó en cambio, procurando mantener un tono desenfadado. Que Trudy supiera, Bree no tenía ni idea de lo que ella sentía por Xav. Nunca habían hablado del tema, y Trudy esperaba que Xav hubiera mantenido la boca cerrada sobre que se habían acostado juntos.

—Al parecer, se la encontró en la playa. A mí me suena a que ella lo estaba siguiendo. Quiero decir, ¿por qué iban a estar allí abajo juntos si no?

Trudy ni siquiera quería plantearse la pregunta. Ya le dolía un poco saber que los dos habían estado juntos, hablando.

¿Xav todavía sentía algo por Lana? Sabía que habían estado juntos de adolescentes, pero de eso hacía años, y su romance había terminado de forma abrupta cuando arrestaron a Sebastian por el asesinato de Camille.

Intentó pensar con lógica y no dejarse influir por las palabras de Bree. Entre Xav y Lana no pasaba nada y, aunque hubieran aclarado las cosas, Lana volvería pronto a Cambridge. Fuera lo que fuese aquella breve conexión, no tardaría en romperse.

Como Lana no la había contactado para cancelar, Trudy decidió dar por hecho que seguía en pie la cita para que ella recogiera los cuadros.

Después de salir del taller de Bree, se detuvo a comprar un colorido ramo de gerberas, rosas y peonías para Lana, antes de conducir hasta Mead House. También llevaba un marco de fotos de repuesto; todavía le mortificaba que su padre hubiera roto el anterior durante su última visita.

Ollie Hamilton abrió la puerta con una expresión impasible y la miró de arriba abajo.

Entonces no se acordaba de ella.

—Hola, soy Trudy Palmer, la hija del Dr. Palmer. ¿Está Lana?

Entrecerró los ojos.

—¿Has venido por los cuadros?

Ni un «hola, ¿qué tal?» ni un «¿cómo está tu padre?». Ollie seguía siendo claramente el mismo capullo despectivo y engreído que recordaba.

Decidida a que no le afectara, Trudy esbozó una sonrisa radiante.

—Sí. ¿Sigue siendo un buen momento para ella? Me he enterado de lo que ha pasado.

Se encogió de hombros y abrió la puerta de par en par.

—Supongo. Pasa. Voy a buscarla.

Ollie desapareció, dejándola sola, y Trudy echó un vistazo alrededor, algo cohibida. No era una mujer insegura, pero aquella casa tenía algo en su tamaño y su imponencia que siempre le recordaba a cuando era niña.

Por aquel entonces, su padre no tardaba en decirle que debía dejarse ver, pero no oírse. Si alguna vez se salía de la raya, el castigo era inmediato. Trudy había aprendido desde muy pequeña que lo más seguro era hacer lo que le ordenaban. No empezó a cuestionar aquella autoridad y a pensar por sí misma hasta más adelante.

—¿Quién eres?

Se volvió al oír el tono cortante y vio que pertenecía a una rubia ceñuda, cuyo bikini quedaba cubierto por una prenda transparente que dejaba poco a la imaginación.

—Trudy Palmer. He venido a ver a Lana.

—Ah.

Era la prometida de Ollie, supuso. Había oído que iba a casarse.

La mujer era guapa, pero fría. Miraba a Trudy como si fuera un trozo de suciedad, y Trudy odió aquella vieja sensación de inseguridad que volvía a bullir en su interior. Le molestaba ser ya una adulta y sentir, aun así, la necesidad de justificarse.

—Ollie ha ido a buscarla. Sabe que estoy aquí.

Las últimas palabras se las dirigió a la espalda de la mujer, que había decidido ignorarla y se alejaba por el pasillo. La ira y la humillación le encendieron el rostro. Elise era tan ensimismada como Ollie, eso estaba claro.

Trudy cambió el peso de un pie al otro mientras pasaban los segundos, un mal hábito que tenía cuando estaba nerviosa y que su padre había intentado quitarle.

Al final oyó que pronunciaban su nombre.

—¿Trudy?

Levantó la vista y vio a Lana bajando las escaleras. Por la forma cautelosa en que caminaba, se notaba que todavía le dolía. Llevaba una camiseta y lo que parecían unos pantalones de pijama, con el pelo recogido hacia atrás en un moño desaliñado, y no tenía aspecto de estar preparada para recibir visitas.

—Lo siento muchísimo, había olvidado que venías hoy.

—Ha sido culpa mía. Debería haber comprobado que seguía viniéndote bien. ¿Quieres que vuelva cuando te encuentres mejor?

—No, por favor. Ya estás aquí y no tengo planes, así que no me importa ir vestida así. —Lana tiró de la camiseta e hizo una mueca.

—Claro que no. —De cerca, Trudy pudo ver las marcas de los moratones: en la frente, la clavícula y los brazos; sin duda habría más bajo la ropa—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un autobús —bromeó Lana, mientras una leve sonrisa le rozaba el rostro.

Al acordarse de las flores y del marco, Trudy se los tendió.

—Te he traído esto y también un marco de repuesto.

—Qué amable. Gracias. ¿Cómo está tu padre?

—Está bien. De verdad que siento mucho lo del otro día.

—No te preocupes, de verdad. ¿Quieres un café?

Cuando Trudy aceptó, Lana la condujo a la cocina. Mientras ponía las flores en agua y preparaba las bebidas, las dos mantuvieron una conversación trivial.

—Entonces, ¿cómo te has enterado de lo que había pasado? —preguntó Lana mientras llenaba las tazas y le pasaba una a Trudy. Hizo una mueca—. Supongo que todo el pueblo lo sabe.

—Bueno, salió en el periódico local. —Trudy siguió a Lana hasta el patio. Desde allí se veía por completo la bonita parte alta del jardín de Kitty, y George trabajaba sin descanso, podando arbustos.

Cuando él levantó la vista hacia ellas mientras Trudy tomaba asiento a la mesa, ella le sonrió. George le lanzó una mirada hostil antes de volver a su trabajo, y Trudy se removió incómoda en la silla.

—¿De verdad salió en el periódico? —La pregunta de Lana volvió a llamar su atención. Parecía estar haciendo una mueca.

—Solo era un artículo breve. Dudo que lo viera todo el mundo. Pero, de todos modos, no me enteré por eso. Me lo contó Bree —admitió.

—¿Bree?

—Es la mejor amiga de Xav. La que se encargó de tu coche.

—¿Lo hizo ella?

¿No lo sabía? Trudy se arrepintió de inmediato de habérselo contado.

—No fue nada del otro mundo. Él sabía que había que mover el coche y Bree es mecánica. Tenía sentido.

—Tendré que ponerme en contacto con esa Bree, darle las gracias y pagarle lo que le debo.

No, porque entonces sabría que Xav había corrido con los gastos y podría interpretarlo como algo más. Tenía que entender que no era sano para Xav tenerla en su vida.

Sin saber qué responder al comentario de Lana, Trudy cambió de tema.

—¿La policía tiene alguna pista?

Lana se encogió de hombros, desanimada.

—Nada. Es una zona muy aislada y Xav era el único testigo. —Se interrumpió, con aire melancólico durante un instante—. No sé qué habría pasado si él no hubiera estado allí. —Ahora miró a Trudy con curiosidad—. Sois amigos, ¿verdad?

Más que amigos. ¿Adónde quiere llegar?

—Estamos muy unidos.

—¿Cómo está?

Era una pregunta con trampa. ¿Se refería a cómo se encontraba después del atropello o a cómo estaba en general? Tal vez aquella era una oportunidad para poner a Lana en su sitio y hacer que se apartara.

—La verdad es que lo está pasando mal —dijo, tanteando el terreno—. Le resulta difícil tenerte de vuelta, a ti y a tu hermano, y todo esto le está removiendo muchos malos recuerdos.

Al ver que el rostro de Lana se ensombrecía, Trudy adoptó una expresión que esperaba que transmitiera compasión. Había llegado el momento de hacerle saber la verdad.

—Sabe que Sebastian hizo algo terrible y carga con ello, aunque no fuera culpa suya. Sé que tenéis una historia, pero creo que lo más amable que podrías hacer por él, Lana, sería dejarlo en paz.

—Pero yo...

Trudy levantó una mano para cortar enseguida la protesta de Lana.

—Si de verdad te importa tanto como a mí, escucharás lo que te estoy diciendo. Esto está afectando a su salud mental y me cuesta verlo sufrir. —¿Estaría consiguiendo hacerla entrar en razón?

Para alivio suyo, Lana asintió.

—De acuerdo. De todos modos, nos iremos dentro de unas semanas —dijo, pensativa durante un instante, antes de cambiar bruscamente de tema y hablar de los cuadros.

***

Más tarde, mientras se alejaba de Mead House en coche, Trudy le dio vueltas a la conversación.

Después de la advertencia, Lana había evitado hablar de Xav, pero parecía distraída. ¿Estaría pensando en él? ¿Le habría molestado que Trudy le dijera aquello?

La estaba matando no conocer todos los detalles de lo que había ocurrido entre Xav y Lana la noche del atropello. ¿Habían quedado en la playa o Lana había ido allí a propósito para encontrarlo, como sospechaba Bree?

Dudaba que Xav se lo contara y tenía demasiado orgullo para preguntárselo. Mientras ponía el intermitente para tomar el desvío hacia Salthouse, se preguntó cómo reaccionaría él si supiera que acababa de advertir a Lana que se mantuviera alejada de él. Xav valoraba su intimidad y Trudy sospechaba que podría enfadarse con ella por entrometerse. Pasara lo que pasase, no debía enterarse.

Lo más importante era que Lana había accedido a dejarlo en paz. Con suerte, cumpliría su palabra. Sin embargo, cuanto antes se marchara, mejor sería para todos.

Capítulo 23

—¿Por qué no me dijiste que Xav se había encargado de arreglar mi coche?

Ollie levantó la vista del rodapié que estaba pintando y dejó caer un poco los hombros al ver a su hermana en el umbral de su antiguo dormitorio, con las manos en las caderas, como si estuviera deseando volver a discutir.

Las palabras de Lana la noche del atropello le habían hecho abrir los ojos, obligándolo a comprender hasta qué punto se había estado comportando mal.

Era culpa de haber vuelto a aquella casa. En el fondo, lo sabía. La muerte de Camille le había afectado más de lo que le gustaba admitir y había intentado ocultarlo fingiendo ante el mundo que lo había superado. Y ahora casi había perdido a Lana.

La idea de que ella también pudiera morir lo aterrorizaba. Además, era su gemela, lo que de algún modo lo hacía aún peor. No importaba que se hubieran distanciado. Siempre había sabido que ella estaba ahí y que seguiría estándolo, pasara lo que pasase. Comprender que se había equivocado lo había obligado a replanteárselo todo.

Por supuesto, no había compartido aquellos pensamientos con ella. Le daba demasiada vergüenza admitir la verdad. Pero ahora intentaba compensarla por la forma en que la había tratado. Se había mostrado más considerado y había intentado que Elise también pusiera de su parte. Había pensado en Lana al pedir comida, además de las dos veces que había cocinado, y había estado ayudando en la casa. También hacía todo lo posible por protegerla de Xavier Landry.

Ollie no sabía qué había ocurrido aquella noche en la playa entre ellos ni por qué habían estado juntos, pero no le gustaba que Xav hubiera estado allí por casualidad justo cuando Lana había estado a punto de perder la vida. Había algo raro en toda aquella situación y

no se fiaba ni un pelo de Xav ni de sus intenciones. Entendía que lo del coche era una maniobra para acercarse a ella, pero no tenía claro cuál era el objetivo final de Xav. Lo único que sabía era que ya había perdido a una hermana por culpa de un Landry. No estaba dispuesto a perder también a Lana.

Y, por supuesto, ella no veía más allá cuando se trataba de Xav. Siempre había sido así. No entendería que Ollie solo intentaba protegerla. Se daba cuenta por la actitud hostil que mostraba en ese momento.

—Pienso devolvérselo —le dijo, dejando el pincel sobre el borde del bote y poniéndose en pie. No pensaba deberle nada a Xav. En otro tiempo habían sido los mejores amigos y Ollie lo había querido como a un hermano. Cuánto habían cambiado las cosas. Ahora solo sentía rabia y amargura.

—¿También lo ha pagado él?

De acuerdo, al parecer ella tampoco sabía eso. Ollie se dio una patada mental.

Cuando el coche había aparecido de repente en Mead House al día siguiente del atropello, había sacado la cartera, esperando tener que pagar la factura, y se había quedado sorprendido al descubrir que ya estaba todo pagado. Por Xav Landry, nada menos.

Había reconocido a Bree McCarthy y recordaba que era amiga de Seb, y que seguía siéndolo, a juzgar por el gesto ceñudo que lucía. No quería estar allí y estaba claro que lo hacía a regañadientes. Aunque no había admitido abiertamente que Xav la hubiera presionado para reparar el coche y cambiar los neumáticos rajados, a Ollie no le había costado unir las piezas.

Mientras veía a Bree subir al asiento del copiloto del coche que la había seguido hasta la casa, Ollie había comprendido que Xav tramaba algo, y no le gustaba ni un pelo.

No pensaba contárselo a Lana bajo ningún concepto.

O al menos esa había sido su intención.

Trudy Palmer debía de haber abierto su bocaza. Era la única forma en que Lana podía haberse enterado.

Ollie maldijo a aquella mujer y deseó haberla mandado de vuelta en vez de dejarla entrar en la casa.

Por desgracia, ahora no le quedaba más remedio que sincerarse.

—Está tramando algo, Lana, y no me gusta.

—¿Qué? No digas tonterías.

—¿Así que resulta que estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado cuando alguien te rajó los neumáticos y que seguía por la zona cuando ese coche te atropelló? Es todo un poco conveniente, ¿no crees?

—No, la verdad es que no. —Los ojos de Lana relampagueaban de furia y tenía las mejillas encendidas. Durante los últimos días había parecido la sombra de sí misma. Aunque su enfado iba dirigido contra él, Ollie se alegraba de ver que había recuperado su chispa.

—¿Y ahora paga para que te arreglen el coche? ¿Por qué iba a hacer eso?

—No sé por qué, pero él estaba primero en aquella playa. Fui yo quien se lo encontró, no al revés.

—¿Sabías que iba a estar allí? —preguntó Ollie, con tirantez. ¿Había ido Lana a buscar a Xav a propósito? ¿Por qué iba a hacerlo, sabiendo el terrible vínculo que existía entre sus familias?

Lana tardó un poco más de lo que a él le habría gustado en responder.

—No, no lo sabía.

¿Le estaba diciendo la verdad? Mucho tiempo atrás lo habría sabido. Ahora ya no estaba seguro.

—Quiero que te mantengas alejada de él. Solo te traerá problemas.

—¿Quieres que lo haga o me lo estás ordenando? Tú no eres mi guardián, Ollie. De hecho, que yo recuerde, no tenías demasiado interés en formar parte de mi vida.

Ay. Aquello le dolió. —¿De verdad es eso lo que piensas?

—Bueno, es verdad, ¿no? Lana parecía algo azorada, como si se hubiera dado cuenta de que quizá había ido demasiado lejos, pero, tan tozuda como Ollie, continuó—. Últimamente solo sé de ti cuando quieres algo, y fuiste tú quien se puso hecho una furia cuando dije que iba a volver aquí para ayudarte.

—¡Pero volví! Y te equivocas. Me importas. Te quiero. Eres mi hermana gemela.

Ella no tenía ni idea de lo difícil que había sido para él regresar. De que se había jurado no volver allí jamás. Bajar a la casa de verano y encontrar el cuerpo de su hermana lo había traumatizado; la escena con la que se había topado se repetía sin cesar en su cabeza. Lana no lo entendía; nunca había tenido que enfrentarse a algo así ni cargar con el peso que él llevaba sobre los hombros.

—Pero tú te lo estás tomando como si fueran vacaciones. ¡Hemos venido a ocuparnos de la casa!

—¿Y qué te crees que estoy haciendo? —Señaló la lata de pintura —. ¿Esto es lo que hace la gente en unas jodidas vacaciones?

—Vale, de acuerdo. Llevas unos días ayudando un poco — concedió—. Pero estaría bien que tu prometida dejara de tratar este sitio como un hotel. ¿Y tanto le costaría ser un poco más amable conmigo? Va a ser mi cuñada. Ni siquiera me dijiste que os habíais comprometido.

Ahí tenía razón. Debería habérselo contado. La verdad era que todo había sucedido tan deprisa que apenas había tenido tiempo de asimilarlo él mismo, mucho menos de anunciarlo a los demás. Y, si era completamente sincero, tampoco sabía gran cosa sobre Elise Gladstone.

Se habían conocido una noche que salieron y, para variar, ella había dado el primer paso. Él había caído tontamente rendido ante su escote revelador y al enterarse de que era modelo. Después, solo habían hecho falta unos días para que ella se instalara en su piso y empezara a presionarlo para que le pusiera un anillo en el dedo. Ollie estaba tan embelesado con su nueva novia despampanante y obsesionada con el sexo que no se había tomado la molestia de conocerla de verdad, y todavía no había conocido a ninguno de sus familiares. Y Lana tenía razón. Elise se había mostrado distante con ella, y él no tenía ni idea de cuál era su problema.

Había sacado el tema un par de veces, pero en ambas ocasiones Elise lo había convertido en una gran pelea y, en el fondo, aquello le hacía preguntarse si estaba cometiendo un error. Siempre había sido un poco impulsivo.

Pero, a su manera habitual, Ollie estaba apartando el problema de su mente. En ese momento, aquello iba de él y Lana, y de lo que

demonios estuviera pasando con Xav.

—Estás desviando la conversación —le dijo, adoptando una actitud defensiva—. Esto no va de Elise. Va de que te mantengas alejada de Xav Landry. Lo que pienses de mí es irrelevante. Solo intento protegerte. No confío en él.

—¿Porque es un Landry?

—Porque su hermano mató a nuestra hermana. Ollie estaba a punto de perder los estribos. ¿Qué parte de aquello no entendía?

—¿Y si no lo hizo?

Las palabras de Lana lo dejaron paralizado, pensando por un instante que la había oído mal.

—¿Qué has dicho?

Esta vez ella habló despacio. —He dicho que ¿y si no lo hizo?

Ollie no sabía muy bien cómo responder, así que soltó una risita incómoda. —Claro que lo hizo —dijo al cabo—. La expresión atormentada del rostro de Lana lo estaba poniendo nervioso.

—He estado leyendo el diario de Camille. El que estaba escondido. ¿Sabías que veía a otra persona a espaldas de Seb?

—¿Qué? ¿A quién? Ollie tenía la boca seca y, de repente, le costaba tragar.

—Solo lo llama G. Estaba obsesionada con él. Creo que nos ocultó muchos secretos. A nosotros y a Sebastian.

¿Era verdad? Camille y Sebastian siempre habían estado juntos.

—Entonces, ¿qué estás insinuando? ¿Que esa persona llamada G la mató?

—No lo sé. Lana se echó hacia atrás el pelo con gesto frustrado—. Puede.

—¿Pero cómo? —Ollie entrecerró los ojos—. Tú viste a Sebastian. Estaba allí.

Lana no le respondió de inmediato y él vio el conflicto en su rostro, cómo luchaba por encontrar las palabras. Cuando habló, lo hizo en un susurro.

—¿Y si me equivocaba?

En serio, ¿ahora también estaba dudando de sí misma?

Siempre había estado completamente segura de que había visto a Sebastian Landry. Y, por supuesto, Seb lo había negado, pero

mentía. Ollie estaba convencido.

Había sido Xav. Él le estaba metiendo ideas en la cabeza a Lana, manipulándola para que creyera que su hermano era inocente. Se estaba confundiendo al leer el diario.

Ella había intentado que Ollie lo leyera, pero él no había sido capaz de enfrentarse a las palabras de Camille, a aquel recordatorio del último verano. La sola idea le revolvía el estómago y se había negado a hablar del tema, cortando a Lana cada vez que lo mencionaba.

—Sebastian Landry mató a Camille. Estás dudando de ti misma por culpa de un estúpido libro y de una conversación con tu exnovio. Por eso no deberías verlo. Está intentando liarte la cabeza. Levantó un dedo en señal de advertencia—. Lo digo en serio, Lana. Mantente alejada. No pienso perder a otra hermana.

No le dio tiempo a responder. Salió de la habitación hecho una furia, dejándola con la boca abierta.

Cuanto antes pudieran poner aquella maldita casa a la venta y marcharse de allí, mejor sería para los dos.

Capítulo 24

La ventaja del verano era que las ventanas solían estar abiertas y la gente nunca parecía darse cuenta de hasta dónde llegaban sus voces cuando hablaban enfadados.

George había tenido la suerte de estar trabajando en el jardín superior, cerca de la casa, cuando Lana y Ollie habían empezado a discutir. Elise tomaba el sol cerca de allí y fruncía el ceño cada vez que él le dirigía una sonrisa burlona. Parecía querer matarlo en lugar de follárselo. Qué curioso cómo habían cambiado las cosas.

Se concentró en arrancar malas hierbas mientras escuchaba a los dos discutir sobre Xavier Landry, conteniendo las ganas de reírse cuando la conversación derivó hacia Elise.

Era evidente que ella también lo había oído, porque se removió en la tumbona, con el ceño fruncido, mientras Lana se burlaba de que tratara Mead House como un hotel. Elise volvió a dirigir la mirada hacia George; sus ojos se encontraron durante un instante y él no pudo resistirse a esbozar una sonrisa diminuta, provocadora.

Sin impresionarse, ella arrugó la nariz con desprecio y se tumbó boca abajo, escondiendo la cara entre los brazos para no tener que mirarlo.

Podía ponerse tan irritable como quisiera. Solo ella tenía la culpa.

Lo que se dijo a continuación hizo que se quedara inmóvil.

Con Lana en el dormitorio de Camille, había sido difícil acceder al diario y parecía que había leído lo suficiente para empezar a dudar de lo que había visto la noche del asesinato de su hermana.

Joder.

De pronto, la camiseta de George le quedaba demasiado ajustada, el cuerpo le ardía bajo la tela y le costaba respirar con normalidad. Si Lana acudía a la policía, si la tomaban en serio, aquello podía ponerse realmente feo.

Aunque ahora tenía preparado un plan infalible, debía actuar deprisa.

Volvió a mirar a Elise y se dio cuenta de que seguía prestando atención a las voces alzadas; ahora apoyaba la barbilla sobre los brazos cruzados mientras escuchaba con suma atención. Y no parecía nada contenta.

Capítulo 25

Lana nunca había sido especialmente buena acatando órdenes y, cuando alguien intentaba empujarla en una dirección, tendía a rebelarse y tomar la contraria.

Trudy Palmer le había pedido que se mantuviera alejada de Xav, algo que Lana había sentido un poco como una reprimenda y que le había dado ganas de hacer justo lo contrario, pero había sido el intento de Ollie de imponerle su voluntad lo que de verdad la había cabreado.

Xav le había pedido que lo dejara en paz, pero eso había sido antes del atropello y de que él se encargara de reparar su coche. Nadie lo había obligado a hacerlo, y sería de mala educación no darle las gracias o, al menos, intentar devolverle el favor. Además, todavía tenía la ropa que le había prestado. Tenía que devolvérsela.

Esas eran las diversas excusas que se había inventado mientras conducía hacia Salthouse aquella tarde de miércoles. La idea de volver a verlo le encendía algo por dentro, mientras se debatía entre la expectación y los nervios, asustada de enfrentarse al verdadero motivo por el que iba.

¿Y si se había equivocado sobre Sebastian?

Hasta la discusión con Ollie, se había guardado aquellas palabras para sí, pero ahora que las había pronunciado en voz alta, se sentía más segura de ellas, aunque Ollie hubiera intentado quitárselas de la cabeza.

¿Cómo reaccionaría Xav?

Si resultaba que se había equivocado sobre el diario de Camille y que podía haber alguien más implicado, le habría dado falsas esperanzas, pero, si existía la posibilidad de que tuviera razón, habría sido responsable de enviar a su hermano a prisión durante todos aquellos años.

La idea de haberle hecho algo así a un hombre inocente le revolvía el estómago.

Después de pelearse con Ollie, había terminado de leer el diario de Camille. Las últimas palabras la habían llevado hasta el día anterior al asesinato de su hermana. Y las anotaciones posteriores dejaban claro que Camille y G también se habían estado reuniendo en la casa de verano.

Había estado tan segura de que era Sebastian a quien había visto aquella noche, pero ¿y si se había equivocado? Las voces que había oído no habían sido más que susurros y tenía los ojos entornados por el sueño; el jardín solo estaba iluminado por la luna. Desde atrás había parecido Sebastian, pero se encontraba a cierta distancia y él no se había vuelto. Nunca le había visto la cara, solo un fugaz perfil. ¿Y si se había convencido de que era él simplemente porque era a quien esperaba ver?

Su testimonio había resultado lo bastante convincente como para convencer al jurado. Sebastian no tenía coartada para aquella noche y su ADN estaba por toda la casa de verano. Otros testigos habían hablado de la pelea que había tenido con Camille el día de su muerte, de cómo la habían visto arrojarle el collar. Sebastian insistía en que lo había tirado, pero no había forma de demostrar que realmente lo hubiera hecho.

Al juntar todas las piezas, no había tenido ninguna posibilidad, pero ¿y si decía la verdad? ¿Y si el collar había acabado de alguna manera en manos equivocadas?

Tal vez Lana debería haber llevado el diario directamente a la policía, pero, si resultaba que estaba tras la pista de algo y no había tenido la cortesía de contárselo primero a Xav…

No, al menos le debía aquello.

Era primera hora de la noche cuando entró en el camino de acceso a su casa y se le encogió el estómago al ver su coche. Sin duda estaba en casa.

Aparcó junto a donde él había dejado el suyo, se tomó un momento para serenarse y después cogió la bolsa con la ropa que había lavado y planchado antes de salir del coche.

¿Cómo reaccionaría al verla? ¿Le pediría de nuevo que lo dejara en paz o la puerta que había permanecido firmemente cerrada antes del atropello seguiría entreabierta?

Los dolores del accidente se veían agravados por la tensión que le atenazaba todos los músculos, y tenía el cuerpo cubierto de moretones. Con un poco de suerte, se apiadaría de ella y la dejaría entrar. Solo necesitaba diez minutos de su tiempo.

Llamó a la puerta.

Mientras esperaba en el porche a que le abriera, el estómago le daba vueltas por los nervios y echó un vistazo a su alrededor para distraerse. La vez anterior había estado allí de noche y, además, se encontraba demasiado conmocionada para fijarse en el paisaje, pero ahora podía ver que el granero estaba flanqueado por árboles y campos abiertos que se extendían hacia la costa.

Él no aparecía y, preguntándose si quizá no la había oído, volvió a llamar.

Esta vez oyó su voz por encima de ella, con un tono vagamente molesto.

—La puerta está abierta. Entra.

Bueno, al menos estaba dispuesto a hablar con ella.

Abrió la puerta y entró en la casa, echando un vistazo a la cocina impecable y a la escalera central.

Hasta entonces solo había estado en la planta baja y le sorprendió un poco que Xav se sintiera de pronto lo bastante cómodo como para invitarla a subir, pues supuso que allí arriba estaría su estudio.

La elegante barandilla de hierro estaba fría bajo su palma mientras subía los escalones. Llegó a un descansillo con el techo de vigas altas y un ventanal desde el que se veían las marismas.

—Dame cinco minutos. Estoy recogiendo.

Lana se había distraído tanto con las vistas que no se había fijado en el resto de la planta superior. Una de las puertas que veía debía de conducir a un dormitorio, a juzgar por la hilera de armarios del fondo; por la otra podía ver a Xav, de espaldas a ella, mientras recogía los pinceles. Entre ambos había un caballete, con el lienzo ligeramente ladeado para que Lana no pudiera ver en qué estaba trabajando. Cuando se adentró un poco más en la habitación, un bonito gato atigrado de grandes ojos amarillos le pasó entre las

piernas. El sonido de sus patas sobre la madera se perdió escaleras abajo.

—Hola.

Al oír su voz, Xav soltó el pincel que sostenía y se volvió para mirarla, con expresión sobresaltada y los ojos verdes muy abiertos.

—¿Lana? ¿Qué haces aquí?

—Me has dicho que entrara.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, lo comprendió. Él esperaba a otra persona.

Vale. Aquello era incómodo.

El silencio se alargó. Xav parecía desconcertado, algo poco habitual en él, mientras a Lana le ardían las mejillas.

—Yo… te he traído la ropa.

Intentó dar otro paso hacia el estudio, pero él reaccionó con rapidez, avanzó para sujetarla por el codo y la condujo fuera de la habitación, cerrando la puerta tras ellos.

Bueno, aquello dejaba muy claro que no era bienvenida allí arriba.

Por un momento creyó que iba a acompañarla escaleras abajo y a echarla del granero, pero entonces pareció contenerse, soltándole el brazo y pasándose una mano salpicada de pintura por la mandíbula sin afeitar.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un coche —bromeó ella, curvando una comisura de los labios mientras lo estudiaba en busca de alguna señal, de cualquier indicio que le dijera que el antiguo Xav seguía allí dentro.

Fruncía el ceño con tanta fuerza que empezó a preguntarse si había perdido por completo el sentido del humor, pero entonces vio un rápido destello de sonrisa y un poco de la tensión abandonó sus hombros.

—Toma. Le tendió la bolsa de ropa—. La he lavado. Está limpia.

—Gracias. ¿Cómo has llegado? ¿Has venido conduciendo?

—Sí.

—¿Es buena idea después de lo que pasó? Volvía a fruncir el ceño. Dos pequeñas líneas se marcaron entre el oscuro trazo de sus cejas.

—Estoy bien. Solo un poco dolorida.

—¿Y el coche que te atropelló? ¿La policía tiene alguna noticia?

Lana se encogió de hombros. —He hablado con ellos un par de veces, pero no creo que vayan a encontrar al conductor.

—No fue un accidente. Sonaba molesto—. Fue intencionado.

—Lo saben. Pero no han dicho que yo fuera el objetivo concreto.

—Te rajaron los neumáticos. No estoy de acuerdo. Ten cuidado, Lana.

La idea de que no se tratara de un ataque al azar se le asentó incómodamente en la boca del estómago y deseó cambiar de tema.

—En realidad, esa es otra razón por la que estoy aquí —le dijo, intentando mantener un tono desenfadado—. Mi coche.

—¿Qué pasa con él?

—Lo reparaste y me lo llevaste a casa. Gracias. No tenías por qué hacerlo.

Xav se encogió de hombros. —No fue nada.

—Tú pagaste.

—Solo los materiales. Una amiga hizo el trabajo. Me debía un favor.

—Aun así, me gustaría devolverte el dinero.

—No necesito tu dinero, Lana.

¿O se lo estaba imaginando o sonaba un poco a la defensiva? Su ofrecimiento debía de haberlo molestado, porque de pronto la guiaba de vuelta escaleras abajo y sospechó que se dirigían hacia la puerta principal.

—Esperaba que pudiéramos hablar —protestó.

—Lo siento, pero estoy esperando visita.

Lana sabía que no mentía. Al fin y al cabo, la había confundido con otra persona. Pero, si se marchaba en ese momento, no tendría ningún motivo para volver.

—De verdad necesito hablar contigo, Xav.

Cuando él pareció vacilar, como si estuviera a punto de recordarle que no tenían nada de qué hablar, ella añadió rápidamente:

—Es importante.

—De acuerdo. Sonaba más resignado que intrigado—. ¿Qué pasa?

Lana había ensayado aquel momento durante el trayecto, pero todas las palabras que había preparado se esfumaron.

—He encontrado algo —empezó, sin saber cómo continuar.

Xav alzó las cejas interrogante, con expresión impaciente mientras esperaba que siguiera.

—Camille tenía un diario.

Ahora parecía irritado.

—Eso ya lo sabemos. Se utilizó durante el juicio.

—No ese. Hay un segundo libro.

—¿Qué? —Su tono fue tajante.

—Hay un segundo diario, Xav. Uno que ella había escondido.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? Murió hace diecisiete años. —Sonaba resignado y Lana supo que estaba perdiendo su atención.

—Porque no lo encontramos hasta que vaciamos su habitación. Estaba escondido bajo un panel suelto, en el fondo del armario.

Xav tardó un momento en asimilar lo que le estaba contando.

—Vale —dijo despacio, con cierta cautela—. Entonces, ¿qué quieres decir? Seb está en prisión.

—¿Sabía que ella estaba viendo a otra persona?

Si antes no le había prestado toda su atención, ahora sí.

—¿A quién?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Sonaba escéptico.

—Ella se refiere a él solo por la letra G. —Dejó que lo asimilara antes de añadir—: Solían verse en la casa de verano.

Lana vio pasar varias emociones por el rostro de Xav.

—Sigo sin entender por qué estás removiendo todo esto —dijo finalmente, con la frustración a flor de piel—. Es irrelevante que estuviera viendo a otra persona. Tú viste a Seb aquella noche, ¿recuerdas? Eso es lo que les dijiste a todos.

—Sí. —Intentó despegarse la lengua del paladar, tragó saliva y se obligó a pronunciar las palabras antes de echarse atrás—. Pero ¿y si me equivocaba?

Se le encendieron las mejillas mientras Xav la miraba fijamente. El silencio se alargó mientras ella esperaba su reacción, roto únicamente por el tictac del reloj.

Di algo.

Al final, él apartó la mirada y se acercó con paso lento a la ventana. Le dio la espalda mientras apoyaba las palmas en el borde de la encimera, con los anchos hombros rígidos, y se quedó contemplando el paisaje.

Lana esperó, consciente de que el corazón le golpeaba débilmente en el pecho. Sabía que sus palabras lo habían alterado, pero no estaba segura de cómo arreglarlo. Ni siquiera de si podía hacerlo.

—¿Xav?

—Vete.

No había enfado en sus palabras, solo resignación, y, de algún modo, eso era más difícil de soportar.

—Xav, por favor.

—Vete, Lana. Ahora.

Sabiendo que no tenía elección, que quedarse solo serviría para disgustarlo más, retrocedió hacia la puerta mientras intentaba pensar en algo que pudiera decirle antes de marcharse. Cualquier cosa que facilitara las cosas. Pero Xav ni siquiera se volvió para mirarla. ¿Qué esperanza tenía?

Abrió la puerta principal y salió, cerrándola a su espalda, con las náuseas atenazándole la garganta. No había querido hacerle daño; simplemente había hecho lo que creía correcto.

El ruido de un motor le hizo dirigir la atención hacia la carretera. Lana se volvió y vio otro coche entrar en el camino de acceso y aparcar detrás del de Xav.

Reconoció vagamente a la mujer que bajó, aunque no conseguía ubicarla del todo, pero sí vio la abierta hostilidad de sus ojos castaño claro cuando la miró.

Entonces sabía quién era Lana.

—Hola. —Lana hizo un esfuerzo por sonreírle, decidida a mostrarse educada, pero la mujer ignoró el saludo, pasó junto a ella y entró directamente en casa de Xav sin llamar.

¿Sería la novia de Xav? Lana intentó ignorar la punzada de celos que le ardía en las entrañas. Era evidente que tenían confianza si

ella entraba así, sin más. ¿O sería la mejor amiga que había mencionado Trudy: Bree?

Lana prefería esa posibilidad.

Aunque quienquiera que fuese, estaba claro que la mujer ya la detestaba, y su opinión empeoraría aún más cuando Xav le contara la última revelación de Lana.

De todos modos, no podía hacer nada al respecto. Había hecho lo que había ido a hacer y le había avisado a Xav. Entonces, ¿por qué sentía que la carga que llevaba era ahora más pesada?

Al subir a su coche, decidió que había llegado el momento de involucrar a la policía. Volvería a Mead House a por el diario y, por la mañana, conduciría hasta la comisaría local para entregarlo.

Capítulo 26

El diario había desaparecido.

Lana abrió el cajón superior de la mesilla de noche, donde sabía que lo había dejado, y, al no verlo allí, empezó a dudar de sí misma. Comprobó los dos cajones inferiores y miró debajo de la cama.

Recordaba haberlo visto aquella mañana.

Entonces, ¿dónde estaba?

Ollie.

Había hablado con él del diario antes y se había negado a creer que alguien que no fuera Sebastian Landry hubiera matado a Camille. Debía de habérselo llevado para echarle un vistazo.

Aunque le molestaba que hubiera estado revolviendo entre sus cosas sin pedir permiso, el peso de la preocupación se aligeró mientras iba a buscarlo, y albergó la esperanza de que, si lo estaba leyendo, quizá ahora estuviera dispuesto a escucharla.

Lo encontró en la cocina, sazonando una sartén de ingredientes que borboteaban a fuego lento. La escena todavía la obligó a parpadear dos veces, aunque era la tercera comida que preparaba en los últimos días. Ollie era el rey de la comida a domicilio. ¿Desde cuándo se había vuelto tan hogareño?

—Si querías echarle un vistazo al diario de Camille, podrías habérmelo pedido primero.

Él no la había oído acercarse por culpa de la música alta que sonaba —una especie de gangsta rap que Lana no reconocía— y dio un respingo al oírla, dejando caer la espátula al suelo.

—Jesús, Lana. No hagas eso.

Le gritó a Alexa que bajara el volumen, recogió la espátula y se acercó al fregadero para enjuagarla.

—¿Qué estás preparando?

—Un jalfrezi. ¿Tienes hambre? —preguntó mientras regresaba a la sartén, que ya volvía a chisporrotear—. Este es el plato estrella de Ollie Hamilton. Con mi toque personal.

No había tenido hambre; la conversación con Xav le había quitado prácticamente el apetito, pero ahora estaba allí y olía las cebollas y los tomates cocinados, además de las especias que hubiera utilizado, y el estómago empezó a rugirle.

—Sí, un poco. ¿Desde cuándo se te da tan bien la cocina?

—Siempre he sabido cocinar.

—Pero la mayor parte del tiempo pides comida a domicilio.

Ollie se encogió de hombros.

—A veces es más fácil. —Miró a Lana por encima del hombro—. En fin, ¿qué decías cuando has entrado?

—El diario de Camille. ¿Dónde está?

Él la miró sin expresión.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Porque no está donde lo dejé.

—Vale. Bueno, yo no lo he tocado.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Creo que recordaría habérmelo llevado.

¿Le estaba diciendo la verdad?

Estudió sus oscuros ojos, idénticos a los de ella, y vio cómo se entrecerraban ligeramente cuando frunció el ceño, irritado.

—Lana, deja de mirarme como si estuviera mintiendo. No lo tengo. Creo que antes dejé bastante claro que no me interesa leerlo.

Lana le creyó. Pero eso no explicaba dónde estaba el diario.

—No entiendo dónde puede haberse metido.

—Quizá lo hayas dejado en otro sitio.

—No. Recuerdo que… —Se quedó callada al comprenderlo.

Elise.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Tu prometida. —Escupió la palabra, y la expresión de Ollie pasó de la irritación a la preocupación. Mientras Lana salía furiosa de la cocina en busca de Elise, oyó el estrépito de las sartenes y los utensilios antes de que los pasos de su hermano la alcanzaran.

—No empieces a acusarla. No sabes si lo ha cogido.

—Solo estamos los tres en esta casa, Ollie, así que ¿quién demonios iba a ser?

Elise no había salido y tampoco estaba en el salón ni en la galería del jardín. Al recordar que había oído una ducha cuando bajaba a la cocina, Lana se dirigió hacia las escaleras.

—¿Por qué iba a querer el diario de Camille? —intentó razonar Ollie mientras la seguía—. Ni siquiera la conocía, joder.

Lana ni se molestó en responder. Tenía una visión de túnel y solo se concentraba en encontrar a Elise y recuperar el diario. La puerta de su antiguo dormitorio estaba cerrada, pero no llamó antes de entrar. Elise la recibió con los ojos muy abiertos, cubierta únicamente por una toalla enrollada alrededor de la cabeza.

—¿Qué coño haces? ¡Sal de aquí!

Sin hacerle caso, Lana recorrió la habitación hecha una furia.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —Elise cogió su bata, se la puso deprisa y se la ató a la cintura—. ¡Nolly! ¿Qué demonios está pasando?

Ollie levantó las manos, intentando hacer de pacificador mientras Lana abría cajones y apartaba la ropa amontonada hacia un lado.

—¿Podéis parar un momento? —exigió, alzando la voz.

Lana interrumpió la búsqueda y clavó los ojos en Elise.

—Te llevaste un diario de mi habitación. Quiero que me lo devuelvas.

Durante un instante, Elise pareció atónita.

—Yo no lo hice. No he entrado en tu habitación.

—Mientes. Ha desaparecido y tú eres la única que podría habérselo llevado.

—No estoy mintiendo. —El tono de Elise era frío y su expresión se endureció—. Y no tienes ningún derecho a irrumpir aquí y acusarme de esta manera, psicópata de mierda.

—Jesús, ya basta. —Ollie se interpuso entre ellas mientras Lana apretaba los puños. No era una persona violenta, pero Elise estaba colmando su paciencia—. Las dos tenéis que calmaros de una puta vez. Lana, no puedes ir lanzando acusaciones sin ninguna prueba.

—Sí, pedazo de chiflada —la provocó Elise por encima de su hombro, antes de que Ollie volviera la atención hacia ella.

—Y tú deja de insultarla. Es mi hermana.

La intervención hizo que Elise frunciera los labios, con los ojos muy abiertos por la sorpresa de que él no se hubiera puesto automáticamente de su parte, mientras Lana se preguntaba cuándo había adquirido su hermano algo de carácter.

La sorprendió aún más cuando interrogó a Elise.

—¿Juras que no cogiste el diario?

—¡No! Claro que no, joder. —Su bonito rostro estaba rojo de rabia —. Ya te lo he dicho.

Ollie se volvió hacia Lana y se encogió de hombros, incómodo por encontrarse en medio de las dos.

—Dice que no lo ha cogido.

Lana fulminó con la mirada a Elise, que seguía lanzándole dagas con los ojos. ¿Era posible que estuviera diciendo la verdad?

Pero si no había cogido el diario, ¿adónde había ido a parar? Alguien lo tenía.

—No puede tratarme así, Nolly. Me da igual que sea tu hermana. O se va ella o me voy yo. —El tono de Elise era altivo y la sangre volvió a hervirle a Lana.

—Vete, por favor. La última vez que lo comprobé, esta casa no era tuya y no has hecho una mierda desde que llegaste.

—¡Lana! —Ollie sonó exasperado. Le agarró el brazo y la arrastró hacia la puerta—. Mira —suplicó—. Dice que no tiene el diario y no tenemos ninguna prueba de que mienta. ¿Quieres salir de la habitación para que pueda intentar calmarla?

No le dio tiempo a responder. La empujó suavemente fuera de la habitación y cerró la puerta enseguida. El giro de la llave en la cerradura le indicó que no iba a poder volver a entrar, lo que quizá fuera lo mejor. Necesitaba deshacerse de aquella rabia. No servía de nada y la tensión solo empeoraba el dolor de sus huesos.

Para quedarse tranquila, volvió al dormitorio de Camille y emprendió otra búsqueda minuciosa del diario.

¿Estaba exagerando? ¿Lo había dejado simplemente en otro sitio? Estar de vuelta en aquella casa, pasar tanto tiempo en la habitación de su hermana muerta, no era fácil. Había demasiados recuerdos, buenos y malos. Quizá estaba perdiendo el contacto con la realidad.

Cuestionar lo que había visto la noche del asesinato, acusar a alguien de haber robado el diario… No era sano.

Pero no, concluyó, el diario no estaba allí y ella no lo había extraviado.

En cuanto a lo que había leído y lo que había visto, sabía que hacía bien en cuestionarlo todo.

Pero ¿cómo se suponía que iba a acudir ahora a la policía?

Por supuesto, podía informarles de la existencia del diario. Ollie la respaldaría, y George también, ya que ambos lo habían visto. Sin embargo, Lana era la única que había leído las palabras de su hermana. Podía contarle a la policía lo de su amante misterioso, al que solo se refería por la inicial G, explicar la naturaleza sórdida de su relación y que solían verse a altas horas de la noche en la casa de verano, pero ¿de verdad la creerían o podrían hacer algo sin pruebas físicas? Se había devanado los sesos intentando averiguar quién podía ser G, incluso había llegado a considerar a George. Solo el recuerdo de lo que Ollie había dicho, que de niño había sido un renacuajo y había sufrido un acoso brutal, hizo que lo descartara. Camille había hablado de un amante dominante y experimentado. Ese no era George.

Y si les decía a los policías que quizá se equivocaba, que tal vez no había visto a Sebastian Landry aquella noche después de todo, ¿cómo reaccionarían? ¿Podría meterse en problemas?

El diario era la clave. Sin él, no tenía nada.

Estuvo dándole vueltas durante el resto de la tarde y, más tarde, cuando se metió en la cama, con la ventana abierta y una ligera brisa que mecía las cortinas, repasó mentalmente el día y cómo había conseguido estropearlo todo por completo. Si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo todo de nuevo, no habría apartado el diario de su lado ni un instante. En cuanto a Xav, seguía sin saber si había hecho bien al contarle lo de G. Él tenía derecho a saberlo, pero ¿a qué precio? Lo único que había hecho Lana era abrir viejas heridas. Y ahora él había vuelto a dejar de hablarle. Había juzgado muy mal la situación.

Cuando sus ojos empezaron a cerrarse, los recuerdos la llevaron de vuelta a aquel verano de hacía diecisiete años y a las voces que

había oído fuera de la ventana. ¿Con quién había estado Camille la noche de su asesinato?

***

El pitido de su teléfono la despertó poco después. Frunciendo el ceño, alargó la mano para cogerlo y vio que tenía un mensaje de un número desconocido.

Pasaban de las once y media. ¿Quién demonios le escribía a esas horas?

Abrió el mensaje.

Lana. Soy Xav.

¿Cómo había conseguido su número? Intrigada, siguió leyendo.

¿Podemos vernos? Mañana, si estás libre. Quiero ver el diario.

Volvió a leer el mensaje y dudó si responder, pero decidió que era mejor esperar hasta la mañana. Al menos así tendría tiempo de pensar qué demonios iba a decirle.

¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que ya no lo tenía?

Dejó el teléfono otra vez y cerró los ojos, intentando volver a dormirse.

En lugar de eso, estuvo inquieta, dando vueltas en la cama y maldiciendo a Xav por haberle escrito tan tarde. Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 27

Había sido Bree quien convenció a Xav de ponerse en contacto con Lana.

Había aparecido justo después de que Lana se marchara y había recibido de lleno el mal humor de Xav. Él no sabía qué clase de juego intentaba jugar Lana ni qué pretendía conseguir exactamente, pero no quería tener nada que ver con ello.

Pasar por el juicio, escuchar las cosas espantosas que se dijeron sobre Sebastian y tener que asumir que eran ciertas ya había sido bastante difícil. Que Lana apareciera ahora para decirle que quizá se había equivocado había sido como echar sal en una herida abierta.

Por supuesto, viéndolo en retrospectiva, comprendía que debería haber hecho preguntas, pero su reacción inicial había sido de rabia: solo quería que saliera de su casa. Ni siquiera se había planteado si había algo de verdad en lo que decía; había dado por sentado de inmediato que se trataba de una especie de intento torpe de tender un puente.

Porque Lana tenía que entender que darle falsas esperanzas era una idea terrible.

Xav no tenía intención de contarle a Bree lo ocurrido, pero estaba irritable y malhumorado, completamente distraído, y resultaba evidente que Lana era la responsable, así que se desahogó con ella.

Teniendo en cuenta que Bree odiaba a los Hamilton, su sugerencia de que hablara con Lana lo dejó sorprendido. Pero ella le recordó que aquello no iba de Lana. Estaban hablando de la vida de Sebastian y, si era inocente, le debían la oportunidad de limpiar su nombre. Tenían que hacerse con aquel diario.

Había un problema: Xav no tenía el número de Lana y, después del encuentro con Ollie de la otra noche, presentarse en Mead House habría sido una idea pésima.

Decidida a no dejarle escabullirse, Bree llamó a Trudy, razonando que probablemente ella tendría el número de Lana.

Y tenía razón. Aunque Trudy se mostró más cautelosa respecto a si era buena idea, preocupada por que todo aquello no fuera más que una ocurrencia fantasiosa de Lana y temerosa de que Xav pudiera salir herido, estuvo de acuerdo en que Xav necesitaba ver el diario.

La noche anterior, Xav le había mandado un mensaje a Lana, decidido a quitarse aquello de encima. Pensó que, una vez enviado, ya no podría echarse atrás.

Ya eran las nueve de la mañana y ella no había respondido.

Probablemente porque la echaste de casa.

Bueno, técnicamente no la había echado y tampoco le había gritado ni se había mostrado brusco. Simplemente le había dicho que se marchara.

Pero Lana tenía que entender que acababa de darle el susto de su vida.

Seguramente comprendería que necesitaba un poco de tiempo para asimilarlo todo.

Su llamada llegó casi una hora después.

Xav estaba en el estudio cuando su teléfono empezó a sonar. Dejó el pincel y se tomó un momento para limpiarse las manos con un trapo viejo antes de responder. Activó el altavoz.

—¿Xav? —La voz de Lana resonó por la amplia estancia, sonando un poco insegura, como si aquello pudiera ser una especie de trampa.

—¿Has recibido mi mensaje? —preguntó él, prescindiendo de cualquier saludo.

—Sí. Anoche, bastante tarde.

—Entonces, ¿te viene bien hoy?

—Sí, pero…

—¿Puedes venir? ¿Dentro de una hora, por ejemplo?

—Vale, pero, Xav, hay algo que necesitas...

—Hablaremos cuando llegues.

—¡Xavier!

No la dejó terminar lo que fuera que estaba a punto de decir, reacio a prolongar la conversación. Ya era bastante difícil así.

***

Estaba en la cocina, dándole de comer a Hector, cuando oyó el motor de ella. Abrió la puerta principal y esperó a que saliera del coche.

Se movía un poco despacio y con cierta rigidez, recordándole que aún debía de dolerle el atropello, y se estremeció al sentir el aguijonazo de culpa que le decía que aflojara y dejara de comportarse como un capullo.

No soy un capullo, se justificó. Solo quería saber si aquello era de verdad algo importante o si estaba perdiendo el tiempo. Se negaba a hacerse ilusiones.

Todavía no.

—¿Has traído el diario? —preguntó, entrecerrando los ojos mientras ella se incorporaba y cerraba el coche con el mando. No llevaba nada más en las manos y solo un diminuto bolso colgado del hombro. En cuanto a la ropa —un bonito vestido verde salvia, salpicado de diminutas flores blancas, cuyo bajo quedaba un par de centímetros por encima de las rodillas, con la herida del atropello aún visible y un escote sutil, aunque lo bastante revelador para despertar su interés—, no veía ningún bolsillo donde cupiera un libro. Si intentaba recordarle lo que ya no podía tener, estaba funcionando, pero la irritación relegó su frustración a un segundo plano cuando ella negó con la cabeza.

—¡Lana! Te pedí que lo trajeras.

—Intenté decírtelo por teléfono, pero me colgaste. No lo encuentro.

—¿Que no lo encuentras?

¿Hablaba en serio? Aquello era una broma, ¿verdad? Xav la estudió durante un instante, esperando que dijera que sí, que lo había dejado en el coche. Aunque habría sido una broma estúpida e insensible, le daba igual. Pero por su expresión comprendió que hablaba completamente en serio.

—Lo siento mucho.

—Maldita sea, Lana. No tengo tiempo para estos juegos.

Negó con la cabeza, se dio la vuelta y regresó furioso a la casa, sin molestarse en cerrar la puerta porque sabía que ella lo seguiría.

—Esto no es un juego. ¡Xav! No te alejes de mí.

El sonido de sus pasos hizo que pusiera los ojos en blanco, pero cuando ella lo agarró del brazo para intentar detenerlo, perdió los estribos y se volvió hacia ella.

—Entonces, ¿qué es? Anoche habías encontrado ese libro mágico que estabas convencida de que iba a limpiar el nombre de Seb, y ahora quieres que me crea que no lo encuentras. Habría pensado que, dado lo importante que era, lo habrías cuidado mejor.

Se detuvo para tomar aire y ella hizo ademán de hablar, pero él levantó una mano. Aún no había terminado. Llevaba demasiados años acumulando frustración y rabia por culpa de aquella mierda de situación. Necesitaba desahogarse.

—Los actos tienen consecuencias. Mi madre perdió a su hijo y yo perdí a mi hermano. La gente nos trataba como si tuviéramos la lepra, como si lo que había hecho Seb fuera un rasgo familiar, como si todos fuéramos asesinos. Durante todos estos años me ha costado asimilar lo que hizo. Es mi hermano y lo quiero, pero también lo he odiado. ¿Y ahora apareces tú, como si nada, para decirme que quizá te has equivocado? Equivocarse es olvidarse de pagar una factura o echar gasolina al coche en vez de diésel. ¡Por el amor de Dios, Lana! Esto es la vida de un hombre.

El estallido conmocionó a Xav tanto como parecía haber conmocionado a Lana. No se había dado cuenta de cuánta rabia contenida llevaba dentro.

Ya no le quedaban más palabras. Soltó el aire con fuerza, preparándose para su reacción.

Esperaba que se enfadara, aunque no sabía hasta qué punto, así que se quedó completamente desprevenido cuando ella rompió a llorar.

¡Joder!

Lana no era muy llorona. Al menos, nunca lo había sido. Solo recordaba haberla hecho llorar dos veces. La primera, cuando él y Ollie se habían aliado contra ella de niños; la segunda, después de

una estúpida pelea el verano anterior, cuando ella había creído que iba a romper con ella.

Luego, por supuesto, estaban las lágrimas por Camille. Pero esas no las había provocado él. Las había provocado su hermano.

La rabia se esfumó de su interior. Nunca había sabido cómo enfrentarse a las lágrimas de Lana.

—No he perdido el diario. Creo que alguien se lo ha llevado —consiguió decir entre sollozos—. Y sé lo mal que lo has pasado. Yo también lo he pasado fatal. Tú perdiste a tu hermano. Yo perdí a mi hermana. Y ella no va a volver.

—Lana... —intentó intervenir, pero ella había tomado impulso.

—Ha sido muy duro volver aquí, recordar lo que pasó y, aunque tuve que decirle a la policía lo que vi aquella noche, no quería hacerlo. No quería desesperadamente que fuera Seb, porque sabía que eso significaba que no solo había perdido a Camille, sino que también iba a perderte a ti. Nunca quise hacerte daño, Xav. Ni entonces ni ahora. Y encontrar ese diario, darme cuenta de que podía haberme equivocado, de que quizá había contribuido a que un hombre inocente acabara en prisión, de que el asesino de Camille podía seguir ahí fuera...

Las lágrimas caían ahora con más fuerza y le costaba sacar las palabras.

Xav se maldijo por ser un capullo tan egocéntrico e insensible y haberlo convertido todo en un asunto suyo. Por supuesto que ella también había sufrido. Él había estado tan enfrascado en su propia compasión que no había sabido verlo.

No estaba seguro de que le quedaran palabras, así que actuó. Acortó la distancia entre ellos y la estrechó entre sus brazos.

Ella no se resistió; se abandonó contra él, con los sollozos amortiguados contra su hombro. A Xav se le entrecortó el aliento al aspirar su aroma. Había olvidado lo que era abrazarla, lo perfectamente que encajaba contra su cuerpo. Habían pasado todos aquellos años y, de algún modo, suponía que había llorado la pérdida de su hermano, pero no se había dado cuenta de que también había estado lamentando la pérdida de Lana.

Permanecieron así durante unos minutos. Lana acabó rompiendo el silencio mucho después de que sus lágrimas se hubieran detenido.

—Lo siento por no tener el diario.

Había vuelto un poco la cabeza y su aliento cálido rozaba el cuello de Xav mientras hablaba. Aún lo rodeaba con fuerza, como si le costara soltarlo.

—No es culpa tuya. Siento haberme enfadado contigo.

—Lo he buscado por todas partes. Alguien tiene que habérselo llevado. —Había un atisbo de pánico en su voz y él cedió al impulso de pasarle la mano por el pelo, diciéndose que solo lo hacía para consolarla mientras sus dedos se deslizaban entre aquellos mechones sedosos.

—Lo averiguaremos.

¿Lo averiguaríamos? No «yo» ni «tú». Acababa de convertirlos en un equipo. ¿Era una buena idea?

Decidió no darle demasiadas vueltas por el momento. Si Lana tenía razón y alguien se había llevado el diario, eso sugería que no quería que las palabras de Camille salieran a la luz, lo que daba más peso a la teoría de que Sebastian no la había matado.

Xav no se había permitido ni siquiera creer que fuera posible, porque no quería llevarse una decepción, pero ahora tenía una diminuta brizna de esperanza.

Aun así, tendrían que andarse con cuidado. Si Seb era inocente, el asesino de Camille seguía ahí fuera.

Volvió a pensar en el atropello. ¿Estaría relacionado?

En cualquier caso, si quien había matado a Camille sabía que Lana había leído el diario y que estaba cuestionando lo que había visto aquella noche, había muchas probabilidades de que ahora ella también corriera peligro.

Capítulo 28

—Entonces, aparte de mí, ¿quién más sabe lo del diario? —preguntó Xav mientras llevaba dos tazas de café hasta donde Lana estaba sentada en el sofá. Las dejó sobre la mesa y se sentó a su lado, doblando una pierna bajo el cuerpo mientras se volvía hacia ella. Por primera vez desde que había regresado, parecía relajado en su compañía.

Lana apenas había dormido, temiendo decirle que el diario había desaparecido y culpándose por no haberlo vigilado mejor. Sabía que él se enfadaría con ella, pero no esperaba que aquello les brindara la oportunidad de aclarar las cosas.

No era estúpida y no esperaba que todo volviera a ser como antes, pero al menos Xav ya no la miraba como si le resultara físicamente doloroso estar en su presencia.

—Ollie fue quien lo encontró, cuando estaba desmontando el armario de la habitación de Camille —le explicó—. George y yo estábamos con él.

—¿George?

—George Maddox. El jardinero.

Xav asintió.

—Lo conozco. Su mujer limpia en casa de mi madre.

Lana quiso preguntarle cómo estaba Joanna. La madre de Xav siempre había sido muy amable con ella y se había alegrado muchísimo al descubrir que habían empezado a salir. Pero las opiniones cambiaban y, sin duda, ahora Joanna pensaría de otra manera. No le parecía apropiado preguntarle por ella y se dijo que debía centrarse en el tema.

—Nos ha estado ayudando con la casa.

—Y su nombre empieza por G.

—No tenía una aventura con Camille. Ya había pensado en él. El hombre del que escribió mi hermana parecía tener experiencia y

llevar la voz dominante en la relación. George era más joven que Camille y Ollie dice que era un poco empollón.

—Es verdad —admitió Xav—. Pero sabe lo del diario y tiene la inicial correcta, así que lo mantenemos en la lista.

—¿La lista? —preguntó Lana, ligeramente divertida—. ¿Tenemos una lista?

—Sí —decidió Xav—. Deberíamos tenerla.

Se le dibujó una sonrisa en los labios; se le marcaron hoyuelos en las mejillas y unas arrugas se abrieron en abanico en las comisuras de los ojos. Era una sonrisa preciosa y dolorosamente familiar, y Lana se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír de verdad desde que había regresado.

—Vale —asintió, con la voz un poco ronca—. ¿Tienes papel y bolígrafo?

Mientras él iba a buscarlos, tragó saliva y respiró hondo, tratando de serenarse. Tenía que recomponerse. Aquello iba de Camille y Sebastian, no de ella y Xav. No tenía sentido anhelar algo que ya no podía tener.

—Tú, Ollie y George —dijo Xav al volver al sofá y anotar los tres nombres en el bloc que había traído—. ¿Quién más?

—La prometida de Ollie, Elise, se aloja en la casa.

—¿Ollie se casa? —preguntó, sorprendido.

—Eso parece.

—¿Cómo es ella?

Engreída, maleducada, vaga. Lana no dijo nada de eso, pero se tomó su tiempo para pensar cómo responder, lo que provocó una carcajada de Xav.

—No te cae bien, ¿verdad?

—Yo nunca he dicho eso.

—No hace falta. Se te nota a la legua.

¿De verdad? ¿Era tan transparente?

—Supongo que no hemos empezado con buen pie —admitió.

—Pero ¿Ollie la quiere?

—Eso parece. Todo ha ocurrido como un torbellino. Es bastante exigente.

—¿Y sabe lo del diario?

—Sí —respondió Lana, vacilando antes de añadir—. Bueno, lo sabe desde que la acusé de habérselo llevado.

—¡Lana! —Xav volvió a reírse.

—Solo vivimos los tres allí y Ollie jura que no lo cogió. Estaba aplicando el método de eliminación.

—Vale. Añadimos «prometida exigente» a la lista —dijo Xav, aún divertido, mientras apuntaba el nombre de Elise—. ¿Alguien más?

—No se me ocurre nadie.

Xav guardó silencio un momento.

—Entonces encontraste el diario antes de aquella noche en la playa. ¿Antes de que te atropellara el coche?

—Sí, ¿por qué?

Incluso mientras hacía la pregunta, Lana comprendió hacia dónde iban sus pensamientos.

—¿Crees que está relacionado?

—Es un poco casualidad, ¿no te parece?

¿Lo era? Apenas había empezado a leer el diario el día anterior al atropello y, aunque había descubierto la existencia de G, en realidad no había creído que pudiera ser el asesino de su hermana, al menos no hasta después. ¿Tenía razón Xav? ¿Era el conductor del coche la persona que había estado relacionada con Camille?

Se quedó callada y debió de parecer preocupada, porque Xav le cogió la mano y trazó un dibujo sobre su palma con el pulgar. El gesto era reconfortante e íntimo a la vez, y le hizo revolotear mil mariposas en el estómago.

—Creo que será mejor que no dejemos que nadie más se entere de nada de esto. Por si acaso, ¿de acuerdo?

Lana asintió. Tenía razón. La verdad era que no había pensado en todo aquello hasta el final.

—Entonces, ¿estás completamente segura de que nadie más sabía lo del diario el día que lo encontraste?

Ya había repasado aquel día mentalmente.

—Nadie. Solo estábamos los cuatro en la casa.

Xav tamborileó con el bolígrafo sobre el bloc.

—Es una lista bastante corta, Lana.

Lo era, y ella comprendía lo que implicaba.

—Ollie no me haría daño.

Xav estuvo de acuerdo. Puede que él y Ollie ya no se hablaran, pero en otro tiempo habían sido los mejores amigos. Ollie jamás haría daño a su propia hermana.

—Vale, entonces quedan dos: George y Elise.

—¿Crees que uno de ellos se llevó el diario?

Xav asintió.

—Lógicamente, sí.

—Y puede que uno de ellos condujera el coche.

No era una pregunta, pero él respondió de todos modos.

—Es posible. Si está relacionado. —Le apretó la mano—. ¿Cuándo recuerdas con certeza haber visto el diario por última vez?

—Ayer, justo antes de venir a verte. Cuando llegué a casa ya no estaba.

—Entonces Elise estaba en la casa. ¿Dónde estaba George?

—Ya habría terminado de trabajar por el día. En la casa solo estaban Elise y Ollie.

—¿Y qué hay de la noche en la playa? ¿Sabes dónde estaban George y Elise?

Lana hizo memoria.

—Ollie había invitado a George a una partida de póquer. Estaba en la casa, aunque llegó tarde.

—¿Y Elise?

—Estaba en Norwich, alojada en casa de una amiga.

—¿Es de Norfolk?

—Eso parece.

—Entonces es posible que los dos tengan coartada. —Xav se quedó pensativo un instante—. George conduce una furgoneta. ¿Elise tiene coche?

—No en la casa. Cogió un taxi.

—Pero sabe conducir, ¿verdad?

Lana se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. No sé gran cosa sobre ella.

Y eso era preocupante. Ollie se había lanzado de cabeza y había metido a Elise en sus vidas. Vivía en casa de Kitty y tenía acceso a todas sus cosas. Lana ya desconfiaba de ella, pero ¿era posible que

también fuera peligrosa? Y si la respuesta era sí, si Elise se había llevado el diario y había atropellado a Lana, ¿cuál era su motivo?

Ahora formuló la pregunta en voz alta y, por la pausa de Xav, comprendió que él ya se estaba preguntando lo mismo.

—Tenemos que averiguar más cosas sobre ella y descubrir si existe algún vínculo entre ella y Camille en el pasado —dijo finalmente.

Lana asintió.

—Pasa mucho tiempo en el jardín. Si Ollie no está cerca, intentaré colarme en su habitación y registrar sus cosas.

Una sombra de sonrisa asomó a los labios de Xav.

—Yo estaba pensando más bien en intentar hablar con ella, hacerle algunas preguntas capciosas y averiguar algo por ese medio.

—No es precisamente una persona accesible, y empeoré mucho las cosas cuando la acusé de llevarse el diario.

—Bueno, empieza por disculparte y a ver adónde te lleva eso.

—¿Disculparme?

Lana debió de poner cara de espanto, porque la sonrisa de Xav se ensanchó.

—Sonríe con dulzura y dile que lo sientes por haberte precipitado.

—Pero no lo siento.

—Tú lo sabes y yo lo sé, pero si sirve para que hable, merecerá la pena, ¿no?

—Supongo.

—Ten cuidado, Lana, ¿de acuerdo? Si ella conducía ese coche... —Xav dejó la frase en el aire. Los dos sabían lo que estaba a punto de decir. No necesitaba pronunciarlo.

—Tendré cuidado —prometió.

Xav no parecía convencido, y ella no sabía si su preocupación le resultaba halagadora o inquietante.

Se le revolvió el estómago. Hasta ese momento, no había asimilado del todo lo que significaba. Podía estar compartiendo casa con alguien que quería verla muerta.

—Las puertas de los dormitorios todavía tienen cerradura, ¿verdad?

Lana lo miró, frunciendo el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

—Vale, hasta que sepamos qué pasa con Elise, quiero que me prometas que, cuando te acuestes por la noche, cerrarás la puerta con llave.

—Ahora sí que me estás asustando un poco. —Se rio con nerviosismo, pero la sonrisa había desaparecido del rostro de Xav y él la miraba con absoluta seriedad.

—Prométemelo, Lana.

—Vale, te lo prometo.

Capítulo 29

George solía pasar a ver a su madre al menos una vez por semana y siempre intentaba hacerlo cuando sabía que estaría sola en casa.

No es que tuviera nada contra su padrastro. El viejo estaba bien, pero cuando solo estaba su madre había menos posibilidades de que Derek apareciera. Por eso se disgustó al encontrarse a su hermanastro sentado en la cocina cuando se detuvo allí de camino a casa después del trabajo.

—¿Quieres una taza de té, cariño? Estaba preparando otra para Derek.

La idea de sentarse siquiera a la misma mesa no le hacía ninguna gracia a George, pero ¿qué otra opción tenía? Acababa de llegar, así que difícilmente podía darse la vuelta y marcharse.

—Gracias, mamá.

Acercó una silla y saludó a Derek con un gesto inexpresivo.

—¿Qué tal?

—No me quejo —le respondió Derek con el mismo entusiasmo.

Aquella cordialidad forzada no era más que una farsa para sus padres. George había odiado a su hermanastro mayor desde el momento en que Derek Golden, con catorce años, había entrado en su vida. Derek le llevaba seis años y le había hecho la vida imposible hasta que, con el tiempo, George encontró la manera de detenerlo.

Por aquel entonces apenas se dirigían la palabra y el desprecio que sentían era mutuo. Pero Derek sabía que no le convenía ni siquiera mirar a George de manera incorrecta, pues era consciente de las consecuencias que podía haber y de que George tenía todo el poder.

Su relación era civilizada por el bien de sus padres, aunque fría, y a George le parecía perfecto.

Derek era un desastre patético. Bebía demasiado, le costaba conservar un trabajo y su matrimonio se había hecho añicos. Si George le tuviera algún aprecio, quizá sentiría lástima por él: vivía

en un pisucho de mierda, tenía pocos amigos y su vida apenas merecía tal nombre. Ya ni siquiera era un tipo duro; sus músculos se habían convertido en flacidez.

George no necesitaba recurrir al chantaje. Ahora era más grande y fuerte. Podía darle una paliza sin dificultad si alguna vez llegaban a las manos. Sin embargo, era mejor mantener una amenaza latente que le acarrearía una condena de prisión si alguna vez revelaba la verdad. Así se aseguraba de que su hermanastro no se saliera nunca de la línea. Los dos sabían que, si el oscuro secreto de Derek salía a la luz, su vida se acabaría.

Capítulo 30

Lana esperó al momento adecuado para acercarse a Elise.

La idea de disculparse con aquella mujer la sublevaba, pero Xav tenía razón. Necesitaban saber más de ella y la manera más sencilla de conseguirlo era intentar hacerse amiga suya.

A pesar del ultimátum de Elise, que exigía que uno de ellos se marchara, los tres seguían viviendo bajo el mismo techo, así que probablemente Ollie había conseguido calmar las aguas. Aun así, el ambiente de la casa continuaba siendo gélido, pues Elise había decidido fingir que Lana no existía. No le había dirigido la palabra desde que la acusara de llevarse el diario.

La disculpa, cuando llegara, iba a resultar difícil.

Antes de que Lana regresara a casa, ella y Xav ya habían averiguado por internet todo lo que habían podido, que no era gran cosa. Elise Gladstone tenía treinta y tres años y, a juzgar por sus fotos en las redes sociales, le encantaban los zapatos. Muchísimo. Su Instagram estaba lleno de fotografías de sus pies calzados con sandalias adornadas con pedrería, tacones de vértigo y botas de cuero. También parecía preferir poner morritos a sonreír, pues en todas las fotos tenía la boca fruncida. Parecía el culo de un gato, había observado Lana, quizá con cierta crueldad, aunque eso le había arrancado a Xav una risilla.

Google no les había contado mucho más. Ollie le había dicho a Lana que Elise era modelo y había algunas fotos suyas en internet, aunque parecían antiguas, lo que indicaba que por aquel entonces debía de ser joven.

Lana ignoró la idea de Xav de enviarle una solicitud de amistad en Facebook. Se rebajaría a disculparse, pero ni hablar de llegar tan lejos.

Desde que había vuelto a casa, había estado intercambiando muchos mensajes con él y, aunque la mayoría giraban en torno a Elise, de vez en cuando se colaba algún comentario o pregunta

personal, lo que hacía que casi pareciera que habían vuelto a los viejos tiempos. Por supuesto, no era así, y cuando se descubría sonriendo al oír el aviso de que había recibido otro mensaje, Lana tenía que recordarse que, por el momento, eran aliados, pero que aquella situación solo sería temporal.

¿Has hablado ya con ella?

Era la tercera vez que se lo preguntaba y su respuesta fue la misma.

Todavía no. Estoy esperando el momento adecuado.

Cuando llegó, la respuesta de Xav sonó algo más impaciente.

Han pasado veinticuatro horas, Lana. Sé que significa tragarte el orgullo, pero tienes que hacerlo de una vez.

Tenía razón, lo sabía. Pero eso no lo hacía más fácil. Dejó el teléfono sobre la mesilla y salió en busca de Elise.

La encontró en la cocina, con una coctelera en la mano. Las diversas botellas abiertas sobre la encimera indicaban que estaba preparando margaritas. Apenas era mediodía, pero a Elise no parecía importarle.

Para ganar tiempo, Lana fue a la nevera a por una botella de agua y después miró en dirección a Elise, deseando que se diera la vuelta. La mujer sabía que estaba en la habitación. Simplemente había decidido ignorarla.

Lana se aclaró la garganta y se tragó la irritación. Esperaba que Xav entendiera lo difícil que le resultaba aquello.

—¿Elise?

Como no obtuvo reacción alguna, lo intentó de nuevo.

—¿Elise? Quería saber si podíamos hablar un momento.

De nuevo pensó que la ignoraría, pero entonces Elise se volvió y le dirigió una mirada que consiguió situarse en algún punto entre el mal humor, la cautela y el aburrimiento. Como no dijo nada y se limitó a soltar un pequeño suspiro, Lana siguió adelante.

—Quería hablar de la otra noche, cuando entré en tu habitación… sin invitación. —La última palabra le chirrió, porque, técnicamente, aquella era su habitación, no la de Elise. Consiguió esbozar una sonrisa y esperó que no pareciera tan forzada como se sentía.

—¿Y qué pasa con eso?

—Me equivoqué. No debería haberte acusado de llevarte el diario y tampoco debería haber entrado sin preguntar. —A Lana le ardía la cara. La humillación del momento hacía que todo resultara más difícil de lo que había imaginado—. Lo siento.

Ya estaba. La disculpa había salido de sus labios. Esperó la reacción de Elise, deseando que su expresión fuera arrepentida o, al menos, neutra. Si Elise se daba cuenta de que no hablaba en serio, todo aquello habría sido una pérdida de tiempo.

Elise la estudió y resopló con desdén.

—No, no deberías haber entrado y no tenías derecho a acusarme. Fue muy desagradable.

—Lo siento —repitió Lana, sin saber qué más quería oír aquella mujer.

—Bueno, mientras te des cuenta de que te pasaste de la raya, supongo que esta vez te perdonaré.

En serio, ¿de dónde se había escapado aquella zorra?

Respira hondo, Lana.

Observó cómo Elise se llenaba la copa. Al cogerla, le dirigió a Lana una mirada displicente.

—¿Querías algo más?

Cualquiera que hubiera oído la conversación habría pensado que Lana era la criada.

Pensó en Xav, en Sebastian, que estaba en prisión, y en su hermana, cuyo asesino quizá siguiera en libertad, y se recordó que estaba haciendo aquello por ellos.

—En realidad, esperaba que pudiéramos empezar de cero. No hemos empezado con buen pie y vas a ser mi cuñada. ¿Podemos intentarlo de nuevo, por favor? Me gustaría que fuéramos amigas.

La mirada desdeñosa que le dirigió Elise hizo que Lana se pusiera en guardia y apretara los puños a los costados, molesta.

—Mira, no te ofendas, Lana, pero me caso con tu hermano, no con su familia. No me interesa especialmente tener ningún tipo de relación contigo. Nos marcharemos cuando termines de recoger la casa. Así que intentemos sacar el mejor partido posible de una mala situación y tolerémonos, ¿de acuerdo?

Como Lana no respondió, porque, sencillamente, ¿qué se suponía que debía decir?, Elise añadió con tono condescendiente:

—Está bien que hayas reconocido que te equivocaste. Me alegra que te des cuenta. Quizá puedas aprender de tu error.

Lana la observó salir al exterior mientras la rabia iba creciendo en su interior.

¿Quién coño se creía que era Elise?

Una parte de ella tuvo la tentación de seguirla y empujarla a la piscina, pero se contuvo. Aunque habría resultado satisfactorio durante un instante, sabía que no conseguiría nada.

En lugar de eso, se escabulló hacia las escaleras, con la intención de enviarle un mensaje a Xav para contarle cómo había salido su brillante idea. Se había humillado sin motivo y ahora tendría que pasar el resto del tiempo en aquella casa con la repugnante mujer, que sin duda se lo echaría en cara. Deberían haber seguido con su idea original de registrar las cosas de Elise.

Al llegar al descansillo, Lana miró hacia su antiguo dormitorio. La puerta estaba cerrada, pero sabía que ni Ollie ni Elise estaban dentro. Su hermano había ido a comprar comida y Elise acababa de salir.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Lana cruzó el descansillo, sabiendo que Xav lo desaprobaría, pero también que no les quedaban muchas opciones. Había intentado actuar con civismo y se lo habían devuelto en las narices. Ahora era el momento de hacer las cosas a su manera. Por supuesto, si Elise la sorprendía fisgoneando, echaría por tierra la disculpa que acababa de obligarse a ofrecer, pero, dado que la mujer no estaba interesada en tener ningún tipo de relación con ella, ¿de verdad importaba?

Una vez dentro de su antiguo dormitorio, cerró la puerta y se acercó a la ventana. Intentó mantenerse entre las sombras mientras miraba hacia fuera y vio que Elise estaba en la piscina.

Como sabía que por el momento estaba a salvo, pero no quería perder tiempo, Lana fue directa al bolso de la mujer, que colgaba de un gancho en la parte posterior de la puerta. Vació el contenido sobre la cama. Eran sobre todo productos de maquillaje y lo único interesante era el monedero. Lana lo registró y encontró tarjetas de

crédito que confirmaban la identidad de la mujer, además de un permiso de conducir que le indicaba que Elise podía conducir. Estaba registrado en la dirección de Ollie. Qué rapidez. Había un par de tarjetas de citas: una para una peluquería y otra para el dentista. Ambas correspondían a establecimientos cercanos a su domicilio. Y los compartimentos del dinero estaban vacíos, salvo por un par de recibos. Uno era de la compra y el otro, de un desayuno en una cafetería. Lana echó un vistazo a los detalles y se puso tensa al darse cuenta de que la fecha correspondía a la mañana posterior al atropello con fuga y que el establecimiento estaba en Sheringham.

Apenas unos kilómetros por la costa desde Salthouse.

Elise supuestamente había estado entonces en Norwich, pasando la noche en casa de una amiga. Así que ¿por qué había desayunado en Sheringham?

Lana necesitaba hacerle una foto al recibo.

Volvió a colocar todos los objetos tal como los había encontrado, salvo el recibo, y colgó de nuevo el bolso en la puerta. Después salió del dormitorio y fue a la habitación de Camille a buscar su teléfono.

Miró por la ventana y vio que Elise estaba ahora en su tumbona, con la bebida en la mano.

De vuelta en su antiguo dormitorio, Lana fotografió el recibo y luego lo devolvió al monedero. Se lo envió a Xav con un emoji de cara horrorizada y después registró los cajones de la mesilla.

No vio nada más de interés, pero lo comprobó todo de todos modos, solo para asegurarse.

Acababa de abrir su antiguo armario cuando el teléfono emitió el aviso de un mensaje de Xav.

¿Estás fisgoneando?

Escribió una respuesta a toda prisa.

Tu idea era una mierda, así que he optado por el plan B. Me he disculpado y le he propuesto que fuéramos amigas, pero me ha rechazado. Al parecer, se casa con mi hermano, no con su familia. Acabo de encontrar este recibo en su monedero. Se suponía que iba a quedarse con una amiga en Norwich, así que ¿por qué estaba en Sheringham?

Salvo ropa y un montón de zapatos inadecuados, no había mucho más que ver. Lana revisó los bolsillos de una chaqueta, pero estaban vacíos.

Estaba a punto de cerrar la puerta corredera cuando oyó una voz al otro lado.

¡Mierda!

Era Elise, pero Ollie seguía fuera, ¿no?

Lana miró a su alrededor, presa del pánico, en busca de un escondite. Estaba el baño, pero no tenía tiempo de cruzar la habitación. Tendría que ser el armario.

Lana se metió rápidamente dentro e intentó hacerse sitio entre la ropa. Estaba cerrando la puerta cuando Elise entró en la habitación.

—Me da igual. Prometiste que lo borrarías.

No obtuvo respuesta. ¿Con quién estaba hablando?

Había una rendija minúscula entre la puerta y la pared, y Lana mantuvo la mirada fija en ella. Vio fugazmente a Elise mientras recorría el dormitorio de un lado a otro, aparentemente alterada. Tenía el teléfono pegado a la oreja.

—Eso no es justo. He hecho exactamente lo que me pediste.

¿De qué estaría hablando?

Contuvo la respiración cuando la voz de Elise se acercó.

—¡Quiero que lo borres y quiero que lo hagas ahora mismo!

Mierda. ¿Iba a abrir la puerta del armario?

Pero entonces Elise se dio la vuelta y empezó a insultar a quienquiera que estuviese al otro lado de la llamada. Lana la vio lanzar el teléfono sobre la cama y, unos instantes después, desapareció de su campo de visión y solo quedó el silencio.

Lana esperó un par de segundos y luego abrió la puerta apenas un centímetro. Se relajó un poco al comprobar que Elise había salido de la habitación. La puerta del dormitorio estaba abierta. Lana decidió esperar otro minuto antes de escapar.

La visión del teléfono sobre la cama resultaba enormemente tentadora. Elise lo llevaba siempre consigo y, si había algo que pudiera revelar sus secretos, sería aquel aparato. Incluso el número de la persona con la que había estado hablando. Sin embargo, era demasiado arriesgado y Lana no podía correr el riesgo de que Elise

volviera. No ahora que sabía que estaba en la casa. Además, probablemente el teléfono estaría bloqueado.

El sonido del agua corriente volvió a ponerla tensa y comprendió que procedía del cuarto de baño.

Se había equivocado. Elise no se había marchado.

Joder.

Lana miró hacia la puerta del dormitorio. Si se daba prisa, podía conseguirlo.

Abrió un poco más la puerta del armario y asomó la cabeza. Podía oír que era la ducha lo que estaba funcionando. ¿Es que Elise ya se había metido?

Salió de su escondite con cautela y cerró con cuidado la puerta corredera tras de sí.

Solo tenía que cruzar la habitación, unos diez pasos. Necesitaba moverse deprisa.

Cuando volvió a mirar hacia el baño, el teléfono emitió el aviso de otro mensaje. El sonido fue demasiado fuerte.

Lana se quedó paralizada. Estaba segura de que Elise lo habría oído por encima del agua.

Muévete, joder.

—¿Nolly?

Lana salió disparada hacia la puerta del dormitorio, sin mirar atrás para comprobar si Elise había salido del baño. Cruzó cojeando el descansillo hasta la habitación de Camille y se encerró dentro a toda prisa. Esperó con el corazón desbocado.

¿La habría visto?

Tardó unos instantes en recuperar la respiración normal. Si Elise se había dado cuenta de que había estado en la habitación, no lo demostraba. Aun así, a Lana le temblaban los dedos cuando sacó el teléfono del bolsillo y abrió el último mensaje de Xav.

Ten cuidado, ¿vale?

Esbozó una sonrisa ante la ironía. Él no tenía ni idea de que su mensaje casi había hecho que la descubrieran.

Capítulo 31

Lana estaba asumiendo demasiados riesgos y aquello asustaba a Xav más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Le había dicho que no fisgoneara, pero ella no le había hecho caso y, de acuerdo, lo que había descubierto planteaba muchas preguntas, algunas de las cuales apuntaban a que Elise podía ser quien conducía el coche. Pero eso también la convertía en una persona peligrosa. Si ya había intentado matar a Lana una vez, era muy probable que volviera a intentarlo.

Y eso no le gustaba nada. Quería que Lana mantuviera las distancias con aquella mujer, al menos hasta que averiguaran qué se traía entre manos.

El recibo era preocupante, pues demostraba que Elise había estado en la zona en el momento del atropello con fuga y no en Norwich, como había afirmado. Además, la conversación que Lana había oído sonaba francamente sospechosa.

Empezó a escribirle un mensaje con la intención de sugerirle que fuera a verlo, pero antes de poder enviarlo le llegó otro. Bree le recordaba que habían quedado para tomar algo y le preguntaba a qué hora se encontrarían.

Mierda. Era viernes. Su cumpleaños.

No podía cancelarle y dejarla sola en casa. Además, estaba siendo un amigo de mierda: había estado tan absorbido por Lana que se había olvidado de felicitarla.

Lo hizo en ese momento y le dijo que iría a recogerla en coche a las cinco de la tarde. Después se metió rápidamente en la ducha. Le enviaría un mensaje a Lana cuando llegara al pub.

Tras detenerse por el camino para comprar una botella de whisky escocés por su cumpleaños, recogió a Bree y la llevó al lugar que ella había elegido: el pub Ship Inn, en Weybourne. Estaba a solo cinco kilómetros de la casa de Xav, pero aún no había decidido si

volvería conduciendo o dejaría el coche en el pub. Ya vería cómo transcurría la velada.

Al entrar en el pub, se dio cuenta de que no iban a estar solos. Trudy se levantó para recibirlos con una radiante sonrisa en el rostro y a él se le cayó el alma a los pies.

Bree no le había advertido de que iba a venir.

Trudy abrazó a cada uno de ellos, felicitó a Bree por su cumpleaños y luego se quedó abrazada a Xav un instante más de lo que resultaba cómodo. Su perfume, demasiado intenso, le invadió los sentidos y tuvo que apartarse de sus brazos.

—Yo pediré las bebidas —les dijo, dirigiéndose a la barra mientras Bree y Trudy salían a buscar una mesa. Mientras esperaba el pedido, envió un mensaje rápido a Lana para comprobar que estaba bien.

La respuesta le llegó cuando llevaba la bandeja de bebidas al jardín de la cerveza.

—¿Coca-Cola? —preguntó Bree, arqueando las cejas.

Xav se encogió de hombros.

—Probablemente vuelva a casa en coche.

A Bree no pareció entusiasmarle la idea y murmuró a Trudy que Xav no era muy divertido.

—Y ahora está con el teléfono —se quejó.

—Dos segundos y lo guardo, lo prometo. Solo estoy comprobando que Lana esté bien.

Le leyó el mensaje, en el que le decía que estaba bien, y luego le recordó que mantuviera cerrada con llave la puerta de su dormitorio, por precaución, antes de volver a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—¿Te ha devuelto el diario? —preguntó Trudy de inmediato.

Xav vaciló, sin saber cuánto estaba dispuesto a contar. Pero las dos mujeres lo miraban y supuso que sí tenía que agradecerles que lo hubieran animado a hablar con Lana.

—No. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió Bree.

—Lana cree que alguien se lo ha llevado y, después de hablar con ella, me inclino a estar de acuerdo.

Una punzada de irritación lo atravesó al ver que Bree y Trudy intercambiaban una mirada, una mirada de escepticismo que él

reconoció al instante.

—¿Estás seguro de que existió de verdad? —preguntó Trudy al cabo. Estaba seguro de que la suavidad de su tono pretendía ser bienintencionada, pero solo consiguió irritarlo aún más.

—¿Estás insinuando que se lo ha inventado?

—Solo digo que Lana estaba desesperada por hablar contigo desde que volvió al pueblo. Quizá esta fuera su manera de llamar tu atención.

—Ha sido muy cruel, de todos modos —murmuró Bree, con expresión apesadumbrada—. Está jugando con la vida de la gente y dando falsas esperanzas.

—No, no lo está haciendo. El diario existe. Conozco a Lana. No miente sobre eso.

—Vale, entonces ¿dónde está? ¿Quién se lo llevaría y por qué?

Ahí era donde Xav se resistía a contar demasiado. Al menos, sin pruebas concretas. —Alguien que no quiere que se limpie el nombre de mi hermano.

—¿Y tienes alguna idea de quién podría ser? —preguntó Trudy.

—No. Había tardado demasiado en responder y, aunque mantuvo la mirada fija en Trudy, sospechó que ella sabía que estaba mintiendo.

—Bueno, veo que te ha convencido —dijo Bree, resignada, mientras daba un sorbo a su bebida—. Haznos un favor a todos, amigo. Usa la cabeza cuando se trate de Lana Hamilton. No me fío de ella ni un pelo.

—Tú fuiste quien sugirió que me pusiera en contacto con ella —señaló Xav.

—Por el diario. Te hizo creer que tenía pruebas. Algo que podía ayudar a limpiar el nombre de Seb.

—Ella nunca dijo que tuviera pruebas.

—Vale, pero te dio esperanzas, te hizo creer que aquel diario era importante.

—Y lo sigue siendo.

Bree suspiró. —Mira, sé que todavía sientes algo por ella. Pero no dejes que eso nuble tu juicio. Yo, por mi parte, me reservo el mío.

—¿Tú sientes algo por ella?

Xav miró a Trudy. Su pregunta había sonado casual, como si solo sintiera una ligera curiosidad, pero él entendió por qué se lo preguntaba y comprendió que se le presentaba la oportunidad perfecta para que su relación volviera a ser puramente platónica.

—Lo de Lana es complicado. Pero sí, me importa y todavía siento algo por ella.

No era exactamente una mentira. Solo algo que aún no había terminado de aceptar.

Trudy sostuvo su mirada, con el rostro desprovisto de emoción. —Ya veo.

Durante un momento, los tres quedaron sumidos en un silencio incómodo y Xav se preguntó si no habría sido un error utilizar a Lana para que Trudy dejara de insistir. Quizá habría sido más amable ser sincero y decirle que aquella aventura de una noche, tantos años atrás, había sido un error, al menos por su parte.

Por suerte, Bree acudió al rescate cambiando de tema, y dejaron de hablar de Lana y del diario.

Xav seguía un poco molesto porque dudaran de él, pero intentó sacudirse la irritación y hacer un esfuerzo por Bree, y se sintió aliviado cuando Trudy hizo lo mismo. Tras unos minutos de tirantez entre ellos, pareció dejarlo atrás, y él se lo agradeció. Puede que Trudy no le atrajera, pero era una buena persona y estaba encantado de ser su amigo, siempre y cuando ella entendiera que no podía ofrecerle nada más.

Iban por la tercera ronda; Xav acababa de regresar de la barra con otra bandeja de bebidas cuando las cosas se torcieron.

Bree fue la primera en reaccionar ante los recién llegados al jardín del pub. Se quedó a mitad de una frase, con el ceño fruncido en su bonito rostro. —No me jodas.

Sin saber a qué se refería, Xav se volvió en el asiento y se encontró con la mirada de Ollie Hamilton.

La tensión le trepó por la espalda cuando la sonrisa desapareció del rostro de Ollie y fue sustituida enseguida por un gesto hosco. Estaba con Ryan Hayes y Greg Corbett. Los dos habían ido al colegio con Xav, pero hacía mucho que habían roto toda relación con él, dejando clara su lealtad a Ollie.

Ollie nunca había sido tan indulgente como Lana, y a Xav le dolía que el chico con el que había estado tan unido durante su infancia, su mejor amigo, lo mirara ahora con semejante repugnancia.

Xav fue el primero en romper el contacto visual y apartar la mirada. No era que le tuviera miedo a Ollie ni que temiera acabar en una pelea. Si hacía falta, sabía defenderse con los puños y, de joven, se había visto envuelto en un montón de peleas por intentar limpiar el nombre de su hermano, pero no tenía ganas de enfrentarse a aquella.

Por desgracia, Bree sí, y estaba clavando los ojos en Ollie, provocándolo para que hiciera un movimiento. —Me encantaría dejar a ese gusano hecho papilla —siseó.

Bree podía pesar varios kilos menos que Ollie, pero Xav no dudaba de que podría darle una buena paliza.

—Déjalo, ¿vale? No merece la pena.

—Míralo, con esos aires de superioridad. De verdad se cree alguien especial. El gran Ollie Hamilton. Esa familia es una maldición.

—Bree, Xav tiene razón —la apremió Trudy—. Mira, estamos pasando una velada agradable. Por favor, no dejes que nos la arruine.

Parecía la voz de la razón, pues Bree volvió a concentrarse en su bebida. Siguió refunfuñando por lo bajo, pero Xav vio que estaba relajando los hombros, dispuesta a dejarlo correr.

Aun así, ya era demasiado tarde, porque Ollie se acercaba a grandes zancadas, evidentemente después de haber oído parte de lo que ella decía, mientras Hayes y Corbett observaban divertidos.

—¿Tienes algún problema con que esté aquí?

Se dirigía a Bree, pero fue Xav quien respondió. —Nadie tiene ningún problema contigo, Ollie. Ve a disfrutar de tu bebida.

Ollie ignoró a Xav y repitió la pregunta, con el ceño fruncido. —He preguntado si tienes algún problema con que esté aquí.

Bree sonrió de medio lado a Xav y Trudy por encima de la mesa. Antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, se volvió en su asiento. —Mira, estamos intentando disfrutar de la velada y tú nos estás molestando. Así que coge esa cara de niño guapo y engreído

que tienes y vuelve corriendo con tus amiguitos. Déjanos en paz de una puta vez.

—No me hables así.

—¿Perdona? —El tono de Ollie había sido pomposo y la expresión de Bree se ensombreció mientras se ponía en pie. Al ver que su amigo podía estar en apuros, Hayes y Corbett se acercaron a la mesa—. ¿Que te hable cómo?

—Bree. Déjalo, por favor.

—No te metas, Xav. Ya era hora de que alguien le dijera a este mequetrefe santurrón cuatro verdades.

—¿Ah, sí? ¿Qué coño te pasa conmigo? —Ollie levantó la barbilla e intentó parecer intimidante, pero Xav lo recordaba lo bastante bien. Tenía mucha fanfarronería y a veces pecaba de exceso de confianza, pero nunca se le había dado muy bien llegar hasta el final. Además, a menos que hubiera cambiado, no había manera de que Ollie se rebajara a pegarle a una mujer.

Por desgracia, Xav no estaba tan seguro respecto a sus amigos. Ryan Hayes no intervendría, pero Greg Corbett estaría disfrutando de lo lindo y no parecía importarle a quién alcanzaban sus puñetazos.

—Mi problema no es solo contigo. Es con toda tu maldita familia. Los Hamilton os creéis especiales, pero sois una enfermedad para este pueblo.

—Bree, ya basta. —Necesitaba calmar la situación. No podía salir nada bueno de aquello.

—Cállate, Xav.

Ahora estaba furiosa y el rostro de Ollie se ensombrecía por momentos. Cerró el puño y dio otro paso hacia ella. Xav lo observó atentamente, preparado para intervenir si era necesario, aunque sabía que Bree podía defenderse perfectamente sola.

—Este pueblo se llevó a mi hermana. —Ollie lanzó a Xav una mirada llena de desprecio antes de volver a clavar los ojos en Bree —. Su familia se llevó a mi hermana.

—Quizá tu hermana se lo merecía.

—¡Bree! ¡Para! —insistió Xav. Había sido un golpe bajo y además cruel.

Los ojos de Ollie se abrieron desmesuradamente, conmocionado. —Retira eso ahora mismo.

—¡Oblígame! —lo provocó Bree.

Xav no tenía el menor interés en aquello. Eran adultos, no adolescentes dominados por las hormonas que buscaban demostrar algo y, además, aquella lamentable disputa era entre Ollie y él, no entre nadie más. Empezó a levantarse, con la esperanza de calmar los ánimos, pero Trudy ya estaba de pie y le puso una mano en el hombro. Se le adelantó al rodear la mesa para colocarse junto a Bree, interponiéndose entre ella y Ollie.

—Mira, los dos os estáis comportando como unos idiotas —les dijo, intentando apaciguar los ánimos—. Sentémonos y hablemos de esto.

—No me puedo creer que necesites que las mujeres luchen tus batallas —soltó Corbett con sorna. Xav lo ignoró, consciente de que intentaba avivar la situación.

—Siéntate, Trudy —ordenó Bree. Parecía furiosa; tenía la mirada fija en Ollie.

—Retira lo que has dicho de Camille —exigió Ollie.

—¿Por qué? —Bree le dio un empujón para provocarlo—. ¿Porque no quieres aceptar que quizá era una zorra que obtuvo lo que se merecía?

—¡Ya basta! —Xav se había puesto en pie—. Bree, has cruzado la línea.

Estaba siendo innecesariamente cruel y, en aquel momento, él estaba más molesto con ella que con Ollie. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, Bree empujó a Ollie con fuerza y él extendió la mano, bien para recuperar el equilibrio, bien para golpearla; Xav no estaba seguro. Pero Trudy seguía intentando separarlos y, en medio del forcejeo, acabó colocándose en la trayectoria del golpe.

Xav oyó el bofetón y contempló horrorizado cómo ella se desplomaba en el suelo.

Fuera o no un accidente, se negó a quedarse de brazos cruzados. Pero no fue lo bastante rápido y el chasquido del puño de Bree al estrellarse contra la nariz de Ollie sonó tan fuerte que Xav hizo una mueca.

Corbett se metió en la pelea, ansioso por participar, mientras Ollie se cubría la cara con las manos, con la sangre escurriéndosele entre los dedos y aullando de dolor.

Xav fue consciente de que un niño gritaba y de que otros clientes del pub contenían exclamaciones de asombro. Entonces llegó la caballería, formada por un par de empleados del bar y otros clientes, que separaron a Corbett, Ollie y Bree.

Trudy estaba de rodillas y Xav la ayudó a ponerse en pie. —¿Estás bien? —le preguntó, intentando ver dónde había recibido el golpe, algo difícil porque ella se apoyó directamente contra él. Le rodeó el cuerpo con un brazo, con cautela, consciente de que ella no había pedido que ocurriera nada de aquello. Había intentado hacer de pacificadora.

Malditos fueran Ollie y Bree. Aquel era un agradable pub de pueblo y, como aún era temprano, había familias allí. Le avergonzaba estar en compañía de ambos.

Como había sospechado, el dueño quiso que todos se marcharan. Xav no tuvo ningún problema con ello; ojalá no hubiera salido de casa. Se disculpó con el personal, les dejó su número y les dijo que lo llamaran si había que pagar algún desperfecto. Después ayudó a Trudy a salir, hasta donde Bree esperaba todavía cargada de agresividad y cerveza, arrepentida únicamente de no haber golpeado a Ollie por segunda vez. Por suerte, no había ni rastro de Ollie ni de sus amigos, que al parecer ya se habían marchado.

—Te dije que le daría a ese capullo lo que se merecía —dijo Bree, acercándose.

—Te pedí que lo dejaras. Te has pasado tres pueblos.

—Oh, vamos, Xav. Se lo merecía.

—¿Y Trudy también se lo merecía? —bramó Xav, al saltarle por fin la chispa.

Por fin consiguió hacer mella en Bree, cuya expresión se volvió compungida.

—Mierda, Trudy. Lo siento, no quería que te vieras envuelta en esto.

—Estoy bien, de verdad —insistió Trudy—. Ha sido culpa mía. Estaba en medio.

—¿Lo ves? Está bien —convino Bree, recuperando de inmediato su fanfarronería—. Aunque no gracias al maldito Ollie Hamilton. —Se detuvo y fulminó a Xav con la mirada—. ¿Quieres dejar de mirarme con odio? Yo nunca le pegué a ella.

Xav soltó una risa áspera. —Si tú y Ollie no hubierais empezado, ella no se habría encontrado en medio del fuego cruzado.

—¡Intentaba protegerte a ti y a tu hermano!

—No necesito que nos protejas, Bree. ¡Sé cuidar de mí mismo!

Los dos guardaron silencio unos instantes, mirándose sin que ninguno estuviera dispuesto a ceder.

Bree fue la primera en hablar. —Bueno, ya has dejado claro cuál es nuestra situación. Como supongo que no me necesitas, me marcho y te dejo tranquilo.

Alzó la barbilla con gesto desafiante y se dio la vuelta.

Por el amor de Dios.

—Bree, vuelve y sube al coche.

—Gracias, pero iré andando. Necesito despejarme. Tengo algunas cosas en las que pensar.

—Ya sabes, teniendo en cuenta lo capaz y testaruda que eres, ahora mismo te estás comportando como una auténtica reina del drama —le gritó Xav a la espalda.

Su comentario hizo que Bree se detuviera. Tensó los hombros mientras sopesaba sus palabras y luego se volvió para mirarlo.

—Mira quién habla —replicó—. No sé qué te pasa esta noche. Esa zorra de Hamilton te está lavando el cerebro.

Xav se enfureció. —Deja a Lana fuera de esto.

—Lana es problemática, Xav. Y ha conseguido que pienses con la polla en vez de con la cabeza. Malditos Hamilton. Este pueblo estará mejor sin ellos. Ya lo verás.

—Última oportunidad para que te lleve —ofreció Xav, ignorando la pulla de Bree. Mantuvo abierta la puerta del copiloto para Trudy.

—Gracias. Pero no, gracias. Nos vemos, Xav —replicó Bree.

Él no insistió. Todavía era temprano y solo había unos seis kilómetros hasta Holt. Con suerte, el paseo ayudaría a que a Bree se le pasara la borrachera.

Al sentarse al volante, se volvió hacia Trudy. —¿Estás bien?

Ella asintió, todavía un poco conmocionada. —Sí, eso creo. No es exactamente la noche que esperábamos, ¿eh?

—Bree es su peor enemiga —murmuró Xav mientras arrancaba el motor—. Sé que lo hace con buena intención, pero tiene que aprender a controlar su temperamento.

—¿Estará bien yendo sola a casa?

—Sí, estará bien. Con suerte, el paseo la despejará un poco.

Mientras hablaba, pasaron junto a ella y, al mirar por el retrovisor, Xav vio que Bree le levantaba el dedo corazón. En aquel momento no había manera de hacerla razonar. La llamaría por la mañana, con la esperanza de que para entonces se le hubiera pasado el enfado.

—Los Hamilton no son problema suyo. No sé por qué les tiene tanta tirria.

—¿Y son problema tuyo? —preguntó Trudy en voz baja.

Xav le dirigió una breve mirada. —Se marcharán cuando la casa salga al mercado —respondió, haciendo caso omiso de la verdadera pregunta.

No tenía muy claro qué estaba insinuando, pero sospechaba que tenía que ver con la conversación anterior sobre sus sentimientos por Lana. Trudy necesitaba entender que, incluso después de que Lana abandonara el pueblo, entre ellos no iba a pasar nada.

Pero aquel no era el momento de hablar de eso. Llevaría a Trudy a casa y le pondría hielo en la cara. Después, cuando supiera que estaba bien, comprobaría cómo estaba Lana y se aseguraría de que ella también se encontrara bien.

Solo esperaba que las acciones de Ollie no hubieran destruido por completo el frágil vínculo que habían vuelto a construir.

Capítulo 32

El sueño no llegaba y Lana no dejaba de darse la vuelta en la cama de matrimonio, intentando encontrar un lado fresco y una postura cómoda.

No ayudaba que la noche fuera bochornosa; a medida que avanzaban las horas, la temperatura y la humedad parecían subir en lugar de bajar. Pero esa no era la única razón.

Tenía la mente demasiado despierta mientras repasaba los acontecimientos recientes, intentando todavía asimilar que la prometida de su hermano podía haber sido quien trataba de matarla, además de procesar la noticia que Xav le había dado cuando la llamó.

Durante la primera etapa de su relación adolescente, cuando estaban obsesionados el uno con el otro, pasaban la mayoría de las noches al teléfono, normalmente hablando hasta que uno de los dos se quedaba dormido. Pero aquella llamada había sido distinta. Xav había llamado para asegurarse de que estaba bien y después le había confesado lo ocurrido con su hermano.

Se había puesto furiosa. No con Xav, que se culpaba a sí mismo, sino con su hermano, y había sentido náuseas al enterarse de que había golpeado a Trudy.

Fuera o no un accidente, ¿cómo se atrevía a comportarse así?

No había vuelto a casa, así que no tenía ni idea de adónde había ido después de que lo echaran del pub, y supuso que Elise estaba en su habitación. Eso era lo que le había dicho a Xav cuando él se lo preguntó, y él volvió a recordarle que cerrara con llave la puerta del dormitorio al acostarse.

Podría haber puesto fin a la llamada en ese momento, pero parecía tan reacio a colgar como Lana, y acabaron hablando mientras él conducía de regreso desde casa de Trudy y luego subía a su estudio. Como aún era temprano, le dijo que pensaba pintar.

—Llámame si me necesitas o si ocurre algo —le había insistido antes de que finalmente se desearan buenas noches, y ella creyó que lo decía de verdad.

Mientras todo lo demás se desmoronaba a su alrededor, su amistad con Xav era lo único que parecía haber vuelto a su cauce. Otra razón por la que ahora le costaba conciliar el sueño.

Sabía que las cosas nunca volverían a ser como antes. Pero eso no impedía que deseara lo que no podía tener.

***

El estruendo, cuando llegó, despertó sobresaltada a Lana y, durante una fracción de segundo, no recordó dónde estaba. Debía de haberse quedado dormida en algún momento, comprendió al recordarlo todo.

Tenía que haber sido Ollie quien había hecho aquel ruido. Probablemente estaba borracho y había tropezado con algo.

Miró el despertador y vio que eran casi las once de la noche.

Cuando volvió a acomodarse, molesta porque él la hubiera despertado, esperó a oír sus pasos en las escaleras. Al no escucharlos, empezó a darle vueltas al asunto. ¿Se habría hecho daño Ollie?

Por mucho que estuviera enfadada con él, seguía siendo su hermano. Apartó el edredón y salió de la cama. Ahora estaba completamente despierta y no conseguiría dormir mientras siguiera preocupada por él, así que bien podía ir a comprobar que estaba bien.

Se puso una camiseta grande y se dirigió a la puerta, preguntándose por un instante por qué no se abría. Al recordar por qué la había cerrado con llave, vaciló y miró el teléfono, que descansaba sobre la mesilla. Quizá debería llevárselo. Por si acaso.

Con el teléfono apretado en la mano, abrió la puerta y salió al descansillo a oscuras. Solo la recibió el silencio y, por primera vez, se le ocurrió de verdad que tal vez había soñado el ruido.

No. La había despertado y, sin duda, había procedido del interior de la casa.

Encendiendo las luces, incapaz de soportar la sensación ominosa que traía consigo la oscuridad, llegó hasta lo alto de las escaleras y se asomó por encima de la barandilla. De inmediato vio que la puerta principal estaba completamente abierta.

—¿Ollie?

No hubo respuesta y se le encogió un poco más el estómago. De pronto ya no estaba tan convencida de que se tratara de su hermano. Miró hacia el otro extremo del descansillo y la puerta de su antiguo dormitorio. Estaba cerrada, pero eso no significaba que Elise se encontrara dentro. No había reaccionado cuando Lana había llamado a Ollie, pero quizá tenía el sueño profundo.

Consciente de que su creciente inquietud se debía a que no sabía a qué se enfrentaba, Lana se acercó a grandes zancadas a la puerta y llamó con fuerza.

Quizá despertaría a Elise y la molestaría, pero ¿acaso suponía eso una gran pérdida? Aquella mujer ya la odiaba.

Esperó unos instantes y, al no obtener respuesta, volvió a llamar con los nudillos.

Nada. Si Elise estaba en la habitación, a esas alturas ya debería haberse despertado.

Lana miró el picaporte. Sabía que no era la idea más sensata, pero aun así cerró la mano sobre él. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave, lo que sugería que Elise se encontraba dentro. La única salida era por la ventana, pero eso implicaba bajar por el árbol que había fuera y, por alguna razón, Lana no se imaginaba a Elise haciendo algo así.

Volvió a lo alto de las escaleras, llamó de nuevo a Ollie y se puso a sopesar qué hacer cuando tampoco respondió.

Alguien había abierto la puerta. Podía haber sido Ollie o Elise, y eso la hacía reacia a llamar a la policía. No tenía pruebas de que hubiera un intruso en la casa y, desde aquella distancia, no podía ver si la puerta había sido forzada. Si resultaba ser una falsa alarma, les habría hecho perder el tiempo. Estaba entrando en pánico por nada; estaba segura. La inquietud que sentía se debía a todo lo demás que había ocurrido. De eso estaba segura.

Aun así, eso no le impidió ir a buscar un martillo a la caja de herramientas, que por suerte seguía en la habitación de su abuela, ni encender más luces antes de bajar las escaleras. No pasaba nada por ser precavida.

Aunque tuviera razón y Elise fuera la conductora, sin el coche no era más que una mujer. Lana estaba segura de que podría reducirla si la situación llegaba a convertirse en una pelea física.

Registró rápidamente el recibidor, echó un vistazo a la cocina y al salón y encendió las luces de ambas estancias antes de cerrar con llave la puerta principal.

—¿Ollie?

Era la tercera vez que lo llamaba y seguía sin obtener respuesta. Lana sabía que no podría volver a la cama hasta averiguar qué demonios estaba pasando. Se sentía demasiado intranquila; la tensión le anudaba los hombros y hacía que apretara con más fuerza el martillo y el teléfono.

Xav le había dicho que lo llamara si lo necesitaba. Había comentado que estaría trabajando, pero ¿y si había decidido dar la noche por terminada? No quería molestarlo por una tontería.

Otro estruendo la dejó clavada en el sitio y, durante un instante, estuvo a punto de quedarse sin aliento del miedo.

Parecía haber venido del garaje.

Ollie no se había llevado el coche, pero era posible que hubiera entrado en el garaje a buscar algo.

Le temblaban los dedos cuando marcó su número y se frustró al comprobar que la llamada iba directamente al buzón de voz.

Sin permitirse darle más vueltas, bajó hasta el nombre de Xav y pulsó el botón de llamada.

Él no la hizo esperar: respondió al tercer tono.

—¿Lana? ¿Estás bien?

De inmediato supo que había hecho bien en llamarlo. Sonaba completamente despierto y preocupado.

—Creo que hay alguien en la casa —soltó.

—¿Qué? ¿Has llamado a la policía?

—No sé si podría ser Ollie o Elise. Ollie no está aquí. Elise ha cerrado con llave la puerta de su dormitorio. Dios mío, ¿y si es Ollie

y le ha pasado algo?

—Lana, habla más despacio. No se te entiende. Tómate un momento y respira, ¿vale?

Ella hizo lo que le pedía, molesta consigo misma por estar desmoronándose delante de él.

—Se ha oído un estruendo abajo —le explicó, intentándolo de nuevo, esta vez esforzándose por concentrarse en lo que decía—. Me ha despertado. Pensé que era Ollie al volver a casa, pero ahora ya no estoy tan segura.

—¿Y Elise está en la cama?

—No lo sé. Creo que sí. La puerta de su dormitorio está cerrada con llave, pero he llamado y he intentado despertarla. No ha respondido.

—¿Y dónde estás ahora?

—Abajo. Estoy en la cocina —su voz se redujo a un susurro—. Xav, la puerta principal estaba abierta. Estoy segura de que la había cerrado con llave.

Eso captó su atención.

—De acuerdo, voy a llamar a la policía. Sube y espera allí. Asegúrate de mantener la puerta del dormitorio cerrada con llave hasta que lleguen.

—Pero ¿y si es Ollie? ¿Y si le ha pasado algo? He vuelto a oír un ruido. En el garaje. Tengo que comprobar si es él.

—No, Lana, escúchame. Vuelve arriba y cierra con llave la puerta del dormitorio.

—Pero si yo...

El sonido repentino de una música que retumbaba contra las paredes la distrajo. Era aquella horrible basura de rap que a Ollie le gustaba escuchar y procedía del garaje. Unos instantes después, oyó arrancar un motor.

La voz de Xav sonó en su oído.

—Lana, háblame.

—Creo que es él.

—¿Quién? ¿Ollie? ¿Estás segura? ¿Lo has visto?

—Sale música del garaje.

—Había estado bebiendo, así que estoy bastante seguro de que no conducía.

Lana no lo estaba escuchando. Miraba la puerta que comunicaba con el garaje y ahora podía ver que la llave estaba puesta en la cerradura.

—¿Puedes subir, por favor? —suplicó Xav—. Si no lo has visto, no sabes con seguridad que sea él.

Por supuesto que lo era. Lana había entrado en pánico y ahora tenía preocupado a Xav. Pero todo encajaba. Ollie había salido a beber, pero había vuelto y, en vez de irse a la cama, se había metido en el garaje para hacer el payaso con su coche. No sería la primera vez que hacía algo así. Recordaba que, cuando era más joven, sobre todo después de la muerte de Camille, pasaba mucho tiempo sentado en su coche, con la música a todo volumen. Era su manera de sobrellevarlo, de tener un rato a solas. Si estaba disgustado por lo que había ocurrido en el pub, querría desahogarse. Por eso no había subido a acostarse. Solo tenía que asegurarse de que no pensaba ir a ninguna parte en coche.

Al comprender que había resuelto el misterio, la tensión abandonó su cuerpo.

—No pasa nada. Conozco a Ollie. Será él —le aseguró a Xav—. Perdona por haberte molestado.

—¡Lana! Ni se te ocurra colgar.

Entró en el garaje, vio que los faros estaban encendidos y apenas podía oír a Xav por encima del ronroneo de los motores.

Dos motores, comprendió.

El coche de Ollie estaba arrancado y la música sonaba a todo volumen, pero también estaba en marcha el viejo Mercedes de su abuela y, por lo que alcanzaba a ver, ambos vehículos estaban vacíos.

¿Qué demonios?

¿Dónde estaba Ollie?

Tal vez Xav tenía razón y debería volver arriba. Atrincherarse en el dormitorio y llamar a la policía. Algo raro estaba ocurriendo y empezaba a asustarla.

Retrocedió un paso y volvió a alargar la mano hacia el picaporte.

En ese momento, una figura vestida completamente de negro se interpuso ante ella con el brazo levantado.

Lana no tuvo tiempo de reaccionar. Apenas llegó a ver la tubería metálica antes de que le golpeara con fuerza el lateral de la cabeza. Su mundo se volvió negro antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Capítulo 33

A Ollie le palpitaba la cara, tenía el orgullo herido y el ánimo por los suelos.

Lo que se suponía que iba a ser un agradable reencuentro con viejos amigos se había convertido en una noche de pesadilla, buena parte de la cual la había pasado esperando en urgencias, con la nariz ensangrentada y rota, solo para que le dijeran que tomara unos analgésicos y dejara que se curara por sí sola.

Ryan y Greg lo habían llevado allí, pero se habían apresurado a marcharse; ni siquiera se habían despedido mientras él se registraba. Poco después había tenido una conversación tensa con Elise, que le dijo que estaba cansada y que no, que no iba a ir a buscarlo. Así que ahora soportaba un caro trayecto en taxi de vuelta desde Norwich hasta Mead House, con un conductor que respetaba a rajatabla el límite de velocidad y cuyo taxi estaba demasiado caliente para resultar cómodo. La radio del coche estaba sintonizada además en un programa mediocre que emitía música country antigua. Ollie odiaba la música country con toda su alma y había pedido que cambiaran de emisora, pero el conductor o era sordo o lo estaba ignorando.

Ese cabrón no iba a recibir propina.

Por si fuera poco, cuando estaban a una milla de Mead House, le informó de que el lector de tarjetas no funcionaba, así que tendría que pagar en efectivo.

Ollie discutió con él, pero como no llevaba dinero encima ni había efectivo en la casa, no le quedó más remedio que volver a Holt para sacar dinero de un cajero.

Cuando por fin llegaron a Mead House, estaba a punto de perder los estribos.

—Aquí está bien —indicó cuando el taxista señaló que iba a girar para entrar en el camino de acceso—. Subiré andando hasta la casa. Ni hablar de pagar un penique más de lo necesario.

Le entregó el importe y extendió la mano para que le diera el cambio, dejando claro que no pensaba dárselo como propina. El conductor respondió con un gruñido en vez de despedirse, visiblemente disgustado.

Ollie bajó del taxi, se metió de nuevo la cartera en el bolsillo y, mientras subía por el oscuro camino de acceso, refunfuñó para sus adentros sobre sus putos amigos, que lo habían dejado tirado en el hospital; su puta novia, de la que no había vuelto a saber nada desde la conversación que habían tenido antes, y el puto Xav Landry con su amiga gilipollas, Bree McCarthy.

Y, por supuesto, todos intentarían pintarlo como el malo de la película porque había golpeado a Trudy Palmer.

De acuerdo, se sentía un poco mal por eso, pero había intentado recuperar el equilibrio después de que Bree lo empujara. No había golpeado a Trudy a propósito. Ella se había limitado a ponerse en medio. Aun así, la vergüenza y la humillación por cómo había acabado la noche le encendieron las mejillas.

Joder, le dolía la nariz. También le palpitaba la cabeza. Probablemente por el estrés de toda aquella situación.

Decidió que se serviría un whisky al entrar, quizá se tragaría los analgésicos con él e intentaría relajarse antes de acostarse, y aceleró el paso.

Entre los árboles alcanzaba a ver la fachada de la casa y le sorprendió ver luces encendidas. No solo las de arriba, sino también todas las de la planta baja. ¿Y esa música que se oía no era la suya? Era pasada la medianoche y Elise había dicho que estaba en la cama, así que tenía que ser Lana. ¿Qué demonios estaría haciendo?

***

Lana tenía la cabeza embotada y sentía demasiado calor. Esos fueron sus primeros pensamientos al recobrar el conocimiento. Lo siguiente de lo que fue consciente fue el lento y rítmico golpeteo detrás del cráneo. Cuando abrió los ojos y comprendió que estaba completamente a oscuras, el golpeteo aumentó tanto en velocidad

como en intensidad. La cabeza le daba vueltas con tanta rapidez que estuvo a punto de vomitar.

Permaneció inmóvil un momento, esperando a que pasara el mareo para poder concentrarse. Tenía la frente húmeda de sudor, que le resbalaba por la cara, y el dolor de cabeza era ya tan agudo que quería gritar. Intentó dominarlo mientras inspiraba profundamente un par de veces. Sin embargo, apenas había aire y lo poco que conseguía inhalar estaba impregnado de unos gases tan penetrantes que las náuseas le subieron de nuevo directamente hasta la garganta.

¿Dónde estaba?

—¿Hola?

Su voz sonó amortiguada, incluso para sus propios oídos.

¿Qué demonios estaba pasando?

Intentó concentrarse y comprendió que estaba acurrucada en posición fetal, con los pies descalzos y la espalda apoyados contra algo. ¿Y qué era aquel ruido? Oía música y, en primer plano, otro sonido que retumbaba sin parar. ¿Un motor?

Los recuerdos regresaron de golpe. El ruido en el garaje, el motor del Mercedes de la abuela Kitty en marcha.

Notaba las vibraciones bajo el cuerpo y comprendió que estaba dentro del coche. Lo último que recordaba era el destello de alguien frente a ella. La habían golpeado con algo.

¿La habían metido en el coche? ¿Pensaban llevarla a alguna parte? Tenía que salir.

¿Por qué estaba todo tan oscuro?

Con cuidado, intentó incorporarse, pero no llegó muy lejos. Algo pesado se encontraba encima de ella y le bloqueaba la salida.

Intentando no dejarse llevar por el pánico, volvió a alargar las manos y se tomó unos instantes para explorar lo que la rodeaba. Un espacio pequeño, metal justo por encima de ella y a ambos lados. No podía estirarse. De hecho, apenas tenía sitio para moverse.

El coche. Estaba dentro del coche, sin duda. Pero no en el asiento, y no había espacio suficiente en el hueco de los pies. Además, estaba aquel horrible olor a gases.

Era como si el aire se cerrara a su alrededor y la asfixiara.

Necesitaba moverse e intentar despejarse la cabeza para poder concentrarse. Y había que apagar el motor. Cada segundo se sentía más aturdida.

Reunió las pocas fuerzas que le quedaban y empujó la improvisada tapa de su ataúd, pero encontró resistencia y un escalofrío de horror le recorrió la espalda al comprender que estaba atrapada.

Por fin entendió por qué apenas podía moverse.

Estaba en el maletero.

Con el poco aire que le quedaba, Lana empezó a gritar.

***

Era su segunda visita a Mead House en el espacio de una semana, el único lugar al que había jurado no volver jamás, pero Xav no hizo caso de aquella promesa cuando salió de la carretera rural y aceleró por el camino de acceso.

La llamada de Lana lo había asustado casi de muerte y había terminado de golpe con un grito antes de que la línea se cortara. De pronto, todos los problemas que habían existido entre ellos habían dejado de importar. Solo sabía que tenía que llegar hasta ella, y rápido.

Había llamado a la policía mientras conducía, pero era consciente de que no llegarían a la casa tan deprisa como él. Pisó a fondo el acelerador, sin importarle que estuviera tomando las curvas estrechas a una velocidad excesiva. Normalmente era un conductor prudente, pero aquella noche no disponía del lujo de tener tiempo.

Estaba tan concentrado en la casa que tenía delante, con todas las habitaciones iluminadas y la puerta principal abierta de par en par, que casi atropelló al hombre que subía corriendo por el camino de acceso.

Ollie.

Dio un volantazo en el último momento. El coche derrapó a su alrededor mientras Ollie saltaba para apartarse. Xav frenó frente a la casa y ya estaba fuera del vehículo cuando Ollie se acercó tambaleándose, con el rostro contraído en una mueca de furia.

—Imbécil, hijo de puta. ¿Intentabas matarme?

—Tengo que encontrar a Lana.

—¿Qué? Te dije que te mantuvieras alejado.

Cuando Xav lo ignoró y se dirigió directamente a la casa, Ollie lo agarró del hombro y lo hizo volverse hacia él, acercándose hasta quedar casi pegado.

—Hay que tener mucho morro para presentarte aquí esta noche.

No había tiempo para aquello. Xav le dio un fuerte empujón y, cuando Ollie volvió a abalanzarse sobre él, lo agarró por la parte delantera de la camiseta.

—Escúchame. Tu hermana está en problemas. Creo que corre peligro.

—¿Qué? —La agresividad desapareció y dejó paso a la preocupación—. ¿De qué demonios estás hablando?

Xav no respondió. Miraba por encima del hombro de Ollie y podía ver el humo que salía por la puerta del garaje doble.

—¿Dónde está tu llave?

—¿Qué?

Xav lo empujó en dirección al garaje.

—Ollie, ¿dónde coño está tu llave?

Al ver el humo, Ollie abrió mucho los ojos y empezó a palparse los bolsillos.

No había tiempo.

La puerta principal estaba completamente abierta y, sin decir una palabra más, Xav se lanzó al interior de la casa. Quizá llevaba años sin estar allí, pero recordaba lo bastante bien la distribución.

—¿Quién coño eres?

Le dirigió una fugaz mirada a la rubia que lo observaba desde las escaleras, frunciendo el ceño, pero no se detuvo a responder. Cruzó el recibidor, entró en la cocina y llegó hasta la puerta que comunicaba con el garaje. El humo denso y los gases del tubo de escape ya estaban llenando la estancia.

Oyó pasos detrás de él mientras abría la puerta.

—¿Lana?

Ollie sonaba angustiado mientras seguía a Xav al garaje.

Había dos coches, ambos con el motor en marcha. Xav se subió la camiseta para cubrirse la parte inferior de la cara y se movió entre los vehículos. Lana no estaba en ninguno de los dos.

Metió la mano en el interior del Mercedes y apagó el motor, mientras Ollie se encargaba de su propio coche.

—¿Lana?

¿Dónde coño estaba?

Sin duda estaba en el garaje cuando su teléfono se apagó.

—El maletero.

Xav miró a Ollie y vio cómo se le desencajaba el rostro de angustia mientras corrían hacia la parte trasera del Mercedes. Al abrirlo, se le cortó la respiración al ver a Lana acurrucada de lado.

A su lado, Ollie lanzó un aullido gutural.

No se movía y el primer pensamiento de Xav fue que estaba muerta. Mientras intentaba encajar el horror de aquello, una sensación de entumecimiento lo invadió y su cuerpo actuó casi en piloto automático para sacarla del maletero. Aún estaba caliente al tacto, ardiendo incluso, con el pelo y la piel húmedos, y la llevó en brazos hasta la cocina, recostándola sobre el frío suelo de baldosas.

—¡Cierra la puerta! —le gritó a Ollie, quien obedeció de inmediato, dejando lo peor del humo encerrado en el garaje antes de caer de rodillas junto a Xav.

—¿Qué ha pasado?

La rubia ya estaba en la estancia. Así que esa era Elise, dedujo Xav.

No le respondió, y tampoco lo hizo Ollie, que estaba completamente centrado en su hermana. Pero él notó que ella no parecía tan preocupada como debería. ¿Había sido cosa suya?

Xav nunca debería haber dejado que Lana volviera sola a Mead House. Sabía que había una amenaza, pero no había querido afrontar la idea de que tal vez, hasta que averiguaran de dónde procedía, lo más seguro para ella habría sido quedarse con él.

Dejó a un lado esa oleada de culpa, sabiendo que no era momento para eso, del mismo modo que no había tiempo para Elise. Ya se ocuparía de ella más tarde. En lugar de eso, le tomó el pulso a Lana, sin atreverse a albergar esperanzas hasta que notó que latía.

Estaba a punto de iniciar la reanimación cardiopulmonar cuando ella empezó a toser y abrió los ojos parpadeando.

—¿Lana?

Ollie se inclinaba sobre ella y Xav tuvo que frenarlo.

—Déjale espacio —dijo, y miró a Elise por primera vez—. ¿Puedes traerle un poco de agua?

Cuando la mujer se le quedó mirando fijamente, como clavada en el sitio, él le espetó con dureza: —¡Ahora!

Aquello la hizo reaccionar del susto y, aunque no respondió, fue al fregadero y llenó un vaso.

Lana estaba pálida y temblorosa, y Xav pudo ver, ahora que le había apartado el pelo, que tenía un corte en la frente; pero respiraba y, muy en su línea, también se movía demasiado rápido, intentando incorporarse ya.

—Con calma —le indicó, cogiendo el agua que le tendía Elise y ayudando a Lana a dar un par de tragos para recomponerse.

Ollie no esperó más y la estrechó en un fuerte abrazo antes siquiera de que Xav apoyara el vaso. Xav veía que estaba luchando por contener las emociones. Mientras las suyas seguían bajo control, sacó el teléfono y llamó a una ambulancia.

A Lana no le gustaría, pero tenían que examinarla.

Vio que los ojos de Elise se abrían levemente al darse cuenta de que hablaba con el servicio de emergencias, y comprendió que ella no sabía que ya había llamado a la policía. No sabía si estaba implicada en lo que le acababa de pasar a Lana, pero estaba seguro de que los agentes querrían hablar con ella, ya que solo estaban las dos solas en la casa. Una cosa era segura: Lana no se había encerrado sola en el maletero.

Capítulo 34

Elise tenía los nervios a flor de piel cuando oyó las sirenas.

Esta noche solo habían estado Lana y ella en la casa y sabía que eso resultaba sospechoso.

Se había quedado atónita al ver entrar corriendo en la casa al hombre que ahora sabía que era Xavier Landry, con Nolly pegado a sus talones, y ese impacto se había transformado en horror cuando los vio traer a Lana desde el garaje. Nolly no había hecho ningún caso de sus reacciones; se había venido abajo y solo se había centrado en su hermana al darse cuenta de que estaba viva.

Ahora estaba abatido mientras los cuatro se sentaban en la sala de estar con los dos detectives de policía.

Lana, que en un momento dado había parecido medio muerta, no tardó en espabilarse y protestó amargamente cuando llegó la ambulancia. Los paramédicos la examinaron y Elise vio cómo suspiraba aliviada cuando le dijeron que no necesitaba ir al hospital. Ahora estaba sentada en uno de los dos sofás, con Xavier a su lado, velando por ella con aire vigilante.

Tenía todo ese rollo de artista atormentado y, en otras circunstancias, Elise podría haberse sentido tentada, pero estaba claro que solo le interesaba Lana. El pobre iluso no había parado de tocarla desde que se había despertado, casi como si temiera que fuera a deshacerse en mil pedazos si rompía el contacto.

Nolly le había contado el pasado entre los tres y Elise no entendía qué tenía de especial su estúpida hermana. Lana era demasiado respondona y conflictiva. Y tampoco es que fuera nada del otro mundo físicamente. Lo que le había pasado esa noche era todo culpa suya por remover el pasado. ¿Por qué no podía dejar en paz la dichosa muerte de su hermana? Pero no. Tenía que hurgar, hurgar y hurgar.

Sinceramente, era un grano en el culo, y Elise la consideraba la única responsable del lío en el que se hallaba metida ahora.

Necesitaba contactar con George para avisarle de que estaba en apuros, pero no se atrevía a arriesgarse mientras la policía siguiera allí.

—Así que durmió durante todo el suceso —le estaba preguntando en ese momento la detective. A Elise se le había olvidado el nombre de la mujer. No había prestado atención durante las presentaciones, centrada como estaba en idear desesperadamente una salida a todo aquel embrollo. Era la segunda vez que la detective le hacía la misma pregunta.

—Ya le he dicho que sí —Elise intentó adoptar un tono aburrido, que sugiriera que estaba harta de todo aquello y que quería volver a la cama.

—La señorita Hamilton oyó un golpe desde su habitación que debía de proceder del garaje, situado justo debajo de donde usted dormía. ¿No le parece un poco extraño que no la despertara?

—Llevaba auriculares puestos. Necesito música para dormir.

—¿Y no la oyó llamar a la puerta?

—No —Elise miró de reojo a Lana, quien, a pesar de estar pálida y temblorosa, le clavaba una mirada asesina.

En su lugar, buscó el apoyo de Nolly, molesta cuando él se negó a mirarla a los ojos. Estaba sentado en uno de los dos sillones, callado y reflexivo, y a ella le costaba averiguar qué se le pasaba por la cabeza.

Las preguntas se sucedían y ella las respondía lo mejor que podía, consciente de que ahora estaba sola y desesperada por encontrar una oportunidad para escapar.

Sospechaba que ninguno de los dos detectives la creía, ya que no paraban de hacer las mismas preguntas una y otra vez, como intentando hacerla caer en alguna contradicción.

¿Cómo era posible que hubiera oído a Xavier y a Ollie si no había oído a Lana?

¿Por qué había echado la llave a la puerta del dormitorio?

¿Tenía idea de quién podría querer hacerle daño a Lana?

¿Podía confirmar dónde se encontraba la noche del atropello?

¿Estaba segura de no saber qué había pasado con el segundo diario desaparecido?

Porque, sí, Lana también había sacado a relucir eso, dándoles a los detectives algo más que rumiar y demostrándole a Elise que sus disculpas de antes eran totalmente falsas.

George Maddox tenía mucho que explicar y ella pensaba hacerle pasar un infierno la próxima vez que lo viera.

Eso, si conseguía salir de aquel embrollo, porque parecía que Lana la había estado espiando y sabía más de lo que había dado a entender al principio: había oído por casualidad la última conversación de Elise con George y había encontrado un recibo de un desayuno que podía resultar incriminatorio.

Elise sentía la mirada de todos clavada en ella. Xavier parecía tan poco convencido con sus explicaciones como Lana, mientras que los dos detectives la observaban fijamente, sospechaba que para evaluar sus reacciones. Incluso el puto Nolly, ese bastardo desleal, estaba prestando atención ahora, y se notaba que se lo estaba cuestionando todo.

Era tan transparente que llevaba la acusación escrita en el rostro, y ella casi disfrutó con su expresión de decepción cuando confesó que le había sido infiel.

No había querido admitir que se había acostado con otro, y había mentido diciendo que la aventura era con un viejo amigo, ¿pero qué otra opción tenía? No podía arriesgarse a que la verdad saliera a la luz, aunque también era plenamente consciente de que acababa de renunciar a su billete a la buena vida.

Cuando se conocieron, Elise le había dicho a Nolly que era modelo y, sí, era cierto que años atrás había hecho un par de sesiones de fotos de poca monta para revistas. Su trabajo principal había sido el de recepcionista de una consulta médica; al menos lo fue antes de que la despedieran por llegar tarde a trabajar repetidamente.

En la ruina y sin poder pagar el alquiler, se había considerado muy afortunada cuando Nolly le había permitido mudarse con él; estaba decidida a no dejar escapar semejante tesoro y empezó a presionar para conseguir un anillo de compromiso cuando se enteró de su herencia.

Sintió un gran alivio cuando la policía finalmente se marchó. La detective le había advertido de que se pusiera en contacto si

recordaba algo crucial, y Elise tenía el horrible presagio de que era su sospechosa número uno; pero, a decir verdad, no pensaba quedarse allí el tiempo suficiente como para dejarles reunir pruebas.

George era quien la había metido en aquel lío. Tendría que buscar la manera de sacarla. Y, justo en ese momento, Elise necesitaba que viniera a buscarla.

Sí, tenía familia allí en Norfolk, pero renegaron de ella después de que se acostara con su cuñado. Aunque eso había sido hacía años, sabía que no la recibirían con los brazos abiertos. Eso la dejaba tirada en mitad del campo, y su única otra alternativa era llamar a un taxi. Como ya no tenía a su disposición las tarjetas de crédito de Nolly, se mostraba reacia a hacerlo.

George sonó receloso al responder al teléfono: —¿Por qué me llamas?

—Porque la policía ha estado en la casa haciéndome un montón de preguntas para las que no tengo respuesta.

Aquello captó su atención: —¿Sigues ahí?

—Sí, pero estoy haciendo las maletas y tienes que venir a buscarme.

—Pasa de medianoche.

—Me da igual.

—Tienes que quedarte.

—Ni de coña. Todos me están tratando como si tuviera que estar encerrada. Esto es culpa tuya, tú me metiste en todo este embrollo. Más te vale solucionarlo.

Se hizo el silencio en la línea.

—¿George? ¿Me estás escuchando? Ven a buscarme ahora mismo. Ya no voy a seguir jugando a esto y no tengo nada que perder, así que ven a recogerme de una maldita vez si quieres que guarde tus secretos.

Cuando habló, su voz sonaba resignada: —No voy a subir hasta la casa. Te recogeré al final del camino de entrada dentro de veinte minutos.

Elise exhaló un suspiro de alivio, alegre de que hubiera cedido.

Estaba metiendo sus cosas en la maleta cuando Nolly subió a buscarla, una vez que los detectives por fin se habían marchado.

—¿Te vas?

Sonaba más molesto y acusador que preocupado, y ella no tardó en darle la vuelta a la tortilla.

—¿Tú qué coño crees, Nolly?

—¿Cuánto tiempo lleva durando esto? —le exigió.

—¿El qué?

—Esta aventura. ¿Cuánto tiempo, Elise?

¿Eso era lo único que le importaba?

—Todo el tiempo que hemos estado juntos —mintió ella, hurgando en la herida de manera cruel y disfrutando al oír la exclamación de asombro de él.

—Serás zorra.

—Y tú eres un hombre patético y débil —espetó Elise, perdiendo los papeles—. Me alegro de haberte engañado. Esta noche no me has respaldado. Te has quedado ahí sentado dejando que esos dos detectives intentaran destrozarme.

Ella había llevado los pantalones durante toda su breve relación y esperaba que él se achantara, de modo que la sorprendió muchísimo cuando su tono se volvió agresivo.

—A mí me parece que estaban haciendo preguntas bastante relevantes.

Cabrón.

Elise cerró la cremallera de la maleta y la bajó de la cama de un tirón. No pensaba quedarse allí ni un momento más aguantando aquello.

Mientras pasaba de largo al lado de Ollie, él le hizo otra pregunta:

—¿Lo conozco?

Elise tensó los hombros: —¿Acaso importa?

—A mí sí —Ollie sonaba destrozado.

—No, no lo conoces —mintió ella.

Él no intentó detenerla cuando salió de la habitación. Una parte de ella quería quitarse el anillo y arrojárselo a la cara, pero sabía cuánto había costado aquel diamante. Ni de coña se iba a deshacer de él. Bajó la maleta a trancas y barrancas por las escaleras, y sintió un ardor en las mejillas al darse cuenta de que Xavier Landry le cerraba el paso hacia la puerta principal.

—¿Deberías marcharte?

¿Qué planeaba hacer? ¿Tenerla prisionera allí en esa casa? No podía hacer eso.

Hizo rodar la maleta torpemente por los últimos escalones, mirándolo con el ceño fruncido: —Que yo sepa, soy libre de irme, así que quítate de mi camino.

—¿Adónde vas?

—A instalarme en un hotel. No es que sea de tu puta incumbencia.

Intentó empujarlo para pasar, pero él se negó a moverse, así que sostuvo su mirada hostil y levantó la barbilla un centímetro, decidida a demostrarle que no se dejaría intimidar: —Me niego a quedarme en esta casa con vosotros después de lo que me habéis hecho pasar ahí dentro. Si de verdad crees que le hice daño a tu preciosa Lana, ¿por qué quieres tenerme cerca de todos modos? La policía no me ha detenido, no me ha advertido ni me ha dicho que me tenga que quedar aquí, así que no tienes ningún derecho. No voy a ser tu puta prisionera. Ahora apártate de mi camino. Mi taxi está esperando.

—Déjala marchar, Xav —dijo Lana, de pie en el umbral de la sala de estar, de brazos cruzados y con expresión cansada—. No la quiero aquí.

—Ya somos dos —siseó Elise, desesperada por salir de la casa. Intentó sobrepasar a Xavier de nuevo y sintió alivio cuando esta vez él cedió.

No importaba que hubiera empezado a llover ni que fuera demasiado pronto para verse con George y tuviera que hacer tiempo. Solo quería salir de allí.

Al menos él venía a recogerla. Su amenaza había funcionado y daba gusto saber que ahora ella tenía algunas cartas a su favor.

George Maddox llevaba demasiado tiempo cortando el bacalao.

Capítulo 35

2005

Fue durante un castigo cuando conectaron por primera vez y, aunque compartían asignaturas y él sabía quién era ella, dudaba de que supiera siquiera cómo se llamaba él.

George estaba allí porque la tarea de Lengua que había entregado contenía un insulto hacia su profesora. Sinceramente, no sabía nada del asunto hasta que le devolvieron el trabajo con una nota para que se quedara después de clase, y se le salieron los ojos de las órbitas al mirar la redacción en la que tanto se había esforzado y ver la vulgar descalificación escrita al pie de la página.

Reconoció la letra de Derek, comprendió que su hermanastro le había vuelto a tender una trampa e intentó aclarar las cosas, pero la profesora estaba hecha una furia y se negó a escucharlo. Lo obligaron a quedarse una hora al salir de clase cada tarde durante una semana.

Las dos primeras tardes había sido el único alumno allí. Solo estaban la Sra. Benson y él, y la hora transcurrió con una lentitud insoportable. El miércoles hubo cambio de profesor y llegó una segunda estudiante.

La observó entrar y sentarse en el pupitre enfrente de él. Cruzó una rápida mirada con él, pero no borró la expresión de fastidio del rostro. George dudaba de que fuera a rebajarse a hablarle.

El Sr. Hughes era ahora el encargado de vigilar el castigo y tenía aún menos ganas de estar allí que los propios alumnos. Era uno de los profesores más jóvenes del instituto, conocido por andar flirteando con el resto del personal, y no paraba de desaparecer del aula. Por las risitas que oía George, sospechaba que estaba intentando encandilar a una de las limpiadoras.

Estando solo los dos en el aula, el ambiente era incómodo, y George empezó a sentirse cohibido mientras contemplaba el cuaderno de ejercicios que tenía delante, con cierto miedo de

aclararse la garganta y conteniendo las ganas de removerse en el asiento.

Aquella tercera tarde de castigo se hizo aún más pesada que las anteriores, y cuando vio a la misma chica en el aula la noche del jueves, temió que le tocara sufrir de nuevo.

Esta vez, ella había llegado primero, pero mientras que antes lo había ignorado, ahora lo observaba con indolente interés. Cuando el Sr. Hughes puso su primera excusa para irse a dar una vuelta, la chica lo sorprendió inclinándose hacia él.

—¿Por qué te han castigado? —le susurró.

Cuando George se lo contó, los ojos de ella se agrandaron: —¿De verdad hiciste eso?

Se le pasó por la cabeza la idea de responder afirmativamente. Tal vez, si le decía que él había escrito el insulto, ella pensaría que molaba, pero se lo pensó demasiado tiempo y comprendió que no se lo iba a creer.

—Lo hizo mi hermanastro —admitió él—. Es un capullo integral.

La vergüenza le abrasó las mejillas mientras ella lo miraba fijamente, y él se preparó para recibir una risotada o una burla. No recibió ninguna de las dos cosas.

—Le dije a la señora Brookes que se fuera a la mierda —le había contado en tono confidencial.

—¿De verdad?

Al ver que los ojos de George se abrían como platos, ella había curvado los labios en una sonrisa burlona.

—Sí.

—¿Lo hiciste solo para reírte un rato? —le había preguntado él, intentando sonar despreocupado y atreviéndose apenas a creer que ella tenía interés en mantener una conversación con él.

La chica se había encogido de hombros.

—Supongo. Ese día estaba de mal humor y ya no podía más.

La señora Brookes era una de las profesoras más aterradoras. George la admiraba.

Aquella tarde había pasado mucho más deprisa. Aunque tenían que guardar silencio cuando el señor Hughes estaba en el aula, no solía estar allí.

Al principio, la conversación había sido bastante ligera, pero luego la chica empezó a sonsacarle información sobre Derek, pues quería conocer la historia entre George y su hermanastro.

Él había tenido cuidado de no contar demasiado, porque no quería que ella pensara que era un cobarde y detestaba la idea de que pudiera compadecerse de él. Por eso le sorprendió que ella le revelara que también tenía sus propios problemas.

—La persona en la que siempre he creído, en quien más he confiado, me ha traicionado. La semana pasada descubrí que todo lo que me habían hecho creer era mentira —había confesado—. Sinceramente, no sé cómo sentirme al respecto.

—Lo siento —le había dicho George. No estaba muy seguro de qué otra cosa podía decir. El rostro de ella se había ensombrecido y él pudo ver la rabia en sus ojos.

—Supongo que estoy decepcionada, y también enfadada —había continuado—. Me han fallado y quiero devolvérsela. —Miró a George —. ¿Crees que eso me convierte en una mala persona? ¿Que quiera castigar a quienes me han hecho daño?

—No, supongo que no.

—Si pudieras, ¿querrías vengarte de tu hermanastro? ¿Hacerle pagar?

Él lo pensó durante unos instantes; llevaba mucho tiempo soñando con hacer pagar a Derek.

—Sí, lo haría.

Ella había sonreído entonces.

—Creo que tú y yo nos parecemos más de lo que pensamos.

Fue al día siguiente de que terminara por fin el castigo cuando ella le hizo la propuesta.

George estaba fuera, quitando la cadena de su bicicleta, y no la oyó acercarse.

—Creo que tú y yo podríamos ayudarnos —le dijo ella. Su voz lo sobresaltó y le hizo soltar la cadena.

Él no estaba seguro de poder ayudarla en nada, pero aun así sentía curiosidad.

—¿Cómo?

—Podría hacer que todos tus problemas con Derek desaparecieran. Conseguir que no volviera a molestarte. ¿Te gustaría?

George no estaba del todo seguro de que ella pudiera ayudarlo, pero, claro que sí, le encantaría. Asintió.

—¿Cómo lo harías?

—Con un plan. Tengo una idea. Por supuesto, también necesitaría que tú me ayudaras.

—¿A hacer qué?

—Quiero vengarme de la persona que me lo ha arruinado todo.

—¿Quieres hacerle daño? —George no estaba seguro de poder hacerlo. Debió de parecer preocupado, porque ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, solo necesitaría tu ayuda para conseguir que se quedara a solas. Y quizá para hacer de vigilante. Solo quiero asustarla un poco. Darle una lección. Podrías hacer eso por mí, ¿verdad? Y, a cambio, yo me ocuparé de Derek.

—Supongo que podría.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

George vaciló, pero solo durante un segundo. Tomó la mano que ella le tendía y se la estrechó.

—Vale, sí, tenemos un trato.

Capítulo 36

Habían pasado tantas cosas en el transcurso de una sola noche que Lana tenía la cabeza dando vueltas.

Por supuesto, podía deberse a los efectos secundarios del monóxido de carbono, pero los paramédicos le habían dicho que estaba bien y que había tenido suerte de que la encontraran tan rápido.

Antes había tenido un dolor de cabeza tremendo, aunque seguramente se debía al golpe que había sufrido, y por suerte se le había pasado un poco. Además, no había necesitado puntos, así que suponía que, en el fondo, había tenido suerte.

Le resultaba más fácil concentrarse en eso que en lo que sin duda habría ocurrido si Xav y Ollie no la hubieran encontrado a tiempo, o en quién la había atacado.

Tal vez no deberían haber dejado marcharse a Elise, pero la mujer tenía razón. No podían retenerla prisionera. La policía no la había acusado de ningún delito y, aunque habían parecido dudar de su historia de que estaba dormida, no le habían ordenado que no saliera del pueblo.

Lana seguía creyendo que Elise había cogido el diario, pero ¿había sido ella quien la había encerrado en el maletero del Mercedes? Elise era más menuda que Lana. ¿De verdad habría tenido fuerza para mover su cuerpo después de dejarla inconsciente?

Era algo que estaban discutiendo ella, Ollie y Xav, sentados los tres en el salón y ajenos a que ya pasaban de las dos de la madrugada.

Las cosas no estaban del todo bien entre Xav y Ollie, pero, por el momento, habían alcanzado algo parecido a una tregua y, por primera vez desde la muerte de Camille, Lana creía que sus problemas tenían solución.

Jamás habría imaginado que volverían a pasar tiempo juntos en aquella casa, y tenía que pellizcarse para creerse que Xav estaba allí,

a su lado, en ese momento, como una presencia reconfortante y tranquilizadora. Por horribles que fueran, se negaba a lamentar las circunstancias que lo habían llevado de vuelta hasta ella.

—Es dar un salto bastante grande, pero es posible —dijo él en ese momento, haciendo girar con una mano el whisky que Ollie le había servido. Los cubitos de hielo repiqueteaban contra el vaso, mientras que la otra mano seguía apoyada en la parte baja de la espalda de Lana.

—Es más que un salto —señaló Ollie—. Lana habría sido un peso muerto y habría pesado más de lo normal. Y es más grande que Elise. —Una de las comisuras de su boca se curvó mientras la miraba —. Sin ánimo de ofender.

Esa noche estaba más apagado de lo que Lana lo había visto en mucho tiempo. Probablemente el cansancio influía, y no dudaba de que le dolía el orgullo después de que Bree le rompiera la nariz, pero sobre todo sospechaba que se debía a que había descubierto que Elise le era infiel.

Aunque Lana se sentía mal por él, se alegraba de tenerlo de vuelta.

Los dos aún tenían muchos problemas que resolver, pero ya se sentía más unida a él que en mucho tiempo y, en realidad, se alegraba de que Ollie hubiera descubierto los verdaderos colores de Elise antes de casarse con ella.

—No me ofendo —le dijo—. Y los dos tenéis razón. Le habría costado. A menos que hubiera contado con ayuda.

Era una posibilidad nueva, y Lana vio que tanto Ollie como Xav la estaban considerando.

—Sigo convencida de que robó el diario —insistió Lana—. Y no me trago su historia de que antes no oyó nada. A mí me despertó y yo estaba en el otro extremo de la casa. Lo que no entiendo es por qué querría hacerme daño. ¿Creéis que es posible que conociera a Camille?

Ollie se encogió de hombros.

—Supongo que podría ser. La verdad es que no lo sé, Lana.

Ya lo habían interrogado a fondo sobre su prometida y habían descubierto que, en realidad, no la conocía bien. Al más puro estilo

de Ollie, se había dejado embaucar con facilidad por una cara bonita.

Parecía cansado, así que Lana no insistió. Ollie le había contado a la policía todo lo que sabía, y Lana empezaba a preguntarse si él había sido el objetivo. Elise quería encontrar una forma de entrar. Una vez más, parecía una idea demasiado descabellada, así que, por el momento, se guardó esos pensamientos para sí, pero seguía sin explicar quién era G ni cuál había sido el motivo de Elise.

Ollie se había mostrado muy reacio a conocer el contenido del segundo diario de Camille y había parecido a punto de vomitar, además de conmocionado, cuando Lana les contó a los agentes lo del amante secreto de su hermana y relató algunos de los enfermizos juegos que habían practicado. Se estaba viendo obligado a enfrentarse de golpe a un montón de verdades, y ella sintió un poco de lástima por él.

Necesitaba descansar. Todos lo necesitaban. Les resultaría más fácil pensar con claridad si tenían la cabeza despejada.

Después de terminarse el whisky, se volvió hacia Xav y bajó la voz.

—¿Te quedarás aquí esta noche… conmigo?

De acuerdo, técnicamente ya era de madrugada, pero él sabía a qué se refería, y estaban sentados tan cerca en el sofá que ella oyó cómo tomaba aire. Sin embargo, cuando él se volvió para mirarla, su mirada se mantuvo firme. No dijo nada; se limitó a responderle con un sencillo asentimiento.

Lana le quitó el vaso, dejó ambos sobre la mesa de centro y se levantó, tendiéndole la mano. Cuando Ollie miró hacia ellos, ella dejó las cosas claras.

—Él se queda.

Una parte de ella esperaba una protesta, pero Ollie pareció resignado ante el hecho de que las cosas habían cambiado y se limitó a encogerse de hombros.

Lana apretó la mano de Xav y lo condujo fuera del salón, escaleras arriba, hasta el dormitorio.

No se molestaron en desvestirse; se quitaron los zapatos y se metieron sobre el edredón. Mientras permanecían tumbados, frente

a frente, Lana alargó la mano y pasó los dedos con cautela por la mejilla de él. Había echado tanto de menos su rostro.

—¿Está bien así? —susurró.

Aunque él había aceptado quedarse con ella, sabía que no podía resultarle fácil.

Cuando él volvió a asentir, con aquellos ojos verde terroso, enmarcados por unas pestañas insoportablemente largas, fijos en los de ella, sus dedos continuaron explorando. El trazo de las cejas oscuras, la arruga sobre su nariz ligeramente torcida, la curva de la mandíbula, áspera por la barba incipiente, y la suavidad de sus labios.

Él levantó la mano, le agarró la suya y se la giró para poder besarle la palma. Tenía el aliento caliente y los labios suaves.

Lana se acercó un poco más y deslizó los dedos de la mano libre entre su pelo.

—¿Y esto? —Se inclinó hacia Xav y rozó sus labios con los de ella —. ¿También está bien?

Esta vez, él respondió con sus propias preguntas.

—¿De verdad deberíamos hacer esto después de lo que ha pasado? Creía que te dolía la cabeza.

—Me duele, aunque no tanto como antes. Además, estás aquí y te he echado mucho de menos.

Las palabras se le escaparon y, durante un instante, cuando Xav apartó la mirada, se arrepintió de haberlas dicho en voz alta. No quería arriesgarse a que él volviera a alejarse. No otra vez.

Pero entonces él la miró, con los ojos encendidos y un atisbo de sonrisa en los labios.

—Yo también te he echado de menos, Lana.

El corazón le dio un vuelco.

—Sé que las cosas son complicadas, sé que este no es el momento ideal, pero…

Se quedó callada cuando Xav le puso un dedo sobre los labios.

—No hablemos ahora de complicaciones, ¿vale? Ni de ninguna de las otras mierdas que están pasando. Solo estamos tú y yo. Lana y Xav. Como antes.

Esta vez fue Lana quien sonrió.

—Vale.

Volvió a posar los labios sobre los de él, esta vez demorándose en el beso. Un murmullo se le quedó atrapado en el fondo de la garganta cuando él lo profundizó y deslizó la lengua en su boca. Era un recuerdo cálido y familiar que le encendió el cuerpo por dentro y, cuando él la tendió de espaldas, cubriéndola con su cuerpo mientras sus manos la exploraban con suavidad, cada una de sus terminaciones nerviosas se estremeció.

Más adelante se ocuparían de averiguar quién la había atacado y por qué, de redoblar sus esfuerzos para descubrir si Sebastian había sido encarcelado injustamente y si el asesino de Camille seguía en libertad.

Pero, por el momento, necesitaban aquello: la calma antes de la tormenta, unas horas preciosas en las que pudieran perderse el uno en el otro sin preocuparse por lo que vendría después.

Capítulo 37

Ollie estaba en la cocina, con el pelo de punta y vestido únicamente con unos pantalones de chándal, cuando Xav bajó las escaleras. Se quedó un momento en el umbral, observando a su viejo amigo, que estaba inclinado sobre la encimera y miraba fijamente el teléfono.

La noche anterior habían alcanzado una especie de tregua. Ambos comprendían que se enfrentaban a una amenaza mayor y que tenían un objetivo común: mantener a Lana a salvo. Sin embargo, aún no habían aclarado las cosas, y Xav no estaba seguro de que Ollie llegara a perdonarlo por ser el hermano de Sebastian.

Podía ser un problema, porque por segunda vez en pocos días Xav había estado a punto de perder a Lana, y aquello le había hecho comprender que no podía volver a alejarse de ella. No sabía cómo demonios conseguirían que lo suyo funcionara, ni siquiera si sería posible, pero esta vez lucharía por conservarla en su vida.

La había dejado dormida, convencido de que permanecería inconsciente al menos otra hora y sabiendo que necesitaba descansar y darle tiempo a su cuerpo y a su mente para recuperarse. Aunque él tampoco había dormido mucho, se había quedado observándola un rato, redescubriendo cada curva y cada línea de su rostro. El dibujo de sus pómulos, el arco de sus pestañas oscuras y la plenitud de su labio superior; después, cuando ella se había dado la vuelta y el edredón se había deslizado, la curva de su espalda y las íntimas formas de sus nalgas.

Ella había sido la protagonista de muchas de sus primeras veces. No de su primer beso; aquella experiencia lamentable había sido con Karen Pointer, cuando tenía catorce años: labios pastosos, demasiada saliva y lenguas que no paraban de moverse. Pero Lana había sido su primera novia estable, la primera que le robó el corazón y la primera chica con la que hizo el amor. Bueno, de acuerdo, decir «hacer el amor» era exagerar; aquella primera vez había consistido en muchos tanteos apresurados y había sido un

poco decepcionante para los dos. Aun así, habían aprendido juntos y sus experiencias habían ido mejorando poco a poco.

La noche anterior había sido como un abrazo cálido y familiar, solo que mejor. El tiempo que habían pasado separados, sumado a la experiencia y la confianza adquiridas con otros amantes, había intensificado el momento. No se habían precipitado, sino que se habían tomado su tiempo para redescubrirse y saborearse mientras se llevaban mutuamente al límite.

Había hecho las paces con Lana y superado su reticencia a volver a poner un pie en Mead House. ¿Sería posible que él y Ollie también arreglaran las cosas?

Se aclaró la garganta, entró en la cocina y vio que los ojos de Ollie se abrían ligeramente al volverse hacia él. La escayola que le cubría la nariz era un recordatorio de lo fracturadas que habían estado las cosas apenas unas horas antes.

—Hola.

Ollie lo miró con cautela.

—Hola.

—Lana todavía está dormida. ¿Puedo tomar un café?

Hubo una vacilación y Xav vio cómo los engranajes se ponían en marcha. Sabía que Ollie estaba decidiendo cómo iba a tomarse aquello. Al final, se encogió de hombros.

—Claro.

Xav lo observó sacar una taza de un armario, aliviado de que no fuera a ponérselo difícil. Al menos de momento.

Ollie llenó una taza limpia con café recién hecho de la cafetera antes de rellenar la suya.

—¿Lo sigues tomando solo?

—Sí.

Xav aceptó la taza y decidió quedarse en la cocina. Si quería que las cosas funcionaran, no podía evitar a Ollie.

—¿Qué tal la nariz?

Hubo otra vacilación.

—Me duele. Tu amiga pega bastante fuerte.

Xav esperaba que añadiera «para ser una mujer», pero Ollie pareció contenerse.

—Sí, pega fuerte —admitió, recordando lo suficiente a Ollie para saber que su orgullo masculino estaría maltrecho—. No me gustaría estar en el lado equivocado de una pelea con ella.

Entonces se preguntó si Bree hablaría con él ese día. La noche anterior había estado tan absorto con Lana que la discusión que habían tenido antes había quedado relegada al olvido.

La llamaría más tarde, decidió, y supuso que también debería ponerse en contacto con Trudy en algún momento. Asegurarse de que estaba bien.

Ollie se sentó a la mesa de la cocina y, aunque se llevó el teléfono consigo, lo apartó a un lado. Tomándolo como una señal de que estaba haciendo un esfuerzo, Xav se acercó y se sentó frente a él.

—Anoche te acostaste con mi hermana.

No era una pregunta, sino una afirmación muy directa que requería una respuesta, y Xav decidió que no intentaría esquivar el asunto.

—Sí.

Esperó la reacción de Ollie sin apartar la mirada, con la mano inmóvil sobre la taza.

—¿Aún la quieres?

—Sí.

Admitírselo en voz alta a Ollie le hizo comprender que nunca había dejado de querer a Lana.

—Supongo que entonces tenemos un interés común. Quiero que esté a salvo.

—Yo también.

—Entonces tenemos que averiguar quién va a por ella y por qué.

Xav asintió.

—De acuerdo.

—No creo que Elise estuviera en el garaje anoche.

Cuando Xav abrió la boca para hablar, Ollie levantó una mano.

—Escúchame.

—Vale.

—Pesa menos de cincuenta kilos y es físicamente más pequeña que Lana. Sé que anoche lo mencionamos por encima, pero he estado dándole vueltas y no veo cómo podría haber dejado

inconsciente a Lana, arrastrarla por el garaje y meterla en el maletero. Luego está la ropa. Lana dijo que la persona que la atacó iba vestida completamente de negro. Elise no tenía un conjunto así. Si lo tiene, me lo ocultaba muy bien. No intento quitarle culpa. Sé que algunas de las cosas que dijo anoche no encajan, pero si ella está detrás de lo que le ocurrió a mi hermana, entonces tuvo que contar con ayuda.

Había que reconocerle el mérito a Ollie: sus argumentos eran bastante razonables. Debía de dolerle conocer la verdad sobre su prometida, pero, si estaba afectado, no lo demostraba.

—¿Y el diario? ¿Crees que lo cogió?

Ollie se encogió de hombros.

—Supongo que es posible. Lana la acusó y Elise se puso a la defensiva. En aquel momento la creí cuando dijo que no lo había cogido, pero ahora, a la luz de lo ocurrido anoche, ya no estoy tan seguro.

Se quedó callado, con la mirada fija en el café, mientras Xav reflexionaba sobre lo que acababa de decir.

—Tenemos que encontrarlo —concluyó—. Y tenemos que averiguar con quién se veía Camille.

—Tú y Lana de verdad creéis que existe la posibilidad de que Sebastian sea inocente, ¿no? —En el tono de Ollie no había escepticismo. Era como si tratara de creérselo él mismo.

—Puede ser. La verdad es que no lo sé. Lana es la única que ha leído el diario y ahora ha desaparecido. Pero sabemos que había alguien más aparte de Sebastian y, por el hecho de que el diario haya desaparecido, sumado a todo lo que le está ocurriendo a Lana, tiene que estar relacionado.

—Alguien cuyo nombre empieza por G, ¿verdad?

—Eso parece.

—George Maddox estaba allí cuando encontramos el libro.

—¿De verdad crees que el George que conocíamos entonces se habría acostado con tu hermana? Ella tenía diecinueve años; ¿cuántos tendría él? ¿Quince?

Una sonrisa asomó a los labios de Ollie, la primera que Xav le veía desde hacía mucho tiempo.

—Supongo que no. Si lo miraras ahora, me lo creería, pero entonces, ni de coña.

Se quedó callado mientras lo sopesaba, y Xav sospechó que estaba pensando en la naturaleza oscura de la relación de Camille. Había juegos de poder, dominación y sumisión, lo que apuntaba a un amante mayor y con más experiencia. Xav había visto la cara de Ollie cuando Lana había revelado detalles a la policía y sabía que su viejo amigo se había quedado conmocionado y asqueado.

—Entonces no es George, pero ¿quién más? —acabó diciendo Ollie.

Xav pensó en las personas que conocían cuando eran adolescentes y, por algún motivo, se le vino a la cabeza el vicario.

—¿Graham Hunt?

Ollie negó con la cabeza.

—Lo comprobaré con Lana, pero estoy casi seguro de que estaba de vacaciones cuando murió Camille. Recuerdo que vino a la casa a presentar sus respetos cuando regresó.

—¿Godfrey Kirton? —Xav sonrió al mencionar al viejo frutero.

—¿Es que sigue vivo? —preguntó Ollie—. Tendría unos ochenta años cuando éramos niños.

—Ni idea. Hace años que no lo veo.

—Estoy casi seguro de que le habría costado hasta avanzar con su andador.

Xav vaciló antes de mencionar el siguiente nombre, sin saber cómo reaccionaría Ollie.

—¿Y Greg?

Ollie sostuvo su mirada por un instante. Sabía exactamente de quién hablaba Xav, aunque no hubiera mencionado su apellido.

—¿Crees que Camille se habría acostado con Corbett? —Su tono sonó ligeramente defensivo.

—Solo estoy barajando nombres, Ollie.

—No me lo imagino como su tipo.

Xav tampoco, pero debían mantenerlo en la lista de todos modos.

—Puede que no —admitió—. Pero tenemos que descartarlo. No podemos quitárnoslo de encima sin más.

—Vale, de acuerdo. —Ollie terminó el café y se levantó de la mesa —. ¿Quieres otra taza?

—Estoy bien, gracias.

—¿Y qué hay de los apellidos o los apodos? —preguntó Ollie mientras llevaba ambas tazas al fregadero—. La G no tiene por qué corresponder al nombre de pila y, seamos sinceros, la lista de sospechosos que tenemos no resulta precisamente prometedora.

Tenía razón. No lo era, y pasaron unos minutos barajando a otros posibles amantes, pero ninguno de los dos encontró nada destacable.

—¿Te marchas pronto a casa? —preguntó Ollie cuando agotaron la lista.

Xav lo miró, sorprendido de que se lo preguntara.

—Dentro de un rato. Tengo un gato hambriento esperándome.

—Qué gracioso. Siempre me has parecido más de perros.

—Me siguen gustando los perros. Voy a esperar a que Lana se despierte antes de irme. ¿Por qué?

—Porque voy a subir a vestirme y luego volveré a revisar el garaje y el exterior, a ver si anoche se nos escapó algo a nosotros o a la policía. —Ollie mantuvo un tono despreocupado—. Me preguntaba si te apetecía ayudarme.

Era otra rama de olivo y Xav no tardó ni un segundo en aceptarla.

—Sí —asintió—. Me apetece.

***

Fue una tarea infructuosa, pero tenían que hacerla. Ollie no podía quedarse de brazos cruzados esperando a que la policía encontrara respuestas mientras la vida de su hermana corría peligro. Al menos, con la ayuda de Xav, eran dos pares de ojos recorriendo el terreno, y pasar tiempo juntos despertaba recuerdos del pasado, recordándole cómo habían sido las cosas entre ellos. Antes de que todo se complicara.

Las cosas seguían siendo un tanto delicadas entre ellos y Ollie no sabía qué les depararía el futuro. Solo sabía que, de momento, su alianza era lo mejor para Lana. Todavía no tenía claro qué sentía por

Xav ni por el hecho de que Lana lo hubiera dejado volver a su vida, pero comprendía que tenía que poner algo de su parte. Y, aunque aún no estaba preparado para admitirlo, había echado de menos a su viejo amigo y lamentaba la brecha que el asesinato de Camille había abierto entre ellos.

¿De verdad era posible que Sebastian fuera inocente? ¿Llevaban todo aquel tiempo odiándose y culpándose mutuamente por algo que no habían hecho?

Pero, si era cierto, ¿quién había matado a Camille?

¿Había sido la persona que intentaba hacerle daño a Lana?

Necesitaban averiguar quién había sido el amante de Camille. Pero ¿cómo? La lista de sospechosos era lamentablemente corta y, de momento, Greg Corbett encabezaba la lista. De acuerdo, tenía más sentido que alguien como George Maddox, pero, en serio, ¿Corbett? Aunque era amigo de Ollie, hasta él reconocería que aquel hombre tenía modales de cerdo y muy pocas cualidades redentoras. Llevaba soltero todo el tiempo que Ollie lo conocía. ¿Es que siquiera era capaz de seducir a alguien?

A Camille no le habían faltado admiradores. Podría haber tenido a cualquiera. No, era más probable que hubiera salido con una mujer a que hubiera salido con Greg Corbett.

El pensamiento pasó fugazmente por su mente, pero se quedó allí.

¿Era posible que G fuera una mujer?

Ollie recordó a su hermana. Hermosa, apasionada y segura de sí misma. Nunca había mostrado interés por las chicas, pero tenía que reconocer que, en realidad, solo la había conocido con Sebastian.

¿Había sido ese su gran secreto?

No. Ahora se estaba aferrando a un clavo ardiendo.

El garaje no ofreció ninguna pista; solo demostró que quien hubiera atacado a Lana había cubierto bien sus huellas. Fuera quedaba más terreno por revisar y, después de media hora de búsqueda infructuosa, estaban a punto de rendirse y volver a entrar en la casa cuando Xav encontró el cigarrillo a medio fumar.

Estaba en el arriate, junto al borde de la entrada, y cuando Xav lo recogió y lo examinó, Ollie observó cómo su expresión pasaba de la

confusión a la preocupación.

—¿Qué has encontrado? —preguntó mientras se acercaba a paso ligero.

—Probablemente nada —murmuró Xav, aunque aun así le tendió el cigarrillo para que Ollie lo cogiera.

Ollie estudió el cigarrillo liado, envuelto en papel de color rosa pálido.

—No hay muchos de estos.

—Creo que hay varias marcas que los fabrican.

—Pero ¿cuánta gente fuma cigarrillos rosas?

Como Xav no respondió y se frotó la nuca, Ollie entornó los ojos.

—¿Conoces a alguien que fume estos?

Por la expresión de Xav, resultaba bastante evidente que sí, y mientras esperaba su respuesta, Ollie se preguntó si sería sincero.

—Bree McCarthy.

—Entonces estuvo aquí, ¿no? —A Ollie empezaban a erizársele los pelos de la nuca.

—No lo sabemos, Ollie. Es un cigarrillo liado tirado junto al borde de la entrada. Podría haber llegado desde cualquier parte.

—Anoche estabas con ella. ¿Fumó de estos?

—Siempre fuma esos.

—¿Dijo que iba a venir aquí?

—No. Créeme, me acordaría si lo hubiera dicho. Nos peleamos después de que te pegara y se negó a subir al coche. Al final volvió andando a Holt.

Así que no tenía coartada. La mente de Ollie empezó a darle vueltas.

—Entonces es posible que estuviera aquí.

—Supongo, pero ella nunca le haría daño a Lana.

—¿Estás seguro? Anoche parecía tener mucha agresividad contenida contra los Hamilton.

—Sigo pensando que estás sacando conclusiones precipitadas por un cigarrillo. —Aunque Xav continuaba defendiéndola, lo hacía sin demasiado convencimiento, y Ollie veía en su rostro que sabía que aquel cigarrillo no era habitual—. Era muy amiga de Sebastian y, de

acuerdo, no os tiene simpatía ni a ti ni a Lana, pero no intentaría haceros daño.

Cuando Ollie se dio unos golpecitos en la nariz rota, Xav añadió rápidamente:

—A propósito.

—Tenemos que descartarla, de todos modos. Eso es lo que has dicho sobre Greg, ¿no? No podemos quitárnosla de encima sin más.

La mandíbula de Xav se tensó ligeramente, pero asintió.

—De acuerdo. Hablaré con ella.

—No veo cómo ha podido llegar aquí ese cigarrillo por accidente, Xav.

—Estuvo aquí el otro día, ¿recuerdas?, cuando trajo de vuelta el coche de Lana. Quizá lo tiró entonces. O puede que George fume esos cigarrillos.

Por la expresión de Xav, Ollie comprendió que él mismo sabía que se estaba aferrando a un clavo ardiendo.

—Por curiosidad, ¿Bree es el diminutivo de qué? ¿Bridget? ¿Brianna? ¿Sabrina?

Un músculo de la mejilla de Xav palpitó. Pronunció el nombre a regañadientes.

—Gabriella.

Ollie se quedó mirándolo, consciente de que su expresión lo decía todo.

—No es Bree. La conozco. Además, estamos buscando a un hombre.

—¿Ah, sí? —Cuando los ojos de Xav se abrieron de par en par, añadió—: Anoche también consideramos a Elise. Bree encaja mucho mejor. Es lesbiana, ¿no?

—Bisexual. Y tu hermana no lo era.

—Puede que sí lo fuera —dijo Ollie, admitiendo sus pensamientos anteriores—. Sabemos que tenía secretos.

Xav soltó un resoplido de frustración.

—De verdad que te estás aferrando a esta teoría, ¿eh?

—Sí. Piénsalo, Xav. La inicial encaja, odia a los Hamilton, ha vivido por aquí toda la vida, así que conocía a Camille. Y no podemos estar seguros de que anoche se fuera directa a casa. Además, es una

chica fuerte. A Elise le habría costado meter a Lana en el maletero de aquel Mercedes, pero Bree lo habría conseguido. Y entiende de coches. Habría sabido que tenía que usar el Mercedes. Que los niveles de emisiones eran más peligrosos. Y ahora tenemos el cigarrillo.

—¿Y cómo explicas el diario? Los dos sabemos que ella no lo robó.

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. Sigo intentando encajar todas las piezas y encontrarle sentido. Mira, antes me dijiste que todavía quieres a mi hermana. Si es verdad, querrás que esté a salvo. Siento que Bree sea tu amiga, pero los hechos hablan por sí solos.

Xav se quedó pensativo un momento, pero luego asintió, con tono resignado.

—Puedo hablar con ella. Preguntárselo directamente.

—Eso solo haría que sospechara.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Tenemos que intentar entrar en su piso y fisgonear un poco.

—¿Hablas en serio? —Se notaba que la idea no le hacía ninguna gracia a Xav—. Es mi amiga. No voy a entrar en su casa por una corazonada.

—Tampoco es que sea una simple corazonada.

—No es una prueba concluyente, Ollie. Además, no puedes. Hoy se ha tomado el día libre, así que estará en casa.

—¿Y qué hay de su taller?

El tono de Xav se volvió suspicaz.

—¿Qué pasa con él?

—¿Podríamos entrar?

—¿Sin su permiso?

—Esto es por Lana. Vale, quizá sea una posibilidad remota, pero, si Bree la atacó, ¿no querrías saberlo?

La pregunta de Ollie fue recibida con un momento de silencio antes de que Xav admitiera a regañadientes:

—Tengo una llave de repuesto.

—¿Del piso?

—No, del taller. Me dio una para que la guardara después de quedarse fuera una vez.

—Vale, eso está bien. —La mente de Ollie empezó a maquinar mientras urdía un plan—. Tú ve a verla a casa e intenta fisgonear un poco si puedes, y yo iré al taller.

—No somos los malditos Cinco, Ollie.

—Bueno, ¿tienes una idea mejor? No puedes enfrentarte a ella sin más. Si es culpable y le advertimos de que vamos tras ella, sabrá que tiene que cubrir sus huellas. Mira, si encontramos algo, podemos acudir a la policía.

—Y si lo hacemos, ¿qué pasa con Lana?

—Supongo que deberíamos contarle nuestras sospechas.

—No quiero dejarla sola en esta casa.

Tenía razón. Lana ya había sufrido dos ataques. Tenían que asegurarse de que estuviera a salvo.

—Mi casa tiene un buen sistema de alarma y un cerrojo en la puerta.

—Vale. Entonces puede esperarnos allí.

Xav guardó silencio un momento y Ollie comprendió que seguía dándole vueltas a los detalles.

—Mira, amigo. Es una mierda que Bree sea tu amiga, pero también se suponía que era amiga de tu hermano. Si tengo razón, lo ha dejado pudrirse en la cárcel durante diecisiete años. Ya sabes lo que dicen de mantener cerca a los enemigos. Puede que sus intenciones no sean tan nobles como crees.

La mandíbula de Xav volvió a palpitar y su expresión se ensombreció.

—Vale. Hagámoslo.

Capítulo 38

2005

El plan para Derek era sencillo.

La chica había dicho que iba a seducirlo y quería que George la grabara mientras lo hacía.

George no acababa de entender cómo seducir a alguien podía considerarse una venganza. Derek iba a disfrutarlo: una chica que estaba a años luz de su alcance coqueteando con él. ¿Y por qué demonios iba George a querer grabarlo? Preferiría ser él quien recibiera la seducción.

No es que fuera a ocurrir. Era un quinceañero bajito y virgen, con unas gafas que le quedaban grandes y la cara llena de granos. La chica nunca lo miraría de esa manera.

—Confía en mí —le había asegurado cuando él pareció mostrarse reacio—. Lo tengo todo bajo control.

George siguió adelante con su plan, en parte por curiosidad, pero sobre todo porque disfrutaba formando parte de algo. Estaba acostumbrado a quedarse fuera, mirando desde la barrera, y a menudo eso era peor, más aislante incluso, que sufrir acoso. La chica le había pedido ayuda. Lo quería en su equipo. Aunque no aprobara su plan, al menos lo estaba incluyendo. También confiaba en él.

Al principio, le hizo muchas preguntas. Cosas sobre Derek, el tipo de chicas con las que había salido, los lugares donde le gustaba pasar el rato, qué clase de música escuchaba y si tenía alguna afición. Eran preguntas bastante anodinas que obligaban a George a concentrarse en la persona que más desgracias le había causado, y él no entendía muy bien para qué servían. ¿Por qué iba a importarle que a Derek le gustaran las chicas fáciles y estuviera obsesionado con Nickelback?

Aun así, le siguió el juego y, un viernes por la noche, la chica le dijo que había llegado el momento.

Había quedado con George en el pueblo y, cuando apareció en el punto de encuentro, él ni siquiera la reconoció. Vestía de una manera completamente distinta, con la falda más corta y ceñida y el escote al descubierto. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, cuando normalmente lo recogía, y se había maquillado mucho más.

—¿Qué te parece? —preguntó con una sonrisa mientras daba una vuelta sobre sí misma—. No va a poder resistirse a mí.

George se aclaró la garganta.

—Vaya, estás muy diferente.

—¿Solo diferente?

—En el buen sentido —añadió él, nervioso, al darse cuenta de que se suponía que debía haberla halagado—. Estás guapísima.

Seguía siendo bonita, pero ahora también resultaba sexy; parecía mucho mayor y a George se le hizo un nudo de celos en la garganta al pensar que Derek iba a ser quien disfrutara de ella.

Mientras caminaban hacia el pub donde solía pasar el rato su hermano, ella le explicó su plan de seducción. Cuando llegaran, George tendría que esperar fuera. Le había entregado una cámara de vídeo, le había enseñado a usarla y le había explicado exactamente qué quería que hiciera.

—No te dejes ver. Cuando salgamos del bar y bajemos hacia el parque, quiero que nos sigas. Pase lo que pase, no te acerques demasiado y asegúrate de permanecer escondido. Empieza a grabar y, veas lo que veas, no pares hasta que todo haya terminado y yo diga que voy a llamar a la policía. Esa será la palabra clave para que dejes de grabar. Policía. ¿Vale?

El plan no le hacía ninguna gracia. Todo aquello parecía bastante arriesgado. Pero ¿qué otra opción tenía?

Cuando llegaron al pub, la chica desapareció en el interior y, mientras esperaba, George pasó del aburrimiento a la paranoia y de ahí al enfado. Quizá la broma fuera a costa de él. La chica había dicho que quería ayudarlo a vengarse, pero ¿y si le había mentido? ¿Y si había querido toda aquella información sobre Derek porque le gustaba y quería conocerlo mejor? A George le parecía inconcebible que las chicas se sintieran atraídas por su hermanastro. Era feísimo, con aquella nariz puntiaguda, la papada y los ojos demasiado juntos.

Tenía que ser una cuestión de confianza. Derek se adoraba a sí mismo y sabía coquetear. Se creía un regalo de Dios y se le daba bien convencer a los demás de que también lo era.

O quizá la chica no estaba interesada en él y aquello formaba parte de una broma cruel. George podía imaginarse a su hermanastro y a sus amigos dentro del pub, riéndose de él con la chica. Pensó en cómo habían conseguido atraerlo hasta allí para que se pasara la noche sentado en un aparcamiento.

Estaba aburrido y abatido, y empezaba a tener frío. Además, necesitaba hacer pis.

Como no había nadie cerca, se escabulló por el lateral del pub y se alivió entre los arbustos.

Mientras se abrochaba los vaqueros comprendió lo cerca que había estado de perdérselos.

Oyó la risa cantarina de la chica y el ruido de unos pasos y, al entrecerrar los ojos para mirar en la oscuridad, vio que estaba con Derek. Se encontraban en la carretera, alejándose del pub.

George cogió la videocámara y salió tras ellos.

Intentó mantener las distancias mientras los seguía hacia el parque, sin querer que Derek mirase atrás y lo descubriese. Al llegar a la entrada, oyó más risas y un eructo de borracho de su hermanastro.

Las farolas que rodeaban el parque, sumadas a la luna casi llena, aumentaban el riesgo de que lo vieran. George no apartaba los ojos de los dos mientras avanzaba sigilosamente detrás de los arbustos, buscando una posición desde la que pudiera verlos, pero bastante seguro de que ellos no lo descubrirían. Ambos estaban en el suelo y se besaban. A la luz plateada, George alcanzó a ver la mano de Derek sobre el pecho de la chica.

Ignorando el pinchazo de celos, puso la cámara a grabar.

Durante unos minutos no pasó gran cosa y a George empezaron a dolerle las piernas por permanecer agachado. El aburrimiento se apoderó de él mientras volvía a preguntarse qué sentido tenía todo aquello.

La chica susurró algo al oído de Derek y una nueva oleada de paranoia le recorrió la espalda. Seguía temiendo que aquello fuera

una trampa.

¿Qué era lo peor que podía pasar si se marchaba en ese momento?

No te detengas hasta que yo te lo diga.

Las palabras de la chica resonaron en su cabeza. Ella había insistido en que siguiera grabando pasara lo que pasase, y una pequeña alarma se encendió en la mente de George, advirtiéndole que haría bien en no decepcionarla. Era alguien con quien no le convenía enemistarse.

Así que se quedó donde estaba, intentó acomodarse un poco y siguió observando.

El grito de la chica, cuando llegó, estuvo a punto de hacerle soltar la cámara.

Derek lo acalló enseguida al cubrirle la boca con la suya y hacerla retorcerse mientras sus manos le subían la falda. Ella pataleó y agitó los brazos, pero él no le hizo caso y tiró de sus bragas.

—Te gusta, ¿verdad, pequeña zorra?

La chica respondió arañándole la mejilla, lo que le arrancó un chillido.

—Serás zorra. Eso me ha dolido.

Le cruzó la cara de una bofetada y el chasquido hizo que George se estremeciera.

—¿Es lo bastante duro para ti, zorra asquerosa?

Esto no está bien. No se suponía que debía hacerle daño. George tenía que detenerlo.

Pero ¿cómo? No era rival para Derek.

¿Debía salir corriendo en busca de ayuda?

Bajó la cámara. La escena que tenía delante le revolvía el estómago. Fue entonces cuando la chica miró hacia los arbustos. Derek ya se había bajado los pantalones y los calzoncillos, y estaba penetrándola; su trasero blanco y fofo quedaba expuesto a la luz de la luna. Ella, sin embargo, no le prestó atención. Su cuerpo no era más que un recipiente en el que él podía derramar su semen. Y aunque no dijo nada ni reconoció que lo había visto, algo en la mente de George le indicó que aquello formaba parte del plan.

Recordó sus palabras.

Empieza a grabar y, pase lo que pase, no te detengas.

¿Ella quería aquello?

Lo había planeado desde el principio. Quería que pareciera que él la estaba violando.

Aquello era demasiado extremo. Solo tenía quince años. ¿Por qué haría algo así?

La chica volvió a apartar la mirada, con el rostro retorcido por la angustia, mientras empujaba a Derek.

—Para. Quítate de encima. ¡He dicho que no!

Aunque resultaba incómodo verlo, George siguió grabando.

Cuando por fin su hermano se apartó de la chica, se puso en pie y se subió los vaqueros, ella empezó a sollozar. Por un momento, George volvió a preguntarse si se había equivocado. ¿Debería haber intentado detenerlo?

Observó la expresión confusa de su hermanastro.

—¿Por qué lloras? Has conseguido lo que querías.

La chica estaba hecha un desastre, con la falda todavía arremangada alrededor de la cintura y el maquillaje corrido por toda la cara. George vio que llevaba el escote de la blusa desgarrado.

—¡Me has violado! —siseó.

—¿Qué? —Los ojos de Derek se desorbitaron—. No lo he hecho.

—Te he dicho que parases, pero no me has hecho caso.

—Lo has disfrutado, zorrita asquerosa. No finjas que no.

—Tú… me has obligado.

Ahora sonaba histérica. Se tambaleó mientras buscaba sus bragas destrozadas.

Derek se llevó las manos a la cabeza, con los ojos llenos de pánico.

—Pensaba que te gustaba hacerlo a lo bruto.

—Deberías haber parado. Me estabas haciendo daño. Solo tengo quince años.

—¿Que tienes qué? —El ojo de Derek se abrió desmesuradamente —. Creía que eras mayor.

Mientras se secaba los ojos, la chica miró hacia los arbustos.

—No, tengo quince años. Eres un violador asqueroso y un peligro para las mujeres. Espera a que le cuente a la policía lo que has

hecho.

Aquella era la señal de George para detenerse. Hizo lo que le había pedido y bajó la cámara.

—¡Zorra loca! Me has provocado. Dijiste que tenías diecisiete años.

La chica ya no escuchaba a Derek. Seguía mirando hacia los arbustos y, cuando habló, se dirigió a George.

—Ya puedes salir.

—¿Qué? —Derek parecía confundido.

A George le latía el corazón con fuerza cuando salió de entre los arbustos.

Los ojos de Derek se abrieron de par en par.

—¿Qué coño haces aquí? —exigió.

—George tenía un trabajo muy importante que hacer —dijo la chica mientras le quitaba la cámara y comprobaba las imágenes para asegurarse de que se habían grabado bien.

—¿Por qué tienes esa cámara? —Derek parecía muy preocupado ahora.

—Una póliza de seguro.

Guardó silencio unos instantes, asimilando sus palabras.

—Me has tendido una trampa.

La chica le guiñó un ojo a George.

—Creía que habías dicho que era idiota. A mí me parece que lo está pillando bastante rápido.

—¿Tú has hecho esto? —Derek se volvió hacia George, que retrocedió enseguida, con la ansiedad disparada. Podía ver las manchas rojas en las mejillas de su hermanastro y sabía que estaba furioso. No quería recibir una paliza.

—Quieto ahí —ordenó la chica. Aunque George se encogió un poco por dentro, agradeció que ella se interpusiera entre Derek y él.

—¿Qué quieres de mí?

Derek no apartaba la vista de la cámara y George temió que intentara arrebatársela.

La chica también se había dado cuenta.

—Si intentas quitármela, empiezo a gritar que me has violado. Hay un montón de casas cerca. ¿Cómo crees que quedará la cosa si

te pillan con esa grabación? Diré que hiciste que uno de tus amigos grabara lo que me hiciste.

La amenaza hizo que vacilara.

—¿Y si no la cojo, qué? Has dicho que vas a contárselo a la policía.

—Supongo que eso depende. Quiero ciertas garantías.

—¿Garantías de qué? —Su tono era cauteloso.

—Te marchas de aquí y no le cuentas a nadie lo que ha pasado esta noche. No vuelves a hacerle daño a George. No vuelves a insultarlo ni a burlarte de él. No vuelves a sabotear sus deberes, no permites que tus amigos lo toquen ni se rían de él y, si lo hacen, les obligas a parar. ¿Lo entiendes?

Como Derek permaneció en silencio, mirándola fijamente, ella lo tomó como una confirmación para continuar.

—Si aceptas, nunca le contaré a nadie lo que ha pasado aquí esta noche y nadie verá este vídeo. Pero si le sucede algo a George, o si me dice que lo has insultado o incluso que lo has mirado mal, haré público que me violaste y me aseguraré de que todo el mundo vea lo que hay en esta cinta.

—Estás como una puta cabra. —Derek estaba enfadado, pero George percibió el pánico subyacente en su voz.

La chica sonrió con suficiencia.

—¿Tenemos un trato?

—¿Por qué él? ¿Por qué coño quieres ayudar a este enano?

—George y yo somos amigos y yo lo respaldo.

¿De verdad? George supuso que acababa de demostrar que era cierto. Y había cumplido su promesa, aunque sus métodos fueran extremos y poco convencionales.

Le dio vueltas mientras Derek abandonaba el parque con la cabeza gacha, avergonzado o compadeciéndose de sí mismo. A George no le importaba cuál de las dos cosas fuera. Solo se alegraba de que su hermanastro hubiera aceptado dejarlo en paz. Aunque ¿cumpliría realmente su parte del trato?

—No me gustó verte hacerle daño —le dijo a la chica mientras regresaban a la carretera—. Podríamos haber encontrado otra manera de deshacernos de él.

La chica se encogió de hombros, como si lo ocurrido no tuviera importancia.

—Solo es sexo, George. Y le dije que me pegara y que lo hiciera de forma brusca. El muy idiota no tenía ni idea del lío en el que se estaba metiendo. —Lo miró de reojo—. Ya ves, te prometí que te ayudaría.

Y lo había hecho.

—Gracias.

—Así que te he ayudado. Ahora tengo que empezar a tramar mi propia venganza.

George había estado tan concentrado en Derek que se había olvidado por completo de que tenían un trato. La chica aún no le había dicho contra quién quería vengarse, y a él se le revolvió el estómago de nervios.

—No estoy seguro de qué puedo hacer para ayudarte. No puedo llevar a cabo nada parecido a lo que acabas de hacer.

Debió de notar el pánico en su voz, porque sonrió para tranquilizarlo.

—Relájate y no te preocupes. Sé exactamente qué necesito que hagas. —Sus ojos se encontraron con los de él y mantuvo la mirada mientras hablaba—. Te elegí como compañero por una razón, George.

Capítulo 39

Como insistió en que no podía llevarse a Elise a casa, George le pagó una habitación en una pensión de Cromer para el resto de la noche y le prometió que se le ocurriría un plan.

Elise no había quedado nada impresionada con la habitación básica y anticuada en la que se había encontrado, y no se tragaba su excusa de que había sido difícil encontrar un sitio abierto a esas horas. Seguro que podría haberle encontrado una habitación en un hotel de verdad.

Seguía furiosa por todo lo ocurrido y consideraba a George el único responsable de sus problemas con la policía. Se lo recalcó una y otra vez en los mensajes que no dejaba de enviarle después de que él se negara a contestar sus llamadas.

Tenía que arreglar las cosas. Y deprisa.

Lo había perdido todo y ya no tenía nada que perder. Eso la volvía peligrosa, algo que se apresuró a señalarle a George cuando por fin lo llamó más tarde, a media mañana, para decirle que estaba en deuda con ella y que pensaba cobrársela.

—No me presiones demasiado. Sabes lo fácil que me resultaría acudir a la policía.

Era un farol, pero él no lo sabía. La casa de los Hamilton había sido su fuente de ingresos y ahora la había perdido. George no podría compensarla si acababa entre rejas.

—No hace falta llegar a eso —le aseguró, pero ella percibió el atisbo de pánico en su voz y supo que estaba preocupándolo. Bien.

—¿Y cuál es tu plan? Dijiste que se te ocurriría uno.

—No te preocupes. Ya lo tengo.

—¿Y bien? No me tengas en vilo. Me niego a pasar un minuto más en este tugurio y quiero salir de aquí ahora mismo.

—Dame media hora y pasaré a recogerte. Te lo explicaré por el camino.

—¿Camino de dónde?

George no dio más detalles.

—En media hora. Te espero fuera.

Cuando la línea se cortó, Elise arrojó el teléfono sobre la cama. No le gustaba que la mantuvieran al margen y quería saber exactamente qué planeaba hacer George para sacarla de aquel embrollo.

Como no quería quedarse un minuto más de lo necesario en la pensión, Elise hizo el registro de salida y se puso a esperar fuera a George. Por suerte, él no tardó en llegar, un par de minutos antes de la hora acordada.

Sin embargo, no bajó de la furgoneta. Dejó el motor en marcha y le indicó con un gesto que subiera, mientras Elise lo miraba con el ceño fruncido y las manos apoyadas en las caderas. ¿De verdad esperaba que ella metiera sola la maleta?

—Vamos, por el amor de Dios. Échala atrás.

—¡Pesa mucho!

Como ella se negó tozudamente a moverse, él puso los ojos en blanco y apagó el motor.

—Podrías aprender un poco de educación —murmuró ella mientras él bajaba de la furgoneta.

Sin hacerle caso, abrió la puerta lateral, cogió la maleta y la arrojó dentro.

—Ten cuidado, joder. Ahí dentro están todas mis cosas.

George cerró la puerta de golpe y volvió a la del conductor.

—Sube a la furgoneta, Elise. ¡Ahora!

Ella obedeció, todavía refunfuñando entre dientes.

—¿Y adónde coño vamos? —exigió mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y él se alejaba del bordillo.

Al principio no respondió, y ella se volvió para mirarlo. Vio que movía la mandíbula, quizá por irritación o por ansiedad. Aquello no contribuyó a tranquilizarla.

—¿George? ¿Adónde vamos?

—A ver a un amigo.

—¿A qué amigo?

—A alguien que va a ayudarnos a arreglar esto.

Todo aquello sonaba bastante vago. Elise iba a necesitar más información.

—¿Quién es ese amigo y cómo piensa arreglarlo? Quiero detalles concretos.

Como George no respondió y se concentró en la carretera que tenía delante, ella decidió volver a amenazarlo. Hasta el momento, utilizar la ventaja que tenía sobre él parecía ser la única manera de conseguir resultados.

—¿Puedes dejarme en la comisaría más cercana? Voy a entregarme y confesarlo todo, incluido lo que me obligaste a hacer.

—No tienes que hacer eso. La situación está controlada.

—¿Cómo que está controlada?

—Joder, Elise. ¿Quieres cerrar la boca de una vez? —El tono elevado hizo que ella abriera mucho los ojos, conmocionada. George no era de los que gritaban. Incluso cuando la había chantajeado, lo había hecho de una manera tan tranquila y despreocupada que había resultado difícil asimilar del todo sus amenazas—. Eres de lo que no hay. No tengo ni idea de cómo Ollie Hamilton ha podido aguantarte.

—¿Cómo te atreves?

—He dicho que te calles. Estaba hablando y no había terminado. Vamos a ver a un amigo que nos va a ayudar. Eso es todo lo que necesitas saber. Ahora no vas a llamar a la policía ni a ir a la comisaría. Te has metido en algo mucho más grande de lo que imaginas y, si me delatas, te juro que encontraré la manera de hundirte conmigo. Así que deja de amenazarme y de comportarte como una estirada, y concéntrate en mantener cerrada esa bocaza que tienes.

Le lanzó una mirada tan feroz que, de hecho, a Elise le entraron ganas de acobardarse.

Al volver a centrar la atención en la carretera, Elise abrió y cerró la boca, completamente segura de cómo reaccionar ante aquel estallido. Era un terreno nuevo para ella y no estaba acostumbrada a que le hablaran de ese modo.

Al percibir que George era una bomba de relojería a punto de estallar y que lo más sensato era no poner a prueba su farol, se

hundió en el asiento, todavía dolida por sus palabras.

Recorrieron varios kilómetros y luego George abandonó la carretera principal para incorporarse a una estrecha vía secundaria. Después de ochocientos metros, puso el intermitente y giró hacia un aparcamiento apartado, situado junto a una zona boscosa. Solo había otro vehículo y, cuando detuvo la furgoneta a su lado, Elise sintió por primera vez un escalofrío de inquietud.

Había estado tan desesperada por salir de la pensión y conseguir que George arreglara las cosas que no se había planteado realmente hasta qué punto era segura aquella situación.

—¿Por qué nos hemos detenido aquí? —preguntó, aunque sin la beligerancia de antes. Incluso a sus propios oídos sonó nerviosa.

—Ya te lo he dicho: hemos quedado con alguien.

Mientras George hablaba, se abrió la puerta del otro coche.

Elise reconoció al conductor cuando bajó y el nudo que tenía en el estómago se tensó aún más.

¿Qué coño estaba pasando?

Capítulo 40

Lana aún no tenía claro qué pensar de la nueva alianza entre Ollie y Xav. Por un lado, se alegraba de que parecieran haber enterrado el hacha de guerra, pero daba la impresión de que ahora compartían el objetivo de envolverla entre algodones.

Entendía sus preocupaciones, de verdad. Primero el atropello con fuga y luego lo ocurrido la noche anterior. Todo aquello los había asustado, y con razón. No se consideraba una mujer estúpida y sabía que las amenazas contra ella eran reales. También tenía miedo y pensaba tomar precauciones. Hasta que la policía practicara una detención o hasta que regresara a casa, lo que ocurriera primero, haría todo lo posible por no ponerse en situaciones vulnerables.

A diferencia de Ollie, que parecía haberse convertido en investigador privado de la noche a la mañana.

Su idea de fisgonear en el taller de Bree McCarthy era estúpida y peligrosa. Para empezar, aunque tuviera la llave de Xav, aquello seguiría considerándose allanamiento, y Lana no conseguía meterle en la cabeza que era un delito. Y, si tenía razón y Bree era responsable de lo que le había ocurrido a Lana, quizá incluso del asesinato de Camille, ¿qué le impediría intentar hacerle daño a Ollie al darse cuenta de que la había descubierto?

—La que debería preocuparte eres tú —le dijo él, descartando sus objeciones—. Yo sé cuidar de mí mismo.

Ese era su hermano, rebosante de una bravuconería absurda.

—¿Como Bree cuidó de ti anoche? —murmuró con sarcasmo.

Su comentario hizo que frunciera el ceño mientras se llevaba la mano a la nariz y se alisaba los dedos sobre la escayola.

—Eso fue distinto. Además, ella no estará allí. Xav va a mantenerla ocupada.

Ahora miró a Xav, que le dedicó a Lana una sonrisa de disculpa.

—No puedo creer que también te haya metido en esta idea estúpida —refunfuñó.

Ya le habían dicho que no querían que se quedara sola en Mead House, pues al parecer habían decidido por su cuenta que podía esperar en casa de Xav. A Lana no le gustaba que tomaran decisiones a sus espaldas sobre lo que era mejor para ella. Sin embargo, solo serían un par de horas, así que no protestó demasiado. Ya la habían atacado una vez en la casa y, aunque razonó que estaría bien si cerraba con llave todas las puertas y ventanas, quizá estaría más segura en casa de Xav.

Ya había llamado a Bree para preguntarle si podía pasarse por allí a limar asperezas, y se había ofrecido a recoger por el camino su comida para llevar favorita.

Xav le contó a Lana que, como Bree no era de las que guardaban rencor, había recibido su llamada con cierta timidez y se había disculpado por su parte de culpa, lo que a su vez le hacía sentirse culpable por haberla engañado.

—Ninguno de los dos tiene por qué seguir adelante con esto —le recordó Lana mientras se dirigían en coche a casa de Xav—. Ya te he dicho que me parece una mala idea, pero Ollie es así. Nunca piensa en las consecuencias.

—Solo está cuidando de ti.

Y era verdad, algo que ella agradecía.

—Lo entiendo, pero tiene que ir a la policía. Que hablen con Bree. Si hay pruebas, pueden detenerla, y si no las hay, no tendrás que sentirte culpable por traicionar a tu amiga.

Xav le dedicó una sonrisa fugaz, pero estaba decidido a seguir adelante con el plan de Ollie.

—Déjale hacerlo, ¿vale? Si no encuentra nada, te prometo que haré que vaya a la policía.

Xav y Ollie. De niños habían sido la sombra el uno del otro. Los gemelos eran Ollie y Lana, pero a veces ella había sentido que quedaba en segundo plano frente a la amistad de Ollie con Xav. Luego, claro, las cosas habían cambiado. Durante el último año antes de la muerte de Camille, era Lana quien atraía más la atención de Xav, y en ocasiones ella se había preguntado si Ollie no estaría un poco celoso.

Ahora los tres volvían a estar juntos y retomaban sus antiguos papeles. Ella había recuperado a su hermano, lo había recuperado de verdad, por primera vez en lo que parecía una eternidad, y no quería perderlo. En cuanto a lo que estaba ocurriendo entre ella y Xav, aún no habían hablado de qué les depararía el futuro ni siquiera de si lo suyo podía funcionar. Por ahora, Lana se limitaba a vivir el día a día.

Cuando Xav aparcó frente a su casa, a Lana se le revolvió el estómago por los nervios y, al seguirlo al interior, comprendió de pronto la magnitud de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Habían vuelto a conectar a una velocidad de vértigo y ahora él se estaba metiendo en una situación potencialmente peligrosa para ayudarla. De acuerdo, Ollie era quien asumía el mayor riesgo, pero si Bree era la responsable de los intentos contra la vida de Lana y descubría que Xav la había traicionado, ¿cómo reaccionaría? Él siempre había sido un pésimo mentiroso. ¿Y si metía la pata?

Mientras él se desvivía por su enorme gato atigrado, que había bajado las escaleras como una exhalación para recibirlos, ella no dejó de darle vueltas. Por comida, no por cariño, se apresuró a puntualizar Xav mientras le llenaba el cuenco. Hector se guiaba por el estómago.

Después de darle de comer al gato, le enseñó el sistema de alarma y dónde estaban las cámaras. Luego le dijo que se sintiera como en casa, pero que no entrara en su estudio.

Cuando se lo dijo, tenía puesta su cara seria y, de no haber estado tan preocupada, Lana quizá se habría echado a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, haciéndola girar para que lo mirase y dándole unos golpecitos con un dedo en la frente.

Ella había estado callada mientras lo seguía por la casa, pero fue su falta de entusiasmo cuando él le enseñó a manejar su sofisticado sistema de entretenimiento lo que finalmente le hizo darse cuenta de que algo iba mal.

—Tengo miedo, Xav.

Su expresión se suavizó de inmediato y la estrechó entre sus brazos, frotándole la espalda con gesto tranquilizador.

—Te prometo que aquí estarás a salvo. Y solo será una hora, más o menos.

Lana se apartó de él.

—No, idiota. No tengo miedo por mí. Créeme, sé que aquí estoy segura. Este sitio tiene más cerraduras, alarmas y cámaras que el palacio de Buckingham. Me pregunto quién te da tanto miedo que intente entrar.

Consiguió sonreír y vio cómo él fruncía un poco los labios, indignado.

—No tiene nada de malo contar con un buen sistema de seguridad —refunfuñó.

—Eso lo dice el hombre que deja la puerta principal sin cerrar con llave mientras está arriba pintando —señaló Lana, recordando cómo él había dejado que entrara sin avisar.

—Eso es distinto —replicó él—. Estaba en casa.

La estudió con la mirada.

—Entonces, si aquí te sientes segura, ¿por qué tienes miedo?

—Porque no me gusta este disparatado plan de Ollie. No quiero que le pase nada… ni a ti. Acabo de recuperarte.

Los ojos verdes de Xav se clavaron en los de ella. Por fin lo había entendido.

—No va a pasarle nada a nadie. Te lo prometo. Ollie estará bien porque Bree estará conmigo, y yo no tengo que hacer otra cosa que comer. Le estás dando demasiadas vueltas.

—¿Ah, sí? Si Ollie tiene razón, es peligrosa, Xav. Si descubre que sabes que…

Su carcajada fue inesperada y un poco irritante.

—¿Qué crees que va a hacer? ¿Clavarme el tenedor?

Lana le dio un empujón en el hombro.

—Perdona por preocuparme.

—No lo hagas. Me parece muy tierno que lo hagas —le dijo Xav, sujetándole la mano y llevándosela a los labios.

Una tormenta de mariposas revoloteó en el vientre de Lana cuando él volvió a mirarla a los ojos, atento a su reacción mientras deslizaba lentamente la boca sobre sus nudillos.

Su irritación se desvaneció, pero aun así le lanzó una última pulla.

—Los dos sabemos que no tienes el mejor historial con las chicas.

Sonrió con picardía, retiró la mano y extendió un dedo para recorrer el puente de su nariz.

Xav sonrió y la atrajo hacia sí para besarla.

—Bueno, esperemos que Bree no tenga un bate de rounders escondido debajo de la mesa.

Estaba bromeando, quizá con la esperanza de aliviar la tensión de Lana, pero esta volvió a dispararse cuando él subió al coche, listo para acudir a su cita para comer.

—Cierra la puerta con llave —le recordó mientras bajaba la ventanilla—. Y recuerda que acabo de darle de comer al gato. No dejes que te haga sentir culpable para que le des algo más.

Lana lo vio marcharse y luego volvió a entrar en la casa. Giró la llave y echó el cerrojo, tal como él le había indicado.

Hector se había acomodado en el brazo de uno de los sofás y la observaba con indolente interés.

—Supongo que te toca aguantarme hasta que vuelva —le dijo mientras se acercaba para rascarle detrás de las orejas.

El gato lo toleró unos veinte segundos, quizá, antes de decidir que ya había tenido suficiente interacción. Saltó al suelo y volvió a subir las escaleras con paso tranquilo.

Lana lo observó alejarse, ya aburrida e inquieta. Decidió prepararse un café, más por tener algo que hacer que porque le apeteciera realmente beberlo, y entró en la cocina impecable de Xav. Revolvió los armarios en busca de tazas y luego averiguó cómo funcionaba su sofisticada cafetera. Mientras esperaba a que se calentara el agua, miró por la ventana hacia el paisaje.

De verdad había elegido un lugar espectacular. Los árboles que rodeaban el jardín se abrían para dejar al descubierto unos campos que se extendían hasta el pueblo principal y la costa.

Algo que se movió cerca de la casa llamó su atención y parpadeó dos veces seguidas, convencida de haber visto una figura desplazándose entre los árboles.

¿Le estaba jugando una mala pasada la imaginación? La casa se encontraba en un lugar apartado, sin ninguna propiedad cerca. No había motivo para que nadie estuviera allí fuera.

La tensión le recorrió el cuerpo, aunque se dijo que estaba exagerando, y tomó aire profundamente mientras se ordenaba relajarse. Solo era un momento de paranoia por encontrarse sola en un lugar desconocido. Nada más.

El sonido de un motor al arrancar hizo que girase bruscamente la cabeza.

Lana se quedó mirando la puerta cerrada con llave. Nadie había llamado, así que ¿quién estaba allí?

Corrió de vuelta al salón y se dirigió a la ventana delantera más cercana. Apartó un poco la persiana justo a tiempo de ver el destello fugaz de la parte trasera de un coche antes de que desapareciera por completo detrás del seto.

Un coche negro, pensó, o quizá gris oscuro, aunque todo había ocurrido tan deprisa que no podía estar segura.

¿Quién se había detenido en la casa y qué quería? ¿Por qué se había marchado a toda velocidad?

Se acercó a otra ventana desde la que podía ver mejor el porche delantero, por si acaso había sido un repartidor que no se había molestado en llamar, pero no había nada en el escalón de entrada.

Quizá debería escribirle a Xav.

No. Estaba con Bree y no quería estropear nada.

De acuerdo, lo que acababa de ocurrir era un poco extraño, pero eso no significaba que estuviera pasando nada siniestro, y quienquiera que hubiese sido ya se había marchado. No había ocurrido nada malo.

Aun así, cuando volvió a terminar de preparar su bebida y luego se acomodó en uno de los sofás con su Kindle, no pudo librarse de la ominosa sensación de que algo no iba bien.

Capítulo 41

La adrenalina bullía por las venas de Ollie mientras aparcaba al otro lado de la calle, frente al taller de Bree, a la espera del mensaje de Xav que confirmara que había llegado a su piso.

Su plan era infalible y Lana estaba a salvo. Como le había asegurado una y otra vez, nada iba a salir mal.

El teléfono emitió un pitido y leyó el mensaje de Xav.

Ya entro.

Le respondió con un emoji de pulgar hacia arriba, se guardó el teléfono en el bolsillo y sacó la llave que Xav le había dado.

—Hagámoslo —murmuró para sí.

Mientras cruzaba la calle hacia el taller, echó un vistazo alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie cerca. No debería parecer sospechoso que abriese la puerta y entrara, pero, aun así, prefería que no lo vieran.

La calle seguía despejada. Entró en la sala oscura, tanteó en busca del interruptor y cerró la puerta tras de sí. Entonces buscó la alarma, que había empezado a pitar. Había memorizado el código que le había dado Xav y lo tecleó rápidamente para desactivar el sistema.

Miró a su alrededor. Era un espacio ordenado, aunque sin pretensiones, con un escritorio y un archivador.

Ajustó la persiana para que nadie pudiera ver el interior y se sentó en la silla de Bree mientras empezaba a revisar sus cosas. Sobre el escritorio no había nada demasiado interesante: un teléfono, un lector de tarjetas y un bote con bolígrafos, además de una bandeja de documentos que parecía contener facturas. Ollie las hojeó, pero no vio ningún nombre que destacara ni nada que pareciera sospechoso.

Probó los dos cajones y se alegró al comprobar que no estaban cerrados con llave, pero solo contenían llaves y paquetes de toallitas antibacterianas.

Se volvió en la silla y miró el archivador. ¿Habría algo interesante allí dentro?

Mientras rebuscaba en los cajones, se le ocurrió que, aunque había ido allí con la intención de registrar el lugar, en realidad no tenía muy claro qué estaba buscando.

Algo sospechoso. Eso era lo que les había repetido a Xav y Lana, pero ahora que estaba allí comprendía hasta qué punto era una indicación imprecisa.

El archivador estaba abarrotado de más papeles. Facturas de suministros y del alquiler del local, además de más facturas, por lo que podía ver. Tardó una eternidad en revisar la mitad del cajón superior y Ollie, que no tenía precisamente una gran capacidad de concentración, empezaba a aburrirse.

Al cabo de un rato decidió pasar a otra cosa, convencido de que no se le escapaba nada.

Una puerta interior al fondo de la sala conducía a un pasillo estrecho con otras dos puertas. Una era el cuarto de baño, un espacio diminuto, aunque práctico, que olía a lejía y piñas; la otra daba a una zona de garaje, donde Bree trabajaba en los vehículos de sus clientes.

Había un par de coches en distintos estados de reparación y las únicas estanterías y unidades de almacenaje que había allí servían para guardar las herramientas del día a día.

Había dos puertas de garaje: una daba al frente y la otra a la parte trasera de la propiedad. Ollie se dirigió a esta última para probarla y se irritó al descubrir que estaba cerrada. Volvió a mirar alrededor, vio unas llaves colgadas de unos ganchos en la pared y las probó una por una hasta encontrar la que funcionaba.

Al abrir la puerta del garaje salió a una zona de tamaño considerable, cubierta por un tejado y rodeada por una valla alta. Allí había media docena de coches, todos en buen estado, y algunos llevaban carteles con el precio en el parabrisas. La mayoría eran utilitarios pequeños, pero también había un Fiesta clásico y un SUV oscuro. Ollie no sabía que Bree también vendía coches, aunque estaba casi seguro de recordar que Xav le había dicho que solía comprar vehículos a buen precio, normalmente coches siniestrados o

cuyos dueños se habían dado por vencidos con ellos. Él había supuesto que eran solo proyectos personales, pero comprendió que tuviera sentido que intentara sacar dinero de ellos.

Su mirada se posó en el contenedor grande que había detrás de los coches. Probablemente solo estaría lleno de basura, pero ya que estaba allí, lo más lógico era echarle un vistazo.

Al pasar entre los coches, reparó en el SUV aparcado más cerca del contenedor. A diferencia de los otros, pulidos hasta alcanzar un acabado de exposición, las ruedas de aquel parecían sucias y había un par de marcas en el borde del capó. La moldura lateral también se estaba despegando. Ollie se desplazó entre los coches, agarró el extremo para volver a colocarla en su sitio y apartarla, y al soltarla se limpió los dedos, manchados por el óxido. La presencia del óxido lo sorprendió. A menos que fuera otra cosa. Se agachó para observarlo más de cerca y frunció el ceño.

Sí, las ruedas necesitaban una buena limpieza. ¿Era arena lo que había quedado atrapado en el dibujo? ¿Y qué eran las salpicaduras que había a lo largo del borde de la moldura plateada? Su mente empezó a funcionar a toda velocidad.

El SUV era negro. A Lana la había atropellado un coche oscuro.

¿Era posible que aquel fuera el vehículo? Y, de ser así, ¿era su sangre la que había quedado en la moldura?

Sacó el teléfono y tomó varias fotografías. Luego le escribió a Xav.

Capítulo 42

Trudy decidió cerrar la tienda antes de hora y trabajar en casa durante la tarde. Desde el derrame cerebral de su padre, había estado haciendo jornadas más cortas la mayoría de los días laborables, pues quería vigilar de cerca su recuperación, pero los sábados solía mantener el negocio abierto más tiempo, ya que sabía que era un buen día para las ventas. Sin embargo, aquel día no estaba de humor para atender a clientes.

Aunque el atropello equivocado de Ollie Hamilton no había causado demasiados daños, le dolía la cara y se compadecía de sí misma. La confesión de Xav de que aún sentía algo por Lana había sido una noticia desagradable y, aunque la noche anterior él se había portado bien con Trudy, la había llevado a casa y se había asegurado de que estuviera bien, aquello le había rondado la cabeza durante buena parte de la noche.

Después de prepararle la comida a su padre, que la apartó, intentó concentrarse en el papeleo. Lo dejó sentado en el salón, con la televisión encendida, y preparó una taza de té que llevó al pequeño tercer dormitorio que utilizaba como despacho. Se acomodó para revisar las facturas, desesperada por distraerse.

Llevaba allí solo unos minutos cuando el volumen de la televisión subió, lo bastante como para que pudiera oír cada palabra que pronunciaban los actores del programa que estuviera viendo su padre. Haciendo todo lo posible por ignorarlo, dio un sorbo a la bebida y se concentró en las cifras que tenía delante. Ya le palpitaba la cabeza, anunciando una de sus migrañas tensionales, y desde luego no estaba de humor para aguantar uno de los juegos de su padre. Si él creía que no la molestaba, quizá pararía.

Por desgracia, ocurrió lo contrario y Trudy dejó caer los hombros cuando el volumen subió aún más.

Al saltarle la chispa, se levantó e irrumpió en el salón para arrebatarle el mando a distancia. Cuando bajó el volumen, él alzó la

mirada hacia ella con una sonrisa.

—Perdona. ¿Te estaba molestando?

—Sabes perfectamente que sí.

En lugar de devolverle el mando, lo dejó encima de la estantería, lo que le valió una mirada furiosa.

—Devuélvemelo.

—Si no se puede confiar en ti para que lo uses, no puedes tenerlo.

—Esto es maltrato. ¡No soy un niño!

—Entonces deja de comportarte como tal —espetó Trudy antes de darse media vuelta, tratando de bloquear las amargas quejas que la siguieron mientras regresaba a su despacho.

Unos instantes después oyó el sonido de la silla de ruedas de su padre sobre el suelo de madera y apretó los dientes cuando él apareció en el umbral.

—¿Qué quieres, papá?

—Me tienes atrapado aquí, como si fuera un maldito prisionero en mi propia casa.

—No eres un prisionero —señaló Trudy con cansancio—. Estoy intentando cuidar de ti. Sabes que yo no te metí en esa silla.

—¿Ah, no? Bien podrías haberlo hecho. Fue culpa tuya que tu madre estuviera hecha polvo aquella noche. Jamás debería haber estado al volante. No estaba en condiciones de pensar con claridad.

No era la primera vez que su padre la acusaba de aquello, pero no por eso le dolía menos.

—No digas eso. Sabes cuánto la echo de menos.

Su padre hizo caso omiso y se creció con el tema.

—Fue como darle un arma cargada. Está muerta y tú fuiste la responsable. Igual que eres responsable de que yo esté en esta silla.

—¡Basta!

El rostro de su padre se contrajo y su sonrisa cruel, tan familiar, la transportó de vuelta a la infancia, cuando había sido demasiado pequeña y débil para defenderse de su acoso constante.

—La verdad duele, ¿verdad, querida hija?

Las dos últimas palabras salieron cargadas de un sarcasmo mordaz.

—No es verdad. Tú fuiste el responsable. Todo fue culpa tuya.

De cara al mundo, Angus Palmer había sido un amigo y un médico. De algún modo había logrado ponerse una máscara que lo hacía parecer amable y accesible, presentándose como un hombre tranquilo y entregado a su familia. Cómo se reiría ese mundo si conociera la verdad sobre él. Si supiera que, a puerta cerrada, menospreciaba constantemente a Trudy y a su madre, haciendo que ambas se sintieran indignas de su amor. Que predicaba una moral que él mismo no seguía. Y que bastaba la más mínima provocación para que utilizara los puños o, en el caso de Trudy, a menudo su cinturón.

Hablabas en la mesa a la hora de cenar. ¡Zas!

No habías terminado los deberes a tiempo. ¡Zas!

Llevas la ropa sucia. ¡Zas!

Durante mucho tiempo le había tenido miedo, pero entonces descubrió la verdad sobre quién era él en realidad y aquello lo cambió todo. Fue en ese momento cuando Trudy dejó de sentir temor y empezó a resistirse. Ahora él estaba en la silla, su madre estaba muerta y ella ostentaba todo el poder.

Aun así, había momentos en los que dudaba de sí misma, sucumbiendo a la debilidad, y él, al ser su padre, sabía cómo manipularlos, cómo verter su veneno a través de las grietas, justo como estaba haciendo ahora.

—Podrás peinarte muy elegante y ponerte tu ropa pija, pero no lo olvides: conozco la verdad sobre ti y sobre quién eres en realidad. Anoche te oí, todo melindrosa y coqueta. ¿De verdad te crees que un hombre como Xavier Landry se interesaría por alguien como tú?

—¡Cállate! —chilló ella mientras le propinaba un revés tremendo en la cara; la piedra del anillo que llevaba, y que antaño había pertenecido a su madre, le hizo sangre.

A su padre le relampaguearon los ojos de ira, pero aparte de eso no reaccionó al bofetón y prosiguió con sus provocaciones.

—No eres guapa ni tienes clase como las Hamilton. No eres más que una niña patética que intenta fingir ser algo que no es.

—¡He dicho que TE CALLES! —Trudy lo golpeó de nuevo. Esta vez más fuerte.

—Y todas las bofetadas del mundo no ocultarán lo fea que eres en realidad, porque no es solo algo superficial —le dedicó una sonrisa maliciosa mientras la sangre le goteaba del labio—. Esa fealdad es profunda.

Trudy ni siquiera era consciente de que sus dedos se habían cerrado alrededor del pisapapeles piramidal de cristal que había sobre su escritorio, a pesar de que le enfriaba la ardiente palma de la mano al apretarlo con fuerza. Su padre no paraba de despotricar y sus palabras se convirtieron en un zumbido en su cabeza palpitante.

Zorra.

Repulsiva.

Ridícula.

Enferma.

El pisapapeles ya estaba en alto, con la punta a punto de descargarse sobre el cráneo de su padre, cuando cobró conciencia de lo que estaba haciendo; abrió los ojos de espanto y un gemido se le escapó de los labios.

Su padre la contemplaba con una sonrisa cada vez más amplia y la mirada burlona.

—Venga, hazlo —la provocó—. A ver si tienes agallas para matar a tu propio padre.

—Papá, lo siento.

Las palabras le salieron en un susurro mientras el brazo le caía a un costado y los dedos se le abrían, dejando caer el pesado pisapapeles al suelo. ¿Qué estuvo a punto de hacer? Y lo había golpeado, le había hecho sangrar.

—Lo siento —repitió ella—. No quería hacerlo.

Ahora él se reía de ella.

—Chica débil e inútil. Ni siquiera eres capaz de librarme de este sufrimiento.

Trudy pasó por su lado a toda prisa, huyó por el pasillo y se encerró en su dormitorio dando un portazo. Tomó una bocanada profunda de aire y se llevó las manos a la cabeza mientras intentaba asimilar la magnitud de lo que acababa de suceder.

Había estado a punto de matar a su propio padre.

Él la había estado presionando e incitando hasta que ella se rompió y casi pierde el control por completo.

Aquello la asustaba de muerte.

Tenía que recomponerse, y rápido. Si alguien llegaba a enterarse jamás de lo cerca que había estado de golpearlo con el pisapapeles, se lo quitarían. Pasara lo que pasase, con independencia de las atrocidades que él hubiera cometido y de lo muchísimo que lo odiaba, jamás podría permitir que ocurriera algo así.

Capítulo 43

—¿Va todo bien?

Al levantar la vista, Xav vio que Bree lo observaba y no lograba decidir si lo hacía con compasión o con sospecha.

Nunca había sido de mandar muchos mensajes y desde luego no era de esas personas que miraban continuamente el móvil cuando estaban acompañadas, pero hoy era distinto porque necesitaba mantenerse en contacto con Ollie. Los mensajes que había recibido sobre el coche que había en el taller, con lo que parecían salpicaduras de sangre en la moldura lateral rota, bastaban para distraerlo, y ahora le costaba concentrarse en la conversación con Bree.

—¿Qué? Sí, claro. Estoy bien —hizo un esfuerzo por dejar el teléfono y le forzó una sonrisa.

Ella siempre había estado ahí para él y para Seb, y también para su madre. ¿De verdad había sido todo una simple actuación?

Rememoró la época en la que acababa de regresar al pueblo y cómo ella se había apresurado a buscarlo para recordarle que estaba allí como amiga para lo que necesitase.

Por separado, hasta ese momento todo le había parecido dar palos de ciego, pero la foto del todoterreno que le había mandado Ollie resultaba más difícil de justificar. Aunque no podía afirmar con certeza que hubiese sido el coche que atropelló a Lana, sin duda era clavado.

¿Acaso Bree odiaba tanto a Lana Hamilton como para querer verla muerta?

¿Y qué pasaba con Camille? ¿Era Bree el misterioso G sobre el que Camille había escrito en su diario?

Hasta que Ollie sacó el tema, solo habían estado buscando a un hombre. Una estupidez, en realidad, ya que resultaba totalmente plausible que G fuera una mujer. Sin embargo, percatarse de que de

verdad pudiera tratarse de Gabriella McCarthy, su amiga más cercana...

Dolió en lo más hondo.

Sentía cierta lealtad hacia Bree. Había estado a su lado una y otra vez. Pero si le había hecho daño a Lana, aquello lo cambiaba todo.

Ella seguía observándolo con curiosidad mientras él pugnaba por encajar que pudiera ser la responsable.

—Estás actuando de un modo un poco raro, Xav. ¿Seguro que está todo bien entre nosotros?

Sostuvo su mirada. Iris de un tono castaño miel enmarcados por pestañas tupidas y oscuras que lo miraban fijamente.

Madre mía. Espabila, imbécil.

Había traído fish and chips y el whisky de cumpleaños que Bree no se había llevado tras la pelea del pub, y creía que lo estaba haciendo bastante bien a la hora de disimular, pero tal vez no era así.

Sus pensamientos volaron hacia Lana, que lo esperaba en casa. Se había mostrado reacia a que él viniera porque sabía lo pésimo mentiroso que era. Decidido a demostrarle que se equivocaba, intentó relajarse.

Lana y Ollie contaban con él, y Seb también. La posibilidad de que pudiera probarse la inocencia de su hermano después de tanto tiempo encendió un destello de esperanza en Xav, aunque le daba miedo hacerse ilusiones.

—Perdona, sí. Todo está bien entre nosotros. Solo estaba hablando con Lana. Quería asegurarme de que está bien... después de lo de anoche.

Dejó caer las palabras y le sostuvo la mirada a Bree para comprobar su reacción. Salvo por un ligero entrecerrar de ojos, no hubo ninguna revelación delatadora.

—¿Lo de anoche?

—La atacaron.

—¿Ah, sí?

Xav asintió.

Si Bree sabía lo que había pasado, no lo estaba contando. Tampoco parecía sorprendida, y su sentido arácnido empezó a

ponerse en alerta máxima.

Transcurrió una pausa prolongada antes de que ella preguntara:

—Y ¿qué pasó?

Se lo contó ciñéndose a los hechos y esforzándose por mantener la emoción al margen de su tono.

—Madre mía. ¿Está bien?

Sonaba sincera, pero Xav no estaba seguro de creérsela.

—Está bien. Ahora. Sé que no te cae muy bien, pero...

—Eso no significa que quiera verla sufrir, Xav.

¿De verdad? Él no estaba tan seguro.

—¿Tardaste mucho en llegar a casa caminando anoche? —preguntó él, cambiando de tema bruscamente—. Volví a buscarte después de dejar a Trudy.

No era del todo mentira. Había dado un rodeo al volver a casa, aunque no había recorrido exactamente la ruta que sabía que haría Bree.

Ella se encogió de hombros.

—No mucho. Aunque me alegró llegar a casa. ¿Qué tal está Trudy?

Otro cambio rápido de tema. Xav sabía que Bree no iba a admitir ninguna mala acción, así que no estaba muy seguro de por qué le molestaba tanto.

Siguió adelante con la parodia de ser buenos amigos, pero el último mensaje de Ollie lo había cambiado todo y Xav se descubrió cuestionando cada palabra que salía de la boca de Bree.

En el momento en que obtuvo la confirmación de Ollie de que había salido del taller, inventó una excusa diciendo que tenía que marcharse.

Tras un abrazo de despedida algo rígido y el plan vago de verse más adelante, ya estaba en su coche rumbo a casa, sintiendo que parte de la tensión se disipaba, aunque sabía que lo peor aún estaba por llegar.

Habían acordado que pasaría a buscar a Lana e irían al encuentro de Ollie en Mead House. Allí tendrían que tomar decisiones. ¿Tenían lo suficiente para involucrar a la policía? ¿Cómo reaccionarían ante el allanamiento de morada cometido por Ollie? ¿Cómo reaccionaría

Bree al enterarse de lo sucedido y al saber que Xav la había traicionado?

Esas preguntas le pesaban enormemente mientras entraba en la entrada de su casa.

—¿Lana? —la llamó nada más cruzar la puerta, barriendo con la mirada la cocina y el salón sin verla por ninguna parte.

Como ella no respondió de inmediato, la tensión regresó; la llamó de nuevo mientras cerraba la puerta y cruzaba la estancia.

El único espacio cerrado era el aseo, pero vio que la puerta estaba abierta.

¿Estaría arriba o habría pasado algo? Le había prometido que aquí estaría a salvo, y debería estarlo. Aun así, el corazón le desbocaba el pecho mientras subía las escaleras de dos en dos. Echó un vistazo rápido a su dormitorio y luego miró hacia su estudio. La única habitación en la que le había pedido que no entrara.

Allí estaba ella, contemplando el lienzo en el que él estaba trabajando. Su propio rostro devolviéndole la mirada.

Aliviado al ver que estaba a salvo, pero irritado por haber ignorado sus indicaciones y sintiéndose de lo más cohibido al verla contemplar una obra sin terminar —que jamás había planeado enseñarle ni a ella ni a nadie—, perdió la paciencia.

—¿Qué demonios haces aquí?

Lana lo miró, pero no se inmutó ante su enfado. Le brillaban los ojos.

—¿Esta soy yo?

—Te dije que no entraras en mi estudio.

—Échale la culpa a tu gato. Estaba tosiendo una bola de pelo, así que subí a ver cómo estaba. Por cierto, está perfectamente.

Xav miró a Hector, que dormitaba plácidamente en uno de los sofás.

—Deberías haber respetado mis deseos —rezongó, aunque su enfado ya empezaba a diluirse. Siguió un poco amurallado mientras Lana se le acercaba y le rodeaba el cuello con los brazos, y él se negó a corresponderle el abrazo.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo.

—Me estás pintando —al ver que él no reaccionaba, la sonrisa de Lana se amplió y sus ojos oscuros se clavaron en los suyos—. Y me encanta. Me encanta que estés todo avergonzado por esto y...

—No estoy avergonzado.

—Sí que lo estás. Y estás poniendo esa cara de puchero que pones cuando intentas parecer molesto. Me había olvidado por completo de eso.

—Estoy molesto —puntualizó él, aunque en realidad ya no fuera cierto.

Había echado de menos aquello: que Lana le tomara el pelo para sacarlo del mal humor. Resultaba imposible seguir enfadado con ella, y cuando sus labios se posaron sobre los suyos y su cuerpo se fundió contra el de él, se rindió por completo, atrayéndola hacia sí para besarla profundamente.

Durante unos instantes estuvo tan absorto en ella que olvidó por completo la importancia de lo que Ollie había encontrado en el taller de Bree. No haber localizado a Lana y luego darse cuenta de que había descubierto su pintura lo habían distraído, y necesitaba recuperar la concentración. Se separó con renuencia del beso, librándose con suavidad de su abrazo.

—Tenemos que hablar. Sobre Ollie y Bree —añadió deprisa al verla con cara de preocupación.

Notó que el cuadro también la había distraído a ella, porque captó su atención al instante.

—¿Ha encontrado algo? ¿Qué tal la comida? ¿Fue ella?

Tenía muchísimas preguntas, pero debían ir a reunirse con Ollie. Xav la tomó de la mano y la sacó de la habitación.

—Es posible. Estuvo bien. Y sí, tiene toda la pinta. Vamos. Te pongo al día en el coche.

***

No fue hasta que estuvieron a punto de llegar a Mead House cuando Lana recordó el coche que había visto mientras estaba en casa de Xav. El cuadro la había dejado tan impresionada que desconectó de todo lo demás, limitándose a contemplarlo fascinada durante varios

minutos. Ni siquiera se enteró de cuando Xav llegó a casa llamándola. ¿Cuánto tiempo llevaría trabajando en ese cuadro? Sin duda días, tal vez una semana o más.

Con razón había intentado prohibirle entrar en su estudio. ¿Habría planeado en algún momento enseñárselo?

Era una pregunta que debía dejar en suspenso, porque él le había recordado que había asuntos más importantes que atender. Sabía que Bree era una sospechosa potencial, pero aun así le chocó que Xav le explicara lo que había encontrado Ollie. ¿De verdad esa mujer había sido la que la sacó de la carretera y la dejó inconsciente en el garaje?

Se quedó en silencio mientras procesaba toda la información, sintiendo el cálido y reconfortante peso de la mano de Xav al estrechar la suya.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que es mucho que digerir. De verdad tiene que odiarme.

—O tal vez estés en medio.

Lana intentó sonar irónica.

—Qué reconfortante.

Si Bree era G y sabía que Lana había encontrado el diario, tenía sentido que Lana fuera una amenaza. Lo que no explicaba era cómo Bree se las apañó para robarlo de la casa.

—Le seguimos la pista, Lana —Xav le apretó la mano—. Le contaremos a la policía todo lo que sabemos y dejaremos el asunto en sus manos. Ya no tendrás que volver a preocuparte por ella.

Tenía razón, pero su comentario le hizo recordar el momento en que él se marchó para comer con Bree y al conductor que se había parado junto a la casa.

—¿Y si no es ella? ¿O si tuvo ayuda?

—¿A qué te refieres?

—Creo que había alguien merodeando fuera de la casa mientras estabas fuera.

Menos mal que circulaban por un camino sin tráfico, porque Xav frenó en seco en mitad de la vía y se giró hacia Lana.

—¿Por qué me lo dices justo ahora?

—Porque se me olvidó. Estaba distraída con el cuadro y luego contigo y tus noticias —Xav volvió a parecer molesto, pero con su rostro severo y cabreado, de modo que ella prefirió no tomarle el pelo esta vez—. A lo mejor no ha sido nada —añadió, intentando dar marcha atrás.

—Define «merodear», Lana.

Tratando de restarle importancia al incidente, le contó lo sucedido: que le pareció ver a alguien al otro lado de la ventana de la cocina y que, unos momentos después, el coche se alejó.

—Como te digo, probablemente no haya sido nada.

A juzgar por su ceño fruncido y por el modo en que apretaba la mandíbula, resultaba evidente que él no estaba de acuerdo.

—¿Hay algo más que tengas que contarme?

—No, eso es todo.

Como él no dijo nada al respecto y arrancó el coche de nuevo, ella volvió a intentar calmar las aguas.

—Mira, el coche apunta a Bree y el cigarrillo también. Lo de antes probablemente fue solo que se me disparó la imaginación. Seguro que no guarda ninguna relación.

—Esperemos que así sea.

Xav no sonaba nada convencido y Lana ya se arrepentía de haber abierto la boca. Por supuesto que era Bree. ¿Y por qué iba a necesitar ayuda?

En cuanto llegaran a Mead House, convencería a Ollie para que llamara a la policía. Cuanto antes arrestaran a Bree McCarthy, más tranquilos se sentirían todos.

Con suerte encontrarían el diario y obtendrían por fin algunas respuestas.

Capítulo 44

2005

Habían pasado unas cuantas semanas desde que George grabó en vídeo a Derek, y aunque al principio desconfiaba de que el plan diera resultado, su hermanastro lo había dejado en paz. Ni novatadas, ni intimidaciones, e incluso se esforzaba sobremanera por no cruzarse en el camino de George.

El vídeo tenía preocupado a Derek, y George notó en la mesa a la hora de cenar —uno de los pocos lugares donde no podían esquivarse— que en su cara había marcas de tensión y rabia que antes no estaban. Se mostraba inusualmente apocado, conmocionado incluso, y desde entonces apenas había mirado o dirigido la palabra a George.

En realidad, a George le daba algo de vergüenza el alivio que le suponía aquello.

La chica había cumplido su parte del trato, pero ahora a él le preocupaba lo que pudiera pedirle a cambio. Le había dicho que lo elegía por un motivo y saber eso lo tenía tan nervioso como intrigado, ya que no alcanzaba a concebir de qué manera podría servir de ayuda a nadie.

Cuando recibió una nota suya citándolo porque había llegado el momento de tratar la segunda parte, se le revolvió el estómago. Él no sería capaz de ejecutar una venganza del mismo calibre que la de ella. ¿Cómo demonios iba a poder ayudarla?

Al día siguiente, conoció su plan y por fin lo entendió.

El tío de George era el jardinero de Mead House y la chica sabía que George a veces le echaba una mano. Quería que fuese sus ojos y sus oídos, y necesitaba que le consiguiera la llave de la casa de verano.

La persona de la que quería vengarse era Camille Hamilton.

Capítulo 45

Elise Gladstone se estaba convirtiendo en un grano en el culo de primera categoría y George estaba deseando cortar todo vínculo con ella.

Al principio la había necesitado y, para ser justos, ella había cumplido, pero ahora que la policía andaba de por medio y que Ollie la había echado de Mead House, su presencia ya no tenía ningún sentido.

Sabiendo que no podía llevársela a su casa y que no podía permitirse seguir pagándole un alojamiento, recurrió a regañadientes a un viejo amigo en busca de ayuda, consciente de que necesitaba ganar tiempo mientras encontraba una solución.

Elise no paraba de soltar amenazas por la boca que él sabía que llevaría a cabo si se negaba a ayudarla. Además, estaba sumamente descontenta con su nuevo alojamiento y se quejaba de las precarias instalaciones, pero él poco podía hacer al respecto. Ella tenía que permanecer escondida hasta que él encontrara una salida a ese atolladero para los dos.

Miró de reojo la bolsa de McDonald's en el asiento contiguo, convencido de que sería otra cosa más que la irritaría. Ya le estaba fastidiando los planes para su sábado libre y no le quedaba otra. Ella tenía que comer, y pedir comida para llevar era la opción más sencilla.

Abandonó la carretera principal y siguió el camino sinuoso hasta la casa de campo apartada. Antaño había sido una casa de vacaciones muy querida, pero en los últimos tiempos apenas se utilizaba. Era el lugar perfecto para que ella permaneciera escondida.

La casa de campo llevaba años en la familia de su amigo, pero ahora estaba vacía y ya no tenía agua corriente ni electricidad. A Elise no le había hecho ninguna gracia, sobre todo cuando George la había enviado al arroyo de la parte trasera para que pudiera bañarse.

Había intentado hacer que el lugar resultara lo más cómodo posible para ella: había preparado la cama con sábanas limpias y le había llevado libros y revistas, pero solo podía hacer hasta cierto punto. La había dejado sola mientras iba a buscar la comida y esperaba que ahora estuviera de mejor humor, ya que él había vuelto.

Al entrar en la casa de campo, se alegró de encontrarse con el silencio. Era una buena señal.

Dejó la bolsa de McDonald's sobre la mesa y fue a buscarla.

Del dormitorio llegaba ruido y, como la puerta estaba abierta, entró directamente. Se le desencajó la mandíbula al contemplar a las dos mujeres.

Una yacía muerta sobre una lámina de plástico, con la sangre manando de una herida en la cabeza; la otra se limpiaba tranquilamente las salpicaduras de sangre de la cara, como si simplemente se estuviera desmaquillando.

—¿Qué has hecho? ¡Esto no formaba parte del plan! ¿Por qué siempre tienes que convertirte en una puta psicópata?

George se arrodilló junto al cuerpo y comprobó si tenía pulso, aunque ya sabía que era demasiado tarde.

—Ya no quiero que seamos socios, George. No confío en ti.

No se había dado cuenta de que ella estaba tan cerca, justo detrás de él, y cuando empezó a girarse vislumbró un destello metálico. Levantó la mano para protegerse del golpe, pero no fue lo bastante rápido. Su último pensamiento antes de que la oscuridad se lo llevara fue que había cometido un terrible error.

Capítulo 46

George se estaba convirtiendo en un lastre.

Solo tenía que hacer una cosa: conseguir el diario. Y la había cagado estrepitosamente.

Ahora tengo que limpiar el desastre que ha creado y ocuparme de todos los cabos sueltos. Eso lo incluye a él.

Esta noche, sin embargo, es para los Hamilton, y estoy deseando ocuparme de ellos, porque es algo personal además de necesario. Al menos en lo que respecta a Lana.

Lana Hamilton tiene demasiadas vidas y, a juzgar por todo, ya debería estar muerta.

Aquella noche no estaba pensando con claridad cuando embestí con el coche contra ella. La había seguido hasta la playa con la única intención de observarla. Fue una decisión tomada en una fracción de segundo. Tuvo suerte de salir caminando de allí y, desde luego, no debería haber sobrevivido a lo que le hice anoche. No volverá a escapar de mí.

Xavier Landry ha sido el denominador común. Si aquella tarde en la playa no hubiera mirado por el retrovisor y si anoche no hubiera aparecido, Lana estaría muerta y todos mis problemas se habrían resuelto. Qué irónico que Xav haya sido el fallo de mi plan.

Y ahora parece haber hecho las paces tanto con Lana como con su odioso hermano, Ollie. Los tres están metiendo las narices, preguntándose quién estuvo detrás de los ataques y, lo que es más preocupante, relacionándolo todo con Camille Hamilton.

Menos mal que Camille solo utilizó una inicial; de lo contrario, todo habría terminado.

Aun así, no me gusta que haya tanto en juego y, aunque he leído el diario y sé que por ahora estoy a salvo, plantea demasiadas preguntas y pone en duda la culpabilidad de Sebastian Landry. El diario está ahora en mi poder, pero Lana lo ha leído de principio a

fin. Ha suscitado demasiadas preguntas y solo hay una manera de garantizar su silencio.

Fue por casualidad que seguí a Sebastian el día de la muerte de Camille. Como muchos otros, había presenciado la pelea entre ellos y había disfrutado destruyendo su supuesto romance perfecto. Solo había hecho falta enviarle a Sebastian una carta anónima en la que se insinuaba que no eran exclusivos. Debía de haberle llegado aquella misma mañana. Parecía que Sebastian ya albergaba ciertas dudas, porque el enfrentamiento fue vulgar y dramático, y resultó de lo más satisfactorio verlos gritándose, a Camille rompiendo a llorar y arrancándose después del cuello el colgante que Sebastian le había regalado para arrojárselo. El momento no podía haber sido más perfecto.

Después se marchó hecha una furia, dejando al pobre muchacho aturdido y desconsolado mientras recogía el collar y se lo metía en el bolsillo. Qué afortunado que más tarde lo viera en la playa. Estaba junto al agua, mirando el collar y visiblemente destrozado por la pelea. Lo observé lanzarlo al mar antes de alejarse con los hombros caídos. Cuando la marea lo devolvió a la orilla, supe que tenía que quedármelo. Un trofeo por mi intervención. Era lo menos que merecía.

Solo lo cogí por ese motivo. No me di cuenta de la importancia que tendría el colgante hasta más tarde, aquella misma noche, ni de que acabaría destruyendo dos vidas mientras me encaminaba hacia una nueva vida.

Creo firmemente en el destino y sé que todo ocurre por alguna razón. Aunque a veces el destino necesita un pequeño empujón.

Los Hamilton han sido los pilares de este pueblo durante demasiados años, pero ahora solo quedan dos. Después de esta noche, no quedará ninguno.

Capítulo 47

Lana no conseguía tranquilizarse. Ahora que el asunto de Bree estaba en manos de la policía, no podían hacer otra cosa que esperar. Tampoco ayudaba que el agente con el que habían hablado no hubiera revelado gran cosa sobre las medidas que se tomarían y se hubiera limitado a decirles que harían el seguimiento correspondiente.

Si acaso, parecía más molesto con Ollie por haber estado en el taller, señalando que había entrado sin autorización. Por suerte para su hermano, solo le habían dado un tirón de orejas, probablemente porque, como Xav había dicho después, entrar sin autorización era un asunto civil y no se había producido ningún daño delictivo.

Ollie había desaparecido escaleras arriba para ducharse, mientras que Xav había vuelto a casa para ponerse al día con algunos asuntos y preparar una bolsa para pasar la noche, ya que había accedido a quedarse con Lana en Mead House. Sola, necesitaba algo con que ocupar su mente inquieta.

Decidió empezar por el despacho de su abuela y bajó hasta la acogedora habitación de color mostaza situada al final del pasillo. Kitty había formado parte de los comités de varias organizaciones benéficas y era allí donde se había ocupado de toda su correspondencia. Su escritorio de caoba pulida estaba tal como Lana lo recordaba; el único cambio era el portátil que ahora ocupaba el lugar de la máquina de escribir, señal de que, después de años de insistencia, su abuela por fin se había adaptado a los nuevos tiempos.

Lana intentó ser metódica, pero, al igual que le había ocurrido en el dormitorio de su hermana, había tantos recuerdos que le resultaba difícil no distraerse al encontrar documentos personales entre la correspondencia de las organizaciones benéficas. Allí estaban las tarjetas y los dibujos que ella y sus hermanos habían hecho, las fotografías de su abuela y su abuelo y de sus padres el

día de su boda, además de los boletines escolares y los certificados. Aquella habitación era un auténtico tesoro y se descubrió examinando cada documento con detenimiento, sin querer arriesgarse a tirar algo que pudiera ser importante.

Acababa de encontrar un álbum de fotos de una de las fiestas de cumpleaños de Ollie y de ella cuando oyó unos pasos en la escalera. Unos instantes después, Ollie asomó la cabeza por la puerta. Se había cambiado y llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta limpia; tenía el pelo húmedo de la ducha.

—¿Qué haces?

—Intento mantenerme ocupada. Es frustrante no saber qué va a pasar ahora.

—La atraparemos, Lana. Pagará por lo que te hizo. —La mirada de Ollie se desvió hacia el álbum y se adentró un poco más en la habitación—. ¿Fue el año en que nos disfrazamos de personajes de Disney? —preguntó, inclinándose sobre ella.

—Sí. —Lana pasó la página—. Tú eras Peter Pan y yo Campanilla.

—Y Xav era Aladdín.

Lana retrocedió en el tiempo y recordó lo enfadada que se había puesto entonces porque quería ser Jasmine para poder ser la novia de Xav, pero Kitty había considerado más conveniente que fuera la compañera de aventuras de Ollie. Ahora sonrió al ver las fotografías. Qué jóvenes parecían todos.

En la página siguiente aparecía Camille disfrazada de Ariel, de La sirenita. Era una elección obvia, con su pelo rojo. Aunque debía de tener solo trece o catorce años, ya poseía una elegancia etérea.

Ollie guardó silencio mientras hojeaban juntos el álbum y, cuando habló después de que Lana cerrara el libro, tenía la voz cargada de emoción y enseguida intentó disimularlo carraspeando.

—Voy a abrir una botella de vino. ¿Quieres una copa?

Lana asintió, pensativa.

—Sí, creo que me vendrá bien. Gracias.

A pesar de toda su fanfarronería, sabía que la muerte de Camille aún le afectaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Había dicho que no le importaba quedarse con ninguna fotografía, pero, cuando Lana dejó el álbum en el montón de cosas que

conservarían, decidió que aquel era un recuerdo que debía llevarse.

Abrió el cajón siguiente, sacó una caja de zapatos y levantó la tapa. Se le contrajo el pecho al descubrir que contenía las tarjetas y cartas de condolencia que habían llegado tras la muerte de Camille. No tenía ni idea de que Kitty las hubiera conservado.

¿De verdad iba a leerlas en ese momento? Si lo hacía, desde luego iba a necesitar el vino.

Lana había sacado la primera tarjeta y estaba leyendo las amables palabras del interior, con los ojos ya empañados, cuando Ollie regresó.

—¿Qué es eso? —Dejó la copa sobre el escritorio y, cuando Lana alzó la vista para responderle, vio cómo sus ojos se abrían al comprender de qué se trataba.

—Voy a ver qué puedo preparar para cenar —dijo antes de que ella pudiera contestar, y salió de la habitación a toda prisa.

Ollie aún no estaba preparado para leer aquellas tarjetas. ¿Lo estaba Lana?

Dio un sorbo al vino y sacó la siguiente muestra de condolencia. Era una carta de una de las amigas íntimas de su abuela y, mientras se enjugaba las lágrimas, comprendió que para cuando Xav regresara sería un mar de lágrimas.

Había muchísimas personas que les expresaban sus buenos deseos, muchísimas personas a las que les importaba. Leyó preciosos mensajes de amigos y profesores, de los alumnos de la clase de danza de Camille y de los padres de los niños a los que había cuidado. Una hermosa tarjeta, adornada con letras doradas y lirios, expresaba el pesar de la familia Palmer; bajo las palabras de condolencia aparecían los nombres de Angus, Juliet y Trudy. Dentro de la tarjeta había una hoja de papel doblada y Lana la abrió. Era una carta personal que el Dr. Palmer había escrito a su abuela. Hablaba de la conmoción y el dolor que le producía la pérdida de una joven tan prometedora, y le decía a Kitty que estaría allí para ella siempre que lo necesitara.

Ese era el Dr. Palmer que Lana recordaba. No el hombre malhumorado con el que se había encontrado unos días antes y que apenas le había dirigido la palabra.

Recorrió con los dedos su conocida letra desgarbada. Una lágrima cayó sobre el papel mientras leía hasta el final, donde se despedía con afecto: «Con cariño, de tu fiel amigo, Gus».

Lana había olvidado que su abuela a veces se refería a él por aquel apodo, pero supuso que, para ella, siempre sería el Dr. Palmer.

Terminó de leer las tarjetas, las volvió a meter en la caja de zapatos y colocó la tapa. Sin duda, aquellas pasarían al montón de cosas que conservarían.

Fue mientras vaciaba el cajón inferior —una tarea mundana, pues estaba lleno sobre todo de material de papelería y no contenía nada interesante— cuando Lana comprendió la importancia del diminutivo del nombre del Dr. Palmer. Empezaba por la inicial G.

No, era ridículo siquiera plantearse que Angus Palmer hubiera sido el amante de su hermana y que hubiera mantenido encuentros secretos con Camille a altas horas de la noche en la casa de verano. Le llevaba al menos veinticinco años. Camille tenía diecinueve cuando la asesinaron y el doctor debía de rondar los cuarenta y tantos. Además, estaba casado por aquel entonces. No había ninguna posibilidad de que él fuera G. Había sido amigo de su abuela. Por otra parte, todas las pruebas apuntaban a Bree.

Lana se sacudió aquella idea de la cabeza, terminó de empaquetar las cajas, las selló con cinta de embalar y escribió el contenido con rotulador en la parte superior.

Dio otro sorbo a su vino y miró alrededor. La habitación estaba ahora casi vacía, salvo por el escritorio y la silla. Cuando hubiera empaquetado todas las pertenencias personales, volvería a llamar a la tienda de beneficencia para preguntar si les interesaba el resto de los muebles.

Miró el reloj y vio que había pasado de las siete y media. Xav probablemente regresaría pronto. Era hora de dejar el trabajo por aquel día y ducharse.

Al pasar por delante de la cocina camino de las escaleras, oyó el tintineo de las cazuelas y percibió el tentador aroma de la albahaca y el ajo suspendido en el aire. No creía tener hambre; los acontecimientos del día le habían quitado el apetito, pero cuando le rugió el estómago comprendió que se había equivocado.

Había decidido que aquella noche iba a desconectar y relajarse un poco. Disfrutaría de la cena, quizá tomaría otra copa de vino y luego pasaría un rato con Xav. Los dos tenían mucho de lo que ponerse al día. Necesitaba vivir el momento y dejar de dar vueltas a las cosas que no podía controlar.

Aun así, cuando Lana entró en el cuarto de baño y se colocó bajo el chorro de agua caliente, no pudo evitar que su mente regresara a aquel último verano con Camille. Un recuerdo olvidado durante mucho tiempo salió a la superficie: el de unos susurros apagados cuando se acercaba al despacho de su abuela. Buscaba papel y sabía que Kitty guardaba una provisión en el cajón superior del escritorio. Había supuesto que su abuela estaba en la habitación, pero, al asomarse por la rendija de la puerta, se dio cuenta de que quien hablaba con Camille era el Dr. Palmer. Tenía una mano apoyada en el brazo de la joven y se inclinaba hacia ella.

En aquel momento, Lana no le había dado importancia. Él era el médico de la familia y supuso que Camille le estaba pidiendo consejo sobre algo. No había fisgoneado; se había marchado enseguida para dejarles intimidad y, a decir verdad, no había vuelto a pensar en ello.

Hasta ahora.

Ahora que sabía que su hermana había tenido un amante secreto aquel verano, el recuerdo adquiría un significado completamente distinto. ¿Había presenciado a un médico consolando a su paciente o a dos amantes robando un instante de intimidad?

¿Era el Dr. Palmer realmente G? ¿Había sido él quien le hizo a Camille todas aquellas cosas sexuales repugnantes? ¿Quién la mordió y la cubrió de moratones, tratándola como si fuera de su propiedad y su puta particular? ¿La había matado él? ¿La había atado a la silla de la casa de verano, torturado y llenado de pintadas su cuerpo antes de estrangularla con la cinta de su colgante?

Lana creyó que iba a vomitar.

Ahora el doctor estaba en una silla de ruedas, pero no lo estaba cuando murió Camille. Su accidente de coche había ocurrido poco después del funeral. Juliet Palmer iba al volante, conducía demasiado rápido y había perdido el control del vehículo. ¿Habría sabido algo del romance?

¿Lo sabía Trudy?

Lana se secó deprisa y se puso un vestido holgado de algodón. Le temblaban las manos mientras abrochaba los botones delanteros.

El peso del recuerdo la aplastaba y bajó a buscar a Ollie, ansiosa por contarle lo que había recordado.

La cocina estaba vacía. Sobre la encimera había una hogaza de chapata cortada por la mitad y una cazuela de pasta hirviendo que empezaba a desbordarse. Frunció el ceño y corrió a apagar el fuego. ¿Dónde demonios estaba? Lana no podía creer que hubiera sido tan irresponsable como para dejar la cazuela al fuego y marcharse.

—¿Ollie? ¿Dónde estás?

Fue entonces cuando vio las salpicaduras de sangre sobre el suelo de baldosas grises. El miedo y el pánico se le retorcieron en las entrañas.

Sin saber si se trataba simplemente de un accidente o si había ocurrido algo más siniestro, agarró como precaución el cuchillo de pan que él había estado usando. Tenía todas las terminaciones nerviosas en tensión.

—¿Ollie? —¿Era su sangre? ¿Estaba herido?

Esta vez oyó la voz de su hermano.

—Lana, sal de la casa. Tiene un cuchillo.

¿Qué? ¿Quién tenía un cuchillo?

Lana se volvió hacia el lugar de donde procedía su voz y el corazón se le detuvo al ver cómo las sombras llenaban el umbral. Ollie, con un hilo de sangre en la frente y el rostro pálido, avanzó a regañadientes hasta la habitación. Trudy Palmer estaba justo detrás de él y le rodeaba el pecho con un brazo; en la otra mano sostenía uno de los elegantes y afiladísimos cuchillos de cocina de la abuela Kitty, apoyado contra su garganta.

Al ver la expresión de espanto de Lana, sonrió.

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos.

Capítulo 48

2005

Trudy llevaba un tiempo sospechando que su padre tenía una aventura y sabía que su madre también. Había demasiadas señales reveladoras. Los cambios en su rutina y los trayectos nocturnos en coche que, cuando le preguntaban, aseguraba que hacía hasta la consulta para ponerse al día con el papeleo. Luego estaba el persistente aroma de un perfume que no pertenecía ni a Trudy ni a su madre.

No había nada en su teléfono. Trudy lo había comprobado una mañana, mientras él estaba en la ducha: se había colado en el dormitorio de sus padres y había revisado los mensajes de su padre y el registro de llamadas. Pero eso no la disuadió. Sabía que ocultaba algo y decidió vigilarlo de cerca.

Fue durante una visita a Mead House cuando se dio cuenta de que sus sospechas eran acertadas.

Angus la había recogido del colegio, diciendo que tenía que pasar a ver a Kitty.

Trudy llevaba un tiempo sin ir a la casa y la idea de tener que hacer una parada allí y mantener una conversación de cortesía le resultaba mortalmente aburrida a una chica de quince años. Prefería estar en casa, donde podría quitarse el uniforme y relajarse.

Aun así, no discutió con su padre. Nadie llevaba la contraria a Angus.

En casa solo estaba Kitty; los gemelos estaban internos en el colegio y Camille había salido con Sebastian. Mientras la mujer charlaba con su padre, Trudy estaba a punto de quedarse dormida. Fue un alivio que Kitty se percatara de su aburrimiento y le sugiriera que se llevara la limonada y echara un vistazo a la sala de juegos. Allí había libros y juegos, le dijo, que quizá le resultaran más entretenidos.

La verdad era que no había gran cosa que le interesara, pero sería mejor que quedarse sentada con los adultos y, al menos, la ayudaría a pasar el rato. Iba por el segundo capítulo de un libro de Harry Potter cuando oyó unos pasos. Con la esperanza de que su padre hubiera ido a buscarla, devolvió el libro a la estantería y se acercó a la puerta para encontrarlo.

Era su padre, pero no parecía estar buscándola. Se había detenido más adelante, en el pasillo, delante de uno de los cuadros grandes, y no paraba de mirar hacia la sala de estar, como si no quisiera que lo vieran.

En lugar de acercarse a él, Trudy se quedó atrás por instinto. Estaba tramando algo; estaba segura.

Cuando pareció convencido de que no había moros en la costa, Angus metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado. Con cuidado, tiró hacia delante de la esquina inferior izquierda del cuadro y deslizó el papel por debajo. Después de asegurarse de que todo volvía a estar en su sitio, miró de nuevo a su alrededor y se dirigió deprisa al cuarto de baño que había enfrente.

¿Por qué había escondido un papel detrás del cuadro? ¿Y por qué no quería que nadie lo viera hacerlo?

La idea de que su padre estuviera metido en algo turbio le revolvió el estómago a Trudy. Quería acercarse a mirar, descubrir qué era aquel papel, pero al oír la cadena del váter supo que no tenía tiempo.

En su lugar, cogió rápidamente el libro y volvió a sentarse. Y cuando su padre asomó la cabeza por la puerta unos instantes después, consiguió fingir una sonrisa.

—Estoy terminando el té. Estaré listo para irnos dentro de unos diez minutos.

—Vale.

Asintió mientras escuchaba los pasos de su padre alejándose hacia la sala de estar. Después se dirigió de puntillas al pasillo, necesitada de saber qué era aquel papel.

Podía oír hablar a su padre con Kitty y sabía que ambos estaban lo bastante lejos. Aun así, el corazón le golpeaba con fuerza cuando

levantó el marco y sacó el papel. Lo desplegó y leyó las palabras. Al instante sintió ganas de vomitar.

La casa de verano. Esta noche a medianoche.

Has sido una chica mala y necesitas que te castiguen.

G xxx

¿Para quién era la nota? ¿Su padre estaba teniendo una aventura con Kitty?

La mujer era mayor que él, aunque quizá solo unos quince años. Aun así, la idea le repugnaba. ¿Y por qué iban a encontrarse en la casa de verano? Seguramente entrarían en el dormitorio de Kitty.

Su mente iba a toda velocidad mientras devolvía el papel a su escondite, consciente de que tenía que descubrir qué estaba pasando.

Trudy permaneció callada durante el trayecto de vuelta a casa, incapaz de relacionar al estricto padre que se sentaba a su lado y predicaba los valores familiares con el hombre que había escrito aquella nota.

Esa noche, poco antes de medianoche, salió a escondidas por la ventana de su dormitorio, desobedeciendo por primera vez las normas de su padre. Recorrió en bicicleta la corta distancia hasta Mead House, dejó la bici detrás de unos arbustos, en el extremo del camino bordeado de árboles, y esperó. Cuando oyó acercarse un coche, se agachó para ocultarse. El vehículo redujo la velocidad, pero, en lugar de entrar en el camino de acceso, el conductor se metió en un apartadero un poco más adelante.

Trudy se mordió el labio inferior y trató de acompasar la respiración mientras veía a su padre salir del coche y regresar hacia la entrada, pasando peligrosamente cerca del lugar donde ella se escondía. Esperó hasta que él le llevaba varios segundos de ventaja y lo siguió, procurando avanzar por el arcén cubierto de hierba, donde la oscuridad la envolvía más y amortiguaba el sonido de sus pasos.

Todas las luces de la casa principal estaban apagadas, pero, en lugar de dirigirse a la puerta de entrada, Angus desapareció por un lateral del edificio, siguiendo el sendero que conducía al césped superior.

El corazón de Trudy latía desbocado mientras lo seguía, consciente de adónde se dirigía cuando entró en la rosaleda y tomó después el sendero que atravesaba el huerto de frutales.

¿Quién lo esperaba en la casa de verano?

Se mantuvo atrás. Oyó abrirse la puerta y luego cerrarse, y pasó unos minutos tratando de serenarse, consciente de que, ocurriera lo que ocurriera a continuación, viera lo que viera, ya no podría deshacerlo.

¿Estaba preparada para descubrir la verdad sobre su padre?

Mientras se hacía la pregunta, supo que no tenía elección. Había llegado demasiado lejos y necesitaba saberlo.

Mientras avanzaba por el huerto de frutales, vio el resplandor parpadeante de una luz en la ventana cuando la casa de verano apareció ante sus ojos. Un grito ahogado rasgó el aire y Trudy se quedó paralizada. El sonido había llegado desde delante, pero aun así miró hacia atrás, en dirección a Mead House.

¿Habría despertado a alguien?

Sin embargo, estaban bastante lejos y, aunque el ruido había parecido fuerte, probablemente se debía a que allí fuera reinaba un silencio absoluto.

Trudy se acercó a la casa de verano. Entonces oyó a su padre.

—¿A quién perteneces? ¡Dímelo! ¿De quién eres la puta?

Trudy miró por la ventana. Vio a una mujer inclinada sobre una mesa, con el culo al aire, y a Angus Palmer detrás de ella, con el ceño fruncido mientras la golpeaba una y otra vez.

El sonido atravesó el aire e hizo que Trudy se estremeciera.

¿Por qué la estaba pegando?

Observó la escena horrorizada, asqueada, pero incapaz de apartar la mirada mientras Angus agarraba la trenza de la mujer y le echaba violentamente la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su identidad.

Camille Hamilton.

Tenía el rostro deformado por el dolor y, aunque Trudy no alcanzaba a oírla, vio que los labios de Camille formaban la palabra «por favor» y comprendió que quería que él parara.

¿O no?

Sin dejar de tirarle del pelo, con la blanca garganta de Camille expuesta, Angus se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído que hizo sonreír a la joven.

Por favor.

Por favor.

Por favor.

Repetía la palabra una y otra vez, pero no le estaba pidiendo que parara. Estaba suplicando que continuara. De verdad quería aquello.

Trudy estaba tan conmocionada que tardó un segundo en darse cuenta de que los pantalones de su padre habían caído al suelo. Lo vio penetrar a Camille por detrás; sus manos pasaron de la trenza a la garganta y la estranguló mientras embestía.

¡Basta!

Necesitaba que aquello terminara, pero él la mataría si descubría que estaba allí.

En lugar de eso, apartó la mirada de la ventana, rodeó la casa de verano y vomitó entre los arbustos.

¿Qué acababa de presenciar?

Camille solo tenía diecinueve años. Menos de la mitad de la edad de su padre.

Aun así, la mente de Trudy regresó al verano anterior y a una fiesta en el jardín que había organizado Kitty. Estaban todos, incluidos sus tres nietos. Camille llevaba un llamativo vestido rojo, escotado hasta el pecho. Todas las miradas se habían posado en ella. Sobre todo la de Angus. Trudy recordaba haber mirado hacia allí y haberlo visto observándola, con una mirada lasciva que le había dado asco. Era repugnante ver a su padre babear por ella.

Trudy temblaba mientras regresaba a la carretera. Una parte de ella deseaba no haber insistido en descubrir qué tramaba su padre, pero también se alegraba de haber averiguado por fin quién era en realidad. Él había ejercido demasiado tiempo sobre ella un dominio tiránico. Pero eso se había acabado. Trudy había perdido todo el respeto por él y ya no volvería a someterse a sus reglas.

Al día siguiente apenas podía mirarlo, pensando en su madre, que no tenía ni idea de cómo era el hombre con el que se había casado. Si descubriera la verdad, ¿cómo reaccionaría? ¿La destrozaría?

A Trudy le repugnaba saber que formaba parte de él. Y de ese asco nació la rabia. ¿Cómo se atrevía a hacer algo así? ¿Y con una paciente?

¿Y cómo se atrevía Camille a enredarse con un hombre casado, con su padre?

A medida que crecía su frustración, también lo hacía su furia. Y le resultaba más fácil descargar gran parte de ella contra Camille. Estaba intentando destruir la familia de Trudy al apropiarse de algo que no le pertenecía. Había que darle una lección. Pero ¿cómo?

Fue al acabar castigada junto a George Maddox, un chico cuyo tío era el jardinero de Mead House, cuando se le ocurrió una idea. Al enterarse de que George ayudaba a veces a su tío y podía acceder a las llaves, le pareció cosa del destino.

Después de semanas tramando su plan, decidida a hacer pagar a Camille, Trudy sabía exactamente cómo iba a hacerlo.

Capítulo 49

Xav no se acordó de que Lana le había dicho que creía que alguien había estado merodeando fuera de su casa hasta justo cuando estaba a punto de marcharse.

Habían ocurrido demasiadas cosas durante la última hora, más o menos, y la idea de que Bree fuera culpable seguía pesando sobre él. Se preguntó cómo reaccionaría ella cuando descubriera que la había traicionado. Después de hablar con la policía, había vuelto brevemente a casa, había metido algunas cosas en una bolsa para pasar la noche y le había dejado comida al gato.

Era la segunda noche que se alojaba en Mead House, pero se recordó que solo se trataba de una situación temporal, hasta que investigaran a Bree, aunque no había ningún plazo establecido para ello.

El agente de policía no había dicho qué ocurriría después y Xav entendía que intervenían varios factores. A menos que Bree les permitiera registrar su taller por voluntad propia, necesitarían una causa probable y órdenes judiciales. Las órdenes llevaban tiempo y era posible que la declaración de Ollie no bastara para conseguir una.

El agente había dicho que investigarían el asunto y ahora les tocaba dejar que la policía hiciera su trabajo. Sin embargo, hasta que supiera que Lana estaba a salvo, pensaba quedarse cerca.

Se había olvidado del merodeador, pero ahora que lo recordaba decidió examinarlo más de cerca. Lana había quitado importancia a lo ocurrido e incluso había sugerido que quizá se había equivocado. Era posible, pero se quedaría más tranquilo después de comprobarlo por sí mismo.

Las imágenes estaban vinculadas a su teléfono, pero, como sabía que podría verlas con mayor claridad en la pantalla de un ordenador, esperó a que su Mac terminara de cargarse. Entró en la aplicación de la cámara y avanzó lentamente por la grabación. Se vio salir de

casa para ir a comer con Bree y, poco después, otro coche se detuvo frente a la vivienda. Vio salir a Trudy por la puerta del conductor y dar unos pasos decididos hacia el porche, como si fuera a llamar a la puerta, antes de detenerse bruscamente. Sus ojos se abrieron de par en par, como si hubiera visto algo inesperado.

Cambió de cámara y observó que, en lugar de acercarse a la casa, desaparecía por el lateral de la propiedad y miraba por la ventana de la cocina.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Espiaba a Lana?

Debía de ser entonces cuando Lana se había dado cuenta de que había alguien fuera, porque de pronto Trudy echó a correr hacia el coche. El vehículo salió marcha atrás a la carretera y, unos instantes después, se alejó a toda velocidad.

No significaba nada. Xav se lo repitió, pero aun así no terminaba de sentirse cómodo. Había algo en aquellas imágenes que no encajaba.

¿Había sido una de las molestas visitas improvisadas de Trudy?

Pero, si sabía que Lana estaba dentro, ¿por qué no había llamado a la puerta?

Antes de regresar a Mead House, Xav decidió pasar a verla.

Le había prometido a Lana que no tardaría mucho, pero tampoco es que estuviera sola en casa. Ollie estaba con ella. Y la visita a Trudy no le llevaría demasiado tiempo.

Cerró la sesión en su Mac y lo apagó, cogió la bolsa y salió de la casa.

Capítulo 50

George sabía que el golpe había pretendido matarlo.

Había caído al suelo con violencia y, al llevarse la mano a la cabeza, la retiró cubierta de sangre. No entendía cómo seguía vivo. Le palpitaba el cerebro dentro del cráneo y se sentía como si tuviera la peor resaca del mundo.

Intentó levantarse, pero trastabilló. Había perdido el equilibrio y comprendió que necesitaría un momento. Se dejó caer en la silla más cercana, aspiró profundamente varias veces y, con la visión nublada, se convenció de que iba a vomitar.

Jodida zorra.

No había querido acudir a Trudy en busca de ayuda, sabiendo que estaba como una cabra, pero Elise le había dejado pocas alternativas. Necesitaba desesperadamente un lugar donde ella pudiera quedarse, aunque debería haber sabido, por experiencia, que cualquier asunto relacionado con Trudy Palmer acabaría mal.

Podía parecer todo dulzura y amabilidad, la respetable hija del doctor Palmer, con su exitosa tienda de arte, pero George sabía qué se ocultaba bajo aquella fachada y que tenía el alma negra. Mucho tiempo atrás había sido testigo de lo que era capaz de hacer y de lo despiadada que podía llegar a ser. Si Trudy percibía algo como una amenaza, se encargaba de ello.

Ahora miró a Elise, cuyo cuerpo yacía tendido de espaldas sobre el plástico. Ella no había tenido tanta suerte como él y sospechaba que su lengua afilada era la responsable de la paliza frenética que parecía haber sufrido antes de morir. Tenía la cara casi irreconocible. Tanto por su intento de resolver la situación sin que corriera más sangre.

Quizá había sido un error utilizar a Elise para conseguir el diario, pero George no veía que hubiera tenido otra opción. Con tres personas viviendo en Mead House, siempre había alguien en casa y

habría sido demasiado arriesgado subir a escondidas e intentar encontrarlo él mismo, incluso la noche de la partida de póquer.

Había visto que Elise lo observaba y comprendió que le gustaba lo que veía. No le había costado aprovecharse de la situación y seducirla. Conocía bien a las de su clase.

Había sido fácil atraerla a una habitación de hotel en Sheringham. Ella se había inventado enseguida una excusa para Ollie, diciéndole que iba a visitar a una amiga en Norwich.

Pero, en lugar de pasar una noche de pasión con los orgasmos alucinantes que le había prometido, acabó echando un polvo de cinco minutos mientras su teléfono, colocado estratégicamente, grababa todo el encuentro.

Cuando él empezó a vestirse y Elise se dio cuenta de que pensaba dejarla insatisfecha, se puso furiosa. Pero, al revelarle que había grabado todo, se convirtió en una histérica.

George esperó a que terminara de desahogarse y luego le explicó con calma lo que necesitaba que hiciera.

—No puedo entrar en la habitación de Lana —había gemido—. Me matará si se entera.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera.

—¿Qué demonios tiene de especial un estúpido diario?

—Eso no es asunto tuyo. —Ni de lejos pensaba contarle la verdad —. Solo necesito que me lo consigas.

—No, no puedo hacerlo. No me arriesgaré a que Nolly se entere.

—¿Te preocupa perder tu gallina de los huevos de oro?

Él le había sonreído y, cuando ella le devolvió una mirada furiosa, le puso el teléfono delante de la cara.

—¿Entonces prefieres que vea esto? —le había preguntado, apartándolo con facilidad cuando ella intentó arrebatárselo.

El rostro de Elise se había contraído de rabia al comprender que la habían manipulado. Su humillación había sido completa cuando él le sugirió que aprovechara la noche y disfrutara de las escasas comodidades que ofrecía la barata habitación del hotel, sabiendo que no podría regresar a Mead House hasta la mañana siguiente.

Aquella noche le habían echado una buena bronca por presentarse tarde a la partida de póquer, pero había valido la pena,

porque sabía que el motivo era que se había estado tirando a la zorra de la prometida de Ollie Hamilton.

Habían hecho falta varios días para conseguir el diario. El atropello de Lana con el coche había obligado a que se recuperara en la habitación donde estaba guardado, pero Elise finalmente había cumplido.

Solo que ahora estaba muerta y, aunque una parte de él se sentía culpable por haberla involucrado en todo aquello, no podía evitar pensar que, en gran medida, se lo había buscado. Si no hubiera amenazado con revelar la verdad sobre lo ocurrido con el diario, quizá seguiría viva.

A George no le caía bien, pero aun así había intentado protegerla. No sabía qué había ocurrido mientras él estaba fuera de la cabaña y ni siquiera se había dado cuenta de que Trudy pensaba pasarse por allí. Suponía que lo había hecho porque había considerado que Elise era una amenaza que debía eliminar.

Sabía que la única razón por la que Trudy no había intentado matarlo antes era que él había sido cómplice del asesinato de Camille Hamilton. Había sido el primer asesinato de Trudy y él había estado allí para presenciarlo. Siempre había tenido la impresión de que a ella le alimentaba saber que él había visto quién era de verdad. Y que se deleitaba con la certeza de que, si la delataba, él también acabaría entre rejas.

Aunque no habían sido sus manos las que habían sujetado la cinta que estranguló a Camille, aquella noche había estado en la casa de verano para ayudar a Trudy a vengarse y había desempeñado un papel en el sufrimiento que Camille soportó antes de morir.

Si pudiera borrar aquella noche, lo haría. Pero, en lugar de eso, el espantoso recuerdo seguía vivo en su interior y, aunque su mayor pesar era no haber intentado detener a Trudy, también sabía que el secreto de lo ocurrido nunca podía salir a la luz: su vida se acabaría.

Últimamente, procuraba mantenerse alejado de ella. Pero entonces Lana y Ollie Hamilton habían regresado a Mead House y se había desatado el infierno. Cuando Trudy se enteró de la existencia

del segundo diario y comprendió que George ya lo conocía y no se lo había contado, se puso furiosa.

—Estamos juntos en esto —había bramado, y él se había apresurado a asegurarle que ya se había ocupado del problema, pues no quería que se derramara más sangre.

Había pensado que, una vez le entregara el diario a Trudy, sus problemas se acabarían. Pero entonces todo el asunto de Elise se le había echado encima y había necesitado ayuda.

Lo único que quería era encontrarle a Elise un lugar donde quedarse unos días mientras descubría cómo salir de aquel embrollo. En cambio, Trudy le había complicado aún más las cosas. Si la policía iba a buscar a Elise, los testigos podrían relacionarlo con ella, sobre todo porque George había pagado su habitación la noche anterior. De pronto, tenía muchas más cosas de las que preocuparse que de ocultar su implicación en la muerte de Camille Hamilton, y además aquello lo estaba obligando a considerar los dos ataques contra Lana y aceptar que probablemente Trudy estaba detrás de ellos.

Había cuestionado de verdad lo del atropello con fuga, ya que había ocurrido antes de que Trudy se enterara de la existencia del diario, pero el incidente del garaje por el que la policía había interrogado a Elise era propio de Trudy Palmer.

Parecía que, aunque ahora tenía el diario en su poder, seguía eliminando cualquier posible vínculo con su crimen de aquella forma fría y calculadora tan característica en ella. Los intentos de acabar con Lana, el asesinato de Elise y ahora el intento de silenciar a George. Se le había ido de las manos y él no sabía qué hacer.

Si se quedaba de brazos cruzados y dejaba que ella se ocupara de todo, cargaría con más muertes sobre su conciencia; de eso estaba seguro. Además, era muy posible que intentara incriminarlo.

La otra opción era intentar acabar con ella. Aunque le tenía miedo, ella creía que estaba muerto. Eso le daba ventaja.

Una cosa estaba clara: ya no confiaba en estar a salvo y, por primera vez, deseaba que sus caminos jamás se hubieran cruzado aquel fatídico miércoles en el calabozo.

Capítulo 51

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Suelta el cuchillo, Lana.

Trudy habló con calma, pero su mirada era de acero y había una determinación serena en sus palabras que dejaba claro que hablaba completamente en serio.

Lana la ignoró, del mismo modo que hacía todo lo posible por ignorar que la hoja apoyada en la garganta de Ollie presionaba con la fuerza suficiente para hacer brotar los primeros hilillos de sangre. Apretó con más fuerza el cuchillo de pan y clavó los ojos en Trudy. El corazón le palpitaba con fuerza, tanto por la rabia como por el miedo.

¿Qué demonios pretendía aquella mujer? ¿Era por lo ocurrido la noche anterior? Lana estaba furiosa con Ollie por haberle dado aquel puñetazo equivocado, pero aquello no justificaba que le pusiera un cuchillo en el cuello.

Ahora veía que tenía los brazos atados a la espalda de alguna manera y que llevaba sangre en la frente. ¿Trudy lo había golpeado con algo? ¿Qué clase de juego retorcido se traía entre manos?

—¡Suelta a mi hermano! —pronunció cada palabra como una orden, aliviada de que la voz no le temblara, aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios.

Fuera lo que fuese aquello, fuera lo que fuese lo que Trudy estuviera tramando, Lana no suplicaría. Intuía que aquella mujer quería verla sumisa, pero que se fuera al infierno si creía que iba a conseguirlo. ¿Cómo se atrevía a irrumpir allí de aquella manera?

Lana dio un paso hacia ella y, en vez de bajar el cuchillo, lo levantó, con la esperanza de hacerla retroceder. Trudy hundió un poco más la hoja, arrancándole a Ollie una mueca de dolor, y Lana se quedó paralizada.

—Lo mataré —el tono de Trudy carecía de emoción, y el malestar que se agitaba en el estómago de Lana le advirtió que la amenaza

era también una promesa—. Te lo volveré a pedir. Suelta el cuchillo.

—No le hagas caso, Lana.

Ollie intentaba mostrarse valiente, pero Lana reconoció las señales inequívocas de que estaba asustado. Tenía las fosas nasales dilatadas y los ojos muy abiertos.

—¿Por qué haces esto? —exigió, esforzándose por mantener la calma, aunque cada vez le resultaba más difícil saber que un simple movimiento en falso de la hoja podía acabar con la vida de su hermano.

—Creo que sabes por qué —Trudy sonrió con crueldad—. Estás en medio.

¿En medio? Aquello desconcertó a Lana. ¿Cómo demonios podía estar ella en medio de Trudy Palmer? Sus familias se conocían desde hacía generaciones.

Aquel pensamiento le hizo recordar por qué había bajado a buscar a Ollie. El doctor Palmer y Camille, y el momento en que los había visto juntos en el estudio. ¿Lo sabía Trudy?

—Tu padre tenía una aventura con mi hermana —soltó, observando su reacción. Aparte de que se le tensó la boca, Trudy no dejó traslucir gran cosa. No parecía sorprendida.

Ollie sí.

—¿Qué?

Lana lo ignoró y se concentró en Trudy.

—Lo sabías.

—¿Que Camille era una zorra asquerosa que iba detrás de un hombre casado? ¿Que se follaban en la casa de verano de tu abuela? Claro que lo sabía. Y mi madre también lo sabía antes de morir. Le partió el corazón —Trudy escupió las palabras—. Tu hermana me repugnaba. Se merecía todo lo que le ocurrió..

Lana cerró con más fuerza la mano alrededor del mango del cuchillo de pan, con la rabia recorriéndole las venas. ¿Cómo se atrevía Trudy a decir aquello?

—¿Y qué hay de tu padre? —replicó, con más calma de la que sentía—. Sí, Camille debería haberlo sabido, pero él era amigo de Kitty y su médico, un hombre respetado en la comunidad. Se aprovechó de mi hermana. Saber la verdad me da náuseas.

—Apenas se aprovechó de ella. Tenía edad suficiente para entender los juegos a los que jugaban. Yo me aseguré de que conociera las consecuencias de sus actos antes de estrangularla.

¿Qué?

Lana parpadeó, conmocionada, al asimilar aquellas palabras, y durante un segundo le costó respirar.

Oyó un sonido gutural y lastimero procedente de Ollie. La confesión de Trudy los había pillado a ambos por sorpresa.

—No habías deducido esa parte, ¿verdad? —Trudy parecía divertida—. Parece que el segundo diario no tenía todas las respuestas que esperabas.

¿Había sido Trudy quien lo había robado? Lana estaba a punto de preguntárselo, pero entonces se le ocurrió otra cosa al recordar la noche del atropello con fuga y después el momento en que la habían encerrado en el maletero del coche.

—Pero intentaste matarme de todos modos —murmuró, tratando aún de asimilarlo todo—. Fuiste tú, ¿verdad? ¿En la playa y en el garaje?

—Eres un cabo suelto. Tú y ese hermano tuyo, que es una auténtica nulidad. No es nada personal, Lana. Bueno, no del todo personal.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Ya te advertí que te mantuvieras alejada de Xav Landry.

—¿Qué tiene que ver Xav con todo esto? ¿Lo sabe?

Aunque no quería dudar de él, la revelación de Trudy la había dejado aturdida y ahora hacía que se cuestionara todo.

—¿Lo de tu hermanita zorra? —La risita de Trudy era tan infantil que no hacía más que añadir un elemento surrealista a aquella pesadilla—. Dios santo, no. Y no va a saberlo. Para Xav, su hermano es culpable. Había llegado a aceptarlo hasta que apareciste tú y empezaste a meter las narices, llenándole la cabeza de ideas —le dedicó una sonrisa burlona a Lana—. Estoy segura de que se disgustará cuando desaparezcas, pero yo lo ayudaré a sobrellevar la pérdida.

Resultaba imposible creer que aquella mujer de aspecto apacible hubiera asesinado a Camille. En aquel entonces apenas había sido

una niña. Pero estaba claro que quería quitar de en medio a Lana. Y también a Ollie. Cortar cualquier cabo suelto que pudiera relacionarla con el asesinato.

Si soltaba el cuchillo, tal como le pedía Trudy, esta iba a matar a Ollie de todos modos. Lana no podía renunciar a su única arma. Se obligó a pensar en una solución, en una forma de burlarla.

—No saldrás impune de esto.

Trudy soltó otra carcajada estridente. Esta vez dejó al descubierto la locura que hasta entonces había mantenido bien oculta.

—Claro que sí. Llevo años saliéndome con la mía, estúpida zorra. ¿De verdad crees que tu hermana es la única persona a la que he matado? Fue la primera y, probablemente, también la más memorable, así que supongo que resulta apropiado que hayamos vuelto al punto de partida, al lugar donde todo comenzó.

—Estás loca —consiguió decir Ollie, ahogando una risa que no tenía nada de divertida. Lana veía que estaba tan conmocionado como ella y, sin duda, mucho más consciente de la hoja que tenía contra la garganta.

¿De verdad había matado a otras personas o estaba fanfarroneando?

—No, Ollie, pedazo de mierda inútil e ineficaz. Desde luego que no estoy loca. Psicótica, tal vez, pero tengo todos los cabos bien atados. Ahora dile a tu hermana que suelte el cuchillo o le cortaré esa cabeza mugrienta.

Trudy arqueó las cejas mirando a Lana, mientras Ollie alzaba la vista hacia el techo y parecía musitar una oración en silencio. Lana sabía que estaba haciendo esfuerzos por no venirse abajo.

—Suéltalo. Por favor.

—El cuchillo, Lana.

Como no obedeció, Trudy chasqueó la lengua.

—De acuerdo, deja que te explique cómo va a funcionar esto. Voy a contar hasta tres. Si cuando llegue a tres tu cuchillo no está en el suelo, le cortaré el cuello a tu hermano y después iré a por ti. Soy más rápida, más inteligente y ya he hecho esto antes. Todas las puertas están cerradas y me he llevado las llaves. No escaparás. Pero si quieres comprobar si estoy de farol, adelante.

Lana no lo hizo y, aunque estaba furiosa, también tenía miedo. Trudy ya le había arrebatado a Camille. No podía permitir que le hiciera daño a Ollie.

—No hagas esto, Trudy. Nos iremos del pueblo. Te prometo que no diremos nada, ni siquiera a Xav.

—Uno.

—Por favor. Hay otras maneras de resolver esto.

—Dos. El cuchillo, Lana. Ahora.

No tenía sentido intentar razonar con ella. No iba a escucharla. Lana estaba desesperada por conservar el arma, pero la vida de Ollie no merecía correr aquel riesgo.

—De acuerdo. Basta.

Se agachó de mala gana para dejarlo en el suelo.

—Levántate y acércamelo de una patada.

Lana vaciló, pero hizo lo que le ordenaba. No apartó la vista de Trudy, aterrada ante la posibilidad de que aun así llevara a cabo su amenaza de cortarle el cuello a Ollie.

—¿Qué vas a hacernos?

—Depende enteramente de ti. Hay muchas formas de haceros daño a ti y a tu hermano. Puedo acabar con vosotros deprisa y sin dolor o, si me enfadas, puedo entretenerme. Así que ¿cómo va a ser? ¿Vas a hacer lo que te ordene?

Lana frunció el ceño y se negó a responder. Trudy dejó escapar un suspiro exagerado.

Como para dejar clara su intención, deslizó el filo de su cuchillo por la mejilla de Ollie y lo hizo gritar.

—¡De acuerdo, basta! Haré lo que me pidas. Pero, por favor, no vuelvas a cortarlo.

—Mucho mejor.

No era cierto, pero ¿qué otra opción tenía? Trudy siempre le había parecido tan normal. Educada, incluso amable. ¿Cómo demonios no se había dado cuenta de que era una psicópata desquiciada?

Lana expulsó el aire entre dientes, decidida a serenarse. Si Ollie y ella iban a salir vivos de aquello, necesitaba mantener la cabeza fría y pensar con claridad.

—Bien, ya tienes lo que querías. ¿Y ahora qué? —Lana hizo un gran esfuerzo por conservar un tono autoritario, odiando no llevar las riendas.

La sonrisa de Trudy era retorcida cuando empujó a Ollie hacia delante, sin alejar el cuchillo de su garganta.

—Ahora volveremos al lugar donde todo empezó. A la casa de verano.

Capítulo 52

Lana Hamilton había sido mi único objetivo, pero entonces tuvo que involucrar a su inútil hermano, y también voy a disfrutar acabando con su vida.

Siempre había pensado vigilar de cerca a los dos cuando regresaran —hay demasiados secretos ocultos en Mead House—, pero al principio no tenía intención de hacer daño a nadie. Puede que odie a los Hamilton, pero solo habían vuelto para vender la propiedad y eso me parecía perfecto. Por fin el pueblo se libraría de ellos.

Si todo hubiera sido así de sencillo. Y si Lana se hubiera mantenido alejada de Xav Landry.

Lo que le está ocurriendo es culpa suya. Debería haberse mantenido al margen.

Xav está fuera de sus límites. Es mío y me niego a compartirlo.

Nuestros caminos no se habían cruzado muy a menudo cuando éramos niños. Él iba un curso por encima de mí en el colegio y a menudo me pregunto si siquiera se daba cuenta de que existía. Tenía amigas, pero no era popular como él, y supongo que no fue hasta aquel último verano, antes de mi último año de colegio, cuando por fin aprendí a rebelarme. A sacudirme de encima aquella etiqueta de chica formal y aplicada con la que me habían obligado a vivir durante tanto tiempo.

Puede que él no se fijara en mí, pero yo sabía exactamente quién era. El guapo chico de pelo oscuro, ojos verdes y una levísima sombra de acento francés.

Ya entonces hacía volver cabezas, pero lo que siempre resultaba encantador en Xav era la ligera inseguridad que sentía consigo mismo. Sí, tenía confianza en sí mismo, pero nunca llegaba a convertirse en arrogancia, porque jamás se había creído mejor que los demás.

Fue una desgracia que su hermano acabara convertido en daño colateral. Yo no lo había planeado así, pero el collar de Camille estaba en mi bolsillo la noche en que murió y, en el calor del momento, cuando perdí el control, todo encajó por sí solo.

Recuerdo haber visto a Xav después de la detención de su hermano y haber comprendido que lo había destrozado. No suelo sentir culpa ni remordimiento, pero él parecía atormentado y conmocionado mientras cargaba sobre los hombros con el peso del supuesto crimen de su hermano. Por culpa de Camille y de la cadena de acontecimientos que ella había puesto en marcha, lo había perdido todo.

Nunca olvidé aquella expresión y me acompañó incluso después de que se marchara.

Con los años, seguí su trayectoria. Al principio, acechando sus redes sociales; después, a medida que alcanzaba el éxito, a través de su arte. Mediante los artículos de prensa, las entrevistas y las críticas. Aunque vivíamos a kilómetros de distancia, era como si nos uniera una conexión emocional profunda. Cuando me enteré de que regresaba a Norfolk y planeaba instalarse cerca de su madre, supe que tenía que formar parte de su vida.

Yo era su ángel de la guarda. Quería velar por él, protegerlo y tenerlo para mí. Necesitaba amigos, así que fue fácil encontrar la manera de entrar en su vida, y un poco de alcohol ya había ayudado a derribar las barreras para que pudiéramos consumar nuestra relación. Aunque había pasado tiempo desde aquella noche en que hicimos el amor, yo estaba sentando las bases y trabajando para ganarme por completo la confianza de Xav. Iba bien. Al menos había ido bien. Hasta que Lana regresó y lo confundió.

He estado vigilándola a ella y a su hermano imbécil. No me costó nada colar unos AirTags en sus coches. Esos dispositivos son una bendición para seguirle la pista a la gente. También hay uno en el coche de Xav. Me gusta saber dónde está mi amado en todo momento.

Me hirvió la sangre cuando comprendí que Lana había bajado a la playa de Salthouse. Directa hacia el lugar donde estaba aparcado el coche de Xav.

¿Lo habían planeado? Necesitaba saberlo.

Tomé prestado un coche del garaje de Bree McCarthy para conducir hasta la playa. Me ha resultado útil durante el último año y es práctico que su garaje esté a solo un par de calles de donde vivo. Nunca me he arrepentido de haberme quedado con la llave de repuesto que ella le confió a Xav y de haber hecho una copia. Por supuesto, ni él ni Bree saben que la tengo.

Al principio la quería para poder vigilarla de cerca. No me gustaba ni me fiaba de su amistad con Xav, y al principio sospechaba que lo quería para ella. Si resultaba ser así, quería saber a qué me enfrentaba.

Por suerte, Bree no había supuesto una amenaza. No apruebo la cercanía que tiene con Xav, pero soy lo bastante inteligente para saber que no puedo apartar de su vida a todo el mundo. Tengo que elegir mis batallas para no despertar sospechas.

Bree es una molestia que puedo soportar. Lana, en cambio, es otra historia.

Vigilaba a Lana y a Ollie por precaución. No sabía que ella iba a intentar reavivar su relación con Xav. Aunque conocía su historia, había visto cómo Xav la había rechazado en mi tienda. Pensaba que no quería saber nada de ella. Entonces, ¿por qué habían quedado en la playa?

Los observé con los prismáticos mientras Lana se acercaba a él, y el nudo de furia que tenía en el estómago se tensó aún más. ¿Cómo se atrevía?

Mi mente había trabajado a toda máquina mientras urdía mi siguiente movimiento. Necesitaba asustarla, encontrar la forma de hacer que retrocediera, que comprendiera que tenía que mantenerse alejada de él.

Mis planes se fueron al traste cuando los vi regresar de la playa; la rabia se apoderó de mí mientras dirigía el coche hacia ella. Una pérdida momentánea del control. No había actuado por instinto desde lo de Camille. No podía permitir que su hermana acabara conmigo. Incluso mientras conducía de vuelta al taller de Bree para devolverle el coche, comprendí que acababa de correr un riesgo

enorme y potencialmente terrible al atropellar a Lana. Había un testigo.

Xav se había detenido. Debería haberse marchado, y yo debería haberme asegurado de que se había ido antes de actuar, pero, en lugar de eso, me había comportado de forma irracional y él había visto lo que hice. Incluso mientras pasaba a toda velocidad junto a él aquella noche, no tenía ni idea de que acababa de lograr justo lo contrario de lo que esperaba. Había acercado a Lana y a Xav.

Hice todo lo posible por borrar mis huellas y fingí ser una amiga preocupada, llevándole flores a Lana, pero mis actos tuvieron consecuencias y supe, incluso mientras le advertía que lo dejara en paz, que mis palabras estaban cayendo en saco roto. Todo aquello era culpa mía y tenía que arreglarlo.

El atropello con fuga podía explicarse como un encuentro fortuito, y sabía que no podía arriesgarme a atacarla otra vez. Resultaría demasiado sospechoso. Pero entonces me enteré de la existencia del segundo diario y de que Lana empezaba a preguntarse si Sebastian era inocente, y mi libro de reglas saltó por los aires. La noche que fui a Mead House y la ataqué en el garaje, tenía toda la intención de matarla.

Lana Hamilton ha demostrado ser más problemática de lo que vale.

La vi hoy, más temprano, a través de la ventana de la casa de Xav, cuando pasé por allí de camino a casa después del trabajo, pavoneándose como si aquel lugar le perteneciera. Esto tiene que acabar esta noche.

Ahora la observo, con la cabeza bien alta, desafiante, y una mirada cargada de odio mientras me lanza una ojeada por encima del hombro. No parece asustada, al menos no por su propia seguridad. Solo parece preocupada por el bienestar de su inútil hermano.

Aunque lo mantengo cerca, con Lana caminando delante según mis instrucciones, no necesito someter a Ollie. Es de su hermana de quien no me fío, y sé que lo único que mantiene a Lana obediente en este momento es el temor de que pueda hacerle daño.

Ollie no quiere ir a la casa de verano, y, por los intentos de Lana de tranquilizarlo diciéndole que todo irá bien, cada vez resulta más evidente que no ha bajado allí desde que encontró el cuerpo de la pobre Camille. Tiembla contra mí y parece tener más miedo de volver allí que del cuchillo que sostengo en la mano. No me había dado cuenta de hasta qué punto lo había marcado. Saberlo me despierta una idea y provoca un ligero cambio en mi plan.

Tenía pensado matar primero a Ollie; la anticipación de acabar con la vida de aquella comadreja llorona me recorría las venas como una descarga. Una vez muerto, podría dedicar toda mi atención a Lana y castigarla por intentar robarme a Xav. ¿Qué les pasa a estas mujeres Hamilton, que creen que pueden apropiarse de lo que no les pertenece? Camille pensó que estaba bien follarse a mi padre y ahora Lana intenta robarme al hombre que amo.

Ollie no me ha quitado nada, pero es un pedazo de mierda arrogante y consentido. No he olvidado que anoche me golpeó, aunque fuera un accidente, y sé que la única razón por la que ahora tengo toda su atención es el cuchillo que le sujeto contra la garganta. Entonces comprendo que hay una forma mejor de hacerlo sufrir. El tormento definitivo. Quiero que tenga que observar cómo pierde a una segunda hermana. Incluso podría preparar la escena para que pareciera que él era el responsable.

—No vas a salirte con la tuya —sisea Lana cuando entramos en el huerto de frutales.

No deja de amenazarnos y, aunque al principio resultaba divertido, ahora empieza a cansarme. Necesito un momento de silencio para meditar sobre mi nuevo plan. Solo tengo una oportunidad de matar a los gemelos Hamilton y quiero asegurarme de que sea memorable.

Cuando no respondo, deja de caminar y vuelve a mirarme. Soy consciente de la rabia que emana de ella. Soy más grande y fuerte, pero sospecho que, si no estuviera sujetando un cuchillo contra la garganta de su hermano, intentaría derribarme en un abrir y cerrar de ojos.

Vuelvo a acercar el cuchillo a la mejilla de Ollie. Es hora de recordarle a Lana que debe hacer lo que le ordeno.

—Sigue caminando —gruño.

Cuando vacila, presiono la hoja contra su piel, pero me contengo y me detengo antes de que llegue a cortarle la carne. Tengo que pensar bien las cosas. Si voy a inculpar a Ollie por el asesinato de su hermana, ¿cómo explicaré los cortes de su rostro?

Por suerte, la amenaza parece surtir efecto y vuelve a caminar.

Una pelea. Así haré que parezca. Ollie ataca a su hermana y Lana se defiende antes de que él consiga dominarla. La gente se lo creerá. Puedo hacer que parezca que se quita la vida después de acabar con la de ella. Incluso empezarán a preguntarse si fue él quien asesinó a la pobre Camille.

Perfecto.

Ya casi hemos llegado a la casa de verano. Donde todo empezó con Camille y donde esta noche terminará con Lana y Ollie.

Lana actúa como si no me tuviera miedo, pero antes de que termine con ella experimentará el verdadero terror. Y antes de morir, comprenderá que nunca debería haber ido tras lo que es mío.

Capítulo 53

2005

La segunda venganza no tuvo lugar hasta bien entrado el verano.

Trudy no quería que nada se interpusiera en su plan para castigar a Camille Hamilton, así que lo urdió todo con minucioso detalle. Y mientras tramaba su plan, su odio hacia Camille no dejaba de crecer.

¿Cómo se atrevía aquella zorra a pensar que estaba bien tener una aventura con su padre? ¿Qué derecho creía tener para intentar separar a su familia?

Juliet Palmer podía albergar ciertas sospechas sobre la infidelidad de su marido, pero no tenía ni idea de la naturaleza de la relación entre Angus y Camille, de su obsesión por una mujer tantos años menor que él ni de los juegos repugnantes y pervertidos a los que les gustaba jugar.

Si su madre se enteraba, aquello la destrozaría, así que Trudy se guardó para sí lo que había visto. Era una carga demasiado pesada para llevarla sola, y la rabia y la sensación de injusticia que le provocaba lo que había presenciado se retorcían y se enroscaban en su interior hasta convertirse en lo único en lo que podía pensar.

Había perdido todo el respeto por su padre y empezó a rebelarse. Beber alcohol, acostarse con chicos, fumar. Todas las cosas que sabía que a él le disgustarían.

En cuanto a Camille, lo único en lo que podía pensar era en vengarse, y nada iba a interponerse en su camino.

Por supuesto, no había planeado matar a la chica. La idea era asustarla y humillarla, darle una lección.

George había cumplido su parte, consiguiendo las llaves de su tío y haciendo una copia de la de la casa de verano. Atraerían a Camille hasta allí y, una vez que la hubieran atado a la silla, Trudy se descubriría y se aseguraría de que no volviera a acercarse a Angus.

Trudy había imitado la letra de su padre al escribir la primera nota.

«Espérame en la casa de verano. A medianoche.

Lleva tu vestido rojo. Y no te pongas ropa interior.

G xxx»

La petición del vestido rojo y de que no llevara ropa interior había sido un capricho. Había visto cómo era Camille con Angus y le pareció el tipo de petición que él haría. Además, resultaba apropiado que Camille recibiera su castigo vestida como una zorra.

También había una segunda nota, con instrucciones sobre lo que Camille debía hacer al llegar a la casa de verano. Dejarían aquella en la silla.

Pero la primera nota… ¿Cómo iba a introducirla en Mead House y esconderla detrás del cuadro?

Al final, quien la ayudó fue el mago ficticio Harry Potter, además de una llamada telefónica a Kitty Hamilton para preguntarle si podía pedirle prestados los libros.

Como Trudy sospechaba, la mujer se mostró encantada de ayudarla y la invitó a pasar a recogerlos.

El plan estaba en marcha y por fin llegó el día del ajuste de cuentas.

Angus iba a pescar. Solía hacerlo una vez al mes y Trudy estaba segura de que Camille no lo sabía. No era muy probable que hablaran de sus horarios mientras estaban follando como posesos.

Trudy se colgó la mochila a la espalda y fue en bicicleta hasta Mead House. Aceptó el vaso de limonada que le ofreció Kitty y después se disculpó diciendo que necesitaba usar el baño.

Camille había salido con Sebastian y, a través de la ventana, Trudy podía ver a Lana y Ollie jugando en la piscina con Xavier Landry. Kitty la había invitado a unirse a ellos, pero había rechazado la invitación. Para empezar, no llevaba bañador; además, sabía que tenía que dejar la nota en su sitio. Una parte de ella deseaba estar fuera con Xavier y odiaba saber que Lana lo tenía para ella sola, pero no era momento de entretenerse con aquello.

Le sudaban las palmas de las manos mientras tiraba del marco hacia delante y deslizaba el papel detrás. Al volver a colocar el cuadro, retrocedió un paso. La mujer mayor del retrato tenía los

labios finos y unos ojos oscuros que parecían seguir cada uno de sus movimientos, lo que le encogió el estómago.

Estaba bien. Solo era un cuadro, se recordó. Nadie sabía lo que acababa de hacer.

—Esa era mi suegra.

Trudy dio un respingo al oír la voz y se dio cuenta de que Kitty la observaba desde el pasillo.

¿La había visto?

No. Si lo hubiera hecho, Kitty lo diría. Siempre había sido bastante directa.

—Era una mujer muy guapa —mintió Trudy, lo que hizo sonreír a Kitty. No había nada hermoso en la mujer del retrato.

—¿Qué te parece si vamos a por esos libros? —sugirió Kitty, alejándola del cuadro y conduciéndola a la sala de juegos.

Mientras se alejaba de la casa en bicicleta, Trudy sintió una extraña sensación de satisfacción, junto con el pesado lastre de saber que el plan ya estaba en marcha. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Bueno, por supuesto que podía limitarse a no presentarse. Camille iría a la casa de verano vacía y seguramente preguntaría dónde estaba Angus. Se darían cuenta de que alguien conocía su secreto, aunque no pudieran demostrar quién. Y quizá aquello bastaría para que pusieran fin a su relación.

Pero eso significaría que Camille se libraría del castigo, y Trudy no podía soportar la idea. No, quería que Camille pagara.

El sol caía sobre ella, el día era cálido y, en lugar de dirigirse a casa, Trudy decidió bajar en bicicleta hasta la playa. Antes, sin embargo, pararía en el pueblo para comprar un par de latas de Coca-Cola y llevárselas.

Al salir de la tienda vio a Camille con Sebastian Landry.

Los dos estaban discutiendo, y la pelea era acalorada. Tal vez Sebastian por fin había descubierto la verdad sobre su novia, aquella zorra. Un pequeño grupo se había congregado mientras ambos alzaban la voz. Entonces Camille se arrancó el colgante del cuello, se lo lanzó a Sebastian y se marchó hecha una furia. Trudy lo vio guardárselo en el bolsillo. Cuando él desapareció de nuevo en su

coche, los curiosos se dispersaron y ella agarró su bicicleta, con el corazón palpitándole, emocionada por lo que acababa de presenciar. Resultaba satisfactorio comprobar que la vida de Camille no era perfecta.

Fue en bicicleta hasta Salthouse y se sorprendió al ver el coche de Sebastian. Estaba vacío, y lo divisó en la playa, mirando hacia el mar. Cuando lo vio lanzar el colgante, supo que tenía que hacerse con él.

Más tarde, aquella noche, se reunió con George. Ambos vestían de negro y se habían disfrazado lo mejor posible, por si acaso alguien los veía. Trudy llevaba el pelo oculto bajo una gorra y la chaqueta oscura que vestía resultaba demasiado calurosa para aquella noche de verano, pero le daba más volumen. Con su estatura, estaba segura de que cualquiera que la viera desde lejos pensaría que era un hombre. Incluso se había puesto un poco de la loción para después del afeitado de su padre antes de salir de casa, convencida de que engañaría a Camille.

Mandó a George a la casa de verano para que abriera la puerta y lo dejara todo preparado.

—¿Está hecho? —preguntó con ansiedad cuando él regresó junto a ella, entre los arbustos situados a un lado de la casa—. ¿Has dejado la nota en la silla y encendido la lámpara? ¿Y te has acordado de la bufanda?

George asintió con cierta inquietud, y Trudy intentó sofocar los nervios que sentía en el estómago mientras ambos se acomodaban para esperar.

A pesar de todos sus esfuerzos, Trudy no sabía con qué frecuencia miraba Camille detrás del retrato y no podía estar segura de que el plan fuera a funcionar. Por eso, cuando poco antes de medianoche Camille salió de la casa, sintió que la sangre le ardía de emoción. Una oleada de expectación la recorrió al darse cuenta de que la chica descalza llevaba el vestido rojo, tal como le había indicado.

Fue entonces cuando George estuvo a punto de echarse atrás.

—¿Y si sale mal? ¿Y si se da cuenta de que somos nosotros antes de que consigamos atarla?

—No lo hará —siseó Trudy, molesta por el pánico que percibía en su tono..

—Pero ¿y si le cuenta a la gente lo que hemos hecho? Tendremos problemas.

—No se lo contará a nadie. Grabaremos vídeos y haremos que admita lo que ha hecho. No querrá que nadie sepa lo que ha estado haciendo ni lo que ocurrirá aquí esta noche. Te lo prometo.

Como George seguía pareciendo inseguro, le recordó el trato que habían hecho.

—Yo te ayudé, ¿recuerdas? Me acosté con tu hermanastro, que es más feo que un cerdo, para conseguir que te dejara en paz. Lo que te estoy pidiendo no es nada comparado con eso. Cuando la hayamos atado a la silla, puedes esperar fuera si quieres. Vigilar. Pero vas a hacerlo, George. Me debes una. Y no querrás que le dé ese vídeo que tenemos a Derek, ¿verdad?

Por la expresión alarmada de George, Trudy comprendió que no quería, y sus propias preocupaciones se calmaron un poco. Estaba muy cerca de ajustar cuentas con Camille. Ahora nada iba a interponerse en su camino.

Miró el reloj y vio que habían pasado unos diez minutos desde que Camille había salido de la casa.

—Vamos. —Le dio un pequeño empujón a George—. Es la hora.

La emoción y los nervios le revoloteaban en el estómago mientras atravesaban el césped y se internaban en el huerto de frutales. Más adelante, Trudy distinguió el resplandor anaranjado en la ventana de la casa de verano, exactamente igual que la última vez que había estado allí. Pero aquella vez Angus estaba fuera y Camille no tenía ni idea de que su noche estaba a punto de empeorar.

—Espera aquí —susurró Trudy. Se quitó la mochila y sacó los trozos de cuerda que había llevado consigo. Tenía las manos acaloradas dentro de los guantes de látex que llevaban tanto ella como George, y le temblaban los dedos, expectantes, ansiosos por castigar.

Miró por la ventana y vio a Camille sentada en la silla, con la falda de su vestido rojo extendida a su alrededor y la venda anudada en la parte posterior de la cabeza. Permanecía completamente quieta

mientras esperaba, sin duda emocionada por lo que estaba a punto de suceder. Cuando Trudy entró en la casa de verano, cerró la puerta y echó el pestillo. La chica mayor se puso tensa y Trudy la oyó tomar aire.

Comprender que Camille también estaba nerviosa la ayudó a cobrar confianza.

Trudy se tomó su tiempo. Corrió las cortinas y después rodeó a su presa, complacida al ver que Camille reaccionaba a cada ruido reconocible: se mordía el labio y abría y cerraba las manos, sin saber qué iba a ocurrir a continuación. Se estremeció cuando Trudy la tocó y empezó a respirar más deprisa al notar que le estaban atando las manos, aunque no opuso resistencia hasta que comprendió que la habían atado a la silla. Entonces gimió mientras forcejeaba contra las cuerdas, que se le clavaban en la carne.

—Por favor, para, me estás haciendo daño.

Ahora estaba asustada. Bien.

Trudy se acercó a la puerta, la abrió y llamó a George con un gesto para que entrara, pero se llevó un dedo a los labios para advertirle que guardara silencio. Los ojos de George se abrieron como platos al contemplar a Camille y, juntos, observaron cómo ella luchaba por liberarse.

—Quiero parar —suplicó Camille al darse cuenta de que no estaba sola—. No me gusta este juego.

George temblaba y Trudy veía que estaba a punto de volver a perder el valor. Era hora de revelar la verdad a Camille y de involucrar aún más a George, para que supiera que ya no podía echarse atrás.

Se colocó detrás de la chica y se inclinó hacia ella, acercando los labios a su oído.

—Esto no es un juego.

Su revelación fue seguida por un instante de quietud, mientras las palabras calaban y Camille comprendía que no era Angus. Después se produjo un forcejeo violento cuando intentó liberarse.

Sin prestar atención a sus esfuerzos, Trudy le quitó la venda y acercó otra silla con calma. Se sentó delante de ella.

—¿Qué quieres? Desátame, por favor. —Camille miraba frenéticamente a Trudy y luego a George.

—Te has estado follando a mi padre.

Trudy esperaba que confesara descaradamente o que lo negara sin rodeos. No obtuvo ninguna de las dos cosas.

En su lugar, después de un breve silencio, llegaron las lágrimas.

—Lo siento.

Camille pensó, de verdad, que conseguiría salir de aquella situación a fuerza de llorar. La furia crecía, al igual que la necesidad de castigarla.

—Quizá deberíamos dejarla marchar.

George sonaba inseguro, y Trudy tuvo ganas de abofetearlo, de recordarle por qué estaban allí y los sacrificios que ella había hecho por él. No sabía si estaba más enfadada con él por haberse dejado embaucar por aquel patético numerito de compasión o con Camille por intentar engañarlo.

—Tráeme las tijeras —espetó, arrebatándole la mochila cuando él no obedeció.

Los ojos de Camille se abrieron como platos al ver las hojas plateadas.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a asegurarme de que no vuelvas a acercarte a mi padre.

—Por favor. No lo haré. Te lo prometo. No me hagas daño.

La rabia se apoderó entonces de Trudy. Empezó a cortar y luego a rasgar el vestido rojo. Era consciente de que Camille forcejeaba desesperada y le suplicaba a George mientras él observaba la escena en atónito silencio. Cuando las súplicas se convirtieron en gritos, volvió a atarle la bufanda roja, esta vez sobre la boca. Después agarró un rotulador permanente y lo utilizó para tatuarle el cuerpo a Camille con palabras repugnantes.

Zorra. Puta. Guarra. Golfa.

Aquella noche fue como si Trudy hubiera salido de sí misma. Castigó, amenazó y torturó a Camille, y convenció a George para que participara mientras ella se volvía cada vez más sádica en su tormento: golpeó y cortó a la chica, y luego obligó a George a grabar la degradación de Camille.

La puta era un desastre, tanto física como emocionalmente, mientras intentaba suplicarle a Trudy que parara. En algún momento, había perdido el control de la vejiga y los intestinos. El lugar apestaba; su humillación era absoluta, pero aun así no bastaba.

Trudy comprendió que aquella noche nunca conseguiría satisfacer su sed de venganza. Quería más.

Sus dedos se cerraron sobre el colgante que llevaba en el bolsillo, el que había visto lanzar a Camille de vuelta a Sebastian aquella misma tarde. Mientras se lo colocaba alrededor del cuello a la chica mayor, no tenía del todo claro qué pretendía hacer. La cinta era gruesa y no se rompería. Tiró de ella, tensándola contra la garganta de Camille, al principio solo con la intención de asustarla.

Cuando Camille empezó a retorcerse en la silla y sus ojos se abrieron desmesuradamente, Trudy apretó más, negándose a soltarla. El tiempo pareció desdibujarse y no tenía ni idea de cuánto había pasado, pero cuando volvió en sí, Camille estaba inerte en la silla y George la observaba, estupefacto.

—Solo está inconsciente —le dijo Trudy.

—La… has matado… —murmuró él, conmocionado y con dificultades para hablar.

¿Lo había hecho? Camille tenía los ojos muy abiertos, fijos en el vacío, y una marca oscura y profunda rodeaba su cuello, allí donde la cinta se había hundido en la piel. Resaltaba de forma grotesca contra su pálida garganta.

Trudy miró el colgante que aún sostenía en las manos. Se estremeció al comprender que ya no quería tocarlo y lo arrojó al suelo. Necesitaba ocultar la marca de estrangulamiento, así que retiró la bufanda de la boca de Camille y se la volvió a atar alrededor del cuello, formando un lazo.

Acababa de matar a alguien. ¿Por qué no sentía el menor remordimiento?

—Vamos, tenemos que irnos.

Empujó a George fuera de la casa de verano y dejó a Camille atada a la silla.

Más tarde, después de separarse de él, recordándole que eran cómplices y que estaba tan implicado como ella en todo lo que había ocurrido, Trudy se tumbó en la cama, esperando que la emoción la embargara.

Había castigado a Camille, pero no había querido matarla. Simplemente había sucedido.

Esperó sentir culpa, luego lágrimas, miedo a que pudieran atraparla.

Pero lo único que sentía era satisfacción.

Durante tanto tiempo, toda su energía se había concentrado en vengarse de Camille Hamilton y, por fin, todo había terminado.

Lo único que lamentaba era no haberse llevado el colgante antes de abandonar la casa de verano, un trofeo que le recordara lo que había hecho. Sin embargo, no sabía que aquel colgante acabaría desempeñando un papel en la detención de Sebastian Landry.

Cuando Trudy se levantó a la mañana siguiente, mientras empezaban a correr los rumores de que Camille Hamilton había muerto, una oleada de poder se apoderó de ella. Lo había hecho. Había resuelto un problema que se interponía en su camino. Si había sido capaz de ocuparse de una zorra como Camille, podría enfrentarse a cualquier cosa.

Capítulo 54

Fue el doctor Palmer quien acabó abriendo la puerta. Echó hacia atrás su silla de ruedas para dejar entrar a Xav.

—¿Qué quieres? —gruñó con su habitual franqueza.

Xav conocía al Doc desde hacía tiempo y dejó que su brusquedad le resbalara. No pensaba decirle que había ido allí para enfrentarse a Trudy por haber estado fisgoneando en su casa. Fuera cual fuese el motivo, no quería provocar más conflictos entre ella y su padre. Ya sabía que Angus no era un hombre fácil de tratar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, ignorando la pregunta mientras fruncía el ceño al ver el labio hinchado del hombre y la sangre seca en su cara—. Parece que alguien te ha pegado.

—No es asunto tuyo, entrometido cabrón.

—Supongo que habrá sido por culpa de esa encantadora boca tuya —comentó Xav con sequedad.

—¿Has venido solo para insultarme? ¿O estás buscando a esa hija mía, patética donde las haya? Porque no está aquí.

—De patética no tiene nada, Angus. Deberías estarle agradecido por cuidarte y aguantar tus mierdas.

—¿Que me cuida? ¿Eso es lo que te cuenta? —El Doc negó con la cabeza—. Os tiene a todos engañados.

¿Qué se suponía que quería decir con eso?

Iba a preguntárselo, pero el Doc ya estaba haciendo girar la silla y avanzando por el pasillo hacia la cocina.

Xav lo siguió.

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé. Ni me importa. Mientras se mantenga alejada de mí, me basta.

—¿Y qué preferirías que hiciera? ¿Que te metiera en una residencia?

—Probablemente me tratarían mejor. —Los ojos de Angus se estrecharon y una insinuación de sonrisa curvó sus labios hinchados

—. ¿Cómo crees que me he hecho esto, Xavier? Yo no me lo he provocado.

¿Qué estaba insinuando exactamente?

—Si estás intentando decir que Trudy te ha pegado, no te creo.

Xav conocía a Trudy y, aunque no quería que formara parte de su vida en calidad de pareja, era una buena persona. Cuando Angus había sufrido el derrame, ella había dedicado gran parte de su tiempo a cuidarlo.

Angus lo observó durante un instante.

—Quizá ella tenga razón.

—¿Sobre qué?

—Te tiene comiendo de su mano. Pobre imbécil. Y yo desperdiciando saliva al decirle que nunca la corresponderías. Pensaba que tenías mejor gusto.

El enfado de Xav aumentó un grado. No eran los insultos; esos le resbalaban. Pero los acertijos con los que hablaba el viejo empezaban a resultar irritantes.

—¿Puedes explicarte de una vez, Angus? Si tienes algo que decirme, dilo.

El Doc lo observó unos instantes.

—¿Por qué crees que insiste en que vivamos los dos aquí? —preguntó—. ¿Eres tan estúpido como para creer que lo hace porque es mi hija y me quiere? Nos odiamos.

Xav no se lo tragaba, pero aun así permaneció callado, esperando a que el hombre continuara.

—Me mantiene aquí para castigarme, porque sabe que no puedo hacer una mierda al respecto. Sobre todo son juegos mentales. O me sirve comida que detesto o deja que me cague encima. Le gusta saber que dependo de ella. Hoy ha ido un paso más allá y me ha pegado.

—¿Por qué no se lo has contado antes a nadie? —Era una pregunta razonable, y Xav estaba seguro de que demostraría que el Doc mentía—. Has tenido muchas oportunidades a lo largo de los años.

—Siempre nos hemos guardado los secretos el uno al otro. Ella sabe lo que hice y lo ha utilizado para chantajearme,

amenazándome con denunciarme, diciendo que, aunque fue ella quien lo hizo, nadie puede demostrarlo y aun así me culparán a mí.

—¿Culparte de qué? ¿Qué hiciste?

—Ya no pienso seguirle el juego. Dicen que me quedan tres meses, con suerte.

—¿Tres meses? —repitió Xav. ¿Se estaba muriendo? Sabía que Angus había sufrido el derrame y que había pasado varias semanas casi incapaz de comunicarse, pero Xav pensaba que estaba mejorando.

—No tengo nada que perder y quiero que todo el mundo sepa quién es ella en realidad antes de que muera. Se lo he dicho. Igual que le conté la verdad a Kitty Hamilton cuando vino a verme.

—¿Qué verdad? —El corazón de Xav latía con fuerza y tenía la boca seca. Quería creer que aquello no era más que el desvarío de un anciano amargado, pero ahora había una serena aceptación en las palabras del Doc que hacía difícil descartarlas.

Angus alzó la vista. Tenía los ojos fijos en él y parecía más dueño de sí mismo de lo que Xav lo había visto nunca.

—Que Trudy mató a su nieta.

Xav guardó silencio, incapaz de creerlo al principio. Angus se equivocaba. Trudy no tenía lo que hacía falta para matar a nadie. Y cuando Camille murió, ¿qué edad tendría ella? ¿Quince años? Camille no podía haber sido asesinada por una chica de quince años. Era ridículo.

—No me crees, ¿verdad? —Angus negó con la cabeza—. Kitty tampoco me creyó. De hecho, se enfadó más conmigo por haber tenido una aventura con su nieta.

—¿Tú eras el amante de Camille? —La voz de Xav sonó plana; estaba completamente paralizado por la conmoción. Si aquello era verdad, era demasiado para asimilarlo. Pero entonces, ¿qué motivo podía tener aquel hombre para mentir?

Angus Palmer. El buen doctor.

Gus.

—Trudy volvió antes de tiempo —continuó el Doc, deseoso de contar por fin su versión—. Oyó a Kitty gritándome. No tardó en darse cuenta de qué estábamos hablando. Después de que Kitty se

marchara, le dije a aquella hija de puta que todo había terminado, que ahora que su secreto había salido a la luz la policía vendría a por ella. No esperaba que atacara a Kitty.

¿Xav estaba oyendo bien? Angus aseguraba ahora que Trudy había matado a Kitty además de a Camille. Parecía inverosímil. La muerte de Kitty se había considerado un accidente, pero había estado sola en casa cuando sufrió la caída. ¿Era posible que Angus estuviera diciendo la verdad y que Trudy hubiera estado allí?

Sus pensamientos se dirigieron a su hermano, que estaba en prisión. Sebastian siempre había proclamado su inocencia, pero las pruebas habían estado en su contra. Durante todo aquel tiempo, Trudy había fingido ser una buena amiga; sin embargo, ¿de verdad había dejado que Sebastian cargara con la culpa de su crimen?

—¿Por qué ahora? —exigió, mientras la conmoción daba paso a la ira y esta le recorría las venas como un siseo. Le costó mantener la calma—. ¿Por qué has esperado hasta este momento para admitir la verdad?

—Ya te lo he dicho. Me estoy muriendo. Si mi vida ha terminado, quiero que la suya también. No esperaba que Trudy matara a Kitty. Los médicos dijeron que el derrame lo había provocado el tumor, pero creo que la conmoción también influyó. Esa hija mía tan querida no veía la hora de traerme a casa para poder cuidarme en privado, asegurándose de que no hubiera nadie a quien pudiera revelar sus secretos. Pero aquí estás tú.

¿Era verdad? Al echar la vista atrás, Xav comprendió que en realidad no había vuelto a ver a Angus a solas desde el derrame. Trudy siempre estaba presente, pendiente de él, y Xav sabía que había cancelado a la cuidadora que solía ir a visitarlo, diciendo que quería ocuparse ella misma de su padre. Él había creído que actuaba por bondad, pero las revelaciones de Angus cambiaban por completo la perspectiva. El horror y el asco le retorcieron las entrañas.

Tenía que hablar con Lana. Contarle lo de Trudy y lo que había ocurrido con su hermana y su abuela.

Lana.

El atropello y luego el incidente del garaje.

Bree era culpable. ¿No? Habían encontrado su coche y su cigarrillo liado de papel rosa.

A menos que la hubieran incriminado.

El corazón de Xav empezó a latir con fuerza.

—¿Sabes si Trudy salió de casa anoche después de que la dejara?

Si la pregunta le produjo curiosidad a Angus, no lo demostró.

—Salió unos cinco minutos después de ti. Yo quería acostarme, pero me dejó sentado en el salón. Lo hace a menudo.

—¿Y no te dijo adónde iba?

—No. Pero imagino que tendrá que ver con la otra chica Hamilton, la que hizo que la dejaras.

—¿Qué? —exigió Xav—. Yo no dejé a Trudy. Nunca estuvimos juntos.

—Ella no lo ve así. La oí mascullar cuando volvió antes. Había pasado por tu casa, había encontrado allí a Lana y estaba de muy mal humor. Me divertí mucho tocándole las narices.

—¿Y crees que ahora está allí? ¿En Mead House?

La boca del Doc se torció en una sonrisa carente de humor.

—No lo sé. Dijo algo de cerrar cabos sueltos. Tu suposición es tan buena como la mía.

Xav se sintió enfermo. Lana estaba con Ollie. Estaba a salvo. Aun así, sacó el teléfono y marcó su número; necesitaba confirmarlo. Cuando saltó el buzón de voz, soltó una maldición y llamó a Ollie.

Mierda. ¿Por qué coño no contestaba ninguno de los dos? Ahora empezaba a asustarse.

—¿Vas a llamar a la policía? —preguntó Angus, como si no le afectara lo más mínimo—. Diles que tengo una historia muy interesante que contarles y que deberían pasarse por aquí a verme.

Xav no se molestó en despedirse. Apenas dedicó al Doc una mirada de soslayo antes de marcharse, impaciente por volver al coche y dirigirse a Mead House.

Estaba exagerando, se dijo. Lana estaba bien. Ollie estaba bien.

Pero, aun así, no conseguiría tranquilizarse hasta comprobarlo con sus propios ojos.

Capítulo 55

Incluso después de estrangular a aquella zorra, Camille siguió ensombreciendo mi vida, y recuerdo que me quedé sorprendida ante el grado de dolor que mi padre mostró por su muerte.

El muy cabrón incluso lloró.

En todos mis años, nunca lo había visto mostrar otra emoción que no fuera la ira. Nunca derramó una lágrima ni mostró la menor preocupación por mí o por mi madre. Ni cuando me caí de la bicicleta y me rompí una pierna, ni cuando mi madre sufrió un aborto espontáneo y perdió al que habría sido mi hermano pequeño. Lo odiaba por eso.

No lo soportaba y comprendí que mi madre merecía conocer la verdad sobre la aventura, saber qué clase de hombre era en realidad mi padre. Quizá podríamos marcharnos y empezar de cero.

Cuando le conté lo que había visto aquella noche en la casa de verano, al principio no me creyó.

—Tu padre es un buen hombre, Trudy. ¿Por qué te inventas esas mentiras?

Hasta que insistí y le expliqué con todo detalle lo que había visto, su rostro no acabó desmoronándose. Quise abrazarla y decirle que lo sentía, pero, para mi horror, me gritó que me fuera. Mientras huía a mi habitación, con las lágrimas atenazándome la garganta, me pregunté si acababa de cometer un terrible error.

Se enfrentó a papá cuando llegó a casa, pero sus negativas no tardaron en convertirse en furia.

Los gritos eran espantosos y me tapé los oídos para intentar amortiguarlos. Temía que aquello no acabara bien, pero no podía imaginar que estaba a punto de destruir mi vida.

Mi madre había estado bebiendo y, presa de la rabia, salió furiosa hacia el coche y se puso al volante. Mi padre la siguió y consiguió encaramarse al asiento del copiloto antes de que ella saliera disparada por el camino de entrada.

El accidente que ocurrió veinte minutos después lo cambió todo.

Mi madre murió y mi querido papá, el buen doctor, acabó con la columna rota. Desde entonces no ha vuelto a caminar.

En aquel momento me culpé a mí misma. Se lo había contado a mi madre y, al hacerlo, había perdido a la única persona a la que amaba de verdad. Debería haber mantenido la boca cerrada. ¿Por qué no había muerto mi padre? Él era el culpable.

Hasta más tarde no comprendí que me habían brindado una oportunidad. Ahora me necesitaba, y nuestra relación iba a desarrollarse según mis condiciones.

Durante años, yo he llevado las riendas y hemos vivido conforme a mis reglas. Cuando recibió la noticia del tumor cerebral y supe que iba a morir, pensé que sería un final apropiado para él. No podía imaginar que pretendía utilizar el tiempo que le quedaba para intentar arruinarme la vida.

No planeé matar a Kitty Hamilton, pero él no me dejó otra opción. Cuando mi padre me contó lo que había hecho, que había revelado mi secreto, supe que tenía que enterrarlo de nuevo antes de que Kitty acudiera a la policía.

Parecía conmocionada cuando abrió la puerta y se mostró reacia a dejarme entrar; en cierto modo, hasta sentí un poco de pena por ella. No había pedido cargar con aquella verdad. Hice que su muerte fuera lo más rápida posible y la disfrazé para que pareciera una caída.

Mi padre tiene mucho por lo que responder y disfruté obligándolo a volver a Mead House aquel día en que fuimos a encontrarnos con Lana, donde aún flotaban los recuerdos de su buena amiga Kitty y su preciosa Camille.

La muerte es demasiado buena para papá. Quiero que sufra hasta exhalar el último aliento.

Lana y Ollie, en cambio, son otra historia. Voy a disfrutar de esto.

Capítulo 56

Cuando eran niños, la casa de verano se utilizaba como cuarto de juegos y para celebrar fiestas de cumpleaños. Kitty colgaba pancartas de colores en las paredes y globos en la puerta. Había patatas fritas, porciones de pizza, botellas de refresco con gas y tarta.

Para cuando Camille, Lana y Ollie llegaron a la adolescencia, había dejado de interesarles. Permanecía vacía y descuidada, porque ellos preferían ir al pueblo a pasar el rato con sus amigos.

Al final había sido Camille quien decidió adecentarla, poniendo accesorios nuevos y confeccionando cortinas para las ventanas y fundas para los cojines del sofá. Se convirtió en su refugio. Un lugar al que podía escapar del parloteo ruidoso de sus hermanos pequeños para hacer los deberes o leer tranquilamente y, más adelante, donde podía estar a solas con Sebastian y, finalmente, cuando sus gustos se volvieron más oscuros, con el Dr. Angus Palmer.

Desde la muerte de Camille, había quedado abandonada: un lugar sin alma, cargado de recuerdos trágicos, cuyo aire estaba impregnado de un olor rancio. Lana solo había bajado allí una vez; Ollie no había vuelto desde que encontró el cuerpo de Camille. Y aunque para los dos era difícil estar allí de nuevo, Lana entendía que para él lo era aún más.

Él no había dicho gran cosa desde que Trudy había aparecido con el cuchillo apoyado en su garganta, pero, aunque el arma ya había desaparecido, apenas opuso resistencia cuando ella lo empujó al suelo y le ató los tobillos con una cuerda. Tenía el rostro pálido y la mirada gacha, y parecía haberse replegado sobre sí mismo, incapaz de enfrentarse a lo que estaba ocurriendo.

Lana no tenía ni idea de qué planeaba Trudy para los dos, pero no pensaba morir sin luchar. Mientras Trudy estaba concentrada en su hermano, ella se centró en los nudos que la sujetaban a la silla,

tratando de no pensar que estaba sentada en el mismo lugar donde había muerto Camille.

En serio, ¿cómo se les habían podido pasar por alto todas las señales con Trudy? ¿O es que de verdad no había habido ninguna? Era un año menor que Lana y Ollie, la hija reservada del médico. En aquella época, Lana no le había prestado demasiada atención. Sí, era simpática cuando se cruzaban, pero Trudy siempre parecía confundirse con el fondo.

Las cosas habían sido distintas desde que habían vuelto al pueblo. Trudy había ganado confianza, pero aun así resultaba difícil aceptar que aquella mujer cálida y aparentemente profesional, que cuidaba de su padre discapacitado, fuera en realidad una asesina a sangre fría.

Lana la observó mientras se alejaba de Ollie, sacaba de su bolsillo una caja de cerillas y encendía unas velas. ¿Qué estaba haciendo? Cuando ella había bajado antes a la casa de verano, las velas no estaban allí, ¿verdad?

La luz de las velas suavizaba el abandono de la habitación, pero también resultaba un tanto inquietante y añadía otra capa de extrañeza a aquella espantosa situación. Cuando Trudy se acercó a las ventanas y corrió lo que quedaba de las cortinas, se apoderó de Lana una sensación de claustrofobia. Aquella pesadilla titilante se había vuelto demasiado real.

Lana no tenía ni idea de qué hora era, pero el hecho de que aún quedara algo de luz fuera le indicaba que debían de ser más de las ocho, pero antes de las nueve. ¿Por qué no había llegado Xav? ¿O estaría arriba, en la casa, preguntándose dónde demonios se habían metido?

En ese momento, él era su única esperanza real de salir de allí.

Miró a Ollie, tratando de conseguir que le devolviera la mirada. Tenían que permanecer unidos y elaborar algún tipo de plan. Escapar no parecía una opción, teniendo en cuenta lo apretados que estaban los nudos, pero, si de algún modo conseguían distraer a Trudy, al menos hasta que Xav regresara, quizá tuvieran una oportunidad.

Cuando Trudy se colocó entre ellos, ocultando a Ollie de la vista de Lana, esta se tensó. Intentó no reaccionar al ver el cuchillo.

No le demuestres que tienes miedo.

Más fácil decirlo que hacerlo, pero Lana alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Puedes maquillarlo como quieras. Que mi hermana tuviera una aventura con tu padre no justifica lo que le hiciste.

Trudy frunció el ceño, pero no dijo nada, así que Lana continuó.

—Y mira lo que nos estás haciendo ahora. No hemos hecho nada para merecer esto.

—¡Te equivocas!

El veneno de aquella única palabra hizo que Lana se estremeciera.

—Los Hamilton os creéis muy especiales. Volvéis al pueblo pensando que todo está a vuestra disposición. ¡Él era mío!

¿Qué?

Lana debió de parecer confundida, porque Trudy decidió explicarse y se lanzó a despotricar.

—No necesitaba que vinieras. Una vez ya le rompiste el corazón. ¿Tienes idea del tormento al que lo sometiste? ¿De lo difícil que fue para él volver a verte?

¿Estaría hablando de Xav?

—Me tenía a mí y estábamos bien. No te necesita. Le haces daño.

¿Se había vuelto loca? Por un instante, Lana se olvidó del cuchillo.

—Mataste a mi hermana —espetó—. Y dejaste que Xav creyera que lo había hecho su hermano. ¿Tienes la desfachatez de llamarte su amiga?

La hoja brilló ante sus ojos. La punta afilada se clavó de pronto en su mandíbula y Lana se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos por el dolor y odiando que le temblara el cuerpo. De algún modo logró sostenerle la mirada a Trudy, decidida a no mostrarle cuánto miedo tenía.

—Camille se merecía lo que le hicimos —replicó Trudy—. Y Xav y yo somos amantes. No amigos.

¿Qué demonios? ¿Estaba delirando? ¿Y quiénes eran «nosotros»?

—Me quería. Me quiso. Hasta que apareciste tú.

La punta del cuchillo presionó con más fuerza y Lana tiró de la cuerda, negándose a dejar escapar el grito que le desgarraba la garganta. Sin embargo, no pudo impedir que las lágrimas le brotaran de los ojos ni ocultar que ahora temblaba violentamente, y tuvo la horrible sensación de que Trudy se estaba alimentando de ello.

Desde fuera llegó el crujido de lo que parecía una bota sobre la grava. El ruido resonó en la casa de verano y Trudy se detuvo mientras volvía la mirada hacia la puerta.

¿Había alguien fuera? Lana quiso gritar pidiendo ayuda, pero con la hoja tan cerca de la garganta no se atrevió.

Transcurrieron varios segundos y Lana fue consciente de los latidos atronadores de su corazón en aquella habitación silenciosa.

Se oyó otro crujido, esta vez más cerca.

Trudy retiró el cuchillo y, cuando se dirigió hacia la ventana, Lana notó que estaba alterada.

Por favor, que sea alguien que viene a ayudarnos.

Vio cómo la mujer abría la puerta y miraba afuera. Luego, sin decir una palabra, salió de la casa de verano.

En cuanto se hubo marchado, Lana intentó llamar la atención de su hermano.

—¿Estás bien? Tenemos que liberarnos antes de que vuelva.

Él no respondió. Seguía mirando la puerta, aterrorizado ante la posibilidad de que Trudy regresara en cualquier momento, así que Lana lo intentó de nuevo.

—¿Ollie? ¿Tu cuerda tiene algo de holgura?

Lana tiró de sus propias muñecas y comprendió que no podía soltarse. Necesitaba que él la ayudara. No disponían de mucho tiempo y a Lana le aterraba pensar qué ocurriría cuando Trudy volviera.

Pensó en Camille y en la tortura que había soportado, y fue entonces cuando la emoción la golpeó: las lágrimas calientes le corrieron por las mejillas. No quería darle a Trudy ninguna ventaja, pero no pudo evitarlo; estaba asustada.

—Ollie, por favor. No puedo hacerlo sola.

Él la miró entonces y Lana observó cómo forcejeaba para sacar los brazos.

—La cuerda está demasiado apretada —murmuró, con voz derrotada.

Unos pasos hicieron que Lana se tensara. Giró bruscamente la cabeza cuando una figura entró en la casa de verano.

Parpadeó al darse cuenta de que no era Trudy. En su lugar, George Maddox estaba de pie en el umbral. Lana se sintió tan aliviada al verlo que no se preguntó qué hacía allí.

—Por favor, ayúdanos —suplicó—. Antes de que vuelva.

George miró alternativamente a los dos antes de acercarse a Lana y ponerse a trabajar en los nudos que le sujetaban las muñecas a los barrotes del respaldo de la silla.

—¿Sabes dónde está? —exigió ella, retorciéndose con impaciencia, desesperada por quedar libre.

George no parecía sorprendido en absoluto de encontrarlos allí, así que Lana supuso que sabía que Trudy les había hecho aquello.

—¡Shh! —la apremió—. No tenemos mucho tiempo. He conseguido esconderme, pero está fuera buscándome.

Lana miró hacia la puerta cuando otra sombra llenó el umbral y el pánico le trepó por la garganta.

—¡Hijo de puta! —gritó Trudy.

Lana chilló al ver que la mujer se abalanzaba sobre George con el cuchillo en la mano.

—¡NO!

Ya era demasiado tarde. Cuando la hoja desapareció en la espalda de George, la sangre brotó al instante. Su expresión reflejaba estupor mientras jadeaba e intentaba alcanzar el cuchillo. Luego clavó en Lana sus ojos desorbitados antes de desplomarse. Tras unos espasmos, se quedó inmóvil, pero Trudy aún no había terminado: arrancó la hoja de su espalda y volvió a apuñalarlo.

Ollie contempló la escena horrorizado, mientras Lana apartaba la mirada, incapaz de soportar lo que estaba ocurriendo. Trudy estaba loca. No se podía razonar con ella y, por muy valientes que fueran, no serviría de nada. Iban a morir.

Mientras nuevas lágrimas le resbalaban por el rostro, Lana volvió a intentar deshacer los nudos que la sujetaban a la silla. Ahora tenía las muñecas más sueltas, pero no lo suficiente para liberarse. Sin

duda el nudo se había movido un poco, así que tiró de él frenéticamente, haciendo todo lo posible por mantener firme el agarre mientras trabajaba.

Al darse cuenta de que Trudy había terminado con George, Lana levantó la mirada. La mujer estaba cubierta de sangre y una sonrisa lenta y sádica se ensanchaba en su rostro.

—Por favor, déjanos ir. No tienes por qué hacer esto.

Trudy se dirigía hacia ella con el cuchillo en la mano, que relucía a la luz de las velas.

—¡Déjala en paz! ¡No la toques!

Ollie había recuperado la voz, pero no iba a servir de nada. Trudy estaba concentrada, como un gato que se acerca sigilosamente a su presa.

—Por favor, no...

—¿Lana?

Su último ruego quedó interrumpido por una voz nueva. Lana comprendió que Xav había entrado en la casa de verano y contemplaba horrorizado la escena. Una parte de ella quería suplicarle que la ayudara, pero no podía arriesgarse a ponerlo en peligro.

—Xav. Corre. Tiene un cuchillo.

Él no la escuchaba. Su mirada se había desplazado hacia Trudy, que se volvía para enfrentarse a él.

—Esperaba que no vinieras —dijo ella, decepcionada.

Lana la observó aterrorizada.

Vete, Xav. Márchate ahora.

Él no tenía ni idea del peligro que corría.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigió.

—No tenías que ver esto. Ahora lo has arruinado todo.

Sonaba quejumbrosa, como una niña.

Xav guardó silencio un instante y luego cambió de tono, suavizándolo.

—¿Por qué? ¿No quieres que vea cómo eres en realidad?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Aunque Trudy seguía aferrada al cuchillo, su tono era de curiosidad.

—De esto. De lo que estás haciendo aquí.

—¿Y qué pasa con ello?

—Esto es por mí, ¿verdad?

Lana contuvo el aliento mientras observaba a los dos, y vio que Ollie hacía lo mismo.

Xav no les prestó atención. Mantenía la mirada fija en Trudy.

—No me había dado cuenta de que te importaba tanto.

—Siempre te he querido. Pero tú la elegiste a ella.

Señaló a Lana con el cuchillo. Xav estaba perdiendo terreno.

—Porque no me había dado cuenta. No sabía hasta dónde estabas dispuesta a llegar por mí.

Ahora Trudy parecía realmente confundida. Lana veía que quería creer lo que Xav le decía, pero aún se mostraba escéptica.

—Debes de quererme mucho —insistió él—. Ahora lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Nunca había habido nadie dispuesto a llegar tan lejos por mí.

Trudy inclinó la cabeza mientras lo miraba. Seguía sin estar segura, pero Lana comprendió que estaba asimilando lo que Xav le decía y sopesándolo.

Sonaba convincente. Lana lo conocía y confiaba en él desde hacía más de media vida, pero aun así, una diminuta punzada de inquietud se le instaló en el estómago.

Se maldijo por aquel instante de duda. Xav estaba de su parte.

—¿Quieres verme matarla?

Lana se tensó al oír las palabras de Trudy y volvió a tirar de la cuerda. Esta vez estaba más suelta y consiguió sacar parcialmente una de las manos.

—Tengo una idea mejor —propuso Xav.

—¿Ah, sí?

Trudy sonaba esperanzada. Incluso emocionada.

—Déjame hacerlo a mí.

¿Qué?

—¡Serás cabrón! ¿Qué demonios pretendes? —Ollie se retorcía de costado mientras gritaba, intentando desesperadamente liberarse; estaba claro que se había tragado la actuación de Xav.

Xav lo ignoró.

—Si esto va a funcionar, tenemos que poder confiar el uno en el otro. Conozco tus secretos. Así tú también podrás guardar los míos.

Dio otro paso hacia ella.

—Déjame hacerlo por ti.

Lana consiguió arrancar la mano justo a tiempo para ver cómo Xav besaba a una Trudy atónita. Cuando él se apartó, Lana se dio cuenta de que le había quitado el cuchillo. Quiso echarse a llorar de alivio.

Hubo un instante de vacilación en el que Xav bajó la mirada hacia el cuerpo de George, y pareció que aquello bastaba para poner nerviosa a Trudy.

—¡Hazlo, entonces! —exigió.

Ahora estaba impaciente y sonaba irritada.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que Lana apenas pudo asimilarlo.

Xav se volvió por fin hacia ella y, por el sutil gesto de asentimiento que le hizo, Lana comprendió que todo formaba parte de un plan. Por desgracia, Trudy también vio el intercambio. Un instante tenía las manos libres de armas; al siguiente, había sacado una navaja de bolsillo.

La hoja relució cuando la abrió de un golpe y Lana gritó.

—¡Xav! ¡Cuidado!

Mientras la hoja surcaba el aire hacia él y la palabra «mentiroso» se formaba en los labios de Trudy, Lana consiguió liberar la otra mano. Con los tobillos aún atados a las patas delanteras de la silla, su salto hacia Trudy fue torpe, pero logró su objetivo: apartó la hoja de la mano de Trudy antes de que pudiera clavársela a Xav y provocó que perdiera el equilibrio. Cayó al suelo, tirando una de las velas al desplomarse, y se golpeó la cabeza con fuerza contra el suelo. Un jadeo gorgoteante escapó de sus labios.

Lana cayó encima de ella, la silla se partió y, con las manos ya libres, empezó a golpear a la mujer una y otra vez. Por Camille y por todo lo que Trudy les había hecho sufrir a ella y a Ollie, y por Sebastian, que había cargado con la culpa de su crimen.

Fue vagamente consciente de que las llamas se alzaban, pero siguió golpeando hasta que unos brazos la rodearon y la levantaron. Solo entonces se dio cuenta de que Trudy ya estaba muerta. Había caído sobre su propio cuchillo. El charco de sangre bajo su cabeza y sus ojos muy abiertos le indicaban a Lana que no había sentido ni uno solo de sus golpes.

—Se acabó. Está muerta.

Xav la sujetaba y la estrechaba contra sí, como si temiera soltarla.

—Tenemos que salir de aquí antes de que este sitio arda por completo.

Lana abrió mucho los ojos al comprender que el fuego había prendido y se extendía con rapidez; las cortinas y los muebles ya estaban en llamas. Miró a su hermano, presa del pánico, mientras él intentaba alejarse a rastras del fuego.

—Estoy bien. Ayuda a Ollie —protestó cuando Xav la sacó a rastras de la casa de verano.

Mientras él desaparecía de nuevo en el interior, Lana se puso a desatar los nudos que le sujetaban los tobillos, tratando frenéticamente de liberarse para poder ayudar.

Incluso fuera tosía a causa del humo, mientras la intensidad del fuego le calentaba la piel. A lo lejos oyó aullar unas sirenas y comprendió que se acercaban.

Cuando Xav salió, arrastrando a Ollie a medias y cargando con él a medias, Lana contuvo un sollozo de alivio. Las dos personas que más quería en el mundo estaban a salvo.

Cuando su hermano se desplomó en el suelo junto a ella, Xav volvió la mirada hacia la casa de verano.

—George sigue dentro —comentó.

Lana terminó de desatar las muñecas de Ollie.

—Ni se te ocurra volver ahí dentro.

—No podemos dejarlo ahí.

—Estoy casi segura de que está muerto. La policía está a punto de llegar. Por favor, espera.

—¿Y si no lo está? No hay tiempo.

—¡Xav, no!

Era demasiado tarde. Él no la escuchaba y había desaparecido entre las llamas antes de que Lana siquiera pudiera ponerse en pie.

—¡Lana! —gritó Ollie cuando ella intentó ir tras él—. Quédate fuera.

No tuvo elección; el calor de las llamas la obligó a retroceder.

—¡Xav!

Sollozó su nombre. Después de todo lo que habían vivido y del sufrimiento que ambos habían soportado, no podía perderlo otra vez.

Todo el edificio estaba en llamas y el tejado estaba a punto de venirse abajo. No tenía ninguna posibilidad.

—Lana, vuelve aquí —dijo Ollie con tono frenético.

Sabiendo que no podía hacer nada, Lana regresó junto a él, llorando mientras su hermano la abrazaba.

—Dios mío.

De pronto, Ollie la apartó a un lado y se puso en pie de un salto. Lana observó horrorizada cómo dos figuras ennegrecidas salían tambaleándose de la casa de verano y su corazón aceleraba el ritmo.

—¿Xav?

George estaba muerto o inconsciente y cayó pesadamente al suelo, mientras Xav tosía y jadeaba, intentando recuperar el aliento.

Lana no le dio tiempo a reaccionar: se lanzó a sus brazos.

—No sé si besarte o matarte —sollozó contra su oído, aspirando el humo que se aferraba a su cabello húmedo.

Mientras las sirenas se acercaban, miró por encima del hombro de Xav lo que quedaba de la casa de verano. Era el lugar donde había muerto su hermana. Qué apropiado que ahora se hubiera cobrado la vida de la asesina de Camille.

Capítulo 57

Ocho semanas después

Según George Maddox, él también había sido una víctima y, aunque lo habían obligado a participar en el ataque y posterior asesinato de Camille Hamilton, consideraba que había quedado libre de toda culpa al intentar rescatar a Lana y Ollie.

Los médicos le dijeron que había tenido suerte de sobrevivir, pero él no lo sentía así y, después de pasar un par de semanas en el hospital, por fin recibió el alta.

Al principio lo habían presentado como una especie de héroe, alguien que había arriesgado la vida para impedir que Trudy Palmer sumara más víctimas. Pero cuando la policía profundizó en el caso, empezó a hacerle preguntas que dejaron al descubierto las grietas de su historia.

George se aferró a la negación.

El cuerpo de Elise había aparecido en la casa de vacaciones y allí estaban sus huellas dactilares. Además, lo habían visto con ella el día anterior.

Pero no podían demostrar una mierda y, desde luego, no tenían ni idea de sus antecedentes.

Ahora era una buena persona. Bueno, casi. Y tenía una familia que lo necesitaba. Haría lo que fuera para protegerla.

***

Lo que acabó con él fue un detective tenaz.

El inspector Finn Murphy se convirtió en la espina clavada de George, decidido a hacerle caer.

Sabía que la historia de aquel hombre no se sostenía, aunque no había pruebas suficientes para relacionarlo con el asesinato de Elise Gladstone ni para vincularlo con Trudy Palmer. También había hablado con todos los amigos y familiares de George, pero, aparte

de su hermanastro Derek, que se mostraba aún más evasivo que George y se cerraba por completo cuando lo interrogaban, a Finn le estaba costando llegar a la verdad. Sospechaba que George había sido cómplice del asesinato de Elise Gladstone, y quizá también del de Camille Hamilton, pero cuando llegó el gran descubrimiento, fue mucho más importante de lo que esperaba.

A diferencia de George, Angus Palmer se había mostrado más que dispuesto a ayudar a la policía, como si le interesara más contribuir a ensuciar el nombre de su hija que hacer lo correcto por sus víctimas.

A Finn no le caía bien.

Por suerte, Angus era colaborador y accedía a todas las peticiones de entrevistas y registros, y fue durante una visita posterior a la casa del hombre cuando Finn dio con la clave.

Encontró la bicicleta en el garaje abarrotado. Estaba al fondo, medio escondida detrás de una vieja mesa de empapelar. Era una bicicleta de niña, con la carrocería roja y una cesta delante. Había una manta doblada dentro de la cesta y, debajo, estaba el diario desaparecido de Camille Hamilton, el que Lana Hamilton había dicho que le habían robado, junto con una cinta de casete.

Se tardó un poco en descubrir su contenido. Finn tuvo que acudir a un especialista en vídeo para convertir la cinta, pero lo que reveló la grabación mereció la espera, aunque no hubiera sido fácil de ver. En aquellas imágenes temblorosas aparecían los últimos minutos de la vida de Camille Hamilton, mientras intentaba suplicarle a Trudy Palmer.

Finn entendía a los asesinos en serie. El dolor constante que le atenazaba el costado le recordaba la bala que había recibido al intentar detener a uno, y reconoció la mirada muerta de Trudy mientras torturaba a Camille con toda tranquilidad, sin mostrar emoción ni piedad.

Al final, Trudy se volvió hacia su cómplice, el responsable de que la cámara se moviera de forma tan brusca.

—Vamos, George. Te toca.

Había necesitado un poco de persuasión, pero al final habían cambiado de sitio, y Finn reconoció al niño pequeño de las gafas en

las fotografías que había visto en el salón de la casa de la madre de George.

Cuando George terminó, se volvió hacia la cámara y levantó el pulgar para Trudy con una sonrisa.

Te pillé.

***

Lana se quedó conmocionada al enterarse de la detención de George Maddox, sobre todo después de que hubiera intentado salvarla a ella y a Ollie, pero también sintió alivio. No se le habían escapado las palabras de Trudy aquella última noche espantosa en la casa de verano, cuando había hablado de un «nosotros», lo que sugería que había habido otra persona con Camille la noche en que la asesinaron.

No había sido Bree McCarthy, a quien habían investigado y declarado inocente después de encontrar las huellas de Trudy en el coche utilizado para el atropello con fuga. Bree seguía algo molesta con Xav por haber dudado de ella, aunque poco a poco empezaba a perdonarlo. Entonces, ¿quién había sido?

Al conocer por fin la verdad, que las voces que había oído fuera la noche del asesinato de Camille habían sido las de Trudy y George, Lana pudo dejarlo atrás. Y ahora que George entendía que iba a acabar en prisión, había decidido hablar, proporcionándole así un cierre completo. Salió a la luz la historia de cómo él y Trudy se habían conocido en el centro de menores tantos años atrás y de cómo ella lo había obligado a ayudarla.

George afirmó que no había matado a Elise y que no había nada que lo relacionara con Kitty. Insistió en que él y Trudy habían seguido caminos separados después de la muerte de Camille.

La revelación sobre Kitty había sido una de las cosas más difíciles de asimilar y dejó conmocionada a toda la comunidad. Saber que Trudy había matado a su abuela hizo que el tiempo que le quedaba en Mead House resultara aún más doloroso y difícil de soportar. Al recordar las llamadas que no había contestado, Lana no podía evitar preguntarse si el desenlace habría sido distinto de haber respondido.

El doctor Palmer nunca pudo arrojar luz sobre lo ocurrido. Apenas unos días después de que descubrieran el vídeo y el segundo diario, sufrió un segundo ictus, esta vez mortal. Lana no sintió tristeza por su muerte. De acuerdo, él no había matado a nadie, pero había abusado de su posición de poder y traicionado la amistad de su abuela al seducir a Camille. Además, había guardado el oscuro secreto de Trudy durante todos esos años, en lugar de permitir que la familia cerrara aquella herida. Intentó no dejarse dominar por la rabia, pero tampoco iba a llorar la muerte de aquel hombre.

Lana se había preguntado por qué Trudy había conservado las pruebas que podían haberla llevado a prisión. Había hecho todo lo posible por recuperar el diario y, sin este y el vídeo, no existían pruebas concluyentes de su culpabilidad.

El inspector Murphy les había dicho que Trudy era una narcisista y que probablemente se consideraba por encima de la ley. Lo más probable era que la cinta y después el diario fueran sus trofeos, aunque también era posible que hubiera conservado la cinta para chantajear a George.

Cuando por fin Mead House quedó vacía y lista para salir al mercado, Ollie se preparó para volver a Londres. Antes de marcharse, él y Lana fueron a la iglesia de Holt para dejar flores en las tumbas de Camille y Kitty. Lana abrazó con fuerza a su hermano mientras se despedían, más consciente que nunca de que él era la única familia que le quedaba.

—¿Estás segura de que podrás volver sola a la casa? —preguntó él, apartándose—. Puedo esperar un par de horas hasta que estés lista.

Durante las últimas semanas había sido un hombre distinto, y aquella noche terrible, que podría haber acabado con los dos asesinados, los había unido más. Ya estaba conmocionado por la traición de Elise, sobre todo al enterarse de que le había sido infiel con George, y su asesinato lo había afectado profundamente. Lana lo había ayudado a sobrellevarlo lo mejor que había podido y sabía que a Ollie probablemente le costaría volver a confiar tan fácilmente.

—Estaré bien. No tengo mucho que recoger y Xav vendrá enseguida. Puedes irte.

Tenía previsto mudarse temporalmente con Xav. Llevaba un par de semanas trabajando a distancia y su jefe había accedido a que siguiera haciéndolo. Eso le daría tiempo para decidir qué haría después, aunque sabía que cualquier plan de futuro incluiría a Xav. Lo había amado durante casi toda su vida y tenían demasiado tiempo que recuperar. El retrato que él acababa de terminar, en el que había volcado toda su pasión sobre el lienzo, le decía que él sentía lo mismo.

No pensaba volver a Mead House, a menos que surgiera algún problema, y las llaves ya estaban en manos de la agencia inmobiliaria. Les habían dicho que los acontecimientos recientes podían dificultar la venta, pero Lana y Ollie habían decidido que bajarían el precio si era necesario. Había llegado el momento de empezar de nuevo.

Ollie asintió y subió a su coche.

—Asegúrate de llamarme —le dijo Lana mientras él arrancaba el motor, recordándole el pacto que habían hecho de mantenerse en contacto esta vez.

Él le dedicó su característica sonrisa traviesa, aunque Lana no pasó por alto que estaba un poco más tensa de lo habitual, y la saludó llevándose la mano a la frente mientras se alejaba. Sabía que los dos tendrían que aprender a sanar de nuevo.

Ollie siguió presente en sus pensamientos mientras ella regresaba a la casa, bajaba el equipaje y luego daba un último paseo por el lugar donde había crecido. Era una tarde cálida y el sol estaba bajo en el cielo; sus rayos entraban por los amplios ventanales e iluminaban las habitaciones, ahora vacías. Fue un momento de paz que se concedió para saborear los recuerdos más felices y tratar de serenarse ante lo que vendría.

Cuando abrió la puerta a Xav un rato después, debió de parecer algo ansiosa, porque él frunció el ceño y entrecerró los ojos mientras le estudiaba el rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estaré.

Como él no parecía convencido, Lana alzó los brazos y le rodeó el cuello.

—Estoy bien, de verdad —intentó tranquilizarlo mientras pegaba su cuerpo al de él.

Sospechaba que él lo sabía, pero aun así captó la indirecta: la empujó dentro de la casa y cerró la puerta de una patada. Luego la hizo girar y la acorraló contra ella mientras la besaba profundamente.

Como distracción, funcionó.

Más tarde, después de que Lana cerrara la puerta por última vez y cargaran sus maletas en el coche, él le tomó la mano y se la apretó.

—¿Lista para hacer esto?

Ella asintió con decisión y su sonrisa se relajó al levantar la mirada hacia él.

Había vivido momentos tristes y felices en Mead House, pero había llegado la hora de cerrar la puerta a aquella etapa de su vida. Los recuerdos de las personas a las que había amado siempre la acompañarían, pero quería empezar a vivir el presente y crear nuevos recuerdos con Xav. Antes de poder hacerlo, aún le quedaba una cosa por hacer.

Le devolvió el apretón, ignorando el enjambre de mariposas que revoloteaba en su vientre.

—Estoy lista.

***

La reunión la había propuesto Xav.

Lana había procurado mantenerse al margen desde la puesta en libertad de Sebastian, pero Xav sabía que, para que las cosas volvieran a estar bien entre ellos, aquello solo podía ser temporal. Amaba a Lana y también amaba a su madre y a su hermano. De algún modo, aquello tendría que funcionar.

Joanna Landry se había mostrado reacia, dividida por sus sentimientos hacia la muchacha a la que había querido en el pasado y que había desempeñado un papel en la condena injusta de su hijo, pero al final había accedido. Al principio, Sebastian se había negado en redondo.

A Xav le habían sorprendido los cambios en su hermano. La prisión lo había envejecido y Seb era más reservado de lo que recordaba. También más reflexivo. Le llevaría tiempo adaptarse a la vida en libertad. Xav no lo había presionado, consciente de que tendrían que hacerlo cuando su hermano estuviera preparado y en sus propios términos, pero se sintió aliviado cuando eso ocurrió antes de lo esperado.

Habían acordado encontrarse en la playa. Xav tomó a Lana de la mano mientras cruzaban la cresta pedregosa. La marea estaba baja y divisó a su madre y a Sebastian junto a la orilla, observando las olas mientras hablaban.

El cielo había adquirido una tonalidad sombría de azules y morados profundos mientras el sol se preparaba para ponerse, y, junto con el estruendo de las olas al romper contra la costa, eso añadía una tensión indeseada al momento. Como si hubiera percibido que se acercaban, Sebastian se volvió hacia ellos y sus ojos se encontraron con los de Lana.

Consciente de los nervios que ella transmitía, Xav intentó tranquilizarla.

—Todo irá bien, te lo prometo.

Ella no parecía convencida, pero él vio la determinación en sus ojos cuando Lana alzó la mirada hacia él, y comprendió que aquel momento también era importante para ella.

No iba a ser fácil y quizá encontraran algunos obstáculos en el camino, pero los afrontarían juntos.

Lana apretó la mano de Xav y dio el primer paso hacia la playa.

Agradecimientos

Hay libros que escribes y otros que se te meten muy dentro y te estrujan el corazón. La casa de verano fue uno de esos para mí, y me enamoré de Lana y Xav mientras contaba su historia. Espero que hayáis disfrutado leyendo su historia tanto como yo disfruté dándole vida.

Mi agradecimiento al magnífico equipo de Boldwood Books. A mi estupenda editora, Caroline; a Jade, Emily, Amanda, Nia, Claire, Jenna y Ben; y a todos los que trabajan entre bastidores y a quienes quizá haya olvidado mencionar. Gracias por todo lo que hacéis para ayudar a que nuestros libros brillen.

A todos mis lectores y amigos blogueros. Sois tantos que siempre temo olvidarme de alguien. Sabed que sois todos maravillosos.

Los escritores se entienden entre sí, y tengo la suerte de contar con algunos colegas encantadores con los que hablo. Solo quiero destacar a unos pocos: Nathan «NJ» Moss, Heather Fitt, Valerie Keogh, Diane Saxon y, por supuesto, Patricia Dixon. El apoyo de Trish es incondicional: me tranquiliza cuando me entra el pánico, me levanta cuando estoy decaída y me ayuda a arreglar esos molestos agujeros argumentales cuando me pongo nerviosa. Gracias, amiga, por todo lo que haces.

Gracias también a Jo Bilton, mi lectora beta desde el primer día, y a Tina Jackson, que acaba de incorporarse a mi equipo de lectores beta, leyendo junto a Jo y Trish. Tina, tu experiencia como lectora beta y tus magníficos comentarios hacen que me pregunte por qué no te pedí ayuda mucho antes. Gracias.

El nombre de Mead House me lo sugirió otra amiga escritora, AJ Griffiths Jones. Gracias, AJ.

Y, por último, a mi familia y mis amigos. A Mum, Holly, Paul, Nicki y todos los miembros peludos de la familia. A Paula, Ness, Andrea, Caroline, Shell, Hannah, The Smervs, etc., etc. Perdón de nuevo si he olvidado a alguien. Os quiero a todos.

Sobre la autora

Keri Beevis es una autora británica especializada en *thriller* psicológico y suspense. Su novela *Dying to Tell* alcanzó el Top 25 en Reino Unido, mientras que *The Sleepover* se situó entre los diez títulos más vendidos en 2021. Entre sus obras se encuentran también *Deep Dark Secrets, Trust No One, Every Little Breath* y *The People Next Door.*

Odisea le agradece la atención
dedicada a *La casa de verano*, de Keri Beevis.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos en nuestra web, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Primera edición: octubre de 2026
Título original: *The Summer House*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Keri Beevis, 2023
© de la traducción, Marta López, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: 12 Orchards Ltd
Imágenes de cubierta: Shutterstock
Corrección: Taller de los Libros

Publicado por Odisea Ediciones
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
info@principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16811-46-5
THEMA: FRM

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).